RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

LA TRAMPA DEL OPTIMISMO

CÓMO LOS AÑOS NOVENTA EXPLICAN EL MUNDO ACTUAL

DEBATE

La trampa del optimismo

Cómo los años noventa
explican el mundo actual

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@editorialdebate

@debatelibros

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Marta

INTRODUCCIÓN

La década larga

En cierto sentido, la década de 1990 no empezó de acuerdo con el calendario. No es particularmente original pensar que se inició el 9 de noviembre de 1989, cuando miles de ciudadanos de la República Democrática Alemana cruzaron el Muro de Berlín, que hasta entonces les había separado de la República Federal de Alemania y, así, del mundo capitalista. Ese acontecimiento cambió por completo los paradigmas intelectuales y las batallas ideológicas que habían regido el planeta durante algo más de cuatro décadas. En los dos o tres años siguientes, cayeron los regímenes comunistas de la mayor parte de Eurasia, el imperio soviético desapareció y el mundo occidental —partidario de la democracia capitalista, con mayor o menor énfasis en el libre mercado o el estado de bienestar— sintió que una batalla crucial había terminado.

No fue esta la única razón, pero sí la principal, por la que el rasgo esencial que deberíamos recordar de la década de los noventa es el optimismo. Esto no significa que no hubiera señales preocupantes: la caída del Muro fue la causa indirecta de las guerras en la antigua Yugoslavia, no tardó demasiado en verse que la democratización del viejo mundo comunista sería de una dificultad atroz, se produjo un genocidio en Ruanda y, al menos en términos cuantitativos, los noventa fueron para Japón una «década perdida», sin ninguna clase de crecimiento económico. También en Europa hubo una crisis económica muy relevante, aunque pasajera, en

1993. A pesar de todo, parecía que la desaparición del sistema que había competido con el capitalismo por la seducción de las mentes de los individuos de todo el globo y el fin, al menos en Europa, de la tiranía que había impuesto eran el inicio de un camino sin obstáculos hacia el progreso. Los mercados podrían integrarse, el ámbito del comercio sería global; en su forma más osada, la de la Unión Europea, las naciones delegarían parte de su soberanía en un ente común e incluso asumirían una moneda compartida. La externalización de ciertas actividades industriales a países como China no solo facilitaría que los consumidores occidentales tuvieran acceso a mercancías más baratas, sino que permitiría a los países de destino enriquecerse rápidamente y, en última instancia, democratizarse. Hasta era posible inventar una nueva senda ideológica que fusionara lo mejor de la socialdemocracia con el dinamismo y la apertura de los mercados: se llamó la tercera vía. Una cultura compartida —casi siempre en inglés— por miles de millones de personas, distribuida gracias a los medios de comunicación e impulsada con el enorme desarrollo de internet, nos uniría y acabaría con los nacionalismos. Esa era la promesa a mediados de la década de los noventa.

En España, este optimismo adoptó una forma particular, pero también existió. Una década y media después de que Felipe González dijera que prefería «El riesgo de morir apuñalado en el metro de Nueva York que tener que vivir en Moscú»,[1] en 1992 el país que presidía organizaba la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona. La crisis económica que sufrió España después fue grave, pero en 1996, con el cambio de Gobierno y la llegada al poder del Partido Popular, España demostró ser una democracia normal en la que los partidos se turnaban en el poder sin dramatismo ni alteraciones en la rutina. El PP de Aznar prometía un progreso en línea con el del resto del mundo occidental: eficiencia

económica, el fin de la corrupción, la integración en Europa. Si los socialistas habían firmado el Tratado de Maastricht, que profundizaba en la unión de los estados miembros, Aznar conseguiría que España fuera aceptada, gracias a su disciplina económica, en la incipiente eurozona. Las empresas nacionales conquistaban Latinoamérica y el país, se pensó, podía recuperar un peso geopolítico que no había tenido en siglos.

He dicho que el rasgo principal de la década de los noventa fue el optimismo. Pero cabe hacer un matiz: tal vez fuera, más bien, el exceso de optimismo. Intelectualmente, su ejemplo más evidente fue *El fin de la Historia y el último hombre*, un libro que publicó en 1992 el politólogo estadounidense Francis Fukuyama. Su éxito y las enormes polémicas que desató fueron un tanto sorprendentes, puesto que se trataba de un ensayo complejo que mezclaba la historia de las ideas, la politología y la geopolítica. Pero su publicación y su vida posterior resultan emblemáticas. «Es posible —decía Fukuyama— que no solo estemos siendo testigos del fin de la Guerra Fría, o la muerte de un determinado periodo de la historia de posguerra, sino del fin de la historia como tal: es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno de los humanos.»[2]

¿Por qué debería interesarnos esto ahora? Hay varias respuestas a esta pregunta. La más inmediata, por supuesto, es que la última década del siglo XX fue interesante por sí misma, un tiempo de tremendas transformaciones políticas y económicas marcadas por el fin del comunismo y la progresiva integración de la Unión Europea, la globalización y el auge y la popularización de la tecnología de internet. Pero hay otras dos razones que

explican por qué decidí escribir *La trampa del optimismo*. Ambas son autobiográficas, pero lo son de distinta manera. La década de los noventa fue el periodo en el que mi generación dejó atrás la adolescencia y emprendió el camino de la edad adulta. En mi caso, mis primeros recuerdos políticos se remontan a la caída del Muro vista en Televisión Española y siguen con la memoria —vaga al principio, más nítida a medida que avanzaba la década— de los hechos que explico en este libro. En parte, lo he escrito para entender como un adulto lo que en aquel momento percibí pero debido a mi edad no pude comprender, y, sin embargo, fue fundamental en mi formación y en la de mi generación. Napoleón afirmó que para conocer de veras a un hombre había que entender cómo era el mundo cuando tenía veinte años. Ese mundo, en mi caso, es el de 1997.

Pero, finalmente, hay un motivo más importante, que cobró una relevancia especial cuando se inició la crisis financiera en el 2008, y por la manera en que esta se desarrolló, en particular en España. Y es que el mundo actual, el posterior a la crisis, puede interpretarse como una consecuencia imprevista, accidentada y contradictoria de las decisiones que tomaron los líderes políticos y económicos en la década de los noventa. Es posible afirmar que la crisis económica de la última década, que hasta ahora ha supuesto para mi generación el momento central de nuestra experiencia como adultos con deseos de trabajar, progresar y, con suerte, asentarse, tuvo sus inicios en decisiones tomadas en los años noventa en ámbitos como el financiero, el monetario o el regulatorio. A fin de cuentas, en Maastricht en 1992 y en el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1997, se establecieron las reglas con las que se manejó la crisis del 2008. Conocemos cuál fue el resultado. Por esa razón, en *La trampa del optimismo* hablo más de economía que en mis libros anteriores.

También en la política, el auge actual de ciertas formas de populismo y

nacionalismo, y el agotamiento de fórmulas clásicas como la socialdemocracia o la democracia cristiana, hacen pensar en la idea, muy noventera, de que es posible generar ideologías sintéticas. Ideologías que, en su momento, se creyó que universalizarían un liberalismo abierto y tolerante y, al mismo tiempo, entregado a las finanzas y a una globalización que desplazaba gran parte del trabajo manual de las fábricas de los países occidentales a otras en los países en desarrollo. Nosotros tendríamos mercancías más baratas; ellos, puestos de trabajo. Las dos cosas se cumplieron, pero surgió una consecuencia inesperada: la globalización perjudicó a las sociedades ricas, que vieron cómo muchos de sus trabajadores poco cualificados se quedaban al margen de la empleabilidad y, con ello, perdían las expectativas de una vida próspera.

Este libro no es un ajuste de cuentas. Pretende explicar algunos acontecimientos ocurridos en la década de los noventa sobre todo en España, Europa y Estados Unidos —aunque habrá excursiones a lugares como Japón—, y el papel de quienes los propiciaron con sus decisiones. Los protagonistas de estas páginas son Felipe González y José María Aznar, Tony Blair y Bill Clinton, Helmut Kohl y François Mitterrand, Hotmail, Google y Amazon, y banqueros a los que hoy casi nadie recuerda; pero también Blur, Los Planetas, Curro, Cobi y *Friends*, que contaban o de alguna manera reflejaron lo que fue esa década y la mentalidad dominante. Si bien no es un juicio, sí es una evaluación que, de nuevo, para mí tiene importancia biográfica. Por ejemplo, en 1997 se estaba formando de manera explícita la tercera vía (el libro de Anthony Giddens, el sociólogo británico que le dio nombre, fue publicado en 1998). Aunque entonces era demasiado joven para darme cuenta, fue la ideología a la que me sentí más cercano en los años posteriores, la que me convenció de que era posible una izquierda que defendiera el comercio sin renunciar a lo mejor de la socialdemocracia,

que superara la vieja distinción entre bandos y creara una síntesis mejor. Hoy esta idea es muy criticada o se considera, como toda la década, de un optimismo ingenuo y finalmente dañino, pero tal vez sea la noción de liberalismo que más me ha marcado. La crisis que empezó en el 2008 no significó para mí una conversión, pero sí un motivo de reflexión algo angustiada, sobre todo durante los últimos años, en los que la recuperación de la crisis económica ha dado pie en Occidente a una enorme crisis política, sobre cuál podría ser la salida centrista, liberal e inclusiva a la situación actual. Como esa cuestión no forma parte del cuerpo central de este texto, no me importa anunciar ya que no tengo ninguna propuesta seria que no sea repetir de forma temeraria una versión modernizada de la tercera vía.

Este libro no es la respuesta a la pregunta «¿Cómo recuperamos el optimismo que conocimos de jóvenes?», sino un intento de reconstruir ese optimismo que demostró estar equivocado. Por lo demás, no es una obra autobiográfica. De hecho, una vez terminada esta introducción, no volverá a aparecer la primera persona. Y tampoco es, ni mucho menos, una historia de los años noventa, sino una serie de historias sucedidas entonces que ilustran, a mi modo de ver, su optimismo excesivo y las consecuencias que eso tuvo más tarde.

He mencionado antes que, de acuerdo con mi lectura histórica, la década de los noventa no empezó estrictamente según el calendario, sino el 9 de noviembre de 1989. De igual manera, no terminó el 31 de diciembre de 1999. Resulta una fecha tentadora: una parte importante del mundo, la más rica, vivió atemorizada por lo que pudiera suceder justo esa noche. Fue el llamado efecto 2000, el miedo a que a medianoche los ordenadores de todo el planeta, que funcionaban según un sistema binario de unos y ceros, no entendieran el cambio de la primera cifra del año al dos y se produjera un

gran colapso de los sistemas que provocara el caos financiero y la pérdida de archivos en grandes bases de datos. Finalmente eso no sucedió, aunque fue una buena muestra del miedo creciente a que nuestra dependencia de la informática pueda en algún momento destruir la marcha de la sociedad. Me parece razonable sostener que la década de los noventa pudo terminar de forma simbólica en otros dos momentos separados entre sí por apenas unos meses. Quizá fuera el 11 de septiembre del 2001, cuando dos aviones secuestrados por terroristas islámicos chocaron intencionadamente contra las dos torres del World Trade Center de Nueva York, las derribaron y acabaron con la vida de alrededor de tres mil personas. La Guerra Fría había concluido, y la ideología de los países ricos había vencido en la vieja contienda, pero aquello no garantizaba la seguridad de sus ciudadanos. A partir de entonces, los retos geopolíticos serían otros y había que aprender a afrontarlos. Occidente tardaría en hacerlo y eso provocaría cientos de miles de muertos, guerras difíciles de justificar, un nuevo desequilibrio global y un temor que no era novedoso pero sí se volvió mucho más acuciante: el miedo al terror islamista.

Pero hay otra opción, más centrada en Europa y en España: tal vez la década de los noventa terminó el 1 de enero del 2002, cuando en doce países europeos se pusieron en circulación monedas y billetes de euro, la moneda que se había anunciado en el Tratado de Maastricht de 1992, cuyo nombre se decidió en 1995 en Madrid y que en 1999 se había convertido en una unidad contable digital para los mercados. Si los ataques de Nueva York se habían interpretado como el fin del fin de la historia, la entrada del euro físico podía considerarse la innovación política y económica más audaz surgida del optimismo provocado por la caída del Muro de Berlín, la disolución del imperio soviético y la ambición del mundo liberal de expandirse, redimir a países tradicionalmente víctimas de la historia y crear

unidades políticas supranacionales que fueran más allá de las conocidas hasta el momento. No tardaríamos mucho más de siete u ocho años en saber que ese optimismo, una vez más, era excesivo.

«El Muro durará cien años»

Las autoridades de Alemania del Este erigieron el Muro de Berlín en 1961 para impedir el éxodo de alemanes que abandonaban el país comunista en dirección a Alemania Occidental. Y desde entonces nunca pensaron en eliminarlo. En enero de 1989, Erich Honecker, el secretario general del Partido Socialista Unificado de Alemania, que anteriormente había sido secretario de Seguridad del país y el responsable de la construcción del Muro, afirmó que este seguiría en pie cincuenta o cien años después. Y, de hecho, en ese momento había planes para remodelarlo y dotarlo de tecnología más avanzada, que permitiera detectar mejor y con más tiempo a quienes pretendían cruzarlo para huir del país, evitando así tener que matarlos o detenerlos, algo que dañaba la reputación del régimen.[1]

Pero 1989 estaba siendo un año convulso en los países del Este. El sindicato anticomunista polaco Solidaridad, fundado en 1980 en los astilleros Lenin de Gdansk y liderado por Lech Walesa, había empezado a negociar con el Gobierno de Varsovia para compartir el poder con el Partido Comunista, que desde 1945 lo ostentaba en monopolio. El 2 de mayo, el Gobierno húngaro comenzó a desmantelar la fortificación que hasta entonces había instalada en la frontera con Austria para impedir la salida de sus ciudadanos hacia Occidente. La primera consecuencia para Alemania del Este fue que, de repente, sus ciudadanos sintieron un inédito deseo de irse de vacaciones a Hungría. El 1 de julio, veinticinco mil alemanes de la RDA habían llegado a Austria por esa vía. Los gobiernos de Rumanía y Checoslovaquia estaban furiosos, porque temían que sus ciudadanos

hicieran lo mismo. Ese verano, en Estonia, Letonia y Lituania alrededor de un millón de personas crearon una cadena humana uniendo sus manos para recordar el ominoso pacto que, cincuenta años antes, en 1939, habían firmado Hitler y Stalin, y llamar la atención internacional sobre la pérdida de su independencia política y los asesinatos, las deportaciones y la opresión que había sufrido una parte importante de la generación de sus padres.

El 7 de mayo se habían celebrado elecciones locales en Alemania del Este. Como de costumbre, los candidatos del Partido Socialista Unificado obtuvieron casi el 99 por ciento de los votos. Pero en esta ocasión sucedió algo nuevo. Varios observadores de la Iglesia vieron que el Gobierno falseaba los resultados para reducir el peso de los votos de protesta. Se produjeron pequeñas manifestaciones. El régimen no cedió en casi nada. Hasta tal punto estaba dispuesto a seguir con las políticas de mano dura que, en junio, Honecker defendió que el Gobierno chino hubiera reprimido con violencia las manifestaciones de la plaza de Tiananmén en favor de la democracia. Pero la presión aumentaba tanto en el frente interno como en el externo. En Alemania del Este, el régimen seguía llevando a cabo numerosas detenciones y muchos disidentes eran expulsados del país. En las elecciones semilibres celebradas en Polonia, al contrario que en los comicios amañados de la Alemania comunista, el movimiento Solidaridad ganó todos los escaños a los que podía aspirar en el Congreso y, en el Senado, 99 de 100. Además, en Moscú gobernaba en ese momento Mijaíl Gorbachov, que estaba empeñado en llevar a cabo una profunda reforma de las viejas estructuras políticas y económicas de la Unión Soviética. Honecker no participaba de ese ánimo renovador y, en consecuencia, las relaciones entre Berlín Este y la Unión Soviética eran tensas.

A mediados de julio, Gorbachov fue un paso más allá en su programa de

apertura. Si en 1968 Leonid Brézhnev había ordenado la invasión de Checoslovaquia después de que el Gobierno del país emprendiera una serie de reformas de liberalización —estableciendo la doctrina tácita de que la Unión Soviética tenía derecho a intervenir en cualquier Estado del Pacto de Varsovia que pretendiera introducir cambios en la ortodoxia comunista—, ahora, afirmó Gorbachov, era legítimo que todos los países decidieran cómo se gobernaban y él renunciaba explícitamente al uso de la fuerza. Cada nación podía hacer lo que quisiera. La «doctrina Brézhnev» era sustituida por lo que en el propio Gobierno ruso se llamó la «doctrina Sinatra», en referencia a la célebre canción «My Way». Cada país podía hacer las cosas a su manera.

El verano de 1989 fue extremadamente convulso. Cada vez más alemanes del Este huían a Austria a través de Hungría o se dirigían a países que aún eran comunistas pero estaban en pleno proceso de reformas para, una vez allí, pedir asilo en la embajada de Alemania Occidental. Mientras tanto, Erich Honecker repetía que el «Muro durará cien años».[2] El 30 de septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental voló a Praga y allí anunció a las masas que estaban acampadas en el territorio de su embajada que se les permitiría la entrada en la República Federal. Pero Honecker puso las condiciones: lo harían a través de Alemania del Este, en trenes sellados, y durante el trayecto se les confiscarían los pasaportes y se les retiraría la ciudadanía. Era una manera de humillarles y presentarles como traidores. Sin embargo, la medida tuvo el efecto contrario al deseado: miles de ciudadanos de la RDA acudieron a las inmediaciones de las vías para saludar y jalear a los compatriotas que se marchaban. Se sucedieron las manifestaciones en todo el país y muchos huyeron a Praga con la esperanza de que se repitiera la operación, pero el Gobierno prohibió viajar sin visado a Checoslovaquia. A los refugiados y las manifestaciones se sumó el

problema de que el país estaba al borde de la bancarrota y dependía de los créditos de Alemania Occidental y de la ayuda de la Unión Soviética. Esta atravesaba su propia crisis económica y había anunciado a los países del bloque comunista que iba a dejar de proporcionarles petróleo y exportaciones a precios artificialmente bajos.

El 7 de octubre, Mijaíl Gorbachov, cuya relación con Honecker ya era mala, acudió a regañadientes a la celebración del glorioso cuarenta aniversario de la fundación de la República Democrática Alemana. Se quedó sorprendido al ver cómo los jóvenes, incluso los que eran miembros del Partido Comunista, envidiaban las reformas aperturistas que estaba llevando a cabo en su país y le gritaban por la calle «¡Gorbi, ayúdanos!». Mieczysław Rakowski, el líder del Partido Comunista polaco, le tradujo la súplica al ruso, aunque Gorbachov ya la había entendido. «¡Pero si son activistas del partido! —dijo incrédulo Rakowski—. ¡Esto es el fin!» En los actos de celebración y durante las reuniones con el Politburó y los mandatarios llegados del extranjero, Honecker alardeó de la robustez económica y los innumerables logros del país, ante el manifiesto desdén de Gorbachov. En la calle, seguían las manifestaciones.[3]

Apenas unos días después, el 17 de octubre, sucedió lo inesperado. Después de una semana en la que una parte importante de la élite política del Partido Comunista se dio cuenta de la magnitud de la crisis y de la necesidad de tomar medidas que no implicaran violencia, Honecker fue apartado de su cargo mediante una simple votación del Politburó. La decisión fue unánime. Siguiendo la tradición de «centralismo democrático» de los partidos comunistas, hasta Honecker votó a favor de su caída. Se marchó al día siguiente con lágrimas en los ojos, entre los aplausos del Comité Central del partido. La excusa oficial de su expulsión fueron los problemas de salud. Su sucesor fue Egon Krenz, quien anunció

inmediatamente su intención de llevar a cabo profundas reformas en el país. Pero la gente no le creyó. Las manifestaciones continuaron.

El 1 de noviembre Krenz viajó a Moscú. Tras su llegada al poder, el nuevo Politburó confirmó que el Gobierno de Honecker había estado manipulando la contabilidad nacional y que la realidad era aún peor de lo que se sabía. Las infraestructuras y las industrias se encontraban en un estado lamentable, la productividad estaba por los suelos y entre 1970 y 1988 la deuda se había multiplicado por diez. En Moscú, Krenz le dijo a Gorbachov que si no recibía ayuda económica de la Unión Soviética para abordar las reformas necesarias, seguirían las manifestaciones y las salidas masivas del país, y en algún momento habría que recurrir a la violencia. Krenz quería hacer reformas, pero no renunciar al monopolio del poder que tenía el Partido Comunista. Sin embargo, no consiguió nada.

Mientras tanto, la oposición no paraba de crecer. El movimiento más destacado era el llamado Nuevo Foro. Lo había fundado ese septiembre un grupo de intelectuales, científicos y religiosos que no pretendía tanto una derogación del comunismo como «abrir un diálogo democrático».[4] El 4 de noviembre se celebró una inmensa marcha en Berlín Este. Fue una manifestación peculiar. Günter Schabowski, un portavoz del Gobierno que más tarde tendría un papel notable en la caída del Muro, tomó la palabra entre los manifestantes disidentes para defender el sistema y prometer reformas. Dos días después, el órgano de propaganda del Partido Socialista Unificado de Alemania respondió a las manifestaciones del 4 de noviembre y reconoció, también de una manera peculiar, que el régimen estaba dispuesto a hacer concesiones:

> La demanda de elecciones libres puede en principio apoyarse, puesto que se corresponde con los principios básicos de nuestra constitución socialista, pero esto no debe llevar a abrir las puertas al

> pluralismo de partidos burgués [...]. Las demandas de abolición del papel de líder del PSUA son totalmente inaceptables.

Es decir, las elecciones libres eran admisibles siempre y cuando no hubiera más partidos que el Partido Socialista y no se pusiera en cuestión su liderazgo. Pero a pesar de esta retórica típicamente comunista, el 7 de noviembre los miembros del Gobierno presentaron su dimisión. Al día siguiente, también renunciaron todos los miembros del Politburó, que fueron sustituidos por afiliados más jóvenes y de orientación reformista. Pero las protestas continuaban —los manifestantes se apostaron frente a los edificios de la Stasi, la temible policía secreta, y gritaron consignas como «¡Fuera los cerdos de la Stasi!»— y se publicaron a toda prisa nuevas propuestas que reducían las dificultades para viajar al extranjero. Sin embargo, no se dieron fechas y, en todo caso, la decisión seguía en manos de los burócratas. Krenz afirmó que el Muro era un «baluarte» contra la subversión occidental.[5]

El 9 de noviembre, el Ministerio del Interior trabajaba en una modificación temporal de las leyes existentes para hacer frente a la oleada de salidas del país. Ese día debía entregar al Politburó un borrador que, en esencia, permitiría la concesión de visados a quienes quisieran abandonar la República Democrática, independientemente del motivo y tanto si era de manera temporal como definitiva.

El borrador llegó al Politburó. Los miembros recién elegidos lo aprobaron, presionados por el Gobierno checoslovaco y confiando en que, como les dijo Krenz, contaban con el apoyo de la Unión Soviética. El Consejo de Ministros ratificó la aprobación. Günter Schabowski pasó por el despacho de Krenz antes de dirigirse al Centro de Prensa Internacional, en la Mohrenstrasse, donde el Gobierno celebraba entonces ruedas de prensa

diarias en directo. Krenz le dio el documento que regulaba las salidas del país.

Tras un duro día de trabajo, Schabowski salió a dar la rueda de prensa cansado y distraído. El anuncio de las nuevas reglas de viaje se dejó para el final. A las 18.53, algo sudado y visiblemente exhausto, dijo que «debido a la alteración de la situación referente a la salida permanente de ciudadanos de la RDA a través de la República Socialista Checoslovaca, queda estipulado que...» y procedió a leer un largo y árido documento de jerga legal que, básicamente, decía que, como medidas temporales, se relajaban los trámites para la petición de viajar al extranjero (no habría que demostrar una razón concreta o a qué familiar se pensaba visitar), que «los departamentos responsables del control y registro de pasaportes en las oficinas de distrito de la Policía del Pueblo de la RDA tienen la instrucción de emitir visados para la salida permanente sin demora y sin la presentación de los requerimientos existentes para la salida permanente» y que «son posibles las salidas permanentes a través de todos los cruces fronterizos de la RDA a la RFA y Berlín (Oeste)».

Un periodista italiano, Riccardo Ehrman, le preguntó si en su lectura no había cometido alguna clase de error. Pero Schabowski repitió que, a partir de entonces, los viajes y la salida permanente de la República Democrática Alemana estaban permitidos. Ante su respuesta, otro periodista le preguntó cuándo entrarían en vigor esas medidas. Schabowski afirmó que, a su modo de ver, lo hacían de manera inmediata. A pesar de que hojeó el documento mientras lo decía, no vio que se especificaba que entraban en vigor el día siguiente.

Entre los periodistas se produjo una gran confusión. No estaban seguros de la magnitud del anuncio que acababan de oír. Rápidamente Deutsche Presse-Agentur y Reuters emitieron sendos cables que afirmaban que todos

los ciudadanos de la RDA podían abandonar el país por los puestos fronterizos adecuados. Pero Associated Press lo formuló de otra manera: «De acuerdo con información suministrada por el miembro del Politburó del PSUA Günter Schabowski, la RDA abre sus fronteras».

Justo después, las demás agencias copiaron esa fórmula y las televisiones de Alemania Occidental repitieron: «La RDA abre sus fronteras». Decenas de alemanes orientales empezaron a acudir a varios puntos de control en la frontera con Berlín Oeste con la intención de pedir permiso para cruzar. Los policías no sabían qué hacer. El pleno del Comité Central seguía reunido y en el Gobierno nadie parecía enterado de lo que estaba pasando. Cuando el pleno terminó, Krenz se fue a su despacho y, poco después de las diez, recibió una llamada de Erich Mielke, el ministro de la Stasi. En algunos puntos de control, le contó, las decenas de personas se habían convertido en centenares.[6] El teniente coronel Harald Jäger, que estaba al mando del puesto de control de la Bornholmer Strasse, contó su incertidumbre en una entrevista posterior: «Teníamos la orden de no abrir fuego aunque la frontera fuera franqueada [...]. Pero la gente habría podido morir o resultar herida aunque no se disparara, si se hubieran producido peleas o un ataque de pánico entre los miles reunidos en el paso fronterizo. Esa es la razón por la que le di a mi gente la orden:"¡Abrid la barrera!"».[7] Al principio, los funcionarios estampaban en el pasaporte de los alemanes orientales que pasaban al lado Oeste el sello «sin derecho a retorno», como si les hubieran expulsado. (Este momento histórico fue captado por un equipo de Radio Televisión Española, que grabó primero la sorpresa, y luego la alegría, de los primeros en cruzar el Muro de esa manera.)[8] No sirvió de nada. La gente continuaba llegando a los puntos de control y exigiendo que les dejaran pasar, cosa que siguieron haciendo.

Antes de las diez y media de la noche la televisión pública de la RDA

decía que, a petición de muchos ciudadanos, «les informamos una vez más de las nuevas regulaciones sobre viajes aprobadas por el Consejo de Ministros. En primer lugar: se pueden presentar solicitudes sin tener que ofrecer previamente pruebas de la necesidad de viajar o de relaciones familiares. De modo que: ¡los viajes están sujetos a un proceso de solicitud!». Había que esperar al día siguiente y hacer una solicitud, aunque esta tuviera menos requerimientos que en el pasado. Sin embargo, el programa político de la emisora de Alemania Occidental ARD, que podía sintonizarse desde el lado oriental, abría la información a las 22.40 afirmando que «este 9 de noviembre es un día histórico: la RDA ha anunciado que sus fronteras están abiertas a todo el mundo, con efecto inmediato, y las vallas del Muro permiten el paso».

Fue entonces cuando los berlineses orientales empezaron a acudir en masa a los puestos de control y la situación se desbocó. En los puestos fronterizos aumentó la tensión; en el de la Bornholmer Strasse, la gente que hacía cola comenzó a empujar y derribó la pantalla del control de pasaportes. Harald Jäger, el responsable del puesto, decidió no asumir riesgos y ordenó a sus hombres que dejaran de inspeccionar los pasaportes y abrieran definitivamente las puertas.[9]

Miles de berlineses orientales cruzaron a la parte occidental corriendo, riendo. Al otro lado les esperaban berlineses occidentales que habían acudido a recibirles. Muchos llevaban champán y tabaco para compartir y celebrar. Al poco tiempo, todos los controles fronterizos estaban abiertos e incluso algunos occidentales se adentraban en el lado oriental. El ejército, que estaba en estado de alerta, no recibió ninguna orden. El Muro seguía en pie. Pero «como todos podían ver —cuenta Tony Judt en *Postguerra*, su historia de Europa tras la Segunda Guerra Mundial—, se había abierto una brecha definitiva en el muro y ya no podía haber vuelta atrás. Cuatro

semanas después, se abría la puerta de Brandemburgo, situada justo en medio de la frontera interalemana; durante las vacaciones de Navidad de 1989, dos millones cuatrocientos mil alemanes orientales (uno de cada seis) visitaron el Oeste».[10]

Esa no había sido ni mucho menos la intención de los dirigentes de la RDA, que aun así pensaron que lo sucedido podía servir como válvula de escape de las tensiones y darles tiempo para desarrollar reformas que satisficieran a una población que ahora tenía acceso a Occidente. Pero en lugar de eso, el 1 de diciembre el Parlamento llevó a cabo los últimos ritos de un Partido Comunista agonizante, algo que empezaba a ser sorprendentemente habitual en el bloque soviético. Se eliminó la cláusula de la Constitución según la cual el Estado estaba dirigido por el partido marxista leninista; el Politburó volvió a dimitir en pleno; se eligió a otro líder; se cambió el nombre del partido, que pasó a ser el Partido del Socialismo Democrático; se iniciaron conversaciones con Nuevo Foro y otros grupos de la oposición, y se planearon elecciones libres. Estas tuvieron lugar en marzo de 1990: el Partido del Socialismo Democrático sufrió una gran derrota y logró solo el 16 por ciento de los votos; los socialdemócratas, que se presentaron con una propuesta ambigua sobre la futura relación entre la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana, lograron el 22 por ciento. La Alianza por Alemania, grupo democristiano equivalente a la Unión Demócrata Cristiana que gobernaba en el Oeste, se presentó con una propuesta de unificación, logró el 48 por ciento de los votos y lideró la coalición de Gobierno. El primer presidente democrático de Alemania del Este, Lothar de Mazière, quería una reunificación rápida.

El canciller de Alemania Occidental, el democristiano Helmut Kohl, se sintió respaldado por ese apoyo electoral. Además, ahora los ciudadanos del

Este —que estaba sumido en una pésima situación económica tras años de crisis ocultada y atenazado por la incertidumbre política— podían cruzar libremente al Oeste, y el éxodo aumentaba. Por estas razones, pero también por el profundo argumento histórico y moral de que Alemania debía recuperar su unidad perdida tras la Segunda Guerra Mundial, Kohl y su partido, con el apoyo menos resuelto de los socialdemócratas occidentales, decidieron que las dos Alemanias debían reunificarse. El primer paso fue establecer una unión monetaria. De acuerdo con esta, el marco occidental también sería la moneda de Alemania del Este, y sus habitantes podrían cambiar los viejos e inservibles marcos orientales por los occidentales con una equivalencia muy beneficiosa para ellos de 1 a 1. La medida funcionó y los alemanes orientales dejaron de desplazarse en masa hacia Occidente. Pero aquello tendría unas enormes consecuencias económicas en toda Europa durante los años siguientes.[11]

Estados Unidos, presidido por George H. W. Bush, apoyó sin reservas el proceso de reunificación. Kohl consiguió que Gorbachov también lo aceptara, reconociera que el nuevo Estado gozaba de plena soberanía —lo que incluía su pertenencia a la OTAN— e incluso permitiera la salida gradual de las tropas soviéticas de la mitad este del país. A cambio, Alemania renunciaba a disponer de armas atómicas y químicas, limitaba a 370.000 los integrantes de su ejército y se comprometía a ayudar a la Unión Soviética a modernizarse y a acercarse al modelo europeo. El resto de los países europeos, sin embargo, eran mucho más escépticos con la idea de la reunificación alemana. La primera ministra británica, Margaret Thatcher, se opuso abiertamente al regreso de una Alemania reunificada. «Hemos ganado dos veces a los alemanes y ahí están otra vez», dijo en referencia a las dos guerras mundiales.[12] En una conversación con el presidente de

Francia, François Mitterrand, este también mostró su renuencia. Según recoge el memorando del encuentro, Mitterrand dijo que

> la repentina perspectiva de la reunificación había provocado una especie de *shock* mental en los alemanes. Su efecto había sido convertirlos de nuevo en los alemanes «malos» que habían sido en el pasado. Se estaban comportando con una cierta brutalidad y concentrándose en la reunificación a expensas de todo lo demás. Era difícil mantener buenas relaciones con ellos en ese estado de ánimo. Por supuesto que los alemanes tenían el derecho de autodeterminación. Pero no tenían derecho a alterar las realidades políticas de Europa. No creía que Europa estuviera lista aún para la reunificación alemana.[13]

Estas reticencias tendrían consecuencias a largo y a corto plazo: la desconfianza británica por la posibilidad de que una Alemania fuerte dominara la futura Comunidad Europea y redujera la capacidad de maniobra de Reino Unido fue uno de los orígenes del euroescepticismo que conduciría finalmente al Brexit. A corto plazo, serviría para que Francia presionara a Alemania para que renunciase al marco, la moneda que había dominado durante décadas la economía europea, y aceptara la unión monetaria de buena parte del continente. Felipe González, el presidente español, se mostró de inmediato partidario de la reunificación. En un telegrama enviado a Kohl el 17 de julio de 1990, González le dijo que «al enterarme del feliz resultado de tus conversaciones con el presidente Gorbachov, deseo hacerte llegar mi más cálida enhorabuena por el paso decisivo que supone para la rápida unificación de Alemania en el seno de las instituciones europeas y atlánticas. Con mis mejores deseos de éxito para la continuación del proceso de unidad, te envío un cordial saludo». El 8 de agosto, Kohl le respondió: «Estamos agradecidos a nuestros aliados y vecinos, especialmente a nuestros socios de la Alianza Atlántica y de la Comunidad Europea, por la comprensión y confianza con que vienen respaldando al pueblo alemán en su camino hacia la unidad».[14]

Fuera como fuese, la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana se unificaron oficialmente el 3 de octubre de 1990; lo que sucedió, en realidad, fue más bien que la segunda desapareció y quedó subsumida en la primera. La caída del comunismo había empezado en Polonia poco antes de la apertura de las fronteras entre las dos Alemanias. En esos meses entre finales de 1989 y 1990 cayeron también, de manera parecida, los regímenes comunistas en Checoslovaquia, Rumanía, Hungría, Bulgaria y Yugoslavia. Antes de que acabara 1991, también desaparecería el régimen comunista de Albania y se desintegraría la Unión Soviética.

«¿Por qué cayó el comunismo con tanta celeridad en 1989?», se pregunta Judt con cierta perplejidad.[15] Tal vez la ruina moral, política y económica del comunismo lo condenaban a desaparecer en algún momento, pero nadie había previsto que fuera entonces y de manera tan rápida. En 1990, en un estudio colectivo sobre el futuro de la Unión Soviética, Walter Laqueur, el prolífico y popular historiador estadounidense que parecía encarnar el siglo XX —pues era un judío alemán que había huido de los nazis, cuyos padres murieron en el Holocausto y se había refugiado en Palestina antes de marcharse a Reino Unido y luego a Estados Unidos—, hizo una predicción que en ese momento parecía muy razonable: «Es improbable que al final de esta década la Unión Soviética sea un estado de bienestar basado en el modelo escandinavo y una democracia parlamentaria funcional. Pero una ruptura total es casi igualmente improbable a corto plazo [...]. En el mundo real existen varios estabilizadores y factores retardadores; las sociedades con frecuencia experimentan crisis, incluso crisis graves y peligrosas. Pero raramente se suicidan».[16] Sin embargo, eso era lo que en cierto modo había pasado. «No hay duda de que la facilidad con que reventó la ilusión del poder comunista puso de manifiesto que esos regímenes eran aún más

débiles de lo que nadie podía suponer», afirma Judt. Pero lo cierto es que lo eran desde hacía décadas. ¿Por qué ocurrió en aquel momento? Quizá fuera por la llamada teoría del dominó: una vez empezaron a caer los primeros regímenes comunistas, y a demostrarse con ello que la «necesidad histórica» del comunismo solo era una falacia intelectual o un recurso propagandístico, era lógico que lo hicieran también los demás, por simple contagio. En ese proceso sin duda tuvieron su papel los medios, que permitieron que en algunos países la gente presenciara en directo la revolución, una señal de que los partidos comunistas iban perdiendo poco a poco el monopolio de la información. También fue relevante el carácter pacífico de las revueltas, con la excepción de Rumanía, donde los insurgentes fusilaron a Ceaucescu y a su esposa. «En algún momento crucial todos los regímenes autoritarios agonizantes vacilaron entre la represión y la cesión. En el caso de los comunistas, la confianza en su propia capacidad para gobernar se estaba evaporando con tanta rapidez que las posibilidades de aferrarse al poder únicamente por la fuerza comenzaron a ser escasas, y nada claros los beneficios de hacerlo de ese modo. En el cálculo del propio interés que realizaban la mayoría de los burócratas y *apparátchiks* comunistas, el peso de la balanza estaba cayendo del otro lado: era mejor nadar a favor de la corriente que ser arrastrado por la marea del cambio.»[17]

No fue eso lo que sucedió en China. Las protestas de la plaza de Tiananmén, que tuvieron lugar en junio de 1989, fueron reprimidas por el Gobierno chino y seguidas de la purga de los mandatarios que se negaron a ejercer la violencia contra los manifestantes. Con ello, el Partido Comunista chino asentó su monopolio del poder y empezó a desmentir una teoría surgida en la posguerra mundial que volvería a ponerse de moda en la década de los noventa: la llamada «teoría de la modernización». Según esta,

el desarrollo industrial de los países hacía que sus patrones de crecimiento económico fueran comparables, lo que permitía pensar que en todos los lugares donde se produjera ese desarrollo se irían formando estructuras políticas y modelos sociales semejantes. O, por decirlo de otro modo, todas las sociedades que se industrializaran y, en consecuencia, se enriquecieran, acabarían siendo democracias liberales semejantes a las occidentales.[18] Así había sucedido en países como Portugal, España, Grecia y Corea del Sur, donde la creación de una clase media y la consecución de unas rentas per cápita elevadas habían contribuido enormemente a la transición de la dictadura a la democracia. Ese se esperaba que fuera también el caso de China, un país al que valía la pena integrar en la economía global no solo por los grandes beneficios que generarían en Occidente unos precios más bajos derivados de su mano de obra barata, sino porque ayudaría a convertir al país más poblado del mundo en una democracia. Pero China no cumplió esa hipótesis y siguió con las reformas económicas iniciadas por Deng Xiaoping sin por ello renunciar en absoluto al autoritarismo político.

En todo caso, ¿quién propició ese cambio que condujo hacia el fin del comunismo en Europa? Según Judt, «la aversión al uso de la fuerza era lo único que tenían en común muchos de los revolucionarios de 1989. Eran un grupo insólitamente variopinto», en el que había «comunistas reformistas, socialdemócratas, intelectuales liberales, economistas del libre mercado, activistas católicos, sindicalistas, pacifistas y algunos trotskistas irredentos». En Polonia estaban Lech Walesa, que luchaba contra el monopolio del poder; o Bronislaw Geremek, que veía una dicotomía entre el constitucionalismo parlamentario y el populismo extraparlamentario. La disputa real, decía Adam Michnik, el heroico periodista fundador del periódico demócrata *Gazeta Wyborcza* en 1989, era entre el europeísmo y el nacionalismo. En Checoslovaquia, para Václav Havel, el dramaturgo que se

convertiría en presidente del país, el objetivo era la democracia; para su futuro primer ministro, Vaclav Klaus, lo primordial era el mercado. En el Parlamento húngaro estaban representados, de izquierda a derecha, los miembros del Partido Socialista (es decir, excomunistas), la Alianza de Jóvenes Demócratas, la Alianza de los Demócratas Libres, el Partido de los Pequeños Propietarios, el Foro Democrático, los Demócratas Cristianos y unos cuantos miembros independientes, cada uno con ideas que iban desde el cosmopolitismo urbano hasta el nacionalismo cristiano.[19]

Ese pluralismo demostraba hasta qué punto esos países no podían seguir siendo gobernados por un partido único, pero también implicaba que, una vez derrotado el comunismo, su enemigo común, había que construir otro sistema. Para la mayoría de los revolucionarios que en 1989 acabaron con el comunismo, lo contrario de este régimen no era el capitalismo, sino Europa. Su intención última, aunque no escasearan los nacionalistas, era regresar a una —en parte imaginada— normalidad europea. Una normalidad a la que, en las décadas previas, además, se le había sumado la novedad de una Comunidad Europea erigida en torno «a unos valores "europeos" conscientemente aceptados —derechos individuales, obligaciones ciudadanas, libertad de expresión y de movimiento— con los que los europeos orientales podían identificarse sin ningún problema», decía Judt y proseguía:

> Para la mayoría de los habitantes del bloque comunista, la liberación no implicaba en modo alguno el ansia de lanzarse a una competencia económica sin ataduras y mucho menos la pérdida de los servicios sociales gratuitos, el empleo garantizado, los alquileres baratos y otras ventajas que comportaba el comunismo. Después de todo, una de las abstracciones de «Europa», tal como se imaginaba en el Este, era que ofrecía bienestar y seguridad; libertad y protección. Se podía tener el pastel socialista y comerlo en libertad [...]. Esos sueños europeos presagiaban las decepciones venideras.[20]

Esta interpretación sobre la caída del comunismo contrastaba con otras más habituales en Occidente. En muchos casos se ignoró que, en esencia, lo que deseaban los antiguos países comunistas era abandonar el bloque soviético y volver a la Europa previa al final de la Segunda Guerra Mundial, a la que habían pertenecido. Se interpretó que lo que querían era adoptar con entusiasmo el capitalismo, en particular la versión en auge en aquella época en países como Reino Unido o Estados Unidos: un capitalismo que confiaba ciegamente en los mercados como herramienta de solución de conflictos y sentía un profundo recelo por las intervenciones gubernamentales. La «teoría del imán» de Adenauer, que había sido canciller de la República Federal entre 1949 y 1963, según la cual la libertad y la prosperidad de los países de la Europa occidental atraerían, más pronto o más tarde, a los países que no eran libres ni prósperos, había funcionado. Como lo había hecho la llamada *ostpolitik*, la política de acercamiento, de su sucesor socialdemócrata, Willy Brandt. Y no solo en el caso de Alemania Oriental, sino en el resto del bloque soviético.[21] También influyeron en este proceso el papa Juan Pablo II con su labor en Polonia; Ronald Reagan, cuando le pidió a Gorbachov en un discurso pronunciado en Berlín que derribara el Muro; las presiones de Margaret Thatcher a Gorbachov, o la escalada militar soviética para igualar las inversiones en armamento de Estados Unidos, que casi lleva a la URSS a la bancarrota. Pero el comunismo se desmoronó, sobre todo, por sus propios y evidentes deméritos. El triunfalismo de los países occidentales estaba en buena medida justificado, pero generó equívocos cuyas consecuencias pudieron observarse durante las décadas posteriores en la evolución de los antiguos países comunistas.

Algo más que el fin de la Guerra Fría

Un desconocido profesor estadounidense de ciencia política, Francis Fukuyama, se anticipó por poco a la progresiva desaparición del comunismo. En el verano de 1989, meses antes de la caída del Muro, publicó el artículo «¿El fin de la historia?» en una pequeña revista estadounidense de relaciones internacionales, *The National Interest*, baluarte del pensamiento neoconservador de la época. Previendo el fin del bloque soviético y, con él, el de la Guerra Fría, Fukuyama sostenía que

> el siglo XX fue testigo de cómo el mundo desarrollado se sumergió en un paroxismo de violencia ideológica, cuando el liberalismo se batió primero contra los vestigios del absolutismo, después contra el bolchevismo y el fascismo y, por último, contra un marxismo puesto al día que amenazaba con llevar al apocalipsis definitivo de la guerra nuclear. Pero el siglo que comenzó lleno de confianza en el triunfo final de la democracia liberal occidental parece, cuando está próximo a concluir, que ha descrito un círculo al volver a su punto de partida inicial: no a un «fin de la ideología» o a una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se predijo tiempo atrás, sino a la inquebrantable victoria del liberalismo económico y político. [...] el triunfo de Occidente, de la *idea* occidental, se pone ante todo de manifiesto en el agotamiento total de alternativas sistemáticas viables al liberalismo occidental [...]. Lo que podríamos estar presenciando no es simplemente el fin de la Guerra Fría o la desaparición de un determinado periodo de la historia de la posguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final del gobierno humano.[1]

El artículo, que, debido a su éxito, Fukuyama convertiría en 1992 en un libro con el título *El fin de la Historia y el último hombre* —al que sintomáticamente se le cayeron los signos de interrogación originales—, era al mismo tiempo triunfalista y nostálgico. Consideraba, por ejemplo, que no

era probable que en un futuro próximo Rusia y China se unieran a las naciones desarrolladas de Occidente como sociedades liberales. Pero, al mismo tiempo, le parecía casi inconcebible que China fuera a ser el único país asiático que no se viera afectado por la gran tendencia democratizadora del momento, y aludía a las manifestaciones estudiantiles que se habían producido recientemente en Pekín con motivo de la muerte de Hu Yaobang —un ex alto cargo comunista caído en desgracia por su reformismo—, es decir, los sucesos de Tiananmén.[2] Fukuyama reconocía que, una vez desaparecidos el comunismo y el fascismo, el nacionalismo y la religión podían ser grandes obstáculos para el avance del liberalismo, como lo habían sido desde sus orígenes en el siglo XVIII. Pero se mostraba relativamente optimista sobre la capacidad del liberalismo para contener o subsumir esos fenómenos: «En el mundo contemporáneo —decía— solo el Islam ha presentado un Estado teocrático como alternativa política tanto al liberalismo como al comunismo. Pero la doctrina tiene poco atractivo para quienes no son musulmanes y es difícil pensar que el movimiento pueda adquirir alguna significación universal». Por lo que respecta al nacionalismo, afirmaba que «la gran mayoría de los movimientos nacionalistas del mundo no poseen un programa político más allá del deseo negativo de independizarse de otros grupos o pueblos, y no ofrecen nada parecido a un programa global de organización socioeconómica».[3]

Al mismo tiempo, reconocía implícitamente que la idea de dejar atrás la Guerra Fría, el episodio político que había dado lugar a una polarización global de la que Estados Unidos surgió como superpotencia y gran exportadora de ideología, producía una cierta sensación de vacío. «El fin de la historia será un tiempo muy triste —decía—. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida por una meta puramente abstracta, la lucha ideológica a nivel mundial que requería

audacia, coraje, imaginación e idealismo se verá reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medioambiente y la satisfacción de las sofisticadas demandas consumistas.»[4] El mundo se dividiría entre países históricos —en los que seguirían existiendo conflictos políticos enconados, acusadas brechas sociales y enfrentamientos civiles— y países poshistóricos —las naciones ricas sin grandes tensiones ideológicas—.

Las críticas al artículo, y al libro posterior, fueron muy numerosas. Una de ellas incidía en que Fukuyama parecía creer que, simplemente, dejarían de tener lugar acontecimientos de carácter político y entraríamos en una fase de ausencia de disputas. Ese no era, por supuesto, el planteamiento del politólogo. Otra crítica habitual estaba relacionada con el hecho de que, en aquel momento, el neoconservadurismo estadounidense tuviera en el centro de su agenda política la expansión de los valores norteamericanos a terceros países. Su argumento era que la tesis de Fukuyama implicaba que, previsiblemente, el mundo se plegaría al modelo estadounidense y que Estados Unidos reforzaría su hegemonía ideológica en todo el planeta, aunque fuera mediante la imposición violenta de sus valores. Fukuyama decidió responder en un epílogo al libro añadido en el 2006. «Nada puede estar más lejos de la verdad —afirmó—. La Unión Europea es una encarnación más realista del concepto [de fin de la historia] que los Estados Unidos contemporáneos [...]. He sostenido que el proyecto europeo fue en realidad un traje hecho a medida para el último hombre que surgiría al final de la historia.»[5] Ese último hombre, para Fukuyama, era el humano que emergería en el mundo poshistórico, que viviría en una «sociedad democrática estable, en la que la lucha y el trabajo en el viejo sentido son innecesarios». Los países que aún están sumidos en los conflictos previos a la llegada del fin de la historia «imaginan que serán *felices* cuando lleguen a

esa tierra prometida, puesto que muchas necesidades y deseos que existen en la Rumanía o la China actuales serán satisfechos. Algún día también ellos tendrán lavaplatos y aparatos de vídeo y coches privados».[6] No estaba claro que eso fuera a darles la plena satisfacción, por supuesto. Cabía la posibilidad de conseguirla en el plano político y material, pero nuestra tan humana insatisfacción personal volvería a poner en marcha la historia y provocaría de nuevo más revoluciones y guerras. Pero si en algún lugar era previsible que se pudiera llegar a ese ser humano poshistórico, ese sitio no era Estados Unidos, sino Europa. Para Fukuyama el sueño europeo consistía en trascender la soberanía nacional, la pugna entre potencias, mientras que los estadounidenses, en cambio, seguían teniendo una comprensión bastante más tradicional de la soberanía.[7]

Europa, pues, era el escenario ideal para ese último hombre saciado materialmente, con conflictos políticos de baja intensidad, que había dejado atrás la pasión revolucionaria o reaccionaria y que, solo debido a insatisfacciones más bien personales, podía volver a poner en marcha el proceso histórico. Ese riesgo seguía existiendo, pero seguramente ya no adoptaría la forma de las grandes tragedias políticas del siglo XX y se encauzaría por medio de «guerras metafóricas».

> Las virtudes y la ambición que requiere la guerra es poco probable que encuentren expresión en las democracias liberales. Habrá muchas guerras metafóricas —abogados corporativos especializados en adquisiciones hostiles que se creen tiburones o pistoleros, y *traders* de bonos que se imaginarán, como en la novela de Tom Wolfe *La hoguera de las vanidades*, que son los «amos del universo» [...]. Pero cuando se deslicen en el suave cuero de sus BMW, sabrán, sin ser conscientes del todo, que ha habido pistoleros y amos del mundo de verdad, que habrían despreciado las mezquinas virtudes necesarias para hacerse rico o famoso [en el mundo contemporáneo].[8]

Maastricht: una lección de filosofía económica

En Europa, la posibilidad de que existiera ese humano poshistórico, o lo más parecido a él, se intentó materializar, efectivamente, en una pequeña ciudad holandesa llamada Maastricht. El 9 y el 10 de diciembre de 1991, poco antes de que Fukuyama publicara su libro, los líderes de lo que en aquel momento se conocía como las Comunidades Europeas (formadas por Bélgica, Dinamarca, la Alemania reunificada, Grecia, España, Francia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal y Reino Unido) negociaron y redactaron el Tratado de la Unión Europea, que sería conocido por el nombre de la ciudad donde se escribió. Con él se pretendía cambiar la denominación de las instituciones europeas que hasta aquel momento habían tutelado el proceso de integración económica y comercial: a partir del 1 de noviembre de 1993 pasarían a llamarse, simplemente, Unión Europea. Pero el tratado también representó un salto inmenso en la unión económica y monetaria, en la integración política y, en definitiva, en la configuración de la Unión Europea que conocemos hoy. En él, por ejemplo, se estableció el Fondo de Cohesión, que aportaría dinero para proyectos medioambientales y de infraestructuras en países cuya renta per cápita estuviera por debajo del 90 por ciento de la media de la Unión Europea, como España. De hecho, Felipe González tuvo que pelear por esa idea durante la cumbre y logró convencer a Helmut Kohl. «La cohesión es un pilar de la construcción europea», dijo el presidente español. «Hay que escuchar lo que dice González sobre la solidaridad, pero sin que cueste dinero», replicó Kohl, según la crónica de *El País* sobre los «secretos de la

cumbre».[1] Al final los españoles convencieron a los países ricos, al supeditar la recepción de esas ayudas a los progresos que hiciera el país receptor en convergencia económica. Eso marcó la tendencia de la futura Unión Europea a poner como condición para la concesión de ayudas que los países del sur se acercaran a las ideas económicas basadas en el rigor y la ortodoxia de los países del norte y cumplieran determinados objetivos. Fue lo que, dos décadas más tarde, durante la crisis del euro, se llamó reiteradamente «condicionalidad».

Y fue en Maastricht donde se concretó, de manera inédita en tiempos de paz, la fusión de las monedas europeas. Como cuenta el historiador financiero David Marsh, a diferencia de la mayoría de las reconfiguraciones monetarias del pasado, esta nueva realidad no fue

> la consecuencia de ningún levantamiento militar ni de una revuelta social. El dinero ya no luchaba en la retaguardia, detrás de las líneas; marchaba hacia el frente, liderando la nueva Europa [...]. Las motivaciones del Tratado de Maastricht eran múltiples: la diversidad de los objetivos resultaba asombrosa. Una moneda europea serviría de puente entre el pasado, el presente y el futuro, sanaría las heridas sociales, fortalecería los vínculos políticos y reviviría las fortunas económicas.[2]

Para que eso fuera posible, los países miembros de la Unión Económica y Monetaria pactaron unas reglas estrictas a las que deberían someterse aquellas naciones que decidieran seguir adelante en el camino hacia la moneda única. Unas reglas de contención del gasto y de cautela en el endeudamiento públicos cuyas profundas implicaciones solo serían evidentes veinte años más tarde, tras la crisis económica desatada por el colapso financiero del 2008.[3] También entonces se volvió a discutir acerca de la idea de «zona monetaria óptima», es decir, la región geográfica en la que la economía rendiría al máximo posible si compartía una única moneda. ¿Era ese el caso de Europa?

En *El euro y la batalla de las ideas*, una de las mejores historias sobre la

moneda, Markus K. Brunnermeier, economista alemán y asesor de grandes organismos internacionales; Harold James, historiador de la Universidad de Princeton, y Jean-Pierre Landau, exvicegobernador del Banco de Francia, cuentan cómo las negociaciones para llegar a esos acuerdos pusieron de manifiesto las dispares filosofías económicas de Alemania y Francia. Las discrepancias entre las dos potencias europeas eran una muestra de las profundas diferencias existentes entre las tradiciones económicas de ambos países, que tenían su origen en la Segunda Guerra Mundial. Alemania había salido de la debacle convencida de que solo las reglas inflexibles podían impedir la arbitrariedad y los excesos de gasto y de deuda en los que había incurrido el régimen nazi. Por su parte, los franceses, tras la invasión alemana y la brutal posguerra, pensaban que la resolución de las crisis requería una gran flexibilidad e inventiva y, en consecuencia, la aceptación de que, en ocasiones, el Estado debía gastar grandes cantidades imprevistas de dinero público para sacar la economía del estancamiento.

«La principal preocupación alemana era que las grandes cargas en deudas fiscales llevaran a la financiación monetaria y, en última instancia, a casi la bancarrota por medio de la inflación de precios, como ocurrió en los setenta, especialmente en Italia y Reino Unido.»[4] La historia demostraba que cuando los países muy endeudados tenían problemas para devolver su deuda tendían a promover la inflación, lo cual hacía que su moneda perdiera valor y se abaratara la deuda que había que devolver. El Tratado de Maastricht incluyó la llamada «regla de no rescate»: ningún país podía rescatar a otro, y si alguno tenía problemas debidos a una deuda excesiva, no podía aumentar la masa monetaria, ya que eso estaría en manos del Banco Central Europeo, que se crearía más adelante. Así, la única solución posible para los países incapaces de devolver la deuda era declarar la bancarrota y hacer las reformas necesarias para recuperar la credibilidad

ante los compradores de deuda. Los tipos de interés que cada país pagaría por su deuda reflejarían ese riesgo de bancarrota. Es decir, si los países del norte tenían economías más dinámicas y eficientes que las del sur, era previsible que pagaran menos intereses por su deuda, porque el riesgo que asumían quienes la compraban sería menor. De la misma manera, si países como España, Italia o Grecia pagaban mucho más por su deuda, porque el riesgo de pérdida de la inversión era mayor, eso incentivaría que llevaran a cabo reformas para reducir el diferencial, que en España se haría célebre como «prima de riesgo». Además, el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, adoptado en 1997, pondría un límite al déficit (la diferencia entre gastos e ingresos) en el que podían incurrir los gobiernos. Todas estas salvaguardas, límites y seguros respondían, en buena medida, a las ideas alemanas sobre política monetaria. Tras la firma del Tratado de Maastricht el 7 de febrero de 1992, Carlos Solchaga, el ministro de Economía español, mostró su confianza en que España estaría a la altura: «Ya hemos hecho un gran esfuerzo desde nuestro ingreso en 1986. Lo que más me preocupa ahora es el problema de la inflación. Mantenerla [a raya] supondrá ganar un margen de competitividad que facilitará el resto de las obligaciones para sumarse al carro de la moneda única».[5]

El tratado estableció que la unión monetaria entrara en vigor en 1997 o, como tarde, en 1999. Esta horquilla dependía de la consecución de los criterios para la convergencia económica: inflación, tipos de interés y posiciones presupuestarias y de deuda. Los criterios de convergencia que estipulaba Maastricht —es decir, la fijación de determinados objetivos económicos iguales para todos los países firmantes del tratado— establecían que el déficit presupuestario máximo de un Estado podía ser del 3 por ciento. La cifra la sugirió Jean-Claude Trichet, que entonces era el

director general del Tesoro francés y más tarde, al principio de la crisis financiera del 2008, sería el presidente del Banco Central Europeo.[6]

Sin demasiados rodeos, los autores de *El euro y la batalla de las ideas* afirman que el Tratado de Maastricht «está en la raíz de los problemas actuales. Asumió de manera demasiado simplista que la estabilidad de precios», es decir, la contención de la inflación, «era suficiente para conseguir la estabilidad financiera, y que la política fiscal», es decir, la manera en que los gobiernos recaudan y gastan, «no desempeñaba ningún papel en la consecución de la estabilidad de precios». De hecho, las motivaciones para la firma del tratado habían sido demasiado dispares para lograr unos objetivos consensuados. Para el canciller alemán, Helmut Kohl, la unión monetaria ni siquiera era un proyecto esencialmente económico, sino político y con motivaciones morales, cuyo fin era acabar de una vez por todas con las guerras entre Francia y Alemania que se habían repetido en los últimos siglos. Algunas interpretaciones más siniestras, que tras la crisis financiera del 2008 resurgieron sobre todo en los países del sur, afirmaban que en realidad la unión monetaria había sido un plan maestro alemán para asegurarse la dominación económica del continente sometiendo a los estados de la periferia a la rigidez fiscal establecida en el tratado.[7] Así lo interpretó la facción del Partido Conservador británico que más tarde impulsaría el Brexit. Ya en julio de 1990, Nicholas Ridley, el secretario de Estado de Comercio e Industria del Gobierno de Margaret Thatcher, declaró a la revista conservadora *The Spectator* que la unión monetaria europea era «un chanchullo alemán diseñado para dominar toda Europa». Sobre la posibilidad de ceder parte de la soberanía nacional a la entonces llamada Comisión de las Comunidades Europeas, dijo que «ya puestos, se la das a Adolf Hitler». El texto iba acompañado de una viñeta en la que Ridley sostenía una pancarta en la que aparecía Helmut Kohl con un

bigotillo hitleriano.[8] Otra interpretación habitual, sobre todo entre los más triunfalistas en Francia, era que François Mitterrand había conseguido de una vez por todas poner fin a la dominación monetaria del banco central alemán, el Bundesbank, y exportar la visión estatalista francesa al resto de Europa. Para algunos comentaristas conservadores alemanes, que veían con recelo el proyecto de la moneda única, este modelo en el que el Estado desempeñaba un papel destacado en la planificación económica y el gasto público representaba una parte mayor del PIB daba pie a la irresponsabilidad fiscal de los países del sur, e incluían a Francia en su noción de «sur».

En cualquier caso, lo cierto es que, si existía la posibilidad planteada por Fukuyama de construir instituciones políticas que fueran distintas de las históricas y, en el mejor de los casos, trascendieran los problemas políticos más aciagos —el nacionalismo, la guerra, el etnicismo, la búsqueda de la homogeneidad religiosa—, eso era exactamente lo que en ese momento estaba intentando hacer la futura Unión Europea. Hasta entonces sus instituciones se habían basado en fundamentos plenamente históricos: en primer lugar, el recuerdo de quienes habían experimentado los desastres del nazismo y la Segunda Guerra Mundial; en segundo lugar, la necesidad de construir un bloque político y económico con la fortaleza suficiente para hacer frente al bloque soviético y, como habían propuesto Konrad Adenauer o Willy Brandt en Alemania, que fuera superior en casi todos los aspectos imaginables. Pero tras la caída del Muro de Berlín, y con la firma del Tratado de Maastricht, se emprendió un camino nuevo que dejaba de lado la idea tradicional de soberanía nacional, que había sido una de las nociones centrales de la política global desde la Paz de Westfalia en el siglo XVII. Se volvió habitual afirmar que la Unión Europea era una construcción política de naturaleza posmoderna, algo que ya era manifiesto en su unión

económica y monetaria y en el itinerario planteado por Maastricht de «una unión cada vez más estrecha».

Ante esta gran innovación institucional, enseguida se produjeron muestras de escepticismo. A principios de los años noventa, en Francia Jean-Marie Le Pen lideraba una pujante fuerza política de extrema derecha que en 1991 presentó una lista con «cincuenta medidas a tomar en materia de inmigración».[9] En Italia los neofascistas de la Liga Norte de Umberto Bossi y la Alianza Nacional de Gianfranco Fini entraron en el primer Gobierno de Berlusconi en 1994 con un mensaje fuertemente nacionalista y contrario, según Bossi, a la Europa de las «grandes concentraciones favorecidas por los reyes del dinero [que] constituyen una oscura oligarquía antidemocrática».[10] En Países Bajos los nacionalistas formaban parte de la política mayoritaria y el Partido de la Libertad de Jörg Haider, de extrema derecha, llegó a conseguir el 22 por ciento de los votos en las elecciones nacionales austriacas. Ya entonces, esas y otras cosas que hoy resultan sorprendentemente familiares —el éxito de la retórica nacionalista en las zonas deprimidas, el aumento de la desigualdad tras década y media de reducción del estado de bienestar, el escepticismo respecto a unas instituciones europeas lejanas y abstractas— llevaron a Tony Judt a pensar en 1994 que

> «Europa» es un concepto demasiado amplio y demasiado nebuloso para forjar en torno a él una comunidad humana convincente [...]. Bien podría ser que la nación —con la memoria común que representa y el Estado que la encarna, con su estructura familiar y adecuadamente gradual— sea la única fuente, y también la mejor adaptada, de identificación colectiva y comunal. Dado el espectacular derrumbe de las grandes metas abstractas universales de la utopía socialista, y la insostenible promesa de una unión continental aún más grande y más próspera, las virtudes de una unidad social basada en la proximidad geográfica y enraizada en el pasado en lugar de en el futuro tal vez se han subestimado.[11]

Tenía sentido que un historiador como Tony Judt pusiera énfasis en el pasado europeo, sobre todo en un contexto en el que ese pasado había vuelto de manera desordenada y un tanto repentina, a medida que los países que durante alrededor de medio siglo habían vivido bajo el comunismo intentaban comprender qué había sucedido y cómo restablecer sus vínculos con la Europa libre. También porque la generación que había participado en la Segunda Guerra Mundial, y conocido sus dramáticas consecuencias, empezaba a morirse. Y estas consecuencias habían sido el motivo último de la creación de los antecedentes de la Unión Europea, sin el cual podía pensarse que el proyecto corría el riesgo de desvanecerse. Pero más allá de la retórica con la que Maastricht recordaba brevemente la importancia histórica de terminar con la división del continente europeo, el tratado era un documento nítidamente orientado al futuro. El texto era esencialmente de carácter técnico, con una sucesión de artículos que parecían la encarnación burocrática del mundo poshistórico que había imaginado Fukuyama, en el que la falta de emociones ideológicas y de grandes conflictos políticos se vería acompañada de un enorme énfasis en el bienestar material. Así, el artículo 2 del artículo G del título II afirmaba que

> la Comunidad tendrá por misión, mediante el establecimiento de un mercado común y de una unión económica y monetaria y mediante la realización de las políticas o acciones comunes [...] un desarrollo armonioso y equilibrado de las actividades económicas en el conjunto de la Comunidad, un crecimiento sostenible y no inflacionista que respete el medioambiente, un alto grado de convergencia de los resultados económicos, un alto nivel de empleo y de protección social, la elevación del nivel y de la calidad de vida, la cohesión económica y social y la solidaridad entre los Estados miembros.[12]

La prosa era casi ilegible, pero el propósito era claro: abundancia pero, con un giro muy alemán, sin inflación.

En contraste con el pesimismo cauteloso de Judt, el estado de ánimo

general era de un enorme optimismo respecto a las posibilidades de esta nueva herramienta. Aunque pueda resultar paradójico, la propia existencia de una crítica articulada y con una representación electoral importante en muchos países puso de manifiesto el carácter político —y no solo burocrático o comercial, como podía parecer hasta entonces— del proyecto europeo. En el continente, tras la caída del comunismo y el fin de la Guerra Fría, «Europa» parecía el único camino viable para los países ricos, o los que deseaban serlo. Aunque sus valores eran reales, se había convertido también en una especie de idea abstracta en la que todo el mundo podía proyectar sus deseos: de modernización, de democracia, de integración comercial, de regreso a la vieja Europa sin pasaportes previa a la Primera Guerra Mundial, de articulación política de un continente cristiano desunido desde la caída del Sacro Imperio Romano Germánico, de ayuda al desarrollo interno o de seguridad vinculada al fortalecimiento de la OTAN. En ese momento, todos veían en Europa una forma u otra de futuro, no necesariamente posnacional, pero sí nacional «de otra manera».

Modernidad, al fin

España tenía motivos para estar satisfecha. En 1977, veinticinco años después de que entrara en vigor el Tratado de París, que puso en marcha la creación de las instituciones europeas, el país había solicitado la entrada en la Comunidad Económica Europea (CEE). En junio de 1985, en su tercera ampliación, España firmó la adhesión a la CEE junto a Portugal, que entró en vigor en 1986, como recordaba Solchaga. Y el 7 de febrero de 1992, ratificó con los otros once estados de la Comunidad el Tratado de Maastricht.

El país había pasado de ser una anomalía europea gobernada por una dictadura militar a un miembro del reducido grupo de naciones que lideraba la integración del continente. La transición fue relativamente rápida, y tuvo una enorme importancia simbólica, además de política y económica. La entrada en la Comunidad Económica Europea supuso un compromiso evidente con un sistema democrático que era análogo al del resto de los estados miembros. Y también con la modernización de la economía para, a medio plazo, cumplir los objetivos fijados de estabilidad de precios y consolidación fiscal de las cuentas públicas.[1] En cierto sentido, España «había vuelto» a Europa tras una separación de casi cincuenta años de dictadura. Y lo hacía para abrazar de manera definitiva la modernidad. Esta modernización implicó sacrificios ineludibles, que a medio plazo permitirían compartir la prosperidad de los vecinos del norte, admirada y deseada al menos desde 1898, cuando, tras la pérdida de las últimas colonias españolas, Cuba y Filipinas, una parte de España se sintió

expulsada de la comunidad de naciones modernas. Durante buena parte del siglo XX, Europa fue un destino lejano que exigía la modernización del país para darle de nuevo la bienvenida.

En 1992 eso se había conseguido de manera plena, y la satisfacción era evidente. La firma del Tratado de Maastricht, sin embargo, se producía después de que la hegemonía política del PSOE empezara a debilitarse y de que una parte importante de la izquierda sintiera un notable desencanto con las políticas económicas socialistas. Tras la euforia de su llegada al poder en 1982, la izquierda había ido constatando que el Gobierno de Felipe González, primero con Miguel Boyer y después con Carlos Solchaga como ministros de Economía, se había enfrentado a la crisis económica de principios de los años ochenta y a la reconversión industrial con herramientas económicas ortodoxas. Estas iban desde la devaluación de la peseta, la subida del precio de los carburantes y el aumento de la presión fiscal hasta los intentos de reducir la inflación con una política monetaria más dura y, por encima de todo, la contención de los salarios y el progresivo desmantelamiento de los sectores industriales en crisis. «Ante las primeras movilizaciones importantes contra la política del Gobierno de enseñantes, estudiantes y el sector de la sanidad» —cuenta Joaquín Estefanía en *La larga marcha*, una historia de la economía española desde la Transición hasta el primer Gobierno del Partido Popular—, en 1988 el PSOE se vio obligado a introducir «un cambio en las prioridades presupuestarias para favorecer el gasto social» y a «gobernar de otra manera»; es decir, a retomar el diálogo con los sindicatos. Este se había ido deteriorando, y si el PSOE pensaba que su política económica había sido la única posible en ese contexto, el sindicato Comisiones Obreras afirmaba que «había servido sobre todo para sanear el sector empresarial a cuenta de transferir rentas de trabajo al capital y de generar más de tres millones de

parados», en palabras de Estefanía.[2] Estas divergencias entre el Partido Socialista y los sindicatos se vieron agravadas cuando el Gobierno presentó el Plan de Empleo Juvenil, que liberalizaba parte del mercado de trabajo, sin consultar con los sindicatos. Estos lo consideraron una afrenta. Esto condujo a la huelga general del 14 de diciembre de 1988, quizá la señal más explícita de la ruptura de una izquierda que ya no aceptaba que la política económica del Gobierno fuera la única posible, sobre todo en un momento de recuperación como aquel, en el que los ajustes habían dado fruto.

Fuera como fuese, el PSOE ganó las dos elecciones de 1989, las europeas y las nacionales. Y «en los Presupuestos Generales del Estado de 1990 y 1991 —dice Estefanía—, los mayores ingresos derivados del crecimiento económico fueron destinados a dar satisfacción a las demandas sociales y a atender las exigencias sociales, además de incrementar las inversiones públicas».[3] Además de ese giro social que tanto habían reclamado sus propias bases, el Gobierno invirtió enormes cantidades de dinero público en dos acontecimientos cuya finalidad explícita era evidenciar ante el mundo que España había entrado de lleno en la modernidad. Si el 7 de febrero el país ratificaba el Tratado de Maastricht con el resto de los estados de la Comunidad Económica Europea, el 20 de abril se inauguró la Exposición Universal de Sevilla y el 25 de julio, los Juegos Olímpicos de Barcelona.

Durante la inauguración de la Expo 92 el sentimiento dominante fue de alivio. Se había organizado con motivo del quinto centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América y su lema decía: «La era de los descubrimientos». Pretendía celebrar, en palabras del rey Juan Carlos I, «la grandiosa aventura científica, tecnológica y humanística de estos cinco siglos [...] el diálogo de los pueblos, el conocimiento mutuo, el intercambio cultural, la información compartida, como vías para el entendimiento y la solidaridad». Sin embargo, desde que en 1985 se decidió ubicar la

exposición en la isla de la Cartuja, un terreno ocupado tan solo por un monasterio abandonado, una antigua fábrica de cerámica y campos, no pararon de surgir problemas.[4] Las obras empezaron con retraso. Con el titular «Mañana comienzan las obras de la Expo 92», el *ABC* de Sevilla contaba que el 26 de enero de 1987, «tras varios meses de dilaciones y retrasos que incluso pusieron en duda la propia celebración del evento del 92 [...] entrará en la isla de la Cartuja la primera máquina».[5] Durante aquellos años el *ABC* insistió reiteradamente en esas demoras; en parte, tal vez porque tanto el Ayuntamiento de Sevilla como la Junta de Andalucía y el Gobierno central estaban en manos del PSOE. En julio de 1989 informó del «retraso del denominado eje de carreteras norte-sur y del transversal este-oeste, de las obras de ampliación y mejora del aeropuerto de Sevilla y otros trabajos decisivos para el éxito de la Expo».[6] En 1991 el diario advertía que la construcción del más lujoso de los nuevos hoteles de la ciudad, en el que algunas autoridades ya habían reservado habitaciones para su visita a la Expo, «está paralizada y existe seria preocupación en la cúpula directiva de la Sociedad Estatal ante la inexistencia de nuevos inversores que se hagan cargo de las obras ante la quiebra de la empresa que lo edificaba».[7] El 18 de febrero de 1992, uno de los cinco edificios más emblemáticos del recinto, el llamado pabellón de los Descubrimientos, fue arrasado por un incendio. El primer AVE procedente de Madrid, que el periódico recordaba que había costado un 70 por ciento más de lo presupuestado en principio, llegó a Sevilla el 14 de abril, menos de una semana antes de la inauguración.[8]

Pero, finalmente, la Expo pudo dar comienzo en la fecha prevista con la mayoría de los pabellones y las infraestructuras terminados. Hasta el *ABC* reconoció en su portada del día siguiente que «La organización fue ejemplar durante el primer día de apertura del recinto» sobre un retrato del rey, que

había dado un discurso en el que había hecho hincapié en que se trataba de «la mayor exposición de la historia».[9] Lo fue. Participaron con pabellones propios ciento ocho países y organizaciones internacionales como la Comunidad Europea. Las instalaciones de los doce países miembros se edificaron alrededor del pabellón de la Comunidad y a lo largo de la llamada avenida de Europa. «De esta manera —decía la guía oficial de la Expo— los estados miembros manifiestan su disponibilidad para mostrarse a sí mismos ante el mundo como una realidad palpable.»[10] El pabellón de la Comunidad era una torre cónica de cincuenta metros con los colores de las banderas de los países, que se erigía simbólicamente como un «gran faro» que iluminaba el camino hacia la unidad de Europa. También tenían pabellones las comunidades autónomas españolas y las grandes empresas patrocinadoras del evento, como Cruzcampo, Rank Xerox, Siemens o Fujitsu. La mascota era Curro, un pájaro con cresta y pico de colores y patas de elefante.

Otras intervenciones de la inauguración, como la del presidente del Gobierno, Felipe González, o la de Manuel Chaves, el presidente de la comunidad autónoma andaluza, fueron más allá del contenido de la exposición o de su simbología. La Expo había sido, además de una ocasión para celebrar quinientos años de descubrimientos geográficos y científicos, el diálogo intercultural o la diversidad del mundo, otro tipo de oportunidad. Por un lado, González, que mostró su alivio por haber «hecho honor a la palabra dada» y poder inaugurar la Expo como se esperaba, afirmó que esta había sido un proyecto de Estado, que había contribuido a «vertebrar Andalucía», y que se enmarcaba dentro de una serie de políticas que contribuirían a su desarrollo dentro del conjunto de España. Chaves, por su parte, hizo hincapié en el hecho de que la exposición, y sus numerosas obras e inversiones públicas y privadas, «ha sido un revulsivo en la vida de

Andalucía. Una ocasión para llevar a cabo una profunda renovación de los comportamientos colectivos, una mejora de los servicios públicos, y una modernización sustancial de los equipamientos e infraestructuras». Pero las implicaciones no solo tuvieron una interpretación histórica, es decir, en relación con el pasado andaluz, sino también con su futuro: la Expo, dijo Chaves, «ha permitido a la sociedad andaluza llegar a tiempo a su cita con el progreso».[11] El aquel momento, el mensaje era que el Estado se había comprometido seriamente con una región hasta entonces retrasada, que por fin encaraba el progreso con el optimismo de un país que mira al futuro y que, además, sabe sobreponerse a los problemas, como hicieron los responsables de la Expo que lograron que se inaugurara según lo previsto. España no solo formaba ya parte estructural de Europa y de las instituciones que se creaban para su gobernanza, sino que por fin había emprendido una regeneración interna y definitiva, modernizando todas las regiones que hasta entonces no lo habían hecho de manera plena.

Y era hora, además, de que el resto del mundo lo supiera. A la exposición acudió Alan Riding, el corresponsal cultural de *The New York Times* en Europa, que contempló asombrado el espectáculo.

> Durante siglos, los visitantes se han subido a la Giralda para ver Sevilla desde lo alto de la torre de su inmensa catedral de estilo gótico temprano. Y durante siglos, lo que han visto son palacios, parques y una miríada de iglesias colocadas ante un trasfondo de cuarteados campos andaluces y el legendario río Guadalquivir. Pero hoy, si te alzas ochenta metros por encima del suelo y miras al noroeste, esa visión se ha transformado por la repentina aparición de una extraña ciudad nueva, una ciudad de teatros al aire libre, edificios ultramodernos, lagos artificiales, avenidas sombreadas, puentes de diseñador y teleféricos que cubren las más de doscientas hectáreas de la verde isla de la Cartuja.

Riding no estaba seguro de entender todo aquel despliegue frente a la belleza de la vieja Sevilla, pero aun así le parecía extravagante y admirable.

¿Por qué gastarse 2.000 millones de dólares en la Expo en sí, y 10.000 millones más en proyectos relacionados como la mejora urbana de Sevilla y el AVE? «¿Por qué molestarse? Era una pregunta que no dejaba de hacerme mientras bajaba la mirada desde el teleférico que se desplazaba suavemente.» Y se la formuló directamente a Jacinto Pellón, el presidente de la Expo. ¿Por qué? «"Locura colectiva", fue la manera en que alegremente lo dijo Pellón. "Nació en un momento de euforia económica", prosiguió. "Si empezáramos hoy, no habría sido así. De hecho, es probable que no hubiera empezado. Ahora parece una especie de utopía."»[12]

Así lo recordaba más tarde, en un documental televisivo que rememoraba la Expo, Emilio Cassinello, su comisario general: «Las exposiciones universales hacen de portavoz de la modernidad de sus pueblos. Y la verdad es que yo creo que la Expo de Sevilla cumplió ese cometido sobradamente. Nos presentamos al mundo en el 92, en una situación además internacionalmente complicada [...]. Fue un escenario muy complicado que resolvimos muy bien con una exposición universal [...] de gran éxito». En el mismo sentido se expresó Julio Cuesta, el encargado de organizar los actos del 25 aniversario de la Expo: «España expresó en ese momento su compromiso con la modernidad y tuvo la capacidad de persuasión, de liderazgo, de convencer a la comunidad internacional de que participara masivamente en la exposición. Esa fue probablemente la ratificación de que a España se la estaba considerando como un agente importante en el futuro».[13]

El 13 de mayo de 1985 Barcelona presentó ante el Comité Olímpico Internacional su candidatura oficial a organizar los juegos de la XXV Olimpiada de la era moderna, que tendría lugar en 1992. «Naturalmente —escribió Pasqual Maragall, el alcalde por aquel entonces, en el libro *Refent Barcelona* («Rehaciendo Barcelona»)—, no se trata solo de la hipótesis de

quince días de competiciones deportivas de primera categoría mundial, sino de un fenómeno de complicidad o de consenso entre los ciudadanos y los poderes públicos de este país.» Los Juegos Olímpicos podían ser la excusa perfecta para dar un nuevo impulso a la ciudad, como antes habían hecho las exposiciones de 1888 y 1929. Esta vez, se trataba de poner al día las infraestructuras tecnológicas y, sobre todo, el ordenamiento urbanístico, que desde la transición democrática había estado sometido a un intenso debate y era un asunto central para la administración socialista de Maragall. Su teniente de alcalde, el geógrafo Jordi Borja, había afirmado que las grandes ciudades «tenían que ser focos de innovación y de modernización, tenían que ser muy abiertas y móviles desde el punto de vista social [...]. Las ciudades que no lograran adaptarse a esta nueva realidad estaban condenadas a la decadencia», tal y como recoge *La ciudad interrumpida*, el ensayo de Julià Guillamon sobre el impacto cultural del nuevo modelo urbanístico barcelonés. Según Guillamon, existía una notable oposición al proyecto, especialmente entre escritores e intelectuales que temían que ese proceso de modernización de la ciudad acabara despojándola de sus rasgos más auténticos, espontáneos y únicos, y la introdujera en una fase de homogeneización que la hiciera indistinguible de las demás ciudades del mundo capitalista y cada vez más globalizado. Pero el propio Manuel Vázquez Montalbán, el emblemático escritor y periodista de izquierdas barcelonés que encadenaba críticas a la situación política del país y la deriva del PSOE, reconocía las dificultades de sostener esa oposición intelectual a la renovación de la ciudad: «Muchas veces le asalta a uno cierta angustia por si, a través de la crítica de lo que hace el poder, no puede llegar a dar la impresión de cierto conservadurismo; es decir, instalarnos en una ciudad ya sabida, ya conocida, y estar en contra de todo lo que sea renovación».[14]

Fuera como fuese, el 17 de octubre de 1986, el Comité Olímpico Internacional (COI) escogió Barcelona como la sede de la XXV Olimpiada de la era moderna. Barcelona recibió más votos que Ámsterdam, Belgrado, Birmingham, Brisbane y París. Después de que Juan Antonio Samaranch, el presidente barcelonés del COI, anunciara que la organización de los Juegos se encargaba «*a la ville de* Barcelona», la ciudad estalló en celebraciones que reunieron a cientos de miles de personas y que se prolongaron hasta que regresó la embajada barcelonesa que se había desplazado a Lausana, sede del COI.

Para la organización de los Juegos, el Ayuntamiento de Barcelona, la Generalitat de Catalunya, el Gobierno español y el Comité Olímpico Español crearon el Comité Organizador Olímpico de Barcelona (COOB 92), una sociedad privada bajo control accionarial público encargada de gestionar todas las obras públicas y los derechos televisivos, y de coordinarse con el COI. Del nombre del comité organizador derivaría el de la mascota de las Olimpiadas, Cobi, un perro de raza pastor catalán diseñado por Javier Mariscal, con una estética a medio camino entre el cómic y el cubismo.

La memoria oficial de las Olimpiadas, que se publicó en 1993, afirmaría que

> la consecución de los Juegos Olímpicos por la ciudad de Barcelona permitió la realización de una serie de actuaciones urbanísticas largamente postergadas. La urbanización definitiva del parque de Montjuïc, la recuperación de las playas y la fachada marítima, la reforma urbanística de las cuatro áreas olímpicas, la construcción de las rondas de circunvalación, las nuevas instalaciones deportivas y las grandes obras de telecomunicaciones fueron las principales actuaciones que se pudieron llevar a cabo gracias a la celebración de los Juegos . Los Juegos formaron parte de una estrategia de desarrollo de la ciudad y constituyeron un estímulo para el importante esfuerzo inversor que tuvo lugar en estos años.[15]

Este esfuerzo se valoró en 753.708 millones de pesetas (algo más de 4.500 millones de euros), de los cuales la inversión pública supuso un 70,44 por ciento (de ella, un 48 por ciento correspondió al Gobierno central y un 19 por ciento a la Generalitat, el resto a ayuntamientos y el propio COOB) y la privada un 29,56 por ciento. «Han sido los mejores de la historia olímpica», dijo pocos días después de la clausura de los Juegos Olímpicos Juan Antonio Samaranch en una entrevista concedida a *La Vanguardia*. Lo constataba, afirmó, «tras haber escuchado y leído los comentarios de los medios informativos internacionales, que para mí han sido los jueces verdaderos de Barcelona 92». En realidad, decía, «no esperaba que el éxito fuera tan rotundo como lo ha sido».[16]

Los Juegos, pues, habían conseguido sus objetivos. En términos económicos, la organización había obtenido beneficios y generado un enorme impacto en la economía española, que un informe del Ayuntamiento cifró en el 0,9 por ciento del producto interior bruto durante el periodo 1987-1992.[17] Pero además habían supuesto la reinvención de la ciudad en términos urbanísticos y culturales, exactamente lo que pretendían sus promotores, con el Ayuntamiento de Pasqual Maragall a la cabeza, y también lo que habían previsto sus críticos, siempre minoritarios. Aunque los puntos de vista socialista y nacionalista fueran dispares, no dejaban de conformar un cierto consenso —que algunos nacionalistas quisieron forzar mostrando al mundo sus ansias independentistas durante las competiciones — y la ciudad había logrado adoptar los rasgos de lo que en aquella época se denominaba con frecuencia la posmodernidad. Una especie de trueque que implicaba la renuncia a su personalidad y a muchos rasgos históricos a cambio de un futuro próspero, materialmente cómodo y comercializado de manera eficaz. La ciudad se estilizaba, el diseño definía su carácter, el poder público creaba con talento el mensaje de que las autoridades y la sociedad

caminaban juntas en armonía. Al mismo tiempo el precio del suelo edificable se disparaba y la experiencia urbana se convertía en una mercancía de rostro amable, precio caro y abierta a todo aquel que pudiera pagarla. «Para Barcelona —dijo Samaranch— los Juegos han sido no solo rentables sino necesarios. La ciudad se ha puesto al día en infraestructuras y, además, lo más importante, ha podido llenar un vacío de muchos años en los que no se hizo en la ciudad todo aquello que debería haberse hecho.»

En un artículo publicado en *La Vanguardia*, que entonces se convirtió en una especie de altavoz del éxito de los Juegos, Francisco de Sert, el conde de Sert, una figura relevante en la alta sociedad barcelonesa, expresaba debidamente ese entusiasmo por el éxito merecido y esbozaba el uso político que debía hacerse de él:

> Esa nueva España, plural y democrática, ya latente en todos estos años y que los Juegos de Barcelona nos han descubierto dándola a conocer al mundo, tiene que impulsar a una nueva Barcelona, abierta y universal, a través de la cultura. Una Barcelona cosmopolita, con *rauxa*, al tiempo que recupera aquella imagen acogedora y entrañable de cuando era la capital del antifranquismo. Barcelona, abanderada de la cultura que arrastra con su nueva imagen a Cataluña entera, necesita otro timonel a la cabeza de la Generalitat. Parece que todo apunta a quien puso las bases para que en un futuro estas expectativas sean posibles: Pasqual Maragall.[18]

A esa tarea se dedicaría Maragall, y con él todo el socialismo catalán, en la década siguiente.

El éxito de los Juegos Olímpicos, de la Expo y la firma del Tratado de Maastricht se habían interpretado como el logro definitivo de una España moderna que había sabido aprovechar el tiempo transcurrido desde el fin de la dictadura para homologarse con el resto de Occidente. Pero 1992 fue también el año en que empezó a renovarse una cultura popular que hasta entonces había estado dominada —temática y generacionalmente— por el gran movimiento cultural contemporáneo de la Transición: la Movida. Los

inicios de esta renovación serían tan modestos como los de la propia Movida. Sus logros serían muy distintos.

El 28 de noviembre de 1992, dos meses y medio después del final de los Juegos Olímpicos, se celebró en la sala Garatge Club de Barcelona un concierto de la gira Noise Pop 92.[19] La gira había sido iniciativa de la pequeña discográfica Elefant, que según uno de sus fundadores, Luis Calvo, había surgido para, ante la decadencia de la generación anterior de músicos alternativos, dar cabida a los nuevos grupos independientes. Por aquel entonces, la Movida, el movimiento cultural surgido en Madrid y otras ciudades españolas entre finales de los setenta y principios de los ochenta, influido por el punk, el glam y la cultura pop de Andy Warhol, había perdido toda su carga provocadora y transgresora. Una parte de esa vieja nueva ola había desaparecido y otra se había integrado cómodamente en el sistema cultural de la democracia apoyándose, en parte, en la receptividad del PSOE. La idea de Calvo era contribuir a la creación de una nueva generación de grupos alternativos que hasta el momento habían tenido muy poca repercusión y eran muy *amateurs*. Con este fin, cuatro bandas —Penelope Trip, Usura, Bach is Dead y El regalo de Silvia— tocarían en ocho ciudades españolas. Los grupos nunca habían hecho una gira, eran conscientes de que tocaban mal y de que no conocían bien los mecanismos de la industria musical. Algunos cantaban en inglés sin dominar el idioma, y toda su experiencia se limitaba a unos cuantos ensayos y conciertos de pequeño formato y a una identidad construida a partir de fanzines que reproducían la cultura musical independiente británica y estadounidense. «La intención era: somos pocos, somos jóvenes, hay varios grupos afines a nosotros por España y estaría bien unirnos y hacer cosas —diría Luis Calvo —. Luego la gira ha tenido mucha repercusión, pero ¿cómo íbamos a saber nosotros que iba a ser considerado el comienzo de algo? ¡Para nada!»

El concierto de Barcelona, el primero de la gira, fue, en palabras de Tito Peinado, de Penelope Trip, «todo lo apoteósico que puede ser un concierto de cuatro grupos desconocidos al que acuden trescientas personas. Para nosotros eso era increíble».[20] La crítica de *Rockdelux*, la revista musical más profesional e influyente de los años noventa en España, y uno de los grandes promotores de la música indie en esa década, decía que esos grupos estaban aireando el «ataúd de la escena rock nacional». Pero más allá de la simpatía por el fenómeno y su aire renovador, afirmaba que algunos de los grupos cantaban en «spanglish de local de ensayo», pecaban de «un pelín de pretenciosidad» y que sería bueno verlos «en mejor disposición». Precisamente por eso, decía el crítico, eran necesarios «circuitos alternativos para que se curtan bandas de este pelaje que deberían jubilar a esas otras cuyo único mérito es lograr que el público adquiera continuos plagios de sí mismos».[21]

Más tarde, *Rockdelux* consideraría esa gira como el «principio del indie en España». Como tantos movimientos musicales, había empezado en la precariedad y el amateurismo gracias al entusiasmo y la perspicacia de unos pocos promotores de la industria, la prensa y las salas de conciertos. No eran unos inicios tan distintos de los de la Movida. Del mismo modo, también se trataba de una respuesta generacional que, en parte, basaba su imagen en el rechazo al pasado e interpretaba la escasa pericia musical de muchos de sus participantes como una muestra de autenticidad. En ambos casos fue necesaria la intervención de discográficas y productores para profesionalizar su sonido.

El indie, como la Movida de principios de los años ochenta, enseguida tuvo un fuerte apoyo institucional. De acuerdo con Santi Carrillo, director de *Rockdelux*, Barcelona fue pionera en «potenciar la escena indie en unas fiestas de una gran ciudad con fondos públicos»[22] mediante la creación

del BAM, un festival de música independiente celebrado durante las fiestas patronales de la ciudad, la Mercè. Los Planetas, uno de los grupos más emblemáticos del movimiento, empezaron a tocar por los pueblos de Granada tras quedar sextos en el concurso de maquetas de la Diputación; eran, además, actuaciones pagadas con «cien o doscientas mil pesetas».[23] Un apoyo clave fue el de Radio 3, la emisora de Radio Nacional de España dedicada a la música y la cultura de carácter alternativo e innovador. Locutores como Jesús Ordovás o Julio Ruiz —que ya habían tenido un papel destacado en la promoción de algunos grupos de la Movida— recibían centenares de maquetas de principiantes y seleccionaban para pinchar las que más les gustaban. En ocasiones, conocían a esos grupos novatos cuando ejercían de jurado en los numerosos concursos locales que, desde la década anterior, se habían vuelto habituales y que también habían servido como trampolín a los grupos de la Movida en sus primeros años.

Sin embargo, un rasgo característico de esta operación generacional de los noventa, completamente ausente en la Movida, era que muchos de sus grupos desconfiaban de las grandes discográficas. Al menos al principio, eran reacios a adaptarse a los gustos más populares y basaban buena parte de su identidad en esa disidencia y marginalidad, que no parecían querer abandonar. Aunque no tardó en designar un estilo, en principio la etiqueta de indie hacía referencia al carácter independiente de las compañías que solían grabar a estos autores, pero de hecho algunos grupos indies, a pesar de sus reticencias iniciales, firmaron con grandes discográficas. Los Planetas, Lagartija Nick, El niño gusano o Australian Blonde lo hicieron por RCA, una gran empresa propiedad de Sony, y el *shock* cultural fue enorme, no solo por los recursos que las multinacionales ponían a su disposición para grabar los discos y promocionarlos, sino porque su paso

por ellas generaba rechazo en el resto de la escena independiente, como una traición a los principios fundamentales del movimiento.

Algunos grupos simplemente sufrieron las presiones de estas grandes empresas para que abrieran su sonido a los gustos populares y a los estándares del pop comercial, hasta que eran despedidos o se marchaban frustrados. Pero otros dieron un significado casi político a su pertenencia a las multinacionales. Antonio Arias, de Lagartija Nick, lamentaba que después de haber firmado con RCA no solo habían sufrido el rechazo de algunos bares en los que hasta entonces habían tocado, sino que cometieron la ingenuidad de pensar que ellos podrían «cambiar el sistema desde dentro», transformar la mentalidad de la empresa. «A estos de Sony los vamos a hacer indies», recordaba, algo avergonzado, haber pensado.[24] Para J, el cantante de Los Planetas, «nuestra música sonaba en la radio porque estábamos en una multinacional y porque no se entendía que lo que decíamos era político; no porque no lo fuera. Me parecía más interesante hacer la música así porque pasaba la censura, pero era crítica. Y el indie es supercrítico. Es una de las críticas sociales más profundas que hay».[25]

La incomodidad de formar parte de una multinacional, al tiempo que se intentaba hacer las cosas según el viejo lema punk de *do it yourself*, no era algo exclusivo de los grupos indies españoles. Como no lo era la paradoja de pretender comunicar un mensaje políticamente radical a través de una compañía convencional preocupada básicamente por sus accionistas. De hecho, era el reflejo —y, en cierto sentido, la emulación— de lo que estaba sucediendo en Estados Unidos y Reino Unido. En 1991, la canción «Smells like teen spirit» había convertido a Nirvana, un grupo de la escena independiente, en un éxito global. El grupo había publicado su primer disco en una pequeña discográfica independiente, pero para el segundo, *Nevermind*, en el que estaba incluido «Smells like teen spirit», había

firmado con un sello de Warner dedicado a la música alternativa. El éxito de la canción y del disco fueron inmensos: *Nevermind* vendió treinta millones de ejemplares en todo el mundo y convirtió su sonido sucio y sus letras crípticas y agresivas en habituales de las radios comerciales. También Nirvana, a pesar de haber logrado un triunfo canónico, mostraba su rechazo a la industria discográfica tradicional y manejaba su éxito como podía. En abril de 1992, el grupo apareció en la portada de *Rolling Stone*, la gran revista musical del *establishment* discográfico estadounidense. La publicación rodeaba a las estrellas del rock de un glamur semejante al de las estrellas de Hollywood, y publicaba fotos cuidadas y largos reportajes que mezclaban la vida cotidiana de los artistas, su visión personal de la música y sus vagas ideas políticas progresistas. En la foto de portada, Kurt Cobain, el cantante del grupo, aparecía con una camiseta que decía «Las revistas grandes siguen siendo una mierda». El titular que la revista puso debajo no podría haber sido más convencional: «Entramos en el corazón y la mente de Kurt Cobain».

El fenómeno de Nirvana animó a las divisiones españolas de las multinacionales a contratar a grupos alternativos e intentar que sonaran en radios comerciales como Los 40 Principales. Pero el éxito de los grupos nacionales no fue comparable, ni siquiera proporcionalmente, al de Nirvana u otras bandas alternativas estadounidenses como Pearl Jam o Sonic Youth. Sus ventas solían ser bajas: el primer gran éxito del indie español fue la canción de 1993 «Chup chup», de Australian Blonde. Después de ser utilizada en un anuncio de Pepsi y en la película generacional *Historias del Kronen*, de Montxo Armendáriz (ambas cosas suscitaron la acusación de que Australian Blonde se había vendido), el disco en el que estaba incluida, *Pizza pop*, vendió veinte mil ejemplares. Solo uno de los discos de Los Planetas, *Una semana en el motor de un autobús*, de 1998, vendió más de

cincuenta mil copias.[26] El único gran éxito del indie español en términos de ventas sería *Devil Came to Me* (1997), de Dover, que vendió seiscientas mil unidades.

Pero a pesar de estas ventas modestas para la época —muy inferiores a las de los grupos y cantantes españoles más vendidos de la década, como Alejandro Sanz, Mónica Naranjo, La Oreja de Van Gogh o Estopa—, y de un carácter elitista que contrastaba, por ejemplo, con el fenómeno realmente masivo de la llamada música mákina, su influencia cultural fue enorme y articuló algunos de los rasgos que marcarían la cultura popular de la España de entonces. En abril de 1993, dos meses antes de que Felipe González lograra su última victoria electoral ante el Partido Popular de José María Aznar, Los Planetas debutaron en Madrid. Lo hicieron en la sala Maravillas, el foco de la música indie en la ciudad. El local, situado en el barrio de Malasaña, experimentaba su propia transformación cultural: la cultura roquera más clásica y el punk daban paso al indie, y la Maravillas era su emblema más destacado. Según cuenta Nando Cruz, «el día que Los Planetas debutaron en la sala Maravillas querían droga y quien se la vendió fue Enrique Urquijo, el cantante de Los Secretos. En aquel momento, les entregaba también, metafóricamente hablando, el testigo de la música pop española».[27] Una nueva transición hacia una nueva modernidad.

La pesadilla de los tipos de cambio

En aquel momento, en buena parte de Europa el control de los tipos de cambio entre las distintas monedas nacionales —la peseta, el marco, el franco, la lira, etcétera— lo ejercía el Mecanismo Europeo de Cambio (MEC). Los miembros de la Comunidad Económica Europea habían creado este organismo en 1979, y más tarde se sumaron a él Reino Unido, España, Portugal y Grecia. Su objetivo era lograr la estabilidad monetaria en Europa y evitar la especulación y la distorsión que podían producirse con los tipos puramente flotantes, que resultaban perjudiciales para la gestión estable de la economía y dificultaban los intercambios comerciales fluidos entre países. Para garantizar esa estabilidad, el MEC limitaba la fluctuación de los tipos de cambio entre las distintas divisas, es decir, establecía un tipo de cambio para cada moneda con respecto a las demás monedas, que solo podía fluctuar un 2,25 por ciento hacia arriba o hacia abajo.

Sin embargo, a partir de la década de 1980, los controles sobre los flujos de capital internacionales se fueron relajando progresivamente, lo que provocó a un enorme aumento de la movilidad del dinero. Las desregulaciones de la época permitían que cada vez más dinero pasara de un país a otro, por ejemplo, en forma de inversión. En ese contexto en el que el valor de una moneda se enfrentaba constantemente al de otra, «el mecanismo de cambio europeo tendió a sufrir perturbaciones monetarias frecuentes y cada vez más politizadas».[1] Además, el marco alemán se había convertido en la moneda dominante. Alemania era la economía más fuerte de las que conformaban el Sistema Monetario Europeo y su política

monetaria se consideraba la más fiable; gracias a su independencia, el Bundesbank podía adoptar medidas impopulares como subidas de los tipos de interés que encarecían los créditos de los consumidores, aun sin la aprobación del Gobierno alemán.

Debido a esto, la gran cantidad de dinero que el Gobierno alemán estaba gastando para llevar a cabo la absorción de Alemania del Este en la Alemania Federal tuvo una importante repercusión en el resto de Europa. Como Helmut Kohl había decidido no subir los impuestos, este gasto aumentó el déficit en las cuentas públicas del Gobierno alemán y abrió la puerta al aumento de los precios, la tan detestada inflación. Los alemanes aún tenían el recuerdo lejano de la hiperinflación que había asolado al país durante la república de Weimar y que, de alguna manera, había contribuido al ascenso de los nazis al poder. Para combatirla, el Bundesbank incrementó los dos tipos de interés de referencia que, poco después de la firma del Tratado de Maastricht, alcanzarían el 8 y el 9,75 por ciento, los más altos en la historia de Alemania Occidental (un aumento de los tipos de interés, es decir, del precio de los créditos, debía hacer que la gente se endeudara menos para comprar o invertir, lo que a su vez debía revertir el riesgo de que aumentaran los precios).[2] A medida que el Bundesbank subía los tipos de interés, crecieron las tensiones entre los miembros del MEC, que también se veían obligados a subir sus tipos de interés para que sus monedas permanecieran dentro de la tasa de fluctuación permitida por el mecanismo. Eso perjudicó enormemente a economías como la italiana y la británica, que estaban en recesión, y generó fuertes quejas de Francia y Países Bajos. El caso británico era muy grave: al mismo tiempo que en Europa sucedía esto, el dólar caía, por lo que la libra estaba muy sobrevalorada frente a él, lo cual tuvo consecuencias políticas: en Reino Unido, que se había unido al MEC en 1990, el Partido Conservador

consideraba que Europa en general y Alemania en particular estaban humillando al país. «La reunificación alemana está en el centro de estos problemas —le escribió el primer ministro británico, John Major, al canciller alemán, Helmut Kohl, a finales de agosto—. Gran Bretaña [la] apoyó enérgicamente, pero ahora en Reino Unido muchos creen que están pagando un precio demasiado elevado.»[3]

Sin embargo, lo que acabó de generar desconfianza en los mercados fue el resultado del referéndum sobre la firma del Tratado de Maastricht que se celebró en Dinamarca el 2 de junio de 1992. El «no» venció por un estrecho margen, con un 50,7 por ciento frente a un 49,3 por ciento del «sí», circunstancia que acabó con cualquier posibilidad de que la transición hacia la moneda única se produjera sin contratiempos. En teoría, si un país de la Comunidad Europea rechazaba el Tratado de Maastricht, todo el proceso de integración se frenaba, puesto que era necesaria su aprobación por unanimidad. Sin embargo, Dinamarca era un país suficientemente pequeño como para encontrar una solución. Lo que resultó más grave fue que en Francia, en una decisión inesperada e innecesaria constitucionalmente, el presidente François Mitterrand convocó un referéndum semejante el 20 de septiembre de ese mismo año. Era una apuesta muy arriesgada, porque en ese país estaba creciendo el rechazo hacia el tratado, tanto en la derecha del Frente Nacional como en la izquierda del Partido Comunista y los Verdes, además de entre otros grupos minoritarios, algunos de ellos cercanos a los dos grandes partidos. Y aunque con el tiempo se logró que en otro referéndum los daneses aprobaran la entrada de su país en el tratado, si bien con exenciones que les eximían de sumarse a la moneda única, sin Francia era completamente imposible seguir adelante con el proceso que llevaría a la creación del euro. En las semanas previas a la celebración del referéndum, la tensión entre los países del MEC se incrementó. Francia,

Reino Unido e Italia presionaron a Alemania para que bajara los tipos de interés, cosa que el Bundesbank solo hizo después de que Italia aceptara devaluar la lira —Reino Unido se negó a hacerlo y aseguró que podía contener la caída de su moneda—. Pero fue apenas un gesto cosmético, una rebaja del 0,5 por ciento en el tipo de descuento, la primera en casi cinco años.

El martes 15 de septiembre, cuando faltaban cinco días para el referéndum francés, Helmut Schlesinger, el presidente del Bundesbank, concedió una entrevista a dos periódicos económicos, el alemán *Handelsblatt* y el estadounidense *The Wall Street Journal*. Los periodistas se habían comprometido a enseñarle sus declaraciones antes de publicarlas, pero el *Handelsblatt* mandó a las agencias un adelanto de la entrevista sin revisar. En ese extracto se recogía que Schlesinger habría deseado «un reajuste más amplio» del que había supuesto la devaluación de la lira italiana.[4] Es decir, habría querido que se hiciera lo mismo con la moneda británica. Esa declaración enseguida se interpretó como un ataque contra la libra esterlina y en Nueva York, durante la sesión bursátil de esa tarde, se produjeron ventas masivas de libras. Entre los vendedores estaba Quantum Fund, el fondo de George Soros, que reunió todo el dinero que pudo para apostarlo a que la libra caería. Al día siguiente, el miércoles 16 de septiembre, conocido como el «miércoles negro», las autoridades británicas descubrieron que se habían vendido en los mercados miles de millones de libras y que su valor caía hasta el mínimo establecido por el MEC. El Banco de Inglaterra llevaba semanas vendiendo sus reservas de moneda extranjera (si había más marcos en el mercado, en teoría estos perderían valor, por lo que el valor relativo de la libra subiría) y esa mañana empezó a comprar grandes cantidades de libras (para provocar que, si había escasez de ella en el mercado, esta subiera). Las autoridades británicas pidieron al

Bundesbank que vendiera marcos para contribuir a reducir su valor y, por lo tanto, disminuir la devaluación relativa de la libra, pero los alemanes no solo les ignoraron, sino que, según un funcionario del Banco de Inglaterra, «de repente no entendían el inglés». A las once de la mañana, el Banco de Inglaterra subió los tipos de interés, del 10 al 12 por ciento, con la esperanza de que eso hiciera más atractiva a la libra, pero no funcionó. A las dos y cuarto, se anunció un aumento de tres puntos más. No sirvió de nada. Por la tarde, el Banco de Inglaterra comunicó a los demás bancos centrales que abandonaba el MEC. La libra cayó aún más frente al marco alemán, lo que supuso la ganancia de una inmensa cantidad de dinero para quienes la habían vendido en las últimas horas a precios más elevados. El fondo de Soros ganó alrededor de 1.000 millones de dólares en la operación. Algunos cálculos señalan que el Banco de Inglaterra perdió unos 3.300 millones de libras tratando de frenar su caída.[5]

El día siguiente, el 17 de septiembre, el *Financial Times* publicó en portada un titular neutro: «La libra suspende su pertenencia al MEC». *The Independent* fue un poco más allá: «La libra, en caída libre». *The Sun* llegó aún más lejos: «El Gobierno nos ha jodido a todos».[6]

La revista *Forbes* intentó ponerse en contacto con Soros, que pronto sería conocido como «el hombre que arruinó al Banco de Inglaterra», pero solo consiguió hablar con un portavoz suyo. «Nos dijo que desde que se produjo la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, que dio pie a la reunificación de Alemania, había previsto el caos financiero en Europa. Esos acontecimientos, pensaba Soros, condenarían al Mecanismo Europeo de Cambio.» *Forbes* citaba también al portavoz de Soros: «Para tener una moneda [paneuropea] y que funcione, debes tener una sola economía. Pero cuando un país está en pleno *boom*, básicamente porque ha comprado a crédito Alemania del Este, mientras los demás están en recesión, era un

error que los demás confiaran en que la política monetaria alemana mantuviera a las demás monedas».[7] Tony Judt lo dijo de otra manera: «Helmut Kohl exportó el coste de la unificación de su país y los socios europeos de Alemania tuvieron que compartir la carga».[8]

Cuatro días después del miércoles negro, el 20 de septiembre, se celebró el referéndum sobre la ratificación de la firma de Francia del Tratado de Maastricht. El «sí» ganó por un margen minúsculo, con un 51,04 por ciento frente al 48,96 por ciento del «no», y al día siguiente los mercados castigaron al franco. El resultado era muy ambivalente, como reconoció Michel Sapin, el ministro de Finanzas francés: «El referéndum creó una situación difícil para las autoridades francesas. Si hubiera sido un «no», eso habría significado el fin del tratado, de tal modo que el resultado habría sido claro. Si hubiera sido un «sí» significativo, eso habría calmado a los mercados. Las autoridades francesas no supieron cómo reaccionar».[9] O, mejor dicho, no se les ocurrió otra cosa que pedir ayuda a Helmut Kohl. Ante esta clase de peticiones, el canciller alemán solía responder que la política monetaria no era cosa suya, que el Bundesbank era independiente. A lo que en cierta ocasión Mitterrand respondió que no estaba muy a favor de la independencia de los bancos centrales, pero que al menos estos tenían la ventaja de que cuando hablaban —a diferencia de lo que sucedía con los políticos—, los mercados les creían. (Esto, la credibilidad de los bancos centrales, como veremos, sería un aspecto clave en la siguiente crisis económica de Estados Unidos y en la del euro que sacudió Europa entre el 2008 y el 2014.) Pero el Bundesbank tampoco apoyó públicamente al franco —podría haberlo hecho comprándolo en cantidades masivas— y su actitud ante el resto de las monedas europeas siempre se interpretó como de indiferencia. Esta disparidad de visiones se reflejaría en los siguientes pasos para la creación de la moneda única. François Mitterrand pensaba que la

creación de un Banco Central Europeo (BCE) de carácter tecnocrático y sometido a las órdenes de los políticos evitaría esta clase de conflictos provocados por la testarudez de unos banqueros centrales demasiado apegados a la ortodoxia. Alemania, en cambio, contemplaba la creación del BCE como la oportunidad para ampliar a toda Europa el modelo alemán de banco central independiente de los políticos, sin otro fin expreso que el de mantener a raya la inflación. La crisis financiera que comenzó en el 2008 permitiría comprobar que la filosofía alemana había triunfado y que el BCE era un banco central independiente que hacía caso omiso a los intereses políticos (incluso a los alemanes). Pero durante el proceso de formación eso sería sometido a discusión una y otra vez por todas las partes, en especial Francia.

Después del miércoles negro, Italia también abandonó el MEC. España siguió en él, pero la peseta se devaluó entonces un 5 por ciento, y sufriría otras dos devaluaciones antes de marzo de 1993.[10] El país entró en una crisis que duró poco pero fue muy profunda. Durante la segunda mitad de los años ochenta, gracias en parte a las reformas del PSOE, la entrada en la Comunidad Económica Europea en 1985 y en el Sistema Monetario Europeo en 1989, España había sido uno de los países ricos que habían experimentado una mayor expansión, tanto en términos de producción como de generación de empleo.[11] Pero cuando llegó esta nueva crisis, la sufrió con más intensidad que los países de su entorno. En 1992 fue el país desarrollado que más empleo perdió y la caída de su PIB fue mayor que en los demás estados de la Unión Europea. El déficit público empeoró rápidamente, en parte debido a que, en los años anteriores, había aumentado su gasto social y realizado una enorme inversión pública en la Expo de Sevilla, el tren de alta velocidad y los Juegos Olímpicos de Barcelona. De acuerdo con Joaquín Estefanía, entre 1990 y 1993 el crecimiento nominal

medio del gasto social fue de casi seis puntos porcentuales más que el PIB y, pese a las dificultades de cálculo debidas a la naturaleza de las sociedades públicas creadas para su gestión, la inversión pública en la Expo y los Juegos Olímpicos superó el billón de pesetas (unos 6.000 millones de euros).[12]

En junio de 1993, se celebraron elecciones generales en España. La crisis económica era extremadamente grave y el PSOE estaba inmerso en numerosos casos de corrupción, muchos de los cuales fueron destapados por el periódico *El Mundo*, fundado en 1989 y que tendría un papel central en los últimos años del socialismo. En 1991, Alfonso Guerra, el vicepresidente del Gobierno, había renunciado a su cargo después de que su hermano Juan utilizara un despacho en la Delegación del Gobierno en Andalucía para hacer negocios privados. En 1992, Mariano Rubio, el gobernador del Banco de España, abandonó el puesto cuando se le acusó de venta irregular de acciones en el llamado caso Ibercorp. Se conocía la financiación ilegal del Partido Socialista a través de Filesa y otras empresas que elaboraban informes para grandes empresas y bancos y que luego dedicaban los desproporcionados pagos recibidos a financiar campañas electorales de los socialistas. Santos Juliá escribió:

> El rápido crecimiento económico experimentado desde 1986, con amplias posibilidades de dinero fácil abiertas a especuladores y aventureros, la falta de alternancia en el sistema de partidos, la expansión del gasto público, la fuerte inversión del Estado en obras de infraestructura, los procedimientos burocráticos de asignación de obras y subvenciones, la relajación del control interno con la supresión de la intervención previa del gasto por los interventores de Hacienda, la descentralización política y la multiplicación de centros de gasto generalizaron prácticas corruptas que ni el Gobierno ni el PSOE mostraron interés alguno en atajar.[13]

El debate político estaba adquiriendo una nueva forma de virulencia, pero

no solo a causa de la gestión de la crisis que estaba haciendo el PSOE y sus casos de corrupción. De acuerdo con Juliá:

> De 1993 datan [...] los primeros usos del pasado con fines políticos, cuando, en la campaña electoral, la nueva derecha emergente trató de encontrar una legitimación que la desvinculara de cualquier connotación franquista mientras los socialistas se empleaban a fondo, en un ejercicio de recuperación de memoria histórica *avant la lettre*, en presentarlos como los auténticos herederos de la dictadura. La llamada crispación que a partir de esas elecciones presidió las relaciones entre los dos grandes partidos de ámbito estatal sirvió como caldo de cultivo de una nueva práctica política que consistía en echar cada cual a la cara de su adversario lo que se presentaba como su tenebroso pasado.[14]

La división entre el grupo parlamentario del PSOE, dominado por el llamado sector «guerrista», y el Gobierno, que había marginado a los fieles a Guerra y estaba controlado por los «renovadores», era cada vez mayor, y se agudizó ante la aprobación de un proyecto de ley de huelga. En medio de los escándalos de corrupción y de una pésima situación económica, Felipe González adelantó unos meses las elecciones. El PSOE volvió a ganar con un 38,78 por ciento de los votos. El resultado no fue malo, comparado con las dos victorias anteriores, en las que ya había perdido votos. El Partido Popular había dado por descontada su victoria, pero tuvo que contentarse con reducir la distancia con el ganador a cuatro puntos porcentuales: concentró todos los apoyos de la centroderecha (el Centro Democrático y Social, el CDS, no obtuvo representación) y consiguió el 34,76 por ciento de los votos. En el Congreso de los Diputados, el PSOE logró una mayoría simple de 159 escaños frente a los 141 del PP. Por primera vez desde su llegada al poder en 1982, no tenía mayoría absoluta y se vio obligado a buscar apoyos parlamentarios. El PSOE, enfrentado con Izquierda Unida por su rechazo continuado a las políticas económicas de Felipe González y

los casos de corrupción, llegó a un acuerdo de investidura con Convergència i Unió y el Partido Nacionalista Vasco.

Felipe González nombró ministro de Economía a Pedro Solbes, que pertenecía al ala liberal del socialismo. Solbes tenía una misión compleja: que España emprendiera el camino para cumplir los requisitos que Maastricht exigía para entrar en el euro. Para lograr eso, y para sanear la economía española, había que corregir los desequilibrios macroeconómicos producidos por el aumento de gasto durante la legislatura anterior y el estallido de la crisis. El contexto en el que tenía que hacerlo era difícil, pero las medidas adoptadas beneficiaron a España a medio plazo.

En agosto de 1993, el Consejo Europeo amplió considerablemente los límites de fluctuación de los tipos de cambio para impedir que el Sistema Monetario Europeo se viniera abajo. Alemania, Francia e Italia estaban en recesión; era la primera vez que les sucedía a los tres países al mismo tiempo desde el final de la Segunda Guerra Mundial.[15] La gestión que había hecho el Gobierno británico de John Major de la crisis de los tipos de cambio fue mala y el Partido Conservador perdió, al menos en parte, su aura de buen gestor económico. La salida del MEC había sido una humillación política, infligida, además, por Alemania: Helmut Kohl en ningún momento se había mostrado dispuesto a ayudar demasiado a los británicos durante la severa recesión, y bastaron unas simples declaraciones del gobernador del Bundesbank para tumbar la libra. A pesar de esto, Reino Unido se recuperó con rapidez y fuerza de la crisis, y una parte del Partido Conservador se sintió reafirmada en que el país haría mucho mejor en no implicarse más en el proceso de integración europea que se abría con Maastricht. De hecho, el propio Major mostró su desdén por los planes monetarios de los europeos. En un artículo publicado en *The Economist* en septiembre de 1993, afirmó que esperaba que los «jefes de Gobierno se

resistirán a la tentación de recitar el mantra de una unión económica y monetaria completa como si nada hubiera cambiado. Si lo recitan, tendrá el mismo encanto que un baile para invocar la lluvia, y más o menos la misma efectividad».[16]

El escepticismo sobre la posibilidad de implantar lo firmado en Maastricht era creciente. Las dificultades políticas habían quedado demostradas en los referéndums de Dinamarca y Francia. En Alemania, y sobre todo en el Bundesbank, se percibía que sus socios europeos nunca iban a asumir la rígida ortodoxia monetaria que ellos consideraban casi una cuestión moral. Ante esta situación, los mercados habían reaccionado dando por sentado que los problemas proseguirían y especulando con ellos. Si más países se salían del MEC, el proceso de unión monetaria sería probablemente inviable.

Además, se empezaba a advertir algo que sería aún más evidente en la siguiente crisis: el alineamiento de las posiciones políticas de los dos bloques geográficos del continente, el norte y el sur. Durante la crisis de 1992 y 1993, los países con monedas fuertes como Alemania, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo no tuvieron que devaluar su moneda. Fueron España, Portugal, Grecia e Italia quienes demostraron ser más débiles —su inflación era mayor que la de los países del norte y estaban expuestos a ataques especulativos— y los que quisieron fijar los tipos contra el marco alemán y protegerse de los flujos de capital.[17]

La transición improbable del socialismo al capitalismo

El extraordinario optimismo que la caída del Muro generó en Europa sufrió un enorme golpe pasados tres años. En Europa occidental, la crisis económica de 1992 puso en duda el propio proceso de integración de la futura Unión Europea, pero en ningún lugar la decepción fue más evidente que en los viejos países comunistas. Si los intelectuales de izquierdas se habían pasado décadas estudiando y haciendo propuestas para llevar a cabo la transición de las sociedades capitalistas a las socialistas, nadie parecía haber pensado en el proceso contrario. Los gobiernos de los países poscomunistas estaban teniendo enormes problemas para encontrar un modelo que sustituyera el autoritarismo previo. La ausencia de buena parte de las viejas instituciones que el capitalismo y el liberalismo habían desarrollado a lo largo de los años dificultaba enormemente la transición hacia esos modelos, a pesar del optimismo de muchos economistas locales y políticos extranjeros que estaban convencidos de que la implantación de un mercado libre solventaría, con su poderosa lógica, cualquier problema de orden económico o de otra naturaleza. Un chiste ruso decía: «Sabemos que se puede convertir una pecera en sopa de pescado; la pregunta es ¿se puede convertir una sopa de pescado en una pecera?».[1] En vista de la evolución de algunos países del viejo bloque soviético, y de la propia Rusia, y a pesar de la numerosa retórica desplegada al respecto, no, nadie sabía muy bien cómo convertir la sopa de pescado en una pecera.

Sin duda, el caso más extremo de esta transición estaba teniendo lugar en lo que hasta 1991 fue Yugoslavia. Al final de la Segunda Guerra Mundial,

en 1946, Yugoslavia tenía 15,7 millones de habitantes; 6,5 millones eran serbios; 3,8 millones eran croatas; 1,4 millones eran eslovenos; 800.000 eran musulmanes (la mayoría de los cuales vivía en Bosnia); otros 800.000 eran macedonios; 750.000 eran albanos; 496.000 eran húngaros; 400.000 eran montenegrinos y había un número indeterminado de ciudadanos procedentes de minorías valacas, búlgaras, checas, alemanas, italianas, rumanas, judías, gitanas y otras. La Constitución de 1946 solo reconocía a algunas de esas minorías —los serbios, los croatas, los eslovenos, los montenegrinos y los macedonios— y, de hecho, recogía que las repúblicas constituyentes (Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia, Macedonia y Montenegro) tenían derecho a separarse de la Federación, algo que desaparecería de los textos legales del país en los años cincuenta.[2] Esa compleja y confusa organización federal sobrevivió en tiempos del mariscal Tito —jefe de Estado entre 1953 y 1980— gracias a las ayudas de Occidente, que veía en su régimen una contrapartida relativamente aperturista al estalinismo, y a una gran descentralización del país, que dejaba a las distintas repúblicas la gestión de la mayoría de las cuestiones administrativas. Pero a principios de los noventa, desaparecido no solo Tito, sino el comunismo, el país se desmembraba debido al resurgimiento del nacionalismo intolerante y cada vez más violento. Durante ese proceso, Slobodan Miloševic´, un viejo *apparatchik* que se había convertido en el presidente de la República de Serbia, dejó claro que no iba a permitir que la federación yugoslava existente se convirtiera en una especie de alianza de estados soberanos, porque eso iba en contra de la tendencia unitarista de los serbios, que siempre habían visto Yugoslavia como una especie de excusa para que todos los serbios, que vivían diseminados entre varias de sus repúblicas, vivieran bajo un mismo Estado. Ante la potencial disgregación de Yugoslavia, esa sería su principal reivindicación: los serbios tenían

derecho a vivir juntos en un mismo Estado. Cuando Franjo Tudjman, un militar e historiador que había tenido frecuentes choques con el *establishment* yugoslavo por su nacionalismo, se convirtió en presidente de Croacia, Miloševic´ afirmó que, aunque la hasta entonces república federada se independizara, no podía llevarse con ella a la minoría de 600.000 serbios que vivía allí. «Estaba claro, especialmente después del primer enfrentamiento armado entre los paramilitares serbios de Knin [una ciudad croata de mayoría serbia] y la milicia croata, que las dos repúblicas se dirigían a un conflicto que acabaría en guerra a menos que una de ellas diera un paso atrás», afirma Misha Glenny en su libro *The Fall of Yugoslavia*, uno de los mejores sobre el conflicto.[3] Pero ninguna lo dio. «Los partidarios de la causa croata afirmaban que la guerra era entre el bolchevismo de Miloševic´ y el libre mercado y el espíritu democrático encarnados en Franjo Tudjman. Los serbios respondían a esto diciendo que la guerra había empezado con el inicio del genocidio de los serbios en Croacia, que era la antesala de una ofensiva fascista en los Balcanes ejecutada por los *ustashas* de Tudjman [...] por orden de sus pagadores alemanes. Ambas teorías se construyeron a partir de una serie de medias verdades, unidas por una mala mezcla de mitos y leyendas.»[4]

Muchos países del viejo imperio soviético habían recurrido al nacionalismo y a la independencia nacional para escapar de su pasado comunista. En otros casos, esto se había llevado a cabo con relativamente poca violencia, aprovechando el hecho siniestro de que durante la era comunista se habían producido genocidios o desplazamientos de minorías que hacían que, a esas alturas de la historia, las sociedades fueran más o menos homogéneas en términos étnicos o religiosos. «Pero Yugoslavia era distinta. Justo porque sus diversas poblaciones estaban mezcladas por completo [...] el país ofrecía grandes oportunidades a demagogos como

Miloševic´ o Franjo Tudjman, su equivalente croata. Al modelar su salida del comunismo recurriendo a una nueva base política, podían jugar una carta étnica de la que ya no disponían otros países de Europa, utilizándola como sustituto del interés en la democracia», dice Judt.[5] En total, en Yugoslavia hubo cinco guerras entremezcladas. La primera fue el ataque de Yugoslavia a Eslovenia cuando esta, el 25 de junio de 1991, declaró su independencia. El conflicto duró diez días, tras los cuales el ejército yugoslavo se retiró y Eslovenia se independizó. En comparación fue relativamente incruenta: murieron sesenta personas, hubo trescientos cincuenta heridos y cinco mil prisioneros. Pero puso en marcha las demás. Croacia declaró su independencia de Yugoslavia el mismo día que Eslovenia, aunque postergó su entrada en vigor al 8 de octubre. La mayoría de los croatas estaba a favor de la separación, mientras que la minoría serbia que vivía allí, apoyada por el Ejército del Pueblo Yugoslavo —a su vez, controlado por los serbios— se oponía y quería permanecer unida a Serbia; para ello, pretendía hacerse con todo el territorio croata que pudiera. El enfrentamiento fue mucho más largo que la guerra de Eslovenia —duró hasta 1995, cuando la ONU, hasta entonces indecisa, logró imponer un alto el fuego— y mucho más sangriento; murieron cerca de veinticinco mil personas. En 1992, cuando Bosnia Herzegovina se declaró independiente, su minoría serbia, liderada por Radovan Karadžic´ y con el apoyo del Gobierno serbio y el Ejército Popular de Yugoslavia, también quiso hacerse con el mayor territorio posible para crear la llamada República Srpska. Para lograr su objetivo incurrió en limpiezas étnicas, violaciones en masa, llevó a cabo el sitio de Sarajevo y la masacre de Srebrenica, la peor en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. Murieron más de cincuenta mil personas y los combates no terminaron hasta 1995, cuando la OTAN bombardeó posiciones de la República Srpska. En enero de 1993 estalló una guerra

civil entre la República de Bosnia y Herzegovina y la llamada República Croata de Herzeg-Bosnia. Ambas habían luchado contra el ejército yugoslavo y el de la República Srpska, pero en aquel momento se enzarzaron en una guerra dentro de la guerra que duró hasta el año siguiente. En 1998, cuando Miloševic´ ya había perdido en todos esos frentes, lo que quedaba del ejército yugoslavo, que siempre actuó en favor de los intereses serbios, se centró en Kosovo para, en teoría, acabar con las actividades terroristas del Ejército de Liberación de Kosovo. Los paramilitares y los miembros serbios del ejército yugoslavo mataron a unos mil quinientos albaneses. Solo un ataque de la OTAN contra las posiciones serbias impidió la eliminación total de los albaneses en la región.

Las culpas de esta serie de atrocidades que duraron casi una década estuvieron bastante repartidas. La Comunidad Europea, si bien intentó intervenir desde el verano de 1991 con contactos de alto nivel, comisiones de investigación y propuestas de mediación, demostró ser inoperante. En buena medida, porque algunos de sus miembros, como Alemania y Austria, eran partidarios de la independencia de las repúblicas y otros, como Francia, querían que se mantuvieran las fronteras de la vieja Yugoslavia. Naciones Unidas apenas se preocupó, en un principio, por lo que estaba pasando allí. También Estados Unidos y la OTAN se quedaron en un primer momento al margen de lo que ocurría en los Balcanes, aunque fue finalmente la iniciativa del presidente estadounidense Bill Clinton, que inició una campaña sistemática de bombardeos de posiciones serbias, lo que acabó con la guerra más rápidamente de lo que cabía esperar. Hubo muchos croatas que cometieron actos violentos contra la población civil y expulsaron a los musulmanes de Bosnia; y Franjo Tudjman fue un líder con los peores rasgos autoritarios del viejo mundo soviético. Pero sin duda los mayores responsables de la catástrofe bélica fueron Slobodan Miloševic´ y

los grupos de serbios que, primero, empujaron a las repúblicas federadas a independizarse de la vieja Yugoslavia, luego alentaron a las minorías serbias de Croacia y Bosnia a crear sus propios territorios dentro de ellas con el respaldo del ejército yugoslavo, y llevaron a cabo ataques contra la población albanesa de Kosovo.

Como dice Tony Judt:

> La brutalidad atroz y el sadismo de las guerras de Croacia y de Bosnia —los múltiples abusos, humillaciones, torturas, violaciones y asesinatos de cientos de miles de sus conciudadanos— fueron obra de hombres serbios, sobre todo jóvenes que, arrastrados por la propaganda y el liderazgo de caudillos locales cuya dirección y poder procedían en última instancia de Belgrado, llevaron hasta el paroxismo el odio despreocupado y la indiferencia hacia el sufrimiento La consecuencia no fue tan inusitada: había ocurrido en Europa unas pocas décadas antes, cuando —por todo el continente y amparándose en la guerra— gente normal cometió crímenes extraordinarios.[6]

Incluso sin guerras, la crisis de los tipos cambiarios que, en una parte importante de Europa occidental, y singularmente en España, generó una importante crisis económica, fue un recordatorio de que el camino de salida de la historia, si es que existía, estaba lleno de profundos problemas arraigados en ella. A la Europa que había ganado la Guerra Fría el proceso de integración (encarnado en la Unión Europea) le estaba resultando muy difícil, pero, al mismo tiempo, se presentaba como la única vía posible. Y si todo iba bien, pronto sería también el camino para quienes acababan de salir de la pesadilla comunista y debatían cómo unirse de nuevo a «Europa». Parte de la paradoja, por supuesto, se debía al optimismo, o al exceso de optimismo, generado por la caída del Muro. En 1989, al comentar el artículo de Fukuyama «¿El fin de la historia?», el filósofo británico John Gray escribió que

> si la Unión Soviética efectivamente se derrumba, esa benéfica catástrofe no inaugurará una nueva era de armonía poshistórica, sino más bien un regreso al terreno clásico de la historia, un terreno de rivalidades entre grandes poderes, de diplomacias secretas y reivindicaciones y guerras irredentistas. La visión de una paz perpetua entre estados liberales, que ha rondado a Occidente al menos desde que Immanuel Kant le dio una formulación sistemática, pronto será vista como lo que siempre ha sido: un espejismo que solo nos sirve para distraernos de la tarea real de la capacidad política en un mundo permanentemente intratable y anárquico.[7]

La realidad se parecía más a eso que al mundo poshistórico de Fukuyama. Pero también había motivos de celebración. En la primavera de 1994, Hungría y Polonia se convirtieron en los primeros países excomunistas que pedían el ingreso en la Unión Europea, lo cual era un símbolo de que, a pesar de todos los problemas, la idea liberal de la política seguía siendo hegemónica y de que la Unión Europea era una realidad política verdaderamente seductora y un polo de atracción para cada vez más naciones. Era una buena noticia. Pero en aquel momento había una mucho mejor. Si el proceso de integración europea tenía lugar a la vista de todos, en Estados Unidos estaba sucediendo algo casi más trascendente, a lo que absolutamente nadie estaba prestando atención: se había descubierto cómo hacer desaparecer el riesgo.

El fin del riesgo financiero

Un viernes de junio de 1994, un grupo formado por varias decenas de jóvenes, la mayoría menores de treinta años, llegó al hotel Boca Ratón, en Florida. El alojamiento era de estilo mediterráneo, con esculturas de inspiración italiana, palmeras, pistas de tenis, amarres para yates, campo de golf y playa privada.[1] Los jóvenes trabajaban en las oficinas de Tokio, Londres y Nueva York de J. P. Morgan, el gran banco de inversión estadounidense. Habían sido convocados allí para trabajar durante varios días en una estrategia que permitiera a la entidad aumentar su negocio de derivados, como cuenta Gillian Tett, periodista del *Financial Times*, en su libro *Fool's Gold* (algo así como «El oro de los necios»), cuyo subtítulo es «Cómo la avaricia sin límites corrompió un sueño, destrozó los mercados globales y desató una catástrofe».

La mayoría de los presentes acabaría teniendo recuerdos borrosos de aquel fin de semana. Iban a trabajar, pero eran jóvenes y estaban en un hotel de lujo en Florida, de modo que ese mismo viernes muchos se emborracharon y se fueron de juerga a una discoteca cercana. Otros hicieron carreras por las instalaciones del hotel con los carritos del campo de golf, y un grupo que se reunió alrededor de la piscina acabó tirando vestido al agua al jefe de mercados globales, el cargo de mayor rango presente en la reunión. Al segundo en categoría, le rompieron accidentalmente la nariz de un codazo.

Los asistentes trabajaban en el departamento de *swaps* (permutas financieras) del gran banco. A su vez, este formaba parte del área de

derivados, cuya actividad, a aquellas alturas, suponía para J. P. Morgan unos activos por valor de 1,7 billones de dólares, y no paraba de crecer. Pero ¿qué es un derivado?

Tomemos la definición del novelista y divulgador económico John Lanchester en su diccionario de términos financieros *Cómo hablar de dinero*:

> Si eres un agricultor preocupado por el valor de la cosecha de trigo del próximo verano, puedes venderla por adelantado a un precio fijo. De este modo, tienes un contrato según el cual debes entregar una cantidad X de trigo en una fecha determinada; y ahora ese contrato se puede comprar y vender. El contrato, cuyo valor deriva de los bienes subyacentes, se conoce como derivado. El contrato derivado se puede comprar y vender muchas veces, si bien el trigo solo se entregará una vez; la gente que apuesta sobre el valor de la cosecha de trigo del año próximo puede vender ese derivado todos los días entre ahora y el verano que viene. Esa es la razón por la que el mercado de derivados puede ser muchas veces más grande que los activos subyacentes [...]. En Londres se compran y venden [derivados] por valor de un billón de dólares todos los días. Eso supone más o menos la mitad de toda la economía británica, comprándose y vendiéndose a diario.[2]

El ejemplo que propone Tett en su libro no tiene que ver con la agricultura, sino con el cambio de divisas. Un día determinado, dice, una libra esterlina equivale a 1,5 dólares. Un británico que va a viajar a Estados Unidos dentro de seis meses cree que, cuando se desplace allí, ese tipo de cambio será más desfavorable, de modo que hace un contrato para asegurarse de que, en ese momento futuro, podrá comprar dólares al tipo actual. Firma un acuerdo con un banco para cambiar dentro de seis meses mil libras esterlinas por 1,5 dólares cada una, independientemente de cuál sea el tipo de cambio entonces. Si el viajero le paga al banco una tasa de veinticinco dólares para reservarse la *opción* de llevar a cabo o no la transacción dentro de seis meses (lo lógico sería que no la realizase si el tipo de cambio es más favorable), estaríamos ante un derivado.

Los *swaps* van un paso más allá que los derivados. Tett lo cuenta así: dos

personas tienen sendas hipotecas a diez años por valor de medio millón de dólares. Una la tiene a tipo variable y la otra a un tipo fijo del 8 por ciento. Si el hipotecado a tipo fijo cree que los tipos de interés van a bajar, y el hipotecado a tipo variable cree que subirán, en lugar de pedir cada uno una nueva hipoteca que se ajuste a sus expectativas, pueden «acordar que cada trimestre, durante la vida de las hipotecas, "permutarán" sus pagos». El punto crucial de esta operación es que «los créditos hipotecarios no cambian de manos», sino que permanecen en la contabilidad original del banco y el acuerdo es «lo que los banqueros llaman un "sintético"».[3] Warren Buffett, uno de los inversores con más éxito del último medio siglo, afirmó que «los derivados son armas financieras de destrucción masiva y acarrean peligros que, aunque ahora estén latentes, son potencialmente letales».[4] De hecho, serían, en parte, los responsables del estallido de la crisis del 2008.

Lo más asombroso de las cifras vinculadas a la compra y la venta de derivados era que «gran parte del mundo bancario y de los inversores en general no tenía ni idea de por qué los derivados producían esas cifras astronómicas», dice Tett. Dentro del ya oscuro mundo de los derivados, los *swaps* suponían un misterio absoluto. Casi nadie sabía «qué hacían esos departamentos de *swaps*. Quienes trabajaban en ellos se regodeaban en su aire de misterio».[5]

El equipo de *swaps* de J. P. Morgan tenía la sensación de que, gracias a la mayor capacidad de computación de los ordenadores y el uso de complejas operaciones matemáticas, no solo estaban creando nuevas formas de generar ingresos para el banco —y también para ellos, en forma de bonus —, sino que estaban «solucionando los enigmas más fundamentales» de la actividad bancaria.

El sábado posterior a la gran juerga, el jefe del grupo, Peter Hancock,

pidió al equipo, reunido en una sala de conferencias, que pensara en cómo innovar en el campo de los derivados. ¿Podían aplicarse sus principios a otras áreas? ¿Quizá al ámbito de los seguros? ¿Al de los créditos?

La mayoría de los presentes luchaba por sobreponerse a la resaca. Pero la insistencia de Hancock hizo que finalmente el debate se animara y empezase a cobrar forma una idea. «Los derivados de materias primas —dijo alguien— permiten a los productores de trigo vender el riesgo de pérdida de sus cosechas. ¿Por qué no crear un derivado que permita a los bancos apostar si un crédito o un bono serán impagados en el futuro? Los impagos eran la mayor fuente de riesgo en el préstamo comercial, de modo que tal vez los bancos estuvieran interesados en apostar con derivados que les permitieran cubrir las pérdidas y les proporcionaran una especie de seguro contra los impagos.»[6]

El planteamiento no era nuevo, pero hasta entonces se había descartado porque se pensaba que no podía ser rentable. Sin embargo, los jóvenes banqueros de J. P. Morgan reunidos en Boca Ratón creyeron lo contrario. A fin de cuentas, el impago era el principal riesgo al que se habían enfrentado los bancos desde el inicio de su actividad, y esos derivados ofrecían la oportunidad de cubrirse ante él. Pero ¿permitirían los reguladores de los mercados financieros comprar y vender algo así? Y ¿era posible que ese grupo de jóvenes, muchos de ellos recién salidos de la universidad, hubiera dado con la fórmula para, en adelante, controlar el riesgo?

La respuesta a la primera pregunta era que sí. Muchos años más tarde se sabría que la respuesta a la segunda cuestión era un gran no.

Joseph Stiglitz, que en el 2001 recibiría el Premio Nobel de Economía, fue entre 1995 y 1997 presidente del Comité de Asesores Económicos del presidente Bill Clinton.

Los derivados —dice en su libro sobre los errores de la política estadounidense durante la

> década de los noventa, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*—, esos nuevos productos financieros complicados, supuestamente daban a las empresas una herramienta nueva y poderosa para compartir y desplazar el riesgo. Pero también podían ser un medio para sacar dinero de la hoja de resultados y, con ello, ocultar enormes riesgos [...]. La conclusión de nuestras discusiones [entre los miembros del equipo económico del Gobierno] siempre era la misma: éramos conscientes de los riesgos, y éramos conscientes de los beneficios. Éramos conscientes de las dificultades que planteaban los derivados a la hora de valorar el estado de un banco o, para el caso, de cualquier empresa, pero teníamos la sensación de que no podíamos hacer mucho, sobre todo en una época en que se estaban desmantelando las regulaciones. En parte confiábamos en el mercado, y por lo tanto estábamos dispuestos a vigilarlo de cerca sin emprender ninguna acción que protegiera a los mercados de los derivados. Visto con el tiempo, podríamos haber hecho mucho más para mejorar la calidad de los informes y restringir el grado de exposición al riesgo.[7]

Esta última afirmación cobra especial relevancia si se tiene en cuenta que se hizo en el 2004, es decir, cuatro años antes de que los derivados destruyeran al banco de inversión Lehman Brothers y, con él, a buena parte de la economía global.

Con todo, los derivados solo fueron una parte de la historia, aunque reflejaran de manera inmejorable el estado de ánimo de la época. En su libro, Stiglitz afirmaba que «el fin de la Guerra Fría dejó a Estados Unidos como única superpotencia y evidenció la victoria de la economía de mercado sobre el socialismo. El mundo ya no se dividía por motivos ideológicos. Podía no ser el fin de la historia, pero al menos se suponía que era el principio de una nueva era». Una era que duró menos de lo esperado y que Stiglitz llama los «feroces noventa», durante la cual «el crecimiento se disparó hasta niveles que no se habían visto en una generación. Los artículos de periódico y los expertos proclamaban que había una Nueva Economía, que las recesiones eran cosa del pasado y que la globalización iba a traer prosperidad al mundo entero».[8]

El modelo de capitalismo que salía victorioso tras el colapso del comunismo no era cualquier clase de capitalismo. Era el estadounidense.

«En encuentros internacionales, como los del G7, que reunían a los líderes de los países avanzados, alardeábamos de nuestro éxito y sermoneábamos a los líderes económicos de otros países, que a veces nos envidiaban, con que si nos imitaban también podrían disfrutar de una prosperidad como la nuestra.»[9] Esa forma de capitalismo no solo estaba basada en un firme individualismo, sino en la confianza en la nueva revolución tecnológica. La llamada Nueva Economía ocupaba el centro del capitalismo estadounidense, decía Stiglitz. Si durante la Revolución industrial, dos siglos antes, la industria había sustituido a la agricultura como base de la economía, en la década de los noventa una revolución semejante había permitido la transición «de la producción de bienes a la producción de ideas»; ahora la principal tarea de la economía era procesar información, no personas o productos. La máxima expresión de esta revolución eran las nuevas empresas llamadas puntocom, que «estaban revolucionando la forma en que Estados Unidos —y el mundo— hacía negocios» y disparaban la productividad en el trabajo. Y lo que era casi más importante, la Nueva Economía «también prometía el fin del ciclo económico, los altibajos de la economía que, hasta entonces, siempre habían formado parte del capitalismo».[10]

El también premio nobel de Economía Robert J. Shiller intentó explicar, en un libro con el ilustrativo título de *Exuberancia irracional*, los factores que desencadenaron este optimismo inusitado. Algunos fueron políticos y económicos, pero otros eran por completo psicológicos. Por ejemplo, en 1993 se empezó a hablar de internet en los medios de comunicación y un año después se puso a disposición del público Mosaic, el primer navegador de internet popular, aunque la mayoría de la población no tendría acceso a él hasta unos años más tarde. También en 1994 los beneficios de las empresas estadounidenses habían crecido de manera espectacular, hasta un

36 por ciento. Ambos factores no tenían ninguna clase de relación —las empresas vinculadas a internet tardarían mucho en obtener beneficios—, «pero el hecho de que ese incremento de beneficios —dice Shiller— coincidiera con la aparición de una nueva tecnología tan espectacular hizo que el público en general tuviera la impresión de que ambos fenómenos estaban conectados de alguna manera. La publicidad que asociaba estos dos aspectos paralelos —el *boom* de internet y el incremento de beneficios— fue especialmente convincente debido a la llegada del año 2000 y el nuevo milenio, un momento en el que se discutió mucho y con optimismo sobre el futuro».[11]

Otros elementos que explicaban el optimismo económico de Estados Unidos en aquella época se debían al declive de los rivales económicos extranjeros, es decir, la crisis de Japón y de Europa, la desaparición de la Unión Soviética y el hecho de que China se estuviera integrando en el mercado global. También a los cambios culturales que favorecieron los valores materialistas, como la idea de que invertir en acciones conducía a la riqueza rápida y a los recortes fiscales aprobados por los republicanos, que tenían mayoría en el Congreso estadounidense. Además, en Estados Unidos habían proliferado los fondos de inversión y determinadas clases de fondos de pensiones. Gracias a la utilización de las nuevas tecnologías, se disparó el número total de compraventas diarias de acciones, lo cual favoreció la especulación y la volatilidad.

Pero Shiller mencionaba otra causa interesante de ese auge económico y financiero: «las previsiones cada vez más optimistas de los analistas». Algunas de las razones de este optimismo se debían a conflictos de intereses: muchos expertos preferían no recomendar la venta de determinadas acciones para no perder el favor de las empresas y, con él, el acceso a la información que les proporcionaban. Otros, directamente,

trabajaban en entidades que participaban en el mercado, como bancos de inversión, y se mostraban más optimistas con respecto a las compañías en las que su empresa tenía acciones.

A los analistas les preocupaba poco el hecho de mostrarse uniformemente optimistas en cuanto al largo plazo; al parecer, pensaban que este optimismo generalizado era bueno para el negocio. Desde luego, percibían que sus colegas analistas se mostraban optimistas a largo plazo y que había, al fin y al cabo, cierta seguridad en los números. Con una locuacidad sospechosa y ofreciendo de manera rutinaria sus palmaditas tipo «fantásticas expectativas para Estados Unidos» al público inversor, tal vez descuidaron la precisión.[12]

Internet para las masas

Parte del optimismo económico que estaba hinchando la burbuja se debía a la tecnología. En buena medida, los progresos en ese ámbito resultaban invisibles para el gran público, aunque fueran trascendentales para el proceso de globalización, por ejemplo, en los nuevos sistemas de almacenaje con contenedores estandarizados para barcos enormes y en las sofisticadísimas cadenas logísticas que permitían que un producto se diseñara en un continente, se ensamblara en alta mar y se vendiera en un tercero. Pero hubo una tecnología concreta que, sobre todo gracias a su rápida difusión, se convertiría en uno de los fenómenos de la década: internet.

El 6 de agosto de 1991, Tim Berners-Lee, que había estudiado física en Oxford, inventó de manera casi inadvertida la World Wide Web. Durante los ochenta, Berners-Lee trabajaba en el CERN, el laboratorio europeo de física con sede cerca de Ginebra, en Suiza. Era una organización inmensa, que contaba con diez mil asesores e investigadores dispersos por todo el mundo. Estos hablaban distintos idiomas —también sus ordenadores utilizaban lenguajes diferentes— y se relacionaban entre sí de manera bilateral, de modo que esas comunicaciones difícilmente eran accesibles para los demás. Berners-Lee se propuso mejorar el flujo de información entre ellos y creó un programa para enlazar documentos en otros ordenadores. En algunos casos, esos ordenadores almacenaban la información «de manera “jerárquica y rígida”»; la idea de Berners-Lee era intercambiar información de una forma que reprodujera el modo anárquico

en que opera la mente humana. «Siempre me ha interesado estudiar cómo se trabaja en equipo. Yo lo hacía con multitud de personas de otros institutos y universidades, y tenían que colaborar. Si hubiesen estado en la misma habitación, lo habrían escrito todo en una pizarra. Estaba buscando un sistema que permitiese poner en común sus pareceres y realizar el seguimiento de la memoria institucional del proyecto.» Para llevar a cabo su plan dio con la idea del hipertexto; es decir, una palabra o frase codificada que, al hacer clic sobre ella, redirigía hacia otro documento o contenido. Gracias a esa idea —que tenía precedentes, pero nunca se había llevado a la práctica de manera efectiva—, los miles de colaboradores del CERN empezaron a enlazar documentos en otros ordenadores, incluso los que usaban otros sistemas operativos, sin pedir permiso.[1] Cuando Berners-Lee presentó el proyecto a sus superiores del CERN, con una petición para que financiaran esa red de trabajo, la respuesta fue que la propuesta era «vaga pero interesante». Después de algunos retoques, de llamarlo World Wide Web y de negarse a patentarlo —su propósito, a fin de cuentas, era promover la cooperación y la puesta en común desinteresada de información—, el proyecto salió adelante.

Aquel 6 de agosto Berners-Lee leyó en un foro la pregunta: «¿Alguien sabe si existen investigaciones o un proyecto sobre [...] enlaces con hipertextos que permitan la búsqueda a partir de fuentes múltiples y heterogéneas?». Respondió: «El proyecto World Wide Web aspira a crear enlaces a cualquier información desde cualquier lugar. Si estás interesado en usar el código envíame un correo». Dos décadas más tarde, Berners-Lee afirmaría que en aquel momento una de sus principales preocupaciones era que cualquiera, en cualquier parte del mundo, pudiera subir cualquier cosa a la red. «No tenía ni idea de que la gente lo pondría literalmente todo.»[2]

Ese hecho, el de «poner literalmente todo» en internet, sería de gran

importancia para la historia de la década de los noventa y, casi tres décadas después, para nuestro tiempo. A principios de 1993 había cincuenta servidores web en el mundo; a finales, eran quinientos. En 1993 también se desarrolló en la Universidad de Illinois Mosaic, el primer navegador con capacidad gráfica que pudo instalarse con facilidad en los ordenadores. Justin Hall, un estudiante del Swarthmore College, Pensilvania, descubrió Mosaic gracias a un artículo de *The New York Times*. Lo descargó y en enero de 1994 creó un sitio web llamado «Enlaces de Justin desde el subsuelo». Su primera entrada fue: «¿Qué tal? Esto es informática del siglo XXI. ¿Vale la pena ser pacientes? Voy a publicar esto, y supongo que lo leeréis, en parte para averiguar la respuesta, ¿os parece?». Como entonces apenas había directorios, añadió unos cuantos enlaces a páginas web: entre ellas, la de la Fundación Frontera Electrónica, la del Banco Mundial y sitios creados por aficionados a la cerveza y a las fiestas de música tecno. También había vínculos a páginas con material erótico y una recomendación: «No os olvidéis de limpiar el semen de vuestros teclados». Fue actualizándola de vez en cuando con divagaciones, largas parrafadas sobre fantasías sexuales y fotos explícitas que no habría publicado ninguna revista. Todo con un tono mordaz e informal. Habían nacido los blogs.[3]

Cuando Justin Hall creó su página había unos setecientos sitios web en todo el mundo. En diciembre de 1994 había diez mil.[4] Pero más allá de pequeños directorios como el del propio Hall, y de algunos un poco más serios como la World Wide Web Virtual Library de Berners-Lee, no había una manera fácil y accesible de que los usuarios encontraran lo que estaban buscando. En 1994, Jerry Yang y David Filo, dos estudiantes de Stanford que se suponía que estaban escribiendo sus tesis doctorales, empezaron a recopilar páginas web interesantes y las fueron ordenando por categorías: Arte, Negocios, Ordenadores, Economía, Educación, Entretenimiento,

Medioambiente y Naturaleza, etcétera. En un primer momento, la llamaron «La guía de la World Wide Web de Jerry y David», pero no tardaron en renombrarla como Yahoo! La palabra era el acrónimo de Ye t Another Hirearchichally Organized Oracle, u Otro Oráculo Organizado de Manera Jerárquica, un nombre irónico que hacía referencia a la proliferación de esa clase de directorios —oráculos— organizados de manera jerárquica, es decir, manualmente y con un criterio editorial. «Yahoo» también se utilizaba en el sur rural, de donde era Filo, para hacer referencia a alguien tosco, poco sofisticado; la palabra derivaba de los *yahoos*, una raza inventada por Jonathan Swift en *Los viajes de Gulliver*.

Era imposible mantener al día los directorios elaborados manualmente, porque el número de páginas web se multiplicaba por diez cada año. Pero existía una herramienta que permitía buscar información en los sitios de FTP y Gopher, dos protocolos para distribuir documentos en internet muy utilizados en los años previos al gran desarrollo de la red. Se llamaba *web crawler*, algo así como «araña web», y eran programas que, a partir de una lista de direcciones, rastreaban la red de manera automatizada, identificaban los hipervínculos que aparecían en las páginas y los añadían a la lista de direcciones que se pretendía visitar, o como dice Walter Isaacson «saltaban de enlace a enlace, con la capacidad de desplazarse a toda velocidad por la red como un borracho de bar en bar». Realizaban ese proceso una y otra vez. En 1994, muchos ingenieros se dedicaban a crear arañas, casi todos en universidades.

En Yahoo!, sin embargo, no dieron demasiada importancia a esta tecnología. Creían que los usuarios de la red sabían exactamente lo que deseaban consultar en cada momento y siguieron confiando en editores humanos que descubrían páginas web y las colocaban en un directorio u otro. Cuando un usuario buscaba algo en Yahoo!, sus ordenadores

comprobaban si estaba relacionado con alguna entrada de sus directorios. Si no era así, se ponía en marcha una araña que Yahoo! no se había molestado en desarrollar, sino que pagaba a terceros por su utilización. «Esta fe en el ser humano significó que a Yahoo! le iría mucho mejor que a la competencia durante años —dice Isaacson— a la hora de escoger nuevas historias, si bien no en lo que respecta a proporcionar herramientas de búsqueda.»[5]

Mientras todo esto sucedía, algunos usuarios avanzados ya veían con temor que la web corría el riesgo de perder el carácter colaborativo con el que Berners-Lee la había ideado. En el navegador Mosaic, por ejemplo, no existía la posibilidad de que los usuarios de una web editaran su contenido. En marzo de 1995, el programador Ward Cunningham publicó la WikiWikiWeb —el nombre se debía a que en Hawái había oído decir que *wiki wiki* significaba «muy rápido»— para que los informáticos pudieran intercambiar ideas de programación y vieran el trabajo de otros. WikiWikiWeb permitía que todo el mundo editara contenidos, pero guardaba las versiones anteriores por si se producía alguna pérdida, y se podían seguir los cambios realizados recientemente. Ese sería el software en el que más tarde Jimmy Wales y Larry Sanger basarían la Wikipedia, lanzada en el 2001.

En 1995, Sabeer Bhatia y Jack Smith trabajaban en Apple Computers. Les frustraba no poder intercambiar notas en el trabajo; ambos tenían cuentas de correo America Online, pero no podían acceder a ellas desde la oficina porque requerían la descarga del software de esa empresa. Sería genial, pensaron, diseñar un servicio de correo accesible desde el navegador y que, por lo tanto, permitiera entrar en una cuenta desde cualquier ordenador del mundo conectado a la red. Al instante supieron que era una idea brillante; lo que les extrañó fue que nadie la hubiera tenido antes. Pero

la idea de un correo electrónico que se consultaba desde el navegador —en esa época empezó la llamada «guerra de los navegadores» entre Netscape, creado en 1994 y el primero con prestaciones comparables a los actuales, e Internet Explorer de Microsoft, que apareció en 1995— fue rechazada por veinte inversores. Hasta que Draper Fisher Jurvetson, una empresa de capital riesgo que más tarde apostaría por empresas como Tesla o Twitter, decidió invertir trescientos mil dólares en el producto a cambio del 15 por ciento de las acciones de la compañía, lo que significaba que la valoraban en un millón de dólares.

Bhatia y Smith siguieron trabajando en el servicio de correo, que bautizaron como Hotmail, y decidieron lanzarlo antes de agotar el capital inicial de Draper Fisher Jurvetson y verse obligados a acudir a una segunda ronda de financiación. De modo que hotmail.com nació el 4 de julio de 1996. Lo hicieron coincidir con el Día de la Independencia de Estados Unidos porque creían que su servicio, que permitía a cualquiera acceder gratis a su correo personal en cualquier ordenador del mundo, aumentaba, precisamente, la independencia de los usuarios. Estos se multiplicaron «como el virus Ébola. Cada correo era un anuncio del servicio para el receptor», decía la revista *Wired* en un perfil de Bhatia publicado entonces. Bhatia y Smith recibieron una segunda ronda de financiación de Menlo Ventures, una de las primeras y más grandes empresas de capital riesgo de Silicon Valley. Seis meses más tarde, apareció el primer competidor de Hotmail, RocketMail. Cuando en otoño de 1997 Microsoft, el gigante del sistema operativo Windows, mostró interés por Hotmail este ya tenía ocho millones de usuarios.

Primero un equipo de Microsoft acudió a las pequeñas oficinas de Hotmail en California y ofreció a sus fundadores decenas de millones de dólares por su servicio de correo. Ellos se negaron. Después Microsoft les

pagó un vuelo a Redmond, en el estado de Washington, donde estaba su sede, para que conocieran a Bill Gates. Microsoft quería comprar Hotmail, pero sus fundadores, que eran reacios, pidieron setecientos millones de dólares. En Microsoft les dijeron que estaban locos y dieron a entender que también estaban negociando con RocketMail. Steve Jurvetson, que había sido el primer inversor de Hotmail, le dijo a Bhatia: «No tienes que vender ahora. ¿Por qué no esperas hasta que seáis tan grandes que podáis comprar vosotros Microsoft, y no al revés?».

Pero finalmente, el 31 de diciembre de 1997, aceptaron una oferta de Microsoft. La cifra de la compra no se hizo pública, pero es probable que rondara los cuatrocientos millones de dólares (RocketMail fue adquirido poco antes por Yahoo!, que lo convirtió en Yahoo! Mail). Fue la primera venta de este calibre en el nuevo mundo de internet. Pero un año más tarde ya parecía poca cosa: el número de usuarios de Hotmail se había triplicado. «Visto ahora —dijo en diciembre de 1998 Steve Jurvetson— no estoy seguro de que mil millones no hubiera sido la cifra correcta.»[6] En 1999, Microsoft publicó una nota de prensa celebrando que, treinta meses después de su fundación, Hotmail, renombrado MSN Hotmail e incluido en el paquete de aplicaciones MSN de Microsoft, había llegado a los treinta millones de usuarios. En ese momento, decía el comunicado, «la tasa actual de nuevos registros suma más de un millón a la semana, y ciento cincuenta mil nuevos usuarios al día».[7]

En 1994, cuando Jeff Bezos creó amazon.com calculó que tenía un 30 por ciento de posibilidades de triunfar. Lo normal en las *start-ups* de internet era más o menos un 10 por ciento, pero Bezos, a pesar de estar sobreestimando su suerte, sentía que estaba preparado para evitar el fracaso. Su intención era crear «una empresa *online* que sirviera de intermediaria entre los clientes y los fabricantes y que vendiera casi cualquier clase de

producto, en todo el mundo». No obstante, sabía que no podía empezar vendiendo cualquier artículo. Así que ¿por dónde empezar? Según su biógrafo, Brad Stone, se planteó hasta veinte clases de productos distintos, desde música hasta artículos de oficina. Pero llegó a la conclusión de que el artículo ideal era el libro. Los clientes no tendrían dudas de cómo sería el objeto que estaban comprando, pues todos los libros son más o menos similares y todos los ejemplares de un mismo título son literalmente iguales. Además, en ese momento en Estados Unidos había dos grandes distribuidoras editoriales, de modo que no tendría que negociar con un montón de interlocutores distintos. Además, en el mercado había alrededor de tres millones de libros. Era imposible que una librería tradicional tuviera ese stock, pero una virtual sí podía. En julio de 1995, cuando Amazon abrió al público, se autodenominó, seguramente con razón, «La librería más grande del mundo». Por aquel entonces, vender libros por internet era una excentricidad.

Pero solo dos años más tarde, en 1997, Amazon ponía a disposición de sus clientes dos millones y medio de títulos y sus ventas alcanzaron los 148 millones de dólares. La empresa, contó *Los Angeles Times*, tenía 1,5 millones de clientes en más de 150 países.[8] Ese mismo año, el 15 de mayo, la compañía salió a bolsa con un precio por acción de 18 dólares y una capitalización de mercado de alrededor de 438 millones de dólares. (En el momento de escribir estas páginas, en enero de 2020, el precio de su acción es de 1.895,11 dólares y su capitalización es de alrededor de 929.600 millones de dólares; esto es, casi un billón de dólares).[9] A principios de 1998, Amazon sumó a su catálogo música, en forma de discos compactos. Y ese mismo verano inició su expansión a otros ámbitos. «Amazon se ha convertido en el comercio de más éxito en internet», afirmó el 5 de agosto de 1998 *The New York Times*. Tenía 3,1 millones de clientes, en el primer

semestre había vendido productos por valor de 203 millones de dólares —cinco veces más que en el mismo periodo del año anterior— pero seguía acumulando pérdidas, que en ese semestre habían sido de 30 millones de dólares. «En un movimiento que indica que sus aspiraciones van mucho más allá de vender libros por internet, amazon.com afirmó ayer que ha comprado Junglee Corporation, que gestiona un servicio que permite a la gente comprar de todo, desde ropa hasta ordenadores», decía *The New York Times*. Además, amazon.com también había comprado Planet All, «que permite a la gente estar en contacto con sus amigos y colegas. Amazon.com pretende vender libros y su creciente variedad de productos a los 1,5 millones de miembros de Planet All». «Nos encontramos en un punto de inflexión —declaró Bezos— en el que estamos buscando una gama más amplia de productos.» A pesar de las pérdidas, el mercado aprobó la expansión de Amazon y el valor de las acciones creció. La riqueza personal de Bezos ascendió a 2.500 millones de dólares gracias a su participación en la empresa.[10] (En octubre de 2019, se calculaba que era, según *Bloomberg*, de 116.000 millones de dólares, lo que le convertía en el hombre más rico del mundo).[11] Pero la empresa no empezó a ganar dinero de manera sostenida hasta el 2003.

En 1996, Larry Page y Serguéi Brin coincidieron en la Universidad de Stanford para cursar estudios de posgrado. Page era miembro de un grupo de trabajo sobre la interacción humano-ordenador, una rama de la informática que algunos ingenieros consideraban bastante absurda. Su finalidad era desarrollar un «diseño centrado en el usuario» y facilitar sus interacciones con la máquina para que fueran intuitivas. Brin, que había nacido en la Unión Soviética y había llegado a Estados Unidos de niño, en cambio, se centraba en la exploración de los datos, en concreto, en el análisis de las pautas que se encontraban en los datos en la red.

Ese mismo verano, Larry Page creó su araña para rastrear la web. Por aquel entonces ya había cien mil sitios web, con un total de diez millones de documentos y casi mil millones de enlaces. En julio, cuando Page consideraba que había recogido el 15 por ciento del total de páginas, su proyecto ya se comía casi la mitad del ancho de banda de toda la universidad y había provocado un apagón en el campus. Serguéi Brin se sumó entonces al proyecto. El plan seguía siendo recopilar direcciones. Pero a medida que progresaban, idearon formas más sofisticadas de estimar el valor de cada página.[12] Fue en ese momento cuando se dieron cuenta de que «su índice de páginas ordenado por relevancia —dice Isaacson— podía convertirse en la base de un motor de búsqueda de alta calidad». Y nació PageRank, el algoritmo utilizado por Google para ordenar los resultados de sus búsquedas. La gracia era que PageRank no solo contabilizaba el número de enlaces que conducían a una dirección web, sino que valoraba la calidad de esos enlaces. Por ejemplo, dice Isaacson, un enlace desde *The New York Times* debería contar más que uno desde el blog de Justin Hall.

Ese mismo año, Hall emprendió una campaña de evangelización para transmitir que el blog era el espacio natural de internet. Era un lugar de autoexpresión e informalidad, sin los fines comerciales que empezaban a verle los medios tradicionales, que pretendían mantener en la web la verticalidad y la clara distinción entre quienes transmitían la información y quienes la recibían, lo contrario de lo que había concebido Berners-Lee. En 1997 se acuñó el término «weblog», que se trataba de un juego de palabras: «web log» significaba «bitácora en la web», pero también podía leerse como «we blog»,«nosotros blogueamos». Dos años después se convertiría en «blog», y así se quedó. En 1999, cuando los blogs ya eran un fenómeno extraordinario, Evan Williams creó una sencilla herramienta que evitaba

tener que teclear los elementos de las entradas HTML; gracias a ella, el proceso era más sencillo y, tras la escritura, la publicación era automática. Tuvo dudas de si aquello podía tener una salida comercial, pero por si acaso registró un dominio: blogger.com.

Un poco antes, en la primavera de 1998, Page y Brin mostraron en público lo que habían construido. En un artículo titulado «La anatomía de un motor de búsqueda hipertextual a gran escala», explicaban cómo funcionaba Google: en buena medida, aplicando el sistema académico de citas —cuántas veces y por quién era citado un trabajo— para determinar la calidad de una página. Pero el artículo también deslizaba algo más: que Google no era solo un ejercicio académico brillante diseñado por dos mentes analíticas, sino que iba a convertirse en una empresa comercial. Animados por la universidad —que no solo permitía, sino que alentaba que los proyectos de investigación tuvieran salidas con ánimo de lucro—, ofrecieron Google por un millón de dólares a empresas como Yahoo!, Excite o AltaVista. «Aquellas empresas valían por entonces cientos de millones o más —dijo Page más tarde—. No era un gasto significativo para ellas. Pero los directores ejecutivos demostraron una falta absoluta de olfato. Muchos de ellos nos dijeron "La búsqueda tampoco es tan importante".»[13]

Al no encontrar comprador, Page y Brin tuvieron que fundar su propia empresa. Un profesor de la universidad les sugirió que se reunieran con Andy von Bechtolsheim, que había sido uno de los fundadores de Sun Microsystems y se había hecho millonario gracias a la salida a bolsa de esta y a la venta de una empresa de interruptores ethernet a Cisco Systems. A Von Bechtolsheim lo que le explicaron Page y Brin le pareció fascinante: no era solo un PowerPoint con un proyecto por desarrollar, sino que el software funcionaba, era mejor que otros existentes y sus dos creadores no

querían una fortuna; ni siquiera habían pensado en invertir en marketing. Así que les firmó un cheque de cien mil dólares. Page y Brin le dijeron que la empresa no estaba constituida y que aún no tenían una cuenta corriente. «Ingresadlo cuando tengáis una», les dijo Von Bechtolsheim. Los dos creadores de Google se fueron a celebrarlo a un Burger King. Un mes después, la empresa estaba constituida y el dinero en una cuenta.

En enero de 1998, *The New York Times* anunciaba la reunión en París de delegados de empresas pertenecientes a todos los ámbitos de las telecomunicaciones. El uso del teléfono móvil se estaba disparando. En aquel momento, en Europa, los móviles utilizaban la red GSM o *global system for mobile communication*, que permitía transmitir 9.600 bytes por segundo. Este sistema era adecuado para la transmisión de voz, pero empezaba a quedarse corto para lo se llamaron «aplicaciones multimedia». De la reunión de París debía salir un acuerdo que permitiera pactar las características de una red superior unificada a la que debería adaptarse la fabricación de los nuevos teléfonos. Una de las versiones en liza se llamaba UTMS o *universal mobile telecommunications services*, y formaba parte de las redes de tercera generación o 3G. La unificación de criterios permitiría el *roaming* global, es decir, que todos los teléfonos se pudieran utilizar en cualquier parte del mundo (en ese momento, por ejemplo, los que utilizaban la red GSM no podían usarse en todo Estados Unidos, donde muchas de las redes móviles aún eran analógicas y no digitales). Pero no solo eso. Los teléfonos se conectarían de manera permanente a internet. Podrían incluso conectarse a un ordenador portátil y hacer la función de módem. Una de las utilidades estrella serían las videoconferencias.[14]

Los teléfonos móviles ya tenían una larga historia, pero fue en la década de los noventa cuando su uso se generalizó en todo el mundo. Hasta entonces, los aparatos habían sido grandes, pesados y caros, las baterías se

agotaban enseguida, la cobertura era escasa y la facturación por el tiempo de uso resultaba inasumible para la mayoría de la gente. A principios de los años ochenta, la gran empresa de telecomunicaciones estadounidense AT&T pidió a la consultora McKinsey que calculara cuántos teléfonos móviles habría en uso en el mundo al final del siglo. McKinsey estimó que esa cifra sería de alrededor de 900.000 unidades, y AT&T decidió que no valía la pena continuar en el sector, aunque poco después rectificaría y volvería a él. En realidad, a finales de siglo se daban de alta 900.000 líneas de móvil cada tres días. En ocho países, más de un tercio de su población utilizaba el teléfono móvil; en los países escandinavos (donde tenían su sede dos de las marcas de móviles más pioneras del momento, Ericsson y Nokia) casi el cien por cien de los hombres de entre veinte y treinta años tenía móvil. En Francia y Países Bajos, por ejemplo, solo en 1998 se duplicó el número de teléfonos móviles en uso. La revista *The Economist* señalaba en un dossier especial dedicado al asombroso auge del móvil, que publicó en octubre de 1999, que había detectado un patrón: los móviles se consideraban un juguete caro propio de hombres de negocios hasta que se alcanzaba una penetración social de entre el 15 y el 20 por ciento. A partir de ahí, todo el mundo quería uno y el crecimiento era exponencial.

Una de las razones del aumento de su uso fue que cada vez resultaba más barato. De acuerdo con algunas estimaciones, entre 1996 y 1999 el coste de hablar por teléfono móvil descendió de media un 38 por ciento. En algunos lugares, por ejemplo Roma, el precio se había reducido hasta un 62 por ciento (esa podía ser una de las razones por las que el móvil era omnipresente en muchas ciudades italianas, aunque enseguida aparecieron interpretaciones culturalistas que consideraban que el *telefonino* se adaptaba a la perfección a una gente tan locuaz como los italianos). Fuera como fuese, *The Economist* aplicaba las teorías del liberalismo económico para

llegar a la conclusión de que la bajada de precio era una consecuencia de los beneficios de la competencia entre empresas, producto a su vez de la cada vez mayor liberalización del mercado de las telecomunicaciones y de la privatización de los operadores nacionales.[15] En España, Telefónica empezó a privatizarse en 1995 y a partir del año siguiente entraron en el mercado español empresas como Airtel o Amena. En todo caso, el descenso del coste de uso fue un incentivo para que más personas compraran un móvil.

Otra razón evidente fue la mejora de la tecnología. Las redes digitales como las europeas podían asumir entre tres y seis veces más tráfico que las analógicas, y además posibilitaban innovaciones tan útiles como el identificador de llamadas (que permitía saber quién llamaba antes de responder) o las conversaciones telefónicas a tres. Las baterías ya permitían tener el teléfono encendido durante varios días sin tener que recargarlo. «La continua disminución del coste de los circuitos integrados ha hecho que los teléfonos se vuelvan más inteligentes y más baratos», decía *The Economist*. A finales de los años noventa, un móvil de la gama más alta costaba 350 dólares, frente a los mil de un equivalente a mediados de la década.

Otra razón de la popularización de los móviles fue la introducción del sistema de prepago: la línea telefónica contaba con un crédito determinado por el usuario y una vez agotado, si no se recargaba, la línea dejaba de funcionar. Esto era útil para racionar el uso —o racionárselo a los menores de edad— o para no incurrir en gastos inesperados. A finales de siglo, en Reino Unido tres cuartas partes de los usuarios utilizaban el sistema de prepago; en Italia eran el 40 por ciento. En Asia, donde en 1997 tuvo lugar una enorme crisis económica que dejó multitud de deudas impagadas, el prepago fue casi el motor único de la expansión de los móviles: el 70 por ciento de los nuevos usuarios de Tailandia y el 100 por ciento de los de

Malasia lo utilizaban. En Estados Unidos el futuro del sistema también parecía prometedor: se rechazaban el 30 por ciento de las solicitudes de línea móvil con contrato por mal historial crediticio o precedentes de impago de recibos; el prepago podía ser la solución.[16] Sin embargo, a menudo también sería utilizado por delincuentes que aprovechaban el anonimato que facilitaba.

Además, los móviles eran cada vez más pequeños. En 1998 apareció el Nokia 8810. No era el primer teléfono que carecía de antena externa. Pero en esta ocasión, además de integrarla dentro del aparato, los ingenieros finlandeses de Nokia habían diseñado el primer modelo con un aspecto bonito. Y su tamaño permitía algo inédito: llevar el móvil en un bolsillo pequeño, como el de una camisa o unos vaqueros.

1996 fue el primer año en el que, a escala global, se produjeron más altas en líneas móviles que fijas. La industria esperaba superar en breve el «100 por ciento de penetración»; es decir, que hubiera más líneas telefónicas móviles que personas (en España, de acuerdo con un sondeo del Instituto Nacional de Estadística, en 2019 había por lo menos un móvil en el 98,5 por ciento de los hogares)[17]. «La idea es que los dispositivos móviles puedan utilizarse no solo para que la gente se comunique con bases de datos o con máquinas —decía *The Economist* con entusiasmo futurista en 1999—, sino que permita que las máquinas se comuniquen con la gente o con otras máquinas. Los fabricantes de coches ya están empezando a incorporar en los vehículos dispositivos sin cables que pueden indicar a los servicios de rescate dónde se encuentran si tienen un accidente o una avería. La tecnología sin cables se utiliza para controlar equipamientos caros en lugares aislados, una técnica que tal vez algún día puede aplicarse a equipamientos más básicos como parquímetros.» NTT DoCoMo, una de las principales teleoperadoras de Japón, donde la fiebre del móvil se instaló de

manera particularmente intensa, calculaba que en 2010 solo un tercio de sus 360 millones de usuarios serían personas: los otros dos tercios serían coches (100 millones), bicicletas (60), ordenadores portátiles (50), motos, barcos, máquinas de *vending* e incluso animales domésticos.» Pero más allá de esas proyecciones, en 1999 el reto estaba claro: «Vender teléfonos móviles a barcos y animales domésticos —decía *The Economist* al final de su reportaje especial— debe ser un reto fascinante. Pero en este momento lo que realmente excita a la industria de la tecnología sin cable es la creación de una generación completamente nueva de teléfonos inteligentes».[18]

Para eso aún faltaba tiempo. Las primeras redes comerciales de 3G se implementaron en el año 2000. Aunque en la década de los noventa empresas como Nokia o RIM (la predecesora de Blackberry) pusieron a la venta modelos con acceso al correo electrónico mediante tecnología 2G, habría que esperar a principios de los 2000 para que salieran a la venta los primeros modelos con esas prestaciones que tuvieron éxito, ya con tecnología 3G. En todo caso, a finales de 1998, uno de los rasgos más llamativos de los teléfonos móviles, además de la progresiva disminución de su tamaño, la desaparición de las antenas y la estilización de algunos modelos, era la posibilidad de personalizar los timbres. «Un teléfono móvil es un producto personal», declaró entonces un directivo de Ericsson. «Queremos crear afinidad con los usuarios, para que digan [cuando suene el timbre personalizado] "¡Eh, es mi teléfono!".» La mejora de la tecnología de los altavoces permitía sustituir timbres metálicos y electrónicos, que muchas veces imitaban al de los viejos teléfonos con cable, por sonidos «más suaves y limpios», dijeron al *The New York Times* dos empleados de Nokia que se encargaban de diseñar esos sonidos. En Finlandia se consideró una prioridad: al tener el mayor índice de penetración de móviles del

mundo, «se ha hablado mucho de la molestia que suponen los móviles que suenan en los espacios públicos».[19]

Globalización: la riqueza os democratizará

«“Globalización” es una palabra horrible de significado oscuro, acuñada en la década de 1960, que se puso aún más de moda en la de 1990», escribió en su libro *Why Globalization Works* Martin Wolf, el principal comentarista de cuestiones económicas del *Financial Times* y, probablemente, el periodista económico más influyente del mundo.

> Para muchos de sus partidarios es una fuerza irresistible y deseable que borra del mapa fronteras, derroca gobiernos tiránicos, reduce los impuestos, libera a los individuos y enriquece todo lo que toca. Para muchos de sus detractores es, ciertamente, una fuerza irresistible, pero indeseable. Cuando se le añaden los adjetivos «neoliberal» y «corporativa», la globalización se considera una fuerza maligna que empobrece a las masas, destruye las culturas, socava la democracia, impone la americanización, arrasa el estado de bienestar, destruye el medioambiente y entroniza la avaricia.[1]

Wolf, que en aquel momento creía que la globalización era enteramente deseable, establecía una definición técnica de ese proceso. En primer lugar, la globalización era un fenómeno económico mediante el cual los mercados, al superar las fronteras políticas, se integraban cada vez más. En segundo lugar, la globalización describía un proceso político en el que los gobiernos decidían eliminar las barreras de entrada y salida de bienes, servicios y dinero entre los países. Por último, también suponía la generalización de unas políticas favorables al mercado y la homogeneización de las regulaciones a escala internacional. La «globalización liberal», pues, era sobre todo un proceso basado en unas fuerzas de mercado que superaban las fronteras y el proteccionismo y que se apoyaba en medidas políticas que

cada vez compartían un mayor número de países. Y podía seguir avanzando, en buena medida, gracias a la tecnología.

De acuerdo con el Banco Mundial, el rasgo más espectacular de esta oleada de globalización fue que países en desarrollo que hasta entonces habían estado relativamente aislados de los mercados globales empezaron a integrarse a ellos. Además, la migración y los movimientos de capital internacionales, que antes eran casi irrelevantes, cobraron mucha más importancia. En la década de 1970, el flujo de capital hacia los países en desarrollo fue inferior a 28.000 millones de dólares; en 1997, fue de 306.000 millones. En 1980, solo el 25 por ciento de las exportaciones de los países en desarrollo eran productos manufacturados; en 1998 ese porcentaje había aumentado hasta el 80 por ciento. A principios de los años ochenta, la exportación de servicios suponía el 9 por ciento de las exportaciones totales de los países en desarrollo; a finales de los noventa era casi el 17 por ciento. Los primeros países en desarrollo en abrirse a la globalización fueron los más pobres, aquellos cuyo PIB per cápita en 1980 era de 1.488 dólares (China, India, México). En 1997, había pasado a ser de 2.485 dólares. En cambio, los países que partían de una situación mejor (como Kenia, Togo o Nigeria, con un PIB per cápita en 1980 de 1.947 dólares) se abrieron menos a la globalización, y crecieron más discretamente que los más globalizados (2.133 dólares de PIB per cápita en 1997).[2]

¿A qué se debía este cambio espectacular? A una suma de decisiones políticas (la reducción de aranceles en los países ricos y la liberalización comercial en los países en desarrollo) y ciertos avances tecnológicos que permitieron, por ejemplo, reducir los tiempos de transporte o gestionar mejor unas cadenas logísticas que estaban dispersas geográficamente. Los países que no se subieron a la corriente, en su mayoría africanos, quedaron marginados de los beneficios de la globalización.

Pero para los partidarios de la globalización, lo más relevante era que la nueva preponderancia y el alcance de los mercados no solo eran beneficiosos para el crecimiento de la economía. El fundamento del «internacionalismo liberal» era que los acuerdos entre países se basaban en nociones «liberales», como el movimiento más o menos libre de personas, capitales, mercancías y servicios entre ellos. «Estos acuerdos contribuyen a que los países sean liberales», decía Wolff, porque partes importantes de la sociedad se movilizan contra el proteccionismo y a favor de un mayor acceso a los mercados y a la inversión extranjeros. «Los países que sacan más partido de unos acuerdos internacionales firmes y exigibles son los países débiles y con mala reputación», afirmaba, oponiéndose a quienes creían que la globalización era un sistema en el que los países ricos explotaban a los pobres. Los socios más fuertes imponían las normas, cierto, pero en general esas normas beneficiaban a todos y limitaban la medida en que, en los países en desarrollo, se llevaban a cabo prácticas corruptas o se operaba en ausencia de regulaciones de seguridad.

El objetivo era constreñir la soberanía de los países. Los países poderosos tienden a comportarse mal con los países débiles. Los países débiles suelen tener gobiernos corruptos o ineptos. Los grandes acuerdos multilaterales —es decir, en los que participan un buen número de países que pactan qué pueden hacer y qué no pueden hacer en materia comercial, financiera o industrial— eran buenos para todo el mundo y hacían que la actividad fuera más homogénea, predecible y, si todo iba bien, benigna. Los mercados quieren, por definición, cruzar fronteras. La globalización les permitiría hacerlo con reglas claras y beneficiosas para todos.[3] Una economía de mercado global tenía sentido. No solo para la propia economía, sino para la democracia.

En 1996, Thomas Friedman, escritor y columnista de *The New York*

Times creó, con cierta intención humorística pero con una base seria, la Teoría de la Prevención de Conflictos de los Arcos Dorados. Según esta, no hay dos países en los que haya locales de McDonald's que hayan librado una guerra entre ellos. «La cuestión que plantea el ejemplo de McDonald's es si hay un punto de inflexión a partir del cual un país que se ha integrado en la economía global, se ha abierto a la inversión extranjera y ha empoderado a sus consumidores, restringe de manera permanente su capacidad para crear conflictos y promueve una democratización gradual y una paz cada vez más generalizada.»[4] Más adelante, cuando el avance de las tecnologías permitió una integración aún mayor de la economía y las cadenas logísticas, Friedman elaboraría la Teoría de la Prevención de Conflictos Dell, según la cual no hay dos países que formen parte de una gran cadena logística global, como la de la empresa de productos informáticos Dell, que hayan librado una guerra entre sí mientras forman parte de esa cadena logística. Algunos ya habían teorizado sobre la «muerte de la distancia», es decir, la relevancia cada vez menor de la geografía a la hora de determinar el desempeño de la actividad económica; como recogió en *La tierra es plana*, para Friedman no era solo que el mundo se estuviera volviendo plano, en el sentido de que cada vez había menos obstáculos que salvar para trasladar servicios, mercancías y capitales, sino que eso además redundaba en la paz y la democratización.

En una crítica al libro de Friedman, John Gray le respondió, simplemente, que la tierra seguía siendo redonda. La noción de globalización era compleja, pero Friedman, como todos los partidarios del proceso que veían en el libre mercado la fuente de la libertad humana, estaba confundiendo dos procesos contradictorios. El primero era que «estamos viviendo en un periodo de innovación tecnológica rápida y continuada, que tiene el efecto de vincular acontecimientos y actividades a

escala global de manera más amplia y rápida que antes». Esto era empíricamente cierto, reconocía Gray. El segundo era «la creencia de que este proceso está conduciendo a un sistema económico global único». Esto, decía, no era nada más que una afirmación basada en la ideología.[5]

En realidad, defendía Gray, la globalización solo era un paso más en el proceso de industrialización del mundo, que se había iniciado a finales del siglo XVIII y había ido avanzando en todas partes, en oleadas y a distintos ritmos. Internet estaba transformando las comunicaciones, pero la influencia del petróleo y la electricidad en las formas de vida había sido mucho más profunda. Y, por supuesto, la revolución económica que habían provocado no había dado pie a una era de paz y armonía. No existían motivos para pensar que la homogeneización de las formas de vida en el mundo acabaría con los conflictos inherentemente humanos.

Es más, para Gray no existía una vinculación directa entre la idea de globalización como ampliación de los mercados y la industria, y el liberalismo. A su modo, Stalin había acelerado la globalización mediante «las políticas de colectivización agrícola». Después de la Segunda Guerra Mundial, los regímenes autoritarios de Corea del Sur y Taiwán habían contribuido a la globalización. Y en el futuro podían seguir haciéndolo incluso los regímenes autoritarios proteccionistas.

Lo que pasaba era que los neoliberales, como los marxistas, se habían vuelto deterministas tecnológicos.

> Tanto para los marxistas como para los neoliberales es el avance tecnológico lo que alimenta el desarrollo económico, y las fuerzas económicas las que conforman la sociedad. La política y la cultura son fenómenos secundarios, a veces capaces de retrasar el progreso humano; pero en última instancia no pueden prevalecer ante el avance de la tecnología y la cada vez mayor productividad.[6]

Los partidarios de la globalización daban por sentado, como los

marxistas, que la historia tenía una dirección única —la de una mayor globalización—, que estaba impulsada por la fuerza imparable de la tecnología. Aunque quisiéramos, esta nos impediría frenar la globalización. Y por eso, la caída del comunismo y el contexto tecnológico hacían que los años noventa fueran un momento único y fundamental que la humanidad debía aprovechar para superar de una vez por todas el nacionalismo. Es muy probable que se tratara de una forma de presentismo, el sesgo que nos lleva a pensar que el tiempo en el que vivimos es esencialmente distinto de todo momento del pasado y reúne unas características que lo hacen único.

Más allá de estas versiones de la filosofía de la historia que inadvertidamente abanderaban todos los partidarios de la globalización estaban, por supuesto, las críticas de los antiglobalización. Este movimiento experimentó un enorme auge a lo largo de la década y, al menos en parte, llenó el vacío que había dejado el comunismo en la lucha contra el capitalismo.

En un artículo titulado «Necesidad de utopía», incluido en el dossier de *Le Monde Diplomatique* llamado «Otro mundo es posible», Ignacio Ramonet escribía:

> El dramático avance de la globalización y el neoliberalismo se ha visto acompañado por un crecimiento explosivo de la desigualdad y un retorno de la pobreza y el desempleo masivos. Exactamente lo contrario de lo que se supone que defienden el Estado moderno y la ciudadanía moderna. El resultado neto es un crecimiento masivo de la desigualdad. Estados Unidos, que es el país más rico del mundo, tiene más de 60 millones de pobres. El principal poder comercial del mundo, la Unión Europea, tiene más de 50 millones. En Estados Unidos, el 1 por ciento de la población posee el 39 por ciento de la riqueza del país. Considerando el planeta en su conjunto, la riqueza sumada de las 358 personas más ricas (todas ellas milmillonarias en dólares) es mayor que el total de los ingresos anuales del 45 por ciento de los habitantes más pobres del mundo; es decir, 2.600 millones de personas.[7]

Las cuentas de Ramonet eran muy discutibles —no aclaraba con qué

criterios establecía la línea de la pobreza; la pobreza en los países ricos no suponía un aumento de la desigualdad global y comparaba el stock (propiedades) de los ricos con el flujo (ingresos) de los demás—, pero sus críticas a la globalización se convirtieron en una de las ideologías alternativas más visibles de la década. Para esta, el problema de la globalización o del capitalismo tras la caída del comunismo no era un exceso de optimismo potencialmente peligroso y destructivo, sino su maldad intrínseca. Pero contaba con su propia forma de optimismo, según la cual era posible «otro mundo».

Wolf respondía a estas críticas reconociendo que era cierto que había aumentado la diferencia entre los ingresos medios de los países ricos y los pobres, así como el contraste entre sus condiciones de vida. Pero negaba que hubiera incrementado la desigualdad entre los individuos, afirmaba que era probable que hubiera disminuido el número de personas que vivían en la pobreza extrema y, sin duda, lo había hecho su porcentaje con respecto a la población total.

> El bienestar humano, en líneas generales, ha aumentado. La proporción de humanos que viven en la miseria desesperada está reduciéndose. El problema de los más pobres no es que estén explotados, sino que están casi sin explotar: viven fuera de la economía global. El inmenso crecimiento de las economías en desarrollo que se integran con rapidez ha transformado el mundo a mejor. El reto es llevar esta nueva red de relaciones económicas productivas y rentables a quienes no lo han conseguido hasta ahora.[8]

El mundo, parecía, necesitaba más, mucha más globalización.

Exuberancia irracional

La economía estadounidense mostraba unas señales de crecimiento sin precedentes. Pero tanto optimismo tenía preocupado a Alan Greenspan, el presidente del Sistema de la Reserva Federal, la Fed, el banco central de Estados Unidos. Muchos pensaban, con todo, que la propia Fed había alentado ese optimismo al no frenar la burbuja que se había ido creando en la bolsa a lo largo de la década. Se trataba, según Shiller, del mayor ejemplo de la historia «de un gran crecimiento especulativo en el mercado de valores» de Estados Unidos. A principios de 1994, el índice Dow Jones estaba en los tres mil seiscientos puntos. Al cabo de cinco años se había triplicado. Pero ese aumento «no se podía justificar en términos razonables —dice Shiller— [...]. Los indicadores económicos básicos no se acercaban a esta multiplicación por tres [...]. El aumento de los precios de las acciones no estaba justificado». ¿Qué había pasado? Shiller afirma que «mucha gente perspicaz comentaba, mientras se producía la gran subida bursátil, que había algo a todas luces irracional en el aire, pero que la naturaleza de la irracionalidad era sutil». No era la clase de locura que se había apoderado de los inversores en *booms* del mercado previos, como el de la década de 1920. No era una «orgía especulativa», como se había llamado al fenómeno con anterioridad. «Se parecía más bien a la clase de malas decisiones que todos recordamos haber tomado en algún momento de nuestras vidas en el que nos dejamos llevar por el entusiasmo.»[1]

Greenspan, el todopoderoso economista que llevaba al frente de la Fed desde 1987 y se había ganado fama de oráculo, llamó a ese fenómeno

«exuberancia irracional», que luego sería el título del libro de Shiller. Greenspan siempre había sido un firme creyente en la eficiencia de los mercados. Eso implicaba pensar que el precio de los activos —en este caso, de las acciones— era un reflejo de la información disponible: la gente conocía la marcha de la economía en general, o de un sector particular, el talento de los directivos de una empresa determinada, el acierto de sus decisiones, etcétera, y los precios eran un reflejo de esa información. Como esos precios reflejaban la realidad, y el mercado era esencialmente racional, el dinero se asignaba de manera correcta —es decir, se invertía en aquello en que era racional invertir— y así la economía se mantenía estable y crecía. Esta idea había sido objeto de innumerables discusiones entre economistas. Y en aquel momento, el 5 de diciembre de 1996, Greenspan pareció dar la razón a quienes pensaban que en el precio de las acciones influían numerosos elementos azarosos debidos a las decisiones irracionales de los especuladores.

Lo hizo durante un discurso que pronunció en una cena de gala del Enterprise Institute, un *think tank* conservador con sede en Washington. Se titulaba «Los retos de la banca central en una sociedad democrática». Después de repasar, con el tono propio de un aburrido banquero central, el papel de la Fed en la historia de Estados Unidos, la economía de las últimas décadas y los nuevos retos de la política monetaria, hacia el final de la conferencia pronunció las palabras que lo harían famoso:

> ¿Cómo podemos saber si la exuberancia irracional ha aumentado de manera indebida el valor de los activos, que después se ven sujetos a inesperadas y prolongadas contracciones, como las que han tenido lugar en Japón durante la última década? [...] Nosotros, como banqueros centrales, no deberíamos preocuparnos si el estallido de una burbuja de activos financieros no amenaza con dañar la economía real, su producción, el empleo y la estabilidad de precios [...]. Pero no deberíamos subestimar o mostrarnos complacientes con la complejidad de las interacciones entre los mercados de activos y la economía.[2]

Greenspan ni siquiera tuvo que repetir la expresión en lo que quedaba de discurso. Ni aclarar que, aunque había utilizado como ejemplo la larga crisis que atravesaba Japón después de que en 1991 hubiera estallado la burbuja de precios de los pisos y las acciones, en realidad aludía a la posibilidad de que algo parecido sucediera en Estados Unidos.

Las bolsas empezaron a caer en todo el mundo. En Japón, el índice Nikkei lo hizo un 3,2 por ciento; en Alemania, el Dax un 4 por ciento, y en Londres el FTSE un 4 por ciento. Al día siguiente, en Nueva York, el Dow Jones cayó un 2,3 por ciento. «La fuerte reacción de los mercados de todo el mundo a estas dos palabras pronunciadas en medio de un discurso formal y ordinario parecía absurda —dice Shiller—. Aquello se convirtió en una divertida muestra de la locura de los mercados, una muestra que durante un tiempo se contó en todo el mundo.»

Las palabras de los banqueros centrales son escudriñadas por los inversores para intentar adivinar cuáles serán sus siguientes decisiones monetarias, y en este caso se interpretaron como el anuncio de que Greenspan iba a subir los tipos de interés y a pinchar la burbuja o, como él había dicho de manera más elegante, la «exuberancia irracional». En las reuniones del Consejo de la Fed, Greenspan había mostrado su preocupación por la posibilidad de que se estuviera generando una burbuja, porque era plenamente consciente de que, como en Japón, cuando estallaban dejaban tras de sí unas pérdidas económicas inmensas.

Durante los años ochenta, la economía japonesa había crecido a un ritmo extraordinario. «El PIB de Japón aumentó con más rapidez que el de cualquier otro país industrializado», dice Richard Katz en *Japan. The System that Soured*. Sus industrias exportadoras habían conquistado un sector tras otro: de los televisores y el acero a los coches y los chips de memoria para ordenadores. Pero lo más asombroso de todo, afirma Katz,

era que la bolsa estaba disparada. Parecía desafiar todas las leyes de valoración que hacían que las demás bolsas del mundo no subieran a un ritmo siquiera parecido. Lo que sucedía, en parte, era que las empresas pedían dinero prestado, pero no lo devolvían en forma de dinero, sino con acciones. Como los precios de las acciones parecían subir y subir independientemente de los beneficios que obtuvieran las empresas, era casi como si esas compañías tuvieran permiso para imprimir dinero. Eso permitía a las empresas endeudarse mucho para invertir, lo que les daba ventaja respecto a los estadounidenses; una ventaja que hacía pensar, y así se percibió con temor en el país americano durante los años ochenta, que Japón podía sustituirle como líder económico mundial. El problema era que si el precio de las acciones caía, «el *boom* terminaría. Las empresas se verían obligadas a devolver todos sus créditos en dinero de verdad, no en acciones de papel. Se verían aplastadas por una montaña de deuda que suponía una amenaza tanto para ellas como para los bancos». En una práctica que se repetiría posteriormente —por ejemplo, durante la burbuja inmobiliaria española—, algunos de los economistas y periodistas económicos más brillantes explicaban que los precios de las acciones, en unos niveles impensables en otros países, eran fruto del carácter único de las finanzas japonesas. Mientras tanto, el Banco de Japón se resistía a intervenir para frenar la expansión y seguía bajando los tipos de interés. Los bancos privados prestaban a una escala nunca vista y contribuían a hinchar los precios del mercado inmobiliario.[3]

En 1989, la burbuja de la economía japonesa alcanzó su máximo y los japoneses se sentían en la cima del mundo. En diciembre de ese año Lawrence Summers, que en los años noventa sería economista jefe del Fondo Monetario Internacional y ocuparía varios altos cargos en el Gobierno de Bill Clinton, afirmó que Japón no solo era ya la segunda

economía del mundo, sino que se estaba formando un bloque económico asiático con el país nipón como líder. «Todo esto aumenta las posibilidades de que estén en lo cierto la mayoría de los estadounidenses que creen que Japón supone para Estados Unidos una amenaza mayor que la Unión Soviética.»[4]

Pero poco después de que Summers hiciera esa afirmación estalló la burbuja.

> Empezó con una caída del mercado de valores y del inmobiliario que, de la noche a la mañana, eliminó cientos de miles de millones de dólares de riqueza. Pronto, el colapso se extendió al resto de la economía. La nación que había definido el crecimiento parecía de repente incapaz de crecer. No se trataba de una recesión común. Se trataba del colapso de toda una trayectoria económica agravada por una crisis financiera.[5]

La recuperación fue prácticamente inexistente durante toda la década, lo que llevó a denominar los años noventa en Japón como «la década perdida».

En Estados Unidos el recuerdo aún era reciente, aunque solo fuera porque la caída de Japón le había dejado con un adversario menos en la lucha por la supremacía económica, casi al mismo tiempo que la Unión Soviética desaparecía. Pero Greenspan decidió no actuar de manera ortodoxa, es decir, subiendo los tipos de interés. Quería, en palabras de Stiglitz, «deshinchar la burbuja sin producir daños colaterales». Cabía la posibilidad de que los tipos de interés más altos no solo no fueran el remedio para la «exuberancia irracional» en los mercados, sino que sus consecuencias fueran más allá del mercado de valores y ralentizaran la economía real, la de la calle. La alternativa era mucho menos costosa: «Tal vez la simple mención del tema inspiraría una corrección del mercado suficiente para hacer innecesarias más medidas. Por decirlo de forma sucinta, parece que tenía la esperanza de poner coto a la burbuja —y

ahorrarle al país su estallido— solo con palabras».[6] Dieciséis años más tarde, la sociedad descubriría el inmenso poder de convicción que un banquero central podía tener ante los mercados cuando Mario Draghi, el director del Banco Central Europeo (BCE), contribuyó enormemente a resolver la crisis del euro con solo decir, el 26 de julio de 2012, que el BCE estaba «dispuesto a hacer lo que haga falta para preservar el euro. Y créanme, será suficiente». Pero en el caso de Greenspan, a pesar de la caída instantánea de las bolsas en todo el mundo, no funcionó. Tras ese desplome, volvieron a subir. Aparecieron nuevos datos económicos favorables —la inflación no repuntó, a pesar de que el desempleo seguía cayendo; por supuesto, la Fed no subió los tipos de interés— y la bolsa siguió subiendo. Durante los cuatro años siguientes, dice Stiglitz, los indicadores económicos siguieron batiendo récords con una «aburrida regularidad». Hasta que estalló la burbuja.

«Tuvimos demasiada fe en las palabras —reconoce Stiglitz—, en nociones místicas de confianza, en la llamada sabiduría de los mercados financieros; prestamos demasiada poca atención a la economía real subyacente. Nos fiamos más de la fe que de la ciencia económica.»[7]

«Ese momento de la vida en el que todo es posible»

La idea era hacer una serie sobre «ese momento de la vida en el que todo es posible». Este era el planteamiento inicial que Marta Kauffman y David Crane, dos guionistas en horas bajas, presentaron a la cadena de televisión estadounidense NBC. Esta aceptó la propuesta enseguida y les pidió que empezaran a desarrollar un episodio piloto. Pero ahí surgieron algunos desencuentros. Kauffman y Crane querían que el grupo de seis jóvenes neoyorquinos se reuniera en un café moderno con sofás y sillones, pero la cadena pensaba que muchos espectadores no se identificarían con esa clase de local y sugirieron que la acción transcurriera en una cafetería tradicional, con mesas de formica y sillas rígidas. La NBC también temía que los personajes fueran demasiado jóvenes; quizá, sugirieron a los guionistas, sería bueno introducir un personaje mayor, que les diera consejos sobre su carrera laboral y su vida amorosa.

Ah, y había una cuestión más. En el episodio piloto, a Monica, una de las protagonistas, la dejaba un tipo con el que se había acostado en la primera cita. La cadena pensó que aquello era demasiado osado: ¿quién iba a empatizar con una mujer que se iba a la cama con un hombre al que apenas conocía? Los guionistas no veían ningún problema. Así que se hizo una encuesta a los espectadores del episodio piloto; se les preguntó si consideraban «ofensiva» esa cuestión y si preferirían que se cambiara el guion. La formulación del enunciado, recordarían una década más tarde algunos productores y guionistas, era: «Monica, por acostarse con un hombre en la primera cita es a) una zorra b) una guarra c) una loca d) la

mujer de tus sueños». Los encuestados respondieron que el personaje les gustaba. La cadena cedió en todo y el primer capítulo se estrenó en septiembre de 1994 tal como lo habían planeado sus creadores: era una serie «sobre el sexo, el amor, las relaciones, las carreras laborales, ese momento de la vida en el que todo es posible. Y sobre la amistad, porque cuando estás soltero y vives en la ciudad, tus amigos son tu familia». Era *Friends*. El primer episodio lo vieron 22 millones de espectadores, duró diez temporadas y fue un éxito colosal.[1]

La serie seguía a seis jóvenes que empezaban su vida adulta en Nueva York: Joey, un actor con poco trabajo; Ross, un profesor de paleontología recién divorciado; Rachel, una chica rica que debe empezar a ganarse la vida tras abandonar a su futuro esposo en el altar; Monica, una cocinera; Phoebe, una masajista y música aficionada, y Chandler, un tipo cuyo empleo —algo relacionado con la informática y los datos— nunca queda claro, aunque es evidente que es el menos interesante y el mejor pagado de todos. Los seis viven en pisos sorprendentemente grandes y céntricos para los sueldos que, con la excepción de Chandler, se supone que tienen. Tienen vidas amorosas complicadas por distintas razones, pero perciben que aún les queda tiempo para encontrar el amor. Mientras no llega, hay que probar, salir y acostarse con mucha gente. Para la mayoría de los personajes, evidencia una y otra vez la serie, lo importante es fundar su propia familia, pero mientras tanto nada mejor que disfrutar de una formada por amigos.

En ese sentido, como en tantos otros, *Friends* era un reflejo de la mezcla de progresismo y ortodoxia que caracterizó a los Estados Unidos de la época. Su presidente, Bill Clinton, era un demócrata que siendo joven se había manifestado contra la guerra de Vietnam, había fumado marihuana (aunque, según afirmó, sin inhalar) y formado parte, en general, de la revolución cultural izquierdista de los años sesenta, que había instigado

cambios en todos los aspectos imaginables de la vida pública, de la sexualidad a la cultura popular, pasando por la concepción de los géneros sexuales o la consideración de las razas. Pero a la hora de gobernar, aunque lo hiciera desde el progresismo, asumió las reglas del mercado. Firmó numerosos acuerdos de libre comercio, permitió la creación de productos financieros innovadores, desreguló varios sectores, entre ellos las telecomunicaciones y la banca y, de hecho, fue el presidente que logró que Estados Unidos tuviera superávit fiscal por primera vez en treinta años.

En un ensayo de 1998 publicado en *The New York Review of Books*, «A Tale of Two Reactions», el filósofo estadounidense Mark Lilla intentaba explicar cómo se había producido ese proceso de convergencia entre la ideología aparentemente revolucionaria del progresismo de los años sesenta, que combinaba elementos libertarios con la defensa del estado de bienestar y el pacifismo, y el vuelco conservador de los años ochenta auspiciado por líderes como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, que se basaba en valores morales tradicionales, la creencia en el valor disciplinador del mercado y el escepticismo en el papel interventor del Estado. Esas revoluciones, aunque de carácter menor comparadas con las grandes revoluciones históricas, eran dos formas de reacción: la de los sesenta respondía al orden y la cultura conformista de la década de los cincuenta; la conservadora lo hacía a lo que consideraba los triunfos amenazadores surgidos de los sesenta. Ambas revoluciones habían existido y eran reales, pero la manera en que esa dialéctica se había resuelto en los años noventa era sorprendente. Según Lilla, aunque en apariencia fuera imposible, las dos reacciones habían salido victoriosas. Se había producido una síntesis de ambas en la que, en el campo cultural y moral, el progresismo de los sesenta había ganado y las principales corrientes de la sociedad y la cultura habían asumido las premisas morales de izquierdas.

Pero, en el campo económico y financiero, se habían adoptado por completo las ideas del mercado libre, la consagración del trabajo duro como camino al triunfo y la imaginación financiera de la «doctrina Reagan».

Mark Lilla afirmaba que

> los años sesenta existieron, Reagan existió, y en el futuro cercano ambos definirán de manera conjunta nuestro horizonte político. Como sabe cualquiera que trate con gente joven hoy en día, los estadounidenses no tienen ninguna dificultad a la hora de reconciliar las dos cosas en su vida cotidiana. No les parece contradictorio tener trabajo en un mercado global sin restricciones —el sueño reaganita, la pesadilla de la izquierda— y pasar los fines de semana inmersos en un universo moral y cultural conformado por los años sesenta. Trabajan duro, probablemente demasiado duro, aunque ya no para amortizar su sagrada deuda o para asegurar la creación de una dinastía económica: trabajan para obtener placeres efímeros, estatus y estima, entendidos como parte de la ética del individualismo democrático.[2]

Ese, decía, era el espíritu de los tiempos de la presidencia de Bill Clinton. El «clintonismo», esa política de síntesis, quizá no durara para siempre, pero sus ideas políticas eran las imperantes en los noventa.

Otro reflejo de esta convergencia era la industria musical. En la década de los noventa, en las páginas de *Rolling Stone*, la revista musical editada en Nueva York, aparecían al mismo tiempo estrellas del pop consolidadas como Madonna, Prince o U2, nuevos grupos y solistas de pop comercial dirigido a adolescentes y jóvenes como las Spice Girls, Britney Spears, los Backstreet Boys o Christina Aguilera, bandas de pop alternativo con un oscuro mensaje nihilista como Nirvana o Smashing Pumpkins y grupos que exigían una revolución política global como Rage Against the Machine. «Metallica y los Black Crowes coexistían en la MTV», escribiría Brian Hiatt, periodista de la revista, en un volumen que recopila algunos de los mejores reportajes de la publicación en los años noventa. Artistas con una fuerte imagen rebelde como las bandas Nirvana o Pearl Jam, raperos como Biggie o Tupac, procedentes de escenas alternativas o de los barrios

conflictivos negros, ascendían en un momento en el que «la industria musical empleaba con la máxima eficiencia su maquinaria para crear estrellas». En cierto sentido, era la esencia de la música pop, que mezclaba las ansias de autenticidad de los músicos jóvenes con el talento de la industria para incorporarlos —más o menos transformados— al mercado. Su funcionamiento requería adoptar de vez en cuando fenómenos minoritarios, radicales o hasta antisistema y convertirlos en grandes éxitos mayoritarios. Pero en los años noventa ese fenómeno se consolidó de una manera extraordinaria en Estados Unidos y, en consecuencia, en todo el mundo; a fin de cuentas, se trataba de la gran década de la globalización. «Los grupos novedosos, los raperos, quienes aporreaban sus guitarras en el Lilith Fair [un festival itinerante en el que las cantantes e integrantes de los grupos eran mujeres], las bandas de rock dolorosamente sinceras: todas luchaban en el mismo campo de batalla, se encontraban en las mismas listas de pop. [Sus] historias son un recordatorio del poder del *mainstream*, de un espacio central que es importante [...]. Quizá haya una lección que aprender de la década de los noventa: si todo es alternativo, nada lo es. Y si nada lo es... bueno. Qué más da. No importa.»[3] En todo caso, la industria discográfica aceleraría su declive más o menos en el mismo momento en el que la economía de Estados Unidos entró en crisis y en el que se agotaron las esperanzas de un fin de la historia duradero con el ataque a las Torres Gemelas en septiembre del 2001. El primer iPod aparecería en octubre de ese mismo año.

Friends carecía por completo de cualquier rasgo de radicalismo moral, a diferencia de una parte de la música alternativa que lograba entonces el éxito. De hecho, vista hoy, podría parecer conservadora. Joey, Ross y Chandler siempre se sentían incómodos ante la homosexualidad masculina; casi todos los personajes protagonistas, y la inmensa mayoría de los

secundarios, eran blancos y procedían de familias de clase media. Pero quizá lo más llamativo fuera la ausencia total de la política en el argumento de la serie. Todos los conflictos eran personales, de carácter romántico, laboral o familiar. Las chicas se desesperaban ante la perspectiva de ir cumpliendo años sin encontrar el amor de su vida, casarse y tener hijos; en alguna ocasión, se vestían de novia mientras veían la televisión, para contener su frustración. Joey era un ligón empedernido que daba falsas esperanzas a las chicas con las que quedaba, pero al que le costaba perdonar a Chandler por haber besado a una de sus hermanas (aunque estuviera borracho cuando lo hizo). Rachel se enamoraba de su ayudante en una firma de moda; él era mucho más joven que ella, y salían juntos: al rellenar un documento formal de evaluación lo había llenado de alusiones sexuales. Ross adoraba su trabajo como paleontólogo y profesor, y era un firme creyente en la ciencia y la razón, pero no paraba de meterse en líos: le gritaba a su jefe en la universidad por haberse comido su bocadillo, fingía tener acento británico para parecer más elegante o salía con una de sus alumnas, algo que estaba prohibido. A su hermana Monica —que era cocinera, aunque, a juzgar por el tiempo que pasaba en casa y con sus amigos, no tenía un horario demasiado exigente—, le atormentaba que sus padres siempre hubieran preferido a Ross, en parte porque de joven ella estaba gorda. Phoebe era la más excéntrica del grupo y también la que tenía un pasado más oscuro: no conoció a su madre hasta que fue adulta, afirmaba haber vivido en la calle y delinquido para sobrevivir, y tenía una hermana gemela que trabajaba como actriz porno, pero no parecía albergar ningún rencor social. Todos aceptaban más o menos que la vida era así, pero que con esfuerzo podías conseguir lo que quisieras y que los buenos amigos siempre estarían ahí para echarte una mano.

España se redime y empieza a hinchar la burbuja

En 1993 el PSOE había encarado la nueva legislatura con una enorme debilidad. Como hemos visto, el partido corría el riesgo de dividirse entre guerristas y renovadores, y no dejaban de aparecer nuevos escándalos. «Los cien años de honradez que habían servido de eslogan publicitario en las primeras contiendas electorales —dice Santos Juliá— se derrumbaron con estrépito.»[1] Luis Roldán, el director de la Guardia Civil, huyó del país después de ser acusado de haberse enriquecido con comisiones de contratos públicos. Carlos Solchaga, exministro de Hacienda, y José Luis Corcuera, exministro del Interior, renunciaron a su escaño en el Congreso de los Diputados por haber tenido corruptos a su cargo. El entonces ministro del Interior, Antoni Asunción, dimitió tras la fuga de Roldán y el de Agricultura, por un supuesto fraude fiscal. Baltasar Garzón, que se había incorporado a las listas del PSOE en las elecciones de 1993, volvió a la Audiencia Nacional, reabrió el caso GAL y concedió la libertad provisional a los policías José Amedo y Michel Domínguez, condenados por haber participado en atentados atribuidos al grupo terrorista. Y envió a la cárcel a Julián Sancristóbal, que había sido gobernador civil de Vizcaya y director general de la Seguridad del Estado durante el primer Gobierno del PSOE, por el intento de asesinato y secuestro ilegal de Segundo Marey, al que se confundió con un miembro de ETA. Después encarceló a Rafael Vera, exsecretario de Estado para la Seguridad, y a Ricardo García Damborenea, exsecretario general de los socialistas de Vizcaya. En el auto de prisión del primero el juez de instrucción afirmaba que se había organizado «una trama

terrorista vinculada a responsables del Ministerio del Interior». Después, las investigaciones llegaron hasta José Barrionuevo, ministro del Interior entre 1982 y 1988, contra el que se dictó un auto de procesamiento por dirigir un grupo terrorista desde el ministerio. Más tarde, se decretó el procesamiento del general de la Guardia Civil Enrique Rodríguez Galindo como autor por inducción de los delitos de detención ilegal, torturas y asesinatos de dos militantes de ETA, José Antonio Lasa y José Ignacio Zabala. Dos personajes de las finanzas convertidos en celebridades, Mario Conde y Javier de la Rosa, eran enviados a la cárcel por estafa y fraude.[2] Julio Anguita, el secretario general de Izquierda Unida, y José María Aznar, líder del PP, exigían una y otra vez la dimisión de Felipe González.

Después de que Aznar sufriera un intento de asesinato por parte de ETA en abril de 1995, en mayo de ese año el PP ganó las elecciones municipales y autonómicas con el 35,2 por ciento de los votos, frente al 30,8 por ciento del PSOE. Ante la continua aparición de escándalos relacionados con el GAL —por ejemplo, el relacionado con unos papeles del CESID, la agencia de inteligencia española, que sugerían la implicación de altos cargos políticos en la creación del grupo terrorista y sus actividades—, Jordi Pujol retiró su apoyo parlamentario al Gobierno de Felipe González, que convocó elecciones generales para el 3 de marzo de 1996, justo después de que terminara la presidencia española del Consejo de la Unión Europea.

En aquel momento, la prioridad económica del país era cumplir los criterios establecidos en el Tratado de Maastricht para poder sumarse a la salida del euro y eso implicaba corregir los grandes desequilibrios que había generado la crisis de 1992 y 1993, la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos. En 1996, España aún no cumplía esos criterios, pero, como afirma Joaquín Estefanía, ya se habían puesto las bases para el equilibrio demandado por Europa y se estaba produciendo la recuperación económica.

[3] Se notaba la mejora de la competitividad debida a las devaluaciones de la peseta. En 1994 la economía mundial se había recuperado y experimentaba, con la presidencia en Estados Unidos de Bill Clinton, un crecimiento extraordinario. Y, además, se produjo un hecho de gran importancia para el futuro. La entrada en la Unión Económica y Monetaria tuvo un efecto que sería crucial en el enorme crecimiento que tuvo lugar a partir de 1994. Los tipos de interés medios a largo y corto plazo cayeron enormemente. Si en 1992 eran del 13,3 por ciento y el 11,7 por ciento, respectivamente, en 1999 habían caído al 3,0 por ciento y el 2,2 por ciento. [4] Esa reducción tan drástica, que se prolongaría hasta la primera mitad de la década siguiente, provocó, en un país que tradicionalmente había tenido una inflación alta y unos tipos de interés también elevados, una brutal expansión del crédito. Los créditos eran baratos y los españoles empezaron a endeudarse en serio.

A pesar de la recuperación económica, el PP ganó las elecciones. Lo hizo por un margen menor del esperado. Obtuvo alrededor del 39 por ciento de los votos y 156 escaños, mientras que el PSOE se quedó por debajo del 38 por ciento y logró 141 escaños. Era una victoria por la mínima, después de todos los escándalos sufridos por los socialistas en los últimos años. Pero tenía varios significados. En primer lugar, demostraba que la democracia española había madurado plenamente: un partido salía del poder, otro entraba, y la continuidad en las instituciones era total. Pero además de la fortaleza de las instituciones, evidenciaba la consolidación del sistema de partidos. Como afirma Juliá, era la primera vez en el siglo XX español que «un partido que había gobernado durante más de trece años pasaba a la oposición sin sufrir una estrepitosa derrota que, como en la República, lo inutilizara para ejercer su nueva función con posibilidades de volver a ganar en la siguiente convocatoria».[5] Probablemente, José María Aznar, el

nuevo presidente, había exagerado al predecir que aquel cambio de Gobierno sería una «segunda Transición», pero sí era la certificación definitiva de que, con la trágica salvedad de la actividad de ETA, la democracia española funcionaba con normalidad. Una normalidad en la que, por cierto, la estabilidad del Gobierno seguía estando en manos de los nacionalistas vascos y catalanes, con los que el PP, al igual que el PSOE en 1993, pactó el apoyo parlamentario pero no un Gobierno de coalición, que los nacionalistas rechazaron. En ese contexto, aumentarían aún más sus reivindicaciones y, también, su progresivo rechazo al marco constitucional.

A pesar de que el propio Aznar había criticado duramente la gestión económica del PSOE, en un principio sus prioridades fueron las mismas. «El objetivo fue, otra vez, Europa», dice Estefanía.[6] En 1992, España había firmado el Tratado de Maastricht y se había incorporado a la primera fase de la Unión Económica y Monetaria (que suponía la liberalización de las transacciones de capital y la mejora de la convergencia entre países). Dos años después, participó en la segunda etapa (que implicaba la creación del Instituto Monetario Europeo, el precedente del Banco Central Europeo, una mayor coordinación de las políticas monetarias y la gradual independencia de los bancos centrales nacionales). Ahora había que encarar la fase final. Y eso significaba ajustar todos los indicadores macroeconómicos para que se cumpliera lo establecido en el tratado: principalmente, una deuda inferior al 60 por ciento, un déficit público de menos del 3 por ciento del PIB y una inflación y unos tipos de interés bajos. El 2 de mayo de 1998 el Consejo de Ministros de la Unión Europea evaluaría el grado de cumplimiento de esos «criterios de convergencia» para determinar cuáles eran los países que pasaban a formar parte de la llamada eurozona.

Había razones estrictamente económicas para intentar entrar en el euro en

la primera oleada. Entre ellas, la implantación en España de una «cultura de la estabilidad» que dejara atrás décadas de problemas con las cuentas públicas y con la inflación, y acompañara la liberalización de mercados oligopolísticos y la privatización de empresas públicas. Pero también había motivos que, en ocasiones, parecían de redención histórica. Lo expresó muy bien el mismo Aznar en un libro entrevista realizado por la periodista Victoria Prego, titulado sintomáticamente *José María Aznar. Un presidente para la modernidad (1996-...)*:

> Eso, para nosotros, los españoles, ha sido como uno que va durante muchísimo tiempo a la estación y siempre viaja en los últimos vagones. Y entonces un día llega a la estación y se monta en el vagón principal. Pues esto es lo mismo. España llevaba ya demasiado tiempo en los últimos vagones pero llegó un día en que dijimos: a la hora que llega el tren nosotros nos subimos en el vagón principal. Ni más ni menos.[7]

España subió a ese metafórico vagón principal junto a Alemania, Austria, Bélgica, Finlandia, Francia, Holanda, Irlanda, Italia, Luxemburgo y Portugal. El 31 de diciembre de 1998, los once países pertenecientes a la Unión Económica y Monetaria fijaron los tipos de conversión de su moneda frente al euro, en un acto que pretendía cerrar para siempre el largo historial de problemas económicos provocados por las fluctuaciones cambiarias de las monedas europeas. En el caso español, el cambio se fijó en una cifra que los ciudadanos tendrían en la cabeza durante algún tiempo: 166,386 pesetas por euro. El 1 de enero de 1999, pues, estos países empezarían la tercera fase de la Unión Económica y Monetaria: se iniciaría la implantación del euro como moneda única —las monedas nacionales desaparecerían tres años más tarde—, entraría en vigor el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y se establecería una política monetaria única.[8]

Aznar intentó sacar rendimiento político de ese hecho de manera inmediata. En el debate sobre el estado de la nación celebrado el 13 de

mayo de 1998, diez días después de que el Consejo de Ministros de la Unión Europea aprobara la entrada de España en la eurozona, recordó que «es la primera vez en el último siglo que España acude sin retraso a una cita de tal dimensión». Y aprovechó para espetarle a Josep Borrell, el candidato del PSOE, que «hace dos años, no se cumplía ninguno de los criterios de convergencia», lo cual era cierto pero engañoso, puesto que la herencia que Rodrigo Rato, ministro de Economía y Hacienda del PP, recibió de Pedro Solbes se encaminaba hacia ese objetivo. También quiso mostrar lo bien que marchaba la economía: «En 1997, creciendo un 3,4 por ciento se crearon 370.000 nuevos empleos [...]. Nuestro déficit disminuyó hasta el 2,6 por ciento y la inflación se situó en el 1,8 por ciento».[9] En efecto, la economía crecía, aunque algunos de los datos, como el de la disminución del déficit, habían sido convenientemente maquillados para cumplir las exigencias del Tratado de Maastricht; y la Comisión había hecho la vista gorda, al igual que con otros países. España se había sumado a la expansión económica de la mayoría de los países ricos; y lo había hecho después de unos años duros, de fuertes reformas y disciplina, y aprovechando la bajada de los tipos de interés que implicaba estar en la eurozona.

Pero en esos mismos años de optimismo económico se pusieron las bases la gran burbuja inmobiliaria que, junto con muchos otros factores, haría que estallara la crisis económica del 2008, y que en España fuera particularmente dura. Los orígenes de la burbuja eran múltiples y sus interconexiones profundas. «Los años anteriores al euro fueron propicios para los esfuerzos reformistas en España —cuentan Jesús Fernández-Villaverde, Luis Garicano y Tano Santos en un artículo académico de 2013 titulado “Political Credit Cycles: The Case of the Eurozone”—. Su posición fiscal quedó consolidada, una oleada de privatizaciones creó fuertes multinacionales como Telefónica y emergieron empresas globales

competitivas como Inditex (Zara) e Iberdrola. El sistema financiero era sólido y estaba bien capitalizado.»[10]

Sin embargo, habían coincidido varios factores que condujeron al país y a sus gobernantes a la complacencia. En primer lugar, la ya mencionada caída de los tipos de interés a largo plazo del 13,3 al 3 por ciento entre 1992 y 1999 había reducido considerablemente los costes de los créditos y alentado el endeudamiento de las familias españolas, sobre todo para comprar viviendas. Esto se vio acompañado de un fenómeno singular que se había ido desarrollando desde mediados de los años ochenta.

Tradicionalmente, las cajas de ahorros habían mantenido una relación estrecha con su territorio de origen, y su actividad principal había sido invertir los depósitos de los ahorradores en negocios locales para fomentar así la economía local. En 1985 el control de las cajas se transfirió a las comunidades autónomas, lo que abrió la puerta, en palabras de Fernández-Villaverde y sus coautores, a que «los políticos locales las capturaran». Luego, en 1992, se les permitió crecer fuera de su lugar de origen, lo que generó una inmensa expansión territorial por todo el país de cajas de ahorros que hasta entonces habían sido instituciones locales. Y, de hecho, gracias a esta medida las cajas fueron comiendo terreno a los bancos, que en el pasado habían dominado el negocio del ahorro y el préstamo en España. A diferencia de los bancos, las cajas no tenían accionistas, sino que eran gobernadas por consejos escogidos por sus gobiernos locales y regionales y, en algunos casos, por sus empleados y clientes. Sin embargo, en ningún momento se aclaró qué procedimiento seguir cuando una caja se volviera insolvente: ¿cómo debía recapitalizarse y quién tenía que hacerlo? ¿Podía quebrar?

En este contexto, las cajas empezaron a prestar «de manera indiscriminada» a constructoras. En la década posterior a 1995, los

préstamos a la construcción pasaron del 8 por ciento del PIB al 29 por ciento, y los préstamos a las familias para comprar viviendas del 17 por ciento del PIB al 49 por ciento.[11] De acuerdo con datos del Ministerio de Fomento, si en 1991 se empezaron a construir 161.066 viviendas nuevas, en 1996 fueron 224.252, 351.377 en 1998 y 487.810 en el 2000; las cifras siguieron creciendo cada año hasta que, en lo más alto de la burbuja, en el 2006 se inició en España la construcción de 664.923 viviendas nuevas.[12]

Con el tiempo, los depósitos de los ahorradores no fueron suficientes para financiar la construcción y la compra de todas estas viviendas, por lo que las cajas acudieron a los mercados internacionales de dinero. Como España formaba parte de la eurozona, los préstamos estaban denominados en euros, la política monetaria la establecía el Banco Central Europeo y, en última instancia, existía la garantía física de las propias viviendas, los bancos internacionales estuvieron más que dispuestos a prestar dinero a las cajas con la confianza de que lo recuperarían. Este mecanismo, que se aceleraría a comienzos de la década del 2000, funcionaba de la siguiente manera: los bancos o los fondos del mercado de dinero, por ejemplo los alemanes, prestaban a las cajas y los bancos españoles financiación a corto plazo con tipos de interés bajos. Con ese dinero, las entidades nacionales concedían más préstamos, sobre todo hipotecas, normalmente con un tipo de interés flexible. Una parte de esa liquidez se destinaba a comprar productos alemanes, por ejemplo, ascensores o lavaplatos. Más tarde, cuando los créditos se devolvían, regresaban al sistema financiero alemán, pero en última instancia ya habían ayudado a pagar los sueldos de los trabajadores de ese país. Este mecanismo no solo contribuyó a hinchar la burbuja española sino también, entre otras, la de Irlanda.[13]

Pero eso no era lo único que estaba sucediendo. Por ejemplo, la gestión de Caja Madrid había sido correcta mientras estuvo a su cargo el

economista Jaime Terceiro. Pero en 1996, el Partido Popular unió sus votos en el consejo a los de los sindicatos y sustituyó a Terceiro por Miguel Blesa, quien según la noticia de *El País* que informaba del cambio era «íntimo amigo de José María Aznar», recién nombrado entonces presidente del Gobierno.[14] Blesa había sido alto funcionario de Hacienda y había trabajado en un despacho de asesoría fiscal para grandes empresas, pero no tenía experiencia en la banca. El mismo año de su nombramiento, Caja Madrid inició una agresiva expansión en el sector inmobiliario y entre las grandes empresas españolas.

Algo no tan distinto sucedió con Bancaja (que durante la crisis se fusionaría con Caja Madrid para formar Bankia). En 1997, en el momento en que empezaba a hincharse la burbuja inmobiliaria, y después de que el Gobierno autonómico modificara las leyes y se hiciera con su control, Bancaja inició una rapidísima expansión en el sector de la construcción. El supervisor de sus actividades era, de acuerdo con la nueva ley, el Institut Valencià de Finances, que también formaba parte del Gobierno valenciano. Tal y como cuentan Fernández-Villaverde y sus coautores:

> Pocas anécdotas podrían ilustrar mejor la insana conexión entre la política y las finanzas que el hecho de que la persona nombrada presidente de Bancaja cuando la burbuja inmobiliaria empezó a cobrar velocidad fuera José Luis Olivas; el mismo político que, como consejero de Economía de Valencia, redactó la ley de 1997 que regulaba las cajas locales (y que, mientras tanto, también había sido presidente del Gobierno autonómico). Olivas no tenía ninguna experiencia en banca. Bancaja no tardó en convertirse en un instrumento de los objetivos políticos de la región en sectores como el inmobiliario, la energía, las telecomunicaciones y el ocio.[15]

Todo esto se vio agravado por una decisión judicial y una decisión política. Por un lado, en 1997 el Tribunal Constitucional anuló algunos artículos de la Ley del Suelo, lo que a partir de entonces permitió que los gobiernos autonómicos controlaran las competencias urbanísticas que hasta

el momento estaban en manos del Gobierno central. «El resultado del pronunciamiento del Tribunal Constitucional ha sido la desaparición del ordenamiento jurídico del ochenta por ciento» de la legislación sobre el régimen del suelo y la ordenación urbana aprobada en 1992, decía el *ABC* el 12 de mayo de 1997. «El vacío legal que se ha producido tiene, en este caso, consecuencias más graves porque la mayoría de las Comunidades Autónomas no cuentan con un ordenamiento propio que permita suplir la falta de legislación supletoria estatal.» Ello, decía el periódico, obligaría a los gobiernos y los parlamentos autonómicos «a preparar con urgencia las leyes urbanísticas que deberán aplicarse en cada comunidad —lo que constituye una tarea que requiere bastante tiempo—».[16] Esta carencia legislativa se traduciría en que la mayoría de las regiones permitieron que los constructores y los propietarios de tierras presentaran planes de desarrollo urbanístico en zonas que antes no eran residenciales. Bastaba con la aprobación del ayuntamiento para poner en marcha la construcción. Cuantas más obras se iniciaran, más dinero ingresaba el ayuntamiento. Los incentivos estaban claros.

Además, es probable que el Gobierno del PP cometiera un error con la ley de liberalización del suelo que aprobó en 1998. En 2009, después del estadillo de la burbuja inmobiliaria española, los economistas Manuel Arellano y Samuel Bentolila escribieron en *El País* que el Gobierno

> creía que con más suelo aumentarían las viviendas y bajarían los precios. Craso error. Se compraban y se construían viviendas no porque fueran baratas, sino porque eran caras y se tenían expectativas de que lo fueran aún más en el futuro. Así, la ley del suelo echó leña al fuego de la burbuja, desencadenado una frenética actividad recalificadora gracias a la cual los gobernantes locales veían llenarse las arcas municipales (cuando no sus propios bolsillos).[17]

Pero esto tuvo otra consecuencia, además de la burbuja que acabaría explotando cuando el sistema financiero global colapsó en el 2008. Las

élites gobernantes, en vista de la riqueza generada por la burbuja, pensaron que no era necesario seguir con el proceso de reformas o profundizar en el buen gobierno. «La burbuja inmobiliaria dio fin al impulso reformista en España», dicen Fernández-Villaverde y sus coautores. Durante el ciclo expansivo que se inició a finales de los noventa, «los graves problemas del mercado laboral, el sistema educativo y el diseño institucional en España no se abordaron o empeoraron».

El economista Toni Roldán elaboró un marco teórico para esta constatación en un artículo académico en el que se pregunta si los créditos baratos dañan la calidad de las instituciones políticas. Cuando «cae dinero del cielo», como sucedió en España a finales de los años noventa, las instituciones que son débiles tienden a debilitarse más y a ser capturadas por «los beneficiarios de la burbuja», aquellos que se lucran cuando esta se hincha, lo que promueve que esta se hinche aún más. Roldán señala que en España se habían producido algunas de las dinámicas «sociopsicológicas» a las que aludía el premio nobel Robert J. Shiller para describir la burbuja del precio de los activos que tenía lugar en Estados Unidos en la misma época. Pero en España había sucedido algo más: las dinámicas políticas habían contribuido a hinchar la burbuja y aumentaron la vulnerabilidad del país ante las crisis.

El aumento de la demanda inmobiliaria dio a los constructores un nuevo poder. Los beneficiarios de la burbuja «aumentaron la presión sobre los gobiernos municipales y regionales para apuntalar sus pretensiones de construcción. Pero estos gobiernos no estaban preparados para enfrentarse a las presiones de ese dinero caído del cielo, y los intereses económicos se entrelazaron rápidamente con los intereses políticos. La razón es que las administraciones locales eran demasiado permeables a la influencia de los intereses privados». Los pequeños ayuntamientos empezaron a obtener

parte de ese «dinero caído del cielo»; los municipios «podían producir prácticamente tantos permisos de obra nueva como quisieran —dice Roldán —, [...] y hacerse inmensamente ricos por medio de la especulación inmobiliaria [...]. El extraordinario flujo de crédito que recibió España después de entrar en el euro se tradujo en un autodestructivo *boom* de la construcción». Y eso se tradujo, una década después, en la mayor crisis económica sufrida en España desde la posguerra.[18]

«Había pasado la Movida y esto coincidió con una época en que la sociedad española estaba bastante adormecida, con el final del felipismo y el principio del aznarismo —afirmaba Luis Landeira, que fue uno de los promotores de *Mondo Brutto*, un fanzine que en ocasiones fue muy crítico con determinados grupos del mundo indie por su elitismo y su estética—. Todavía había un ambiente de fiesta.»[19]

Uno de los síntomas más evidentes de ese ambiente festivo —no solo en el plano musical, sino también en el económico— fue el surgimiento de grandes festivales como el Festival Internacional de Benicássim (1995), Doctor Music Festival (1996) o el Viñarock (1996). «Llegaron los festivales, la burbuja inmobiliaria, los ayuntamientos con pelas para poner en festivales —cuenta el promotor Juan Santaner—. Yo vinculo la burbuja inmobiliaria con los festivales, evidentemente.»[20] Miguel Morán, uno de los creadores del festival de Benicasim recordaba cómo negoció con el Ayuntamiento, la Diputación de Castellón y la Generalitat Valenciana, las tres instituciones gobernadas por el PP, la celebración del festival. «Les convenció ver que venía un público con poder adquisitivo y que consumía. Entraba mucho dinero y no era gente conflictiva [...]. La música tampoco era conflictiva, sino más bien lo contrario, y eso también les hizo apoyar el

proyecto. Los políticos no entendían la mayoría de las letras, así que daba un poco igual lo que dijeran. No posicionaban el indie ni a la derecha ni a la izquierda. Simplemente veían un negocio interesante.»

Estas palabras de Morán mencionan dos de las principales críticas que posteriormente se le harían al movimiento indie y a su encaje en el contexto económico y político español de la época. La primera era que se trataba de un movimiento elitista, conformado por hijos de la clase media y alta, que buscaba en esa música minoritaria y sofisticada una forma de distinción. El hecho de que muchos cantaran en inglés no solo era una muestra del poco interés que tenían en el éxito, sino el fruto de una educación privilegiada y el deseo de mostrar un cosmopolitismo acorde con el hecho de que España se sumara de manera definitiva a Europa y a los mercados globales. La segunda, vinculada con esta, era que se trataba de un movimiento completamente apolítico, cuyas canciones eran crípticas o ensimismadas y estaban centradas en la vida sentimental o cotidiana y, en algunos casos, en la experiencia de las drogas, pero carecían de cualquier intención de reflejar la realidad social o de modificarla. Y, con su silencio sobre cuestiones políticas o económicas, habían avalado las acciones de los gobiernos de la época y se habían sumado a los beneficios generados por la burbuja inmobiliaria. Las acusaciones eran un tanto injustas; en su mayor parte, el pop siempre ha sido un movimiento de clase media, ha tenido por fin explícito la consecución del dinero y la fama, y solo de manera temporal y minoritaria ha sido abiertamente político. El indie no era una excepción sino la continuación de una tradición, aunque su elitismo fuera muy evidente.

«Hubo momentos muy duros con las instituciones —dice Morán—, de mucha tensión y de decir “iros a tomar por culo; nos llevamos el festival”. Siempre se lo decíamos a la prensa porque a lo que más temen los políticos

es a los medios. A lo mejor alguna vez lo interpretaron como un chantaje, pero para mí era un negocio claro: yo promociono tu marca y te traigo una gente, y a ti te cuesta este dinero. Es como si contratas a una agencia de viajes para que te traiga treinta mil personas que se van a dejar un dinero allí: esto tiene un precio.» El festival, según Morán, tuvo beneficios a partir de 1998.

Mikel López Iturriaga, que era el responsable de música de *El País de las Tentaciones*, el suplemento con el que el periódico quería llegar a un público joven, contaba que «en la segunda mitad de la década, cuando Benicàssim ya era masivo, Dover había vendido medio millón de discos y muchas cosas que se consideraban *underground* dejaron de serlo, empezó a entrar [en el suplemento de *El País*] una publicidad más específica para este tipo de público. Muchos anunciantes eran del propio ámbito: películas, música, viajes... Determinadas marcas de ropa dirigidas a este público empezaron a estar más presentes». El indie, como reconocían muchos de quienes eran sus promotores en los medios de comunicación, era una «escena hinchada»; Juan Cervera, el director de la redacción de la revista *Rockdelux*, decía que «esa escena se sobrevaloró [...] parece que hablemos de miles de personas, pero, incluso en los momentos álgidos, era una escena muy minoritaria». Para David Rodríguez, miembro del grupo Beef, y que hoy actúa con el nombre de La estrella de David,

> ¿La prensa musical hinchó el indie? Sí, claro, pero la que lo hinchó de verdad fue la prensa diaria. Los periodistas son como la mayoría de los componentes de grupos: gente de clase media, universitarios... Los que han copado los medios de información tienen los mismos gustos que los grupos y han ayudado a levantar esto. Seguro que La Polla seguía vendiendo treinta mil discos y no salían nunca en los medios. Tampoco convenía al país. Era mejor hablar de una música ambigua, amable.

La música independiente, pues, seguía siendo un ámbito pequeño, pero

que había conectado con los prescriptores culturales y la prensa y estaba aprovechando el auge casi sin precedentes de la economía española. Cervera reconocía que *Rockdelux* nunca había vendido tanto como en la década de los noventa y los primeros 2000, cuando más se identificó con la música indie. «Hubo un momento de bonanza económica que nos benefició a todos. Fue el subidón del capitalismo.»[21]

Más allá de izquierda y derecha: la tercera vía

En 1994, el sociólogo británico Anthony Giddens se preguntaba qué significaba ser radical en política en aquel momento. En un libro titulado *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, afirmaba que «el fantasma que perturbó el sueño de la Europa burguesa, y que durante más de setenta años» encarnó el comunismo «ha sido devuelto al otro mundo. Las esperanzas que los radicales tenían puestas en una sociedad en la que, como dijo Marx, los seres humanos pudieran ser "verdaderamente libres" han resultado ser ensueños vacíos». Si acaso, decía, ahora el radicalismo se encontraba en la derecha. Aunque, en principio, esta era reacia a los cambios radicales, «el conservadurismo, en algunas de sus expresiones más influyentes en Europa hoy en día, y en cierta medida en el resto del mundo, ha acabado aceptando de manera más o menos exacta lo que en el pasado repudió: el capitalismo competitivo y los procesos de cambio total y profundo que este suele provocar. Ahora, muchos conservadores son radicales activos con respecto al fenómeno que antes adoraban más: la tradición». De hecho, en este sentido, el llamado neoliberalismo no tenía nada de conservador. «Al contrario, pone en marcha procesos radicales de cambio estimulados por la expansión incesante de los mercados.»

Un fenómeno paralelo a este fue que, después de la caída de la Unión Soviética, el socialismo se había vuelto conservador. «Muchos socialistas —decía Giddens— han decidido concentrar sus energías en proteger el estado de bienestar de las presiones a las que está siendo sometido.» Por

supuesto, muchos revolucionarios de izquierdas aún sostenían que el verdadero socialismo no se había llegado a aplicar; que el comunismo se había convertido en un «dogmatismo autoritario» porque se había «traicionado» la revolución. Pero fuera como fuese, el socialismo había pasado de ser la «vanguardia de la historia» a verse obligado a situarse a la defensiva.

Sin embargo, había otros lugares a los que mirar, más allá de la defensa del estado de bienestar. Sin duda, el «proletariado universal» ya no podía «cargar sobre sus espaldas el peso de las aspiraciones históricas de la izquierda», pero quizá sí podían hacerlo los «nuevos movimientos sociales, como los relacionados con el feminismo, la ecología, la paz o los derechos humanos». Estos grupos no solo parecían progresistas, sino que «el modelo de organización política que han escogido, el movimiento social, es el mismo que en teoría debía llevar al proletariado a su victoria final». Pero estaba claro que ni siquiera estos movimientos —con la posible excepción del ecologista, decía Giddens— tenían la visión «totalizadora» del socialismo.

Giddens consideraba que los grandes relatos ideológicos heredados estaban agotados. Pero entonces, ¿qué hacer? «El radicalismo político ya no puede seguir insertándose, como hacía el socialismo, en un espacio entre el pasado descartado y un futuro hecho por los humanos. Pero sin duda, no puede estar satisfecho con el radicalismo neoliberal: un abandono del pasado liderado por la actuación errática de las fuerzas de mercado.»

En ese momento Giddens exploraba la idea no tanto del conservadurismo en el sentido tradicional del término, sino de la «preservación»: la «filosofía de protección, conservación y solidaridad adquiere hoy una nueva relevancia para el radicalismo político. La idea de vivir con la imperfección, algo en lo que el conservadurismo filosófico hace hincapié desde hace

mucho tiempo, podría convertirse aquí en un rasgo radical». Y eso entroncaba con otra idea esencial, la del ecologismo. Este, en muchas ocasiones, y debido a sus vínculos con la izquierda radical, caía en el fundamentalismo, pero bien entendido apuntaba en la dirección de la «conservación, la restauración y la reparación».[1]

La mezcla de conservadurismo y ecologismo entendidos de una manera heterodoxa, sin embargo, no sería lo que daría fama global a Giddens, ni lo que acabaría considerándose la reelaboración ideológica más exitosa de la década. Eso llegaría con su libro *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, de 1998. En ese momento, hacía dos años que Felipe González había dejado el Gobierno español tras perder las elecciones de 1996, uno que François Mitterrand había abandonado el poder en Francia, Bill Clinton gobernaba en Estados Unidos desde 1992, Tony Blair en Reino Unido desde 1997 y ese mismo año iniciaría su mandato en Alemania Gerhard Shröder. Había gobiernos de centroizquierda en Francia (donde el socialista Lionel Jospin era primer ministro y el conservador Jacques Chirac, presidente), Italia, Austria, Grecia y varios países escandinavos. La izquierda no era ni mucho menos una opción marginal en la democracia occidental. Pero la socialdemocracia se había desarrollado en un mundo bipolar caracterizado por la lucha entre capitalismo y comunismo; ¿seguía teniendo sentido en aquel momento, cuando parecía que el único sistema imaginable era el de la democracia liberal de mercado?

La respuesta de Giddens era que sí. Muestra de ello eran el Nuevo Laborismo de Tony Blair y los Nuevos Demócratas de Bill Clinton. Pero la receta no era sencilla:

> Una socialdemocracia renovada debe estar a la izquierda del centro, porque en sus fundamentos siguen estando la justicia social y la política de emancipación. Pero no se debería considerar que el «centro» carece de sustancia. De hecho, estamos hablando de las alianzas que los socialdemócratas

pueden tejer con los hilos de la diversidad de estilos de vida. Así es como hay que considerar los problemas políticos tradicionales y los nuevos.[2]

El objetivo general de la tercera vía, seguía Giddens, debía ser «ayudar a los ciudadanos a dirigir su camino entre las grandes revoluciones de nuestro tiempo: la globalización, la transformación de la vida personal y nuestra relación con la naturaleza». La tercera vía pasaba por «adoptar una actitud positiva con respecto a la globalización; pero, es crucial, solo en la medida en que se trata de un fenómeno que abarca mucho más que el mercado global». La socialdemocracia, tal como la entendía esta tercera vía, tenía que «rebatir el proteccionismo económico y cultural, el territorio de la extrema derecha, que ve la globalización como una amenaza a la integridad nacional y los valores tradicionales [...]. El libre comercio puede ser un motor de desarrollo económico, pero dado el poder destructivo de los mercados en la sociedad y la cultura, sus consecuencias generales siempre deben ser sometidas a escrutinio». Además, «las políticas de la tercera vía deberían mantener una preocupación central por la justicia social [...]. La igualdad y la libertad individual pueden entrar en conflicto, pero a menudo las medidas igualitarias también aumentan el espectro de libertades disponible para los individuos. Para los socialdemócratas, la libertad debería significar autonomía de acción, lo que a su vez demanda implicarse en una comunidad social más amplia». «Se podría sugerir como primer lema de la nueva política "no hay derechos sin responsabilidades"», decía Giddens.[3]

No era una propuesta revolucionaria. Y, de hecho, fue recibida con un notable escepticismo. Un *think tank* conservador canadiense, el Fraser Institute, la comparó con el monstruo del lago Ness: todo el mundo había oído hablar de ella, se había visto en alguna que otra ocasión, pero nadie estaba realmente seguro de que existiera.[4] *The Economist*, el semanario

liberal británico, dijo que el libro de Giddens era «increíblemente, magistralmente y en ocasiones inquietantemente vacuo». Le preocupaba que ese discurso vago tuviera demasiada influencia sobre Tony Blair, el primer ministro británico, y sobre los políticos de izquierdas en general.

> La tercera vía no es solo un juego de salón para intelectuales que debaten el contenido de la política ahora que tanto el socialismo como el capitalismo «desenfrenado» tienen mala reputación. Se ha convertido en la filosofía casi oficial del partido de Gobierno de Reino Unido, y se toma tan en serio como para ser el trasfondo de un curioso seminario político que Bill y Hillary Clinton, Tony Blair y Romano Prodi, el primer ministro de Italia, planean celebrar en Nueva York.[5]

La reunión tuvo lugar como estaba previsto, pero coincidió con un acontecimiento que la relegó a un segundo plano. El 21 de septiembre de 1998 se hizo público el testimonio de Bill Clinton ante un jurado, en el marco de las investigaciones previas a su proceso de *impeachment*, en el que reconocía haber tenido un «contacto íntimo inapropiado» con Monica Lewinsky mientras ella era empleada de la Casa Blanca. A pesar del inmenso revuelo mediático que aquello había provocado, y después de dar un discurso en Naciones Unidas sobre la guerra contra el terrorismo, Clinton acudió a la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York para participar, junto a Tony Blair, Romano Prodi y Petar Stoyanov, el presidente de Bulgaria, en un encuentro titulado «Fortalecer la democracia en la economía global». Clinton y Blair habían hablado del tema en privado, decía la crónica de *The New York Times*, enterrada entre las noticias del caso Lewinsky. Pero era la primera vez que intentaban «definir lo que llaman una “tercera vía” política» en público. La crónica no profundizaba en el contenido político de la conversación y más bien ironizaba sobre el hecho de que Clinton se hubiera reunido allí con sus amigos para hablar de asuntos complejísimos mientras el resto del país veía una y otra vez su declaración televisada. «Creemos en un Gobierno

interventor, pero muy disciplinado», dijo el presidente Clinton. «Estamos siendo testigos, en efecto, del renacimiento de la política progresista», afirmó el primer ministro Blair, quien la definió, según *The New York Times*, como el «entusiasmo por el progreso combinado con el compromiso con la justicia». «En una sala llena de profesores, autoridades visitantes, estudiantes de derecho (y más periodistas de los que suelen asistir a discusiones académicas), Hillary Clinton [...] destacó la necesidad de alentar a la ciudadanía y de encontrar nuevas formas de gobernar cuando las viejas ya no son efectivas» y advirtió que «no se debe culpar ni al Gobierno ni a la globalización del origen de todos los males».[6]

Pero, la tercera vía ¿era algo real? Para Tony Judt, su intento de «conjugar [...] el entusiasmo por la producción capitalista libre de trabas» con la preocupación «por sus consecuencias sociales y por el interés colectivo» no era algo muy novedoso; no añadía nada, decía, a la noción de «economía del mercado social» que había elaborado en la década de 1950 Ludwig Erhard, el democristiano alemán artífice de la recuperación de su país tras la Segunda Guerra Mundial.[7] Para John Gray, la idea de «tercera vía» utilizada por Blair no era más que una herramienta de marketing político, y él era simplemente un neoconservador. Tanto Judt como Gray reconocían, en todo caso, que Clinton y Blair habían sabido utilizar la idea de «triangulación»: colocarse en un tercer lugar que superaba a la izquierda y la derecha les permitía criticar las prácticas de los partidos situados a ambos lados, incluido el suyo.[8]

Sin embargo, había algo más. En junio de 1998, Tony Blair y Gerhard Shröder publicaron un artículo conjunto. En inglés se tituló «La tercera vía», mientras que en alemán se dio a conocer como «El nuevo centro». Más allá de la retórica un tanto generalista de Giddens, ambos líderes habían concretado algunas de las medidas políticas tangibles que había tras

esta nueva síntesis ideológica. «Los socialdemócratas están en el Gobierno de casi todos los países de la Unión. La socialdemocracia es aceptada de nuevo, pero solo porque, al mismo tiempo que mantiene sus valores tradicionales, ha empezado a renovar sus ideas y a modernizar sus programas de una manera creíble», decían. En parte, se debía a que los socialdemócratas habían «aprendido de la experiencia». En ese sentido, afirmaban, «en ocasiones, la promoción de la justicia social se confundía con la imposición de la igualdad de resultados. La consecuencia era que no se reconocía la importancia de recompensar el esfuerzo y la responsabilidad, y la socialdemocracia se asociaba con la conformidad y la mediocridad, y no con la celebración de la creatividad, la diversidad y la excelencia». Eso significaba que se identificaba la justicia social con niveles más altos de gasto público, independientemente de los logros conseguidos por este. «Los servicios públicos decentes son una preocupación social para los socialdemócratas, pero la conciencia social no puede medirse por el nivel de gasto público.» Un argumento reiterado era que, a veces, el alcance de la acción de Gobierno y la burocracia se había vuelto excesivo.

> La capacidad de los gobiernos nacionales para hacer funcionar la economía, y así conseguir crecimiento y empleo, se ha exagerado. La importancia del individuo y de las empresas para la creación de riqueza se ha subestimado [...]. En este nuevo mundo emergente la gente quiere que los políticos aborden los problemas sin preconcepciones ideológicas y que, aplicando sus valores y principios, busquen soluciones prácticas a sus problemas mediante políticas honestas, bien construidas y pragmáticas.

En definitiva, «la idea de lo que es “la izquierda” nunca debería convertirse en una camisa de fuerza ideológica».[9]

En el 2001, en una tertulia de la BBC previa a las elecciones generales de Reino Unido en las que Tony Blair revalidaría su triunfo de 1997, una

periodista se preguntó en voz alta si, de hecho, las privatizaciones que había efectuado Blair en su primer mandato no eran, como él decía, inevitables. Si las había llevado a cabo Margaret Thatcher y ahora lo hacía un Gobierno laborista, tal vez fuera cierto y no había alternativa. Charles Moore, director del periódico conservador *The Telegraph* dijo que no era el caso. «Margaret Thatcher creía en la privatización. A Tony Blair, simplemente, le gustan los ricos.»[10] Quizá esta fuera su expresión más ingeniosa, pero era la crítica habitual que recibirían no solo los promotores de la tercera vía, sino todos aquellos que plantearon abrir el socialismo democrático a las ideas económicas más liberales: que estaban fascinados por el relato del éxito y la superación personal auspiciado por el neoliberalismo conservador; que habían dado la espalda a sus bases obreras por razones estéticas y morales que, en realidad, no tenían nada que ver con la eficiencia o la productividad; que habían intentado matar, en definitiva, la identificación entre la izquierda y los más desfavorecidos para ponerla en manos de las clases creativas y los burgueses bohemios.

En su primer mandato, Tony Blair había establecido un sueldo mínimo y había abordado la disminución de la tasa de pobreza infantil en el país, e incluso había reducido o cancelado deudas de países del tercer mundo, acciones todas ellas bien recibidas por el ala izquierda del laborismo tradicional. Pero su imagen se asociaba de manera casi ineludible con los ricos donantes del partido y con el llamado Britpop. Si la ideología de Tony Blair era la tercera vía, el lema del país que gobernaba era «Cool Britannia»: Reino Unido volvía a molar.

Mientras era el líder de la oposición, Blair había establecido vínculos con la cultura popular. La nueva escena pop que se estaba formando veía con optimismo su Nuevo Laborismo. Por aquel entonces, Blair dio un discurso en la ceremonia de entrega de los premios de la revista musical *Q*. Fue un

poco torpe, pero era evidente que buscaba conscientemente la conexión con los jóvenes pop. El primer ministro afirmó que «en primer lugar, el *rock 'n' roll* no solo es una parte importante de nuestra cultura, es una parte importante de nuestra forma de vida. Es una industria importante, es un importante creador de empleo, es inmensamente importante para nuestro país». Después, Mark Ellen, el fundador de la revista, que en los setenta había tenido un grupo llamado Ugly Rumours en el que Blair había tocado brevemente la guitarra, le paseó por las mesas de los invitados, todos vinculados a la industria musical y el periodismo. Todo el mundo estaba «entusiasmado de conocerle».[11]

«El Britpop se construyó alrededor del éxito comercial», dice John Harris en *The Last Party. Britpop, Blair and the Demise of English Rock*.

> La clase de grupos a los que se les había denegado el acceso a las listas ahora tenía éxitos en Los 40 [...]. El Britpop era un brote de la música indie: la clase de música que, en la estela del punk, había tratado de expresar una creciente hostilidad contra el *mainstream* creando lo que resultó ser un universo musical alternativo [...]. Ahora, en cambio, el éxito en el mercado de masas era tanto deseable como, al parecer, fácil de conseguir [...]. La valla que separaba lo *mainstream* y lo alternativo fue derribada por un puñado de grupos.

Uno de ellos era Blur, cuyo cantante, Damon Albarn —que tuvo un papel destacado en la transformación de la escena musical británica—, visitó a Tony Blair en Westminster en 1995. Esa visita, dice Harris, era «un ejemplo perfecto de lo que los responsables del Nuevo Laborismo habrían llamado probablemente "sinergia"». Albarn y Blair estaban «cabalgando la misma ola: un ferviente deseo de poder, éxito e influencia, expresado por gente que se había cansado de vivir la vida ascética de los disidentes».[12] En 1997, cuando ya era primer ministro, Blair invitó a una recepción en Downing Street a Noel Gallagher, que, junto a su hermano Liam, lideraba Oasis, el otro gran grupo del Britpop y el archienemigo de clase obrera de Blur. En

un aparte, Gallagher le preguntó al primer ministro por unos estibadores que habían sido despedidos por negarse a trabajar, un tema particularmente poco atractivo para el Nuevo Laborismo. «Le pregunté por los estibadores de Liverpool —recordaría luego Gallagher—, lo que es probable que le entrara por un oído y le saliera por el mismo; seguramente ni siquiera le entró. Me dijo: "Veremos qué se puede hacer". Y yo dije: "Ya, estoy seguro".» En muy poco tiempo el Britpop abandonaría a Blair, aunque no necesariamente al laborismo; el primer ministro resultaría tener, en palabras de Albarn, una preocupante «vena conservadora».[13]

Gerhard Shröder, por su lado, acabaría plasmando en la Agenda 2010, ya a principios del siglo XXI, las medidas políticas genéricas planteadas en el documento firmado con Blair. En aquel momento, Alemania pasaba por una crisis económica y era considerada «el enfermo de Europa», con tasas de desempleo propias de los países del sur del continente, algo relacionado aún con el *shock* de la reunificación del país. Shröder reformó las leyes laborales para permitir que las empresas pequeñas despidieran con más facilidad, lo que reducía los costes de contratación; obligó a los desempleados a buscar trabajo de forma activa y a aceptar puestos de trabajo; limitó a un año los subsidios de desempleo y alentó el trabajo a tiempo parcial. El ala izquierda del partido socialdemócrata alemán rechazó enérgicamente las medidas; de hecho, muchos de sus miembros se marcharían años después a una nueva formación de izquierdas, Die Linke, que recuperaba algunos aspectos concretos del legado comunista en Alemania del Este.

En el caso de los Nuevos Demócratas estadounidenses, su agenda se tradujo en un enorme énfasis en la economía. El lema no oficial de la campaña de 1992 había sido el célebre «Es la economía, estúpido»; su obsesión, tal como Clinton la formulaba, era «¡Puestos de trabajo! ¡Puestos

de trabajo! ¡Puestos de trabajo!». Clinton no prestó atención a quienes auguraban que la baja tasa de desempleo crearía inflación y se empeñó en reducir el déficit, que acabó en superávit, algo sin precedentes desde los años sesenta. Todo ello generó un crecimiento extraordinario, pero también una enorme burbuja en el precio de los activos que estalló a principios del siglo siguiente. Pero, además, potenció un cambio cultural que, en cierta forma, se sumaba a la idea general de la tercera vía. Joseph Stiglitz lo expresaba así:

> Las finanzas empezaron a recibir una atención que hasta entonces la prensa solo había dedicado a los deportes y la industria del espectáculo [...]. Se hacían famosos no solo los consejeros delegados de las grandes corporaciones, sino también quienes detentaban cargos públicos (el secretario del Tesoro y el presidente del Consejo de la Reserva Federal, por nombrar solo a dos) que en el pasado tenían un perfil mucho más bajo [...]. En reportajes, editoriales y columnas de opinión de periódicos y revistas, y en la información 24 horas de CNN y MSNBC, los periodistas económicos se entusiasmaban con el talento y la genialidad del equipo de Clinton.

El aire tecnocrático de la tercera vía reflejaba una idea optimista que Blair y Clinton repetían con frecuencia: se habían dejado atrás las dos trincheras ideológicas, la izquierda y la derecha, que habían regido la política de Occidente desde la Revolución francesa. Esa distinción ya no era necesaria. Tras la caída del comunismo se podía diseñar un futuro basado en políticas racionales y objetivas, gracias a los avances tecnológicos que tenían lugar en un mundo cada vez más unido por una globalización que, junto con los mercados, propagaba la democracia liberal. Tal vez eso no fuera el final de la historia, pero sí su racionalización. La prosperidad reforzaba a la democracia y viceversa.

Después de que, en julio de 1999, Joaquín Almunia fuera escogido candidato del PSOE a las elecciones presidenciales, el diario *El País* publicó un editorial en el que afirmaba que tenía por delante la tarea de

«proponer a la sociedad un programa realista, al tiempo que ilusionante, que aporte un poco de claridad a la nebulosa tercera vía por la que discurre el tren de la socialdemocracia a impulsos de Schröder y Blair».[14] Lo que era difícil saber era si la izquierda sería capaz de llegar a otra síntesis distinta de la de la tercera vía, aunque evitara su triunfalismo y sus excesos retóricos.

El euro digital, la tienda que le gusta a tu perro y el apocalipsis informático

De todos los sesgos cognitivos que influyen en la manera en que percibimos la realidad, dice en su libro *Pensar rápido, pensar despacio* Daniel Kahneman, psicólogo y premio nobel de Economía, el más significativo es el sesgo optimista. «La mayoría vemos el mundo como un lugar más benigno de lo que es en realidad, nuestros atributos más favorables de lo que son en realidad y los objetivos que adoptamos más fáciles de conseguir de lo que probablemente son. También tendemos a exagerar nuestra capacidad para prever el futuro, lo que alimenta el exceso de confianza optimista.»[1]

El libro de Kahneman es, según su propia presentación, una descripción de cómo cree que tomamos decisiones. La obra recoge el trabajo seminal sobre ese tema que publicó en 1974 con su colega Amos Tversky en la revista *Science*. En él se plantea de qué manera los humanos intentamos responder preguntas como quién ganará unas elecciones, si un acusado es culpable o inocente o cuál será el valor del dólar en el futuro. Solemos expresar nuestras respuestas diciendo «Yo creo que...», «Lo más probable es que...», «No es muy previsible que...». En el artículo, Kahneman y Tversky sugerían que, en realidad, la gente se basa en un número limitado de principios, que llamaban heurísticos, para tomar esas decisiones. Los heurísticos son formas de buscar una solución a través de métodos que no son estrictamente lógicos ni rigurosos; «como por tanteo», dice el diccionario de la RAE. Eso es lo que con frecuencia hace el cerebro

humano: enfrentarse a un problema —incluso a complejas preguntas políticas, morales o económicas— buscando una respuesta rápida, más o menos satisfactoria pero poco elaborada. Los heurísticos, afirmaban estos psicólogos en su trabajo original, «reducen la compleja tarea de valorar probabilidades y predecir valores a operaciones de juicio más sencillas. En general, estos heurísticos son bastante útiles»: no tenemos tiempo para pensarlo todo detenidamente y fiarse de estos atajos suele servir a la perfección. «Pero a veces llevan a errores graves y sistemáticos.»[2]

Es el caso de quienes tienden a ver por sistema las cosas con un exceso de optimismo. Los estudios llevados a cabo por Kahneman y otros investigadores señalan que «el sesgo optimista desempeña un papel —a veces dominante— cuando los individuos o las instituciones asumen de manera voluntaria riesgos significativos». Con mucha frecuencia, quienes aceptan esos riesgos no los entienden del todo, y por eso muchas veces los optimistas creen que están siendo prudentes, cuando en realidad no es así. En las situaciones en las que es necesario efectuar una acción de cualquier tipo, dice Kahneman, el optimismo puede ser bueno. La confianza en lograr el éxito ayuda singularmente a los emprendedores optimistas a «tener un ánimo positivo que les ayuda a obtener recursos de otros, elevar la moral de sus empleados y aumentar sus posibilidades de triunfar».

Ahora bien, el optimismo también da pie a grandes errores de cálculo.

> En Estados Unidos, las posibilidades de que una empresa pequeña sobreviva cinco años son de alrededor del 35 por ciento. Pero las personas que fundan esas empresas no creen que las estadísticas sean aplicables a su caso. Un estudio descubrió que los emprendedores estadounidenses tienden a creer que están en un sector empresarial prometedor: su estimación media de las posibilidades de éxito para «cualquier empresa como la tuya» era del 60 por ciento; casi el doble de la cifra real. El sesgo era más flagrante cuando la gente valoraba las posibilidades de su propia empresa. Un 81 por ciento de los emprendedores situaba sus posibilidades personales de éxito en 7 de 10 o más, y el 33 por ciento decía que sus posibilidades de fracaso eran nulas.[3]

Era una lección que tener en cuenta en el frenético mundo de las *start-ups* de internet a finales de los noventa. En noviembre de 1998, dos meses después de la creación de Google, inició en San Francisco sus operaciones una empresa menos ambiciosa pero, al menos a priori, más fácil de comprender: pets.com. Greg McLemore, un emprendedor californiano de treinta y un años había registrado el dominio en 1994 y en principio la página se lanzó como una comunidad online para propietarios de perros y gatos. Más tarde, le añadió funcionalidades para poder vender electrónicamente productos para mascotas y acudió a una empresa de capital riesgo de Silicon Valley, Hummer Winblad, en busca de financiación. Esta le dio dos millones de dólares y puso la empresa en manos de Julie Wainwright, una veterana del joven mundo del comercio electrónico, quien enseguida llamó a Jeff Bezos, que entonces estaba diversificando los productos que vendía en Amazon e invirtiendo en otros negocios de comercio electrónico especializados, como drugstore.com (parafarmacia) y homegrocer.com (supermercado). Bezos aceptó la propuesta de Wainwright y, en marzo de 1999, compró un cincuenta por ciento de la empresa en una ronda de captación de cincuenta millones de dólares.

La idea tenía sentido. Los estadounidenses gastaban por aquel entonces 23.000 millones de dólares anuales en productos relacionados con los animales domésticos y se calculaba que había mascotas en un 60 por ciento de los hogares. La entrada de Amazon en pets.com revolucionó el sector. PetSmart, que era la mayor cadena de tiendas físicas de artículos para mascotas de Estados Unidos y tenía 472 establecimientos en el país, puso en marcha de inmediato la logística para vender desde su página web. Petco, otra cadena que contaba con 465 tiendas, contrató a Morgan Stanley, un banco de inversión, para que le ayudara a elaborar su estrategia. Otro de

los primeros emprendedores del sector, el consejero delegado de petstore.com, «tuvo que dejar a su bebé recién nacido en mitad de la noche para convencer a potenciales inversores de que su acuerdo de inversión de 10 millones de dólares debía seguir adelante», relataba *Newsweek*. Los fundadores de otras páginas similares, como AcmePet y Pogo Pet, se quedaron sin inversores.

Amazon ya daba miedo entonces. Tenía diez millones de clientes y ponía todo su potencial al servicio de las empresas de comercio digital en las que invertía. Incluía en su página un link a ellas, los empleados de las filiales podían consultar con los de la central de Amazon a la hora de tomar decisiones empresariales y la mera presencia de Amazon hacía posible que las *start-ups* atrajeran a trabajadores cualificados y experimentados y, sobre todo, el dinero. Los cincuenta millones aportados en la nueva ronda de financiación de pets.com no procedían solo de Amazon, sino también del primer inversor, Hummer Winblad, y de Bowman Capital, un *hedge fund*.

El crecimiento de la empresa era evidente. Se había instalado en una vieja nave en ruinas del distrito de almacenes de San Francisco, sin embargo, poco después «la nave refulge gracias al efecto transformador de la economía de internet», decía *Newsweek*. «Hay cubículos alineados sobre el suelo enmoquetado, los cables eléctricos recorren las rejillas que cuelgan del techo. En todas partes y debajo de muchas mesas hay perros» de los empleados. Era lógico. El eslogan de la empresa era «Donde tu mascota compraría».[4]

Se había fijado la fecha redonda del 1 de enero de 1999, pero como era festivo, y luego fin de semana, finalmente se optó por el 4 de enero. «No cayó ningún régimen, no fue derrocado ningún monarca, ningún nuevo

potentado se sentó en el trono», pero nació el euro, cuenta David Marsh en su libro sobre la moneda.[5] Por primera vez en la historia, once países habían renunciado voluntariamente a tener una divisa propia y ponían en común su soberanía monetaria. Los ciudadanos tal vez no se dieran cuenta de inmediato, puesto que todavía no existían los billetes y las monedas de euro —para eso faltaban tres años—, pero aun así no había que pasar por alto la importancia de la fecha ni su trascendencia histórica. «Es probable que se trate de la innovación monetaria más trascendental desde la creación del dólar estadounidense en 1792», dijo la revista *The Economist* en su número del 31 de diciembre de 1998.[6]

Era un fenómeno sin precedentes; suponía la renuncia a una de las prerrogativas más antiguas de los estados y solo una década antes habría parecido una idea ridícula. Pero los países europeos, liderados por la Alemania del conservador Helmut Kohl y la Francia del socialista François Mitterrand, se habían empeñado en seguir adelante, a pesar del desdén de, sobre todo, Estados Unidos y Reino Unido. «No creía que fuera a suceder —dijo más tarde Alan Greenspan, el gobernador de la Fed—. Era muy escéptico con la idea de que un banco central con el mismo poder que el celebrado Bundesbank alemán pudiera imponerse en todo el continente.» Milton Friedman, premio nobel de Economía y héroe de los economistas libertarios, aseguró que «el euro ha estado motivado por la política, no por la economía [...]. La unidad monetaria impuesta en condiciones desfavorables será una barrera para la unidad política». Ralf Dahrendorf, el sociólogo nacido en Alemania con nacionalidad británica, que tuvo el raro privilegio de ser diputado en el Parlamento alemán y luego lord en Reino Unido, aseguró que «muy pronto los europeos se darán cuenta de que las grandes promesas con las que sus líderes les han vendido el proyecto no se harán realidad».[7]

Ese desdén tenía fundamentos económicos y políticos. En primer lugar, una divisa para once países independientes con una única política monetaria carecía de precedentes. Pero además estaba claro que no existía una demanda popular; quizá a los ciudadanos no les sonara mal la propaganda de los gobiernos que iban a formar parte de la eurozona, o incluso sintieran un deseo sincero de una unión mayor entre los países, pero como decía *The Economist*, «los gobiernos europeos están diciendo: puede que nuestra gente aún no esté convencida de los beneficios del euro, pero una vez esté operando y lo entienda, cambiará de opinión». De un modo ominoso, remarcaba: «Será mejor que los líderes europeos tengan razón. Si no, cuando el sistema se vea sometido a presiones, sus fundamentos políticos podrían resultar demasiado débiles para sostenerlo».[8]

El Banco Central Europeo (BCE), el banco de la moneda, tendría un mandato principal: mantener la estabilidad de precios, es decir, impedir que hubiera una inflación excesiva. Solo después de cumplir esto podría apoyar las políticas económicas generales de la Unión Europea. En su estatuto no se recogía el precepto de hacer lo posible por mantener el máximo empleo (uno de los dos objetivos que tiene la Fed estadounidense, además de controlar la inflación) y no tenía capacidad para rescatar a ningún país en quiebra. Por supuesto, la sede estaba en Alemania, en Frankfurt. Su primer presidente fue el holandés Wim Duisenberg, exministro de Finanzas y expresidente del banco central de su país y del Instituto Monetario Europeo, el precedente del BCE, entre 1994 y 1997. Su elección también fue controvertida. Aunque nadie dudaba de su capacidad para liderar el banco en sus primeros pasos, Duisenberg representaba la ortodoxia económica del norte de la Unión Europea, que coincidía con la concepción restrictiva de la política monetaria de Alemania. El presidente francés, Jacques Chirac, y su primer ministro Lionel Jospin propusieron que en su lugar presidiera el

BCE Jean-Claude Trichet, gobernador de Banco de Francia y, en teoría, representante del pensamiento económico francés. Finalmente, Trichet sucedería a Duisenberg en el 2003 y permanecería en el cargo hasta 2011, año en que tomó una de las medidas más controvertidas de la historia del banco. En mitad de la crisis, mientras se preparaba un rescate para Portugal, Irlanda y España, que se encontraban en un momento de gran debilidad, decidió subir los tipos de interés del 1 al 1,25 por ciento, en una decisión típicamente ortodoxa que parecía poner el control de precios por delante de la posible recuperación de los países con problemas. En todo caso, desde su creación el BCE fue uno de los múltiples espacios en los que Alemania y Francia, representando en cierta medida a los países del norte y a los del sur, escenificaron sus diferencias y lucharon por poner a responsables afines.

El Banco Central Europeo corría el riego de verse obligado por el Tratado de Maastricht a ejercer su labor de una manera demasiado estricta e inflexible: conteniendo la inflación pero sin poder hacer mucho más en otros aspectos de la economía. Además, estaba el riesgo inherente a una zona monetaria con tantas disparidades económicas: el tipo de interés que fijara el BCE sería inevitablemente demasiado alto para algunos países y demasiado bajo para otros. En el momento de la creación del euro, por ejemplo, España vivía una enorme expansión económica e incubaba una burbuja, mientras que Alemania estaba luchando contra la recesión. Entonces, a España le convenían unos tipos de interés un poco más altos (para frenar la burbuja) y a Alemania más bajos (para estimular la economía); una década después, en el transcurso de la crisis, sucedería más o menos lo contrario. Las tensiones resultantes fueron evidentes y explican, al menos en parte, la complicada salida de la crisis del euro.

Pero había otro riesgo, que señalaba *The Economist* en su número del

último día de 1998. Podía ocurrir que las reglas fiscales impuestas por el Pacto de Estabilidad y Crecimiento que acompañaba la aparición del euro fueran demasiado estrictas. Estas «quitan a los gobiernos el poder que más pueden necesitar con una unión monetaria: la capacidad de utilizar la política fiscal nacional para contrarrestar recesiones que afectan más a un Estado que a los demás. No han perdido del todo esta capacidad, pero estará muy constreñida». Un país en crisis, pues, podía decidir —con límites— si subir o bajar impuestos según creyera necesario, pero no endeudarse todo lo que quisiera o gastar sin tasa para salir de una recesión. Durante la crisis financiera también se constató la absurda rigidez de estas reglas y, en última instancia, cómo al mismo tiempo podían vulnerarse.

Pero *The Economist* vio otro riesgo que en parte se materializó durante la crisis. «Existe el peligro de que si se produce una recesión importante en uno o más países, tenga lugar una reacción política contra la propia Unión Europea. Se culpará a la Unión en conjunto, y a los demás miembros del euro, de la incapacidad de la víctima para moderar su recesión.»

Si eso no sucedía, o si, en caso de ocurrir, se gestionaba de manera adecuada, «lo más probable es que un euro con éxito suponga un gran impulso para la unión política de los países constituyentes, algo parecido al sueño original de los padres fundadores —y de Winston Churchill—. El desarme político de la unión monetaria demostraría que funciona, sería justificadamente popular y habría alentado a los gobiernos a buscar nuevas formas de transferir sus poderes a las instituciones comunes». Pero esa mayor unión no era inevitable, decía *The Economist*. Ni siquiera era probable que «en una década o dos» la Unión Europea fuera algo remotamente parecido a los Estados Unidos de América. «Para quienes odian el federalismo, la idea misma de la unidad política será en cualquier caso un anatema. Pero esta sería la manera correcta de llegar a una unión

más estrecha: después de una experiencia positiva y con el apoyo popular.» Las previsiones del semanario británico resultaron acertadas: dos décadas después la situación de la Unión Europea era una combinación de todos los escenarios que contemplaba.[9]

El editorial de *El País* del 2 de enero afirmaba que

> Europa ha dado un paso de gigante con el alumbramiento del euro, que desde el lunes competirá en los mercados con el dólar y el yen. Es la decisión más trascendental adoptada desde que se puso en marcha, a comienzos de los cincuenta, el proceso de integración de Europa. Once países, que serán más en un futuro no lejano, renuncian a sus monedas nacionales para integrarlas en el euro bajo la supervisión del Banco Central Europeo (BCE), una institución que goza de una independencia sin parangón. La moneda única nace con un plus de confianza que puede convertir Europa en la zona más dinámica del mundo desarrollado. España ha cogido este tren a tiempo por primera vez en dos siglos y como resultado del esfuerzo colectivo realizado durante más de dos años.[10]

El 4 de enero, decía en portada que «El euro inicia su primera jornada en los mercados ganando terreno al dólar».[11] Pero eso duraría poco, y en los años siguientes la moneda única disminuiría de valor frente al dólar sostenidamente, un hecho recogido con cierto regocijo por los economistas anglosajones que en todo momento se habían mostrado escépticos con la creación de la moneda europea. Como también habían hecho los alemanes. Poco más de un año después de la creación virtual del euro, y dos antes de su aparición física, el periódico alemán *Bild*, el más vendido del país y con una línea editorial muy conservadora y nacionalista, publicó en portada el titular «Euroangustia». El subtítulo decía: «¿Vale de algo nuestro buen marco? De repente el presidente del banco central habla de inflación. Y quienes tanto lo habían elogiado, no dicen nada».[12]

Con todo, aunque el euro ya cotizaba en los mercados y se había establecido una paridad fija con las monedas nacionales que iban a desaparecer, todavía encaraba un periodo de transición de tres años hasta

que esas monedas, efectivamente, desaparecieran y los ciudadanos dispusieran de billetes y monedas denominados en euros. El periodo de transición, a pesar de la enorme complejidad logística que suponía la sustitución de once monedas por una, era absurdamente largo. Y además, la existencia digital del euro se produjo en un contexto en el que el entusiasmo por las nuevas tecnologías coexistía con un miedo profundo, en parte racional y en parte casi religioso, ante un fenómeno digital. Se llamó *millennium bug*, el «error del milenio», o *Y2K*, las siglas en inglés de «año 2 mil». En español fue, simplemente, el «efecto 2000».

El problema central era la programación de las fechas en los sistemas informáticos. En las décadas previas, debido a que los equipos de entonces tenían poca capacidad de almacenamiento, a que muchos programadores pensaban que en el 2000 sus programas no se utilizarían y, también, a que nadie había reparado en la cercanía de ese año, muchos programadores habían empleado dos cifras para hacer referencia a los años en las fechas. Es decir, no habían tecleado en las líneas de código «1985» sino «85», ni «1992» sino «92», y así sucesivamente, como si no fuera a haber vida más allá del siglo XX. Los programas que contuvieran alguna fecha en su código —es decir, casi todos— creerían, al llegar el año 2000, que habían vuelto al «00»; es decir, a 1900.

Sus posibles consecuencias eran inciertas. Los bancos calculan a diario los tipos de interés —la cantidad de dinero extra que debe devolver el individuo o la empresa que tiene un crédito—, por lo que un error en las fechas o un retroceso de un siglo podían generar un caos financiero extraordinario. Las plantas energéticas dependían de programas que llevaban a cabo las rutinas de mantenimiento y las comprobaciones de seguridad en fechas previamente establecidas. Las aerolíneas registraban sus vuelos en ordenadores y la precisión de las fechas era crucial para su

funcionamiento. La combinación de esto podía producir un «efecto cascada», temían algunos, que paralizara por completo la actividad económica, impidiera la llegada de suministros y generara escasez y caos. En un vídeo de National Geographic de 1998 protagonizado por Leonard Nimoy, el actor que interpretaba al capitán Spock en la serie *Star Trek*, este afirmaba que «existe aún un estado general de negación, complacencia o incluso apatía sobre la realidad y las consecuencias potenciales del efecto 2000». «A medianoche del 1 de enero del 2000 los ascensores pueden detenerse, la calefacción se puede parar, las tarjetas de crédito y los cajeros automáticos pueden dejar de funcionar, el transporte en aviones y trenes puede quedar interrumpido.» «Esta no es una de esas películas de terror en la que puedes cerrar los ojos en las partes que dan miedo», dijo Bill Clinton, el presidente de Estados Unidos.[13] Un editorial de *The New York Times* afirmó que «el 1 de enero del 2000 es probable que el mundo se despierte con resaca. Pero eso no será nada comparado con la que tendrán los ordenadores y los sistemas informáticos de todo el mundo».[14] Jerry Falwell, un conocido reverendo estadounidense, afirmó: «Creo que el efecto 2000 puede ser el instrumento de Dios para sacudir a esta nación, para obligarla a ser humilde, para hacerla despertar e iniciar desde aquí un renacimiento que se expanda por el resto de la tierra antes del Éxtasis de la Iglesia».[15] La revista *Time* publicó en portada a un profeta de aspecto enloquecido que, en medio de Nueva York, anunciaba «¿Es el fin del mundo? ¡La demencia del efecto 2000! ¡Apocalipsis ya! ¿Colapsarán los ordenadores? ¿Lo hará la sociedad? Una guía para la locura».[16]

Algunas estimaciones del coste de impedir que se desatara el caos eran gigantescas: Software Productivity Research, una consultora tecnológica, calculaba que reparar todo el software existente en el mundo con el problema de las fechas costaría 530.000 millones de dólares; Gartner

Group, otra consultora, consideraba que sería de hasta 600.000 millones.[17] *The New York Times* afirmaba, siguiendo las estimaciones de la Fed, que bastaría con que las empresas estadounidenses gastaran 50.000 millones, lo que supondría un gasto global de más o menos 200.000 o 300.000 millones de dólares.[18]

A medida que la fecha se acercaba, las amenazas de caos en la prensa y la televisión fueron adoptando un aire cada vez más apocalíptico. Pero para los gobiernos y las empresas la tarea, aun si la comprendían, era inmensa. Los más optimistas creían que la actualización del software para impedir el error del milenio tendría un bienvenido efecto en la productividad: a fin de cuentas, las empresas solían mostrarse renuentes a actualizar los programas con los que trabajaban sus empleados, y esa era una buena oportunidad para hacerlo. Pero los más escépticos pensaban que la inversión en la actualización del software era una especie de póliza de seguro: había que gastarse ese dinero, aunque fuera un gasto inútil, para poder decir que se habían previsto los desenlaces más funestos, aun en caso de que no tuvieran lugar.

El Gobierno español de José María Aznar creó un grupo de trabajo llamado Oficina de Transición 2000 que debía supervisar que en la medianoche del 1 de enero no se produjera ninguna catástrofe. Lo formaban una veintena de funcionarios de los ministerios más importantes y lo dirigía el vicepresidente primero del Gobierno, Francisco Álvarez-Cascos, que según contaría *ABC* más tarde «pasó la Nochevieja en el búnker del Palacio de la Moncloa supervisando que todo funcionara» como debía. «Asistido por los técnicos de comunicaciones del complejo, Francisco Álvarez-Cascos y su grupo se mantuvieron en alerta hasta altas horas de la madrugada.» Estuvieron en contacto con los equipos de emergencia designados por los ministerios mediante videoconferencia, y hasta

brindaron con ellos a distancia; «antes de la una de la madrugada, el presidente del Gobierno, José María Aznar, se personó en la sala y agradeció a todos el esfuerzo».[19]

De acuerdo con algunos cálculos publicados por el diario *El País*, el Gobierno español gastó 420 millones de euros en prevenir los riesgos del efecto 2000; el país en su conjunto, incluidas las empresas privadas, 900 millones; según Europa Press, Estados Unidos gastó 93.379 millones de euros y el mundo entero, 214.634 millones.[20] En España, se produjo un apagón de quince minutos en el centro de Barcelona, hubo problemas menores en las centrales nucleares de Zorita y Garoña y fallaron algunos parquímetros que rechazaban los tickets de los coches aparcados antes de medianoche. También se produjeron errores menores en algunas centrales nucleares de Japón y *The New York Times* informó de que ochocientas máquinas tragaperras del estado de Delaware habían dejado de funcionar.[21]

Poco después del 1 de enero, muchos pensaron que las cantidades gastadas para evitar el efecto 2000 habían sido muy superiores al coste que hubiera tenido la confirmación de las predicciones apocalípticas, y que todo había sido un gran engaño que había beneficiado sobre todo a los productores de ordenadores y software y a los consultores informáticos. Otros creyeron que el efecto 2000 no había tenido lugar, precisamente, porque se había invertido mucho dinero en impedirlo. «Tal vez el gasto fue excesivo —afirmó Erkii Liikanen, el comisario europeo de Empresas y Sociedad de la Información, que coordinó la supervisión del efecto 2000 en la Unión Europea—, pero tenía que hacerse y es una inversión de futuro.» Liikanen sostenía que los nuevos programas que ahora sustituían a los antiguos serían más efectivos para la implantación definitiva del euro en los primeros meses del 2002.[22]

Pero, en todo caso, ya entonces quedó claro que el entusiasmo con el que la década había abrazado la tecnología como motor de la globalización e internet como forma de autoexpresión había generado lo que *National Geographic*, al recordar el viejo vídeo de Leonard Nimoy, llamaría «felices esclavos de los ordenadores». La dependencia de las máquinas era tan absoluta que quienes anunciaban con mayor insistencia que podían provocar el caos eran aquellos que luego recibían fortunas para impedirlo.

El estallido del milagro tecnológico

«En muchos sentidos, la burbuja de los noventa —dice Joseph Stiglitz en su libro sobre la economía estadounidense de la época— fue distinta de muchas de las burbujas del pasado. Había algunas razones para el optimismo, quizá no el optimismo desatado que marcó los últimos años del *boom*, o el optimismo irracional del mundo de las puntocom, pero optimismo en todo caso. Las inversiones que durante mucho tiempo el país había hecho en investigación por fin daban frutos. La alta tecnología cumplía finalmente sus promesas. La globalización ofrecía a los consumidores estadounidenses ropa y electrónica baratas.» [1]

Eso había exigido, en parte, una gran desregulación. En primer lugar, en las telecomunicaciones. En el transcurso de la década, en Estados Unidos ese sector había creado dos tercios del total de los nuevos puestos de trabajo y un tercio de las nuevas inversiones, y entre 1992 y 2001 su porcentaje de participación en la economía se había duplicado. Pero, mediados los años noventa, la ley que regía las telecomunicaciones seguía siendo la redactada en 1934 que, obviamente, se había quedado desfasada. Las compañías telefónicas regionales aún conservaban el monopolio de las llamadas locales, pero tenían prohibido realizar llamadas a larga distancia; los precios de la televisión por cable se regulaban rígidamente, como se hacía con su contenido, pero no los de la televisión por satélite. Algún día no muy lejano por las líneas telefónicas circularían vídeos, uniendo los dos mundos de una manera que habría sido imposible concebir más de medio siglo antes.

Pero ni siquiera entonces era fácil advertir el sentido en el que

evolucionaría la tecnología y, por tanto, cuál era la regulación ideal. De hecho, muchas personas, empezando por los representantes de Silicon Valley, creían que, por sus características, la tecnología no necesitaba normativa alguna y abogaban por una completa desregulación. En el campo de la tecnología, pensaban, la competencia podía ser mucho más perfecta que en el mundo físico, con lo que solo había que dejar que esta bajara los precios e incentivara la innovación. Pero ya se empezaba a ver que en internet podía ocurrir justo lo contrario: quien llegaba primero a un campo determinado —el del comercio online, el del correo electrónico, el de los buscadores— tenía enormes probabilidades de conseguir algo parecido a un monopolio. Finalmente, en 1996 se aprobó la Ley de Telecomunicaciones, que consiguió dos de sus fines: primero, el de modernizar el sector; segundo, el de propiciar enormes inversiones en él. A finales del 2001, se habían invertido 65.000 millones de dólares extra en centenares de nuevas empresas de telecomunicaciones, lo que contribuyó a engordar la burbuja que estaba a punto de estallar.[2]

Pero esta no fue la única gran desregulación de la época en Estados Unidos. La más importante, y la que contribuiría a provocar una crisis aún mayor que la del 2001, fue la derogación de la llamada ley Glass-Steagall, aprobada en 1933, después del crack de 1929. Aquella fue una de las muchas reformas que había introducido el Gobierno de Franklin Delano Roosevelt; en este caso, en respuesta a la serie de quiebras de bancos que se produjo en la estela de la gran crisis. La ley pretendía romper las enormes concentraciones de poder que se habían ido conformando durante décadas alrededor de grandes empresas y bancos. Y también era un intento de evitar el llamado «riesgo moral». Cuando los bancos quebraban, solían ser rescatados con el dinero de los contribuyentes, lo que era casi una forma de

premiar el mal comportamiento. Por lo tanto, había que evitar que estas entidades incurrieran en prácticas que pudieran llevarlas a la quiebra.

La ley Glass-Steagall, llamada así por los dos congresistas estadounidenses que la promovieron, intentaba separar la actividad de los bancos comerciales de los de inversión. La banca comercial podría aceptar depósitos de ahorradores y empresas, y con ellos hacer préstamos por los que cobraría un interés. La banca de inversión ayudaría a las empresas a emitir bonos y acciones, y las pondría en contacto con inversores dispuestos a adquirirlos. Antes del crack, cuando una misma entidad podía llevar a cabo las dos actividades, los bancos daban créditos a empresas poco fiables en las que previamente habían invertido, animaban a sus clientes a comprar acciones de mala calidad de compañías en las que tenían intereses, participaban en actividades muy especulativas y asumían riesgos demasiado elevados con el dinero de simples ahorradores. Para evitar eso, se separaron ambas actividades. Una misma empresa no podría prestar dinero y además vender acciones.

Por supuesto, en el transcurso de las décadas, los bancos se quejaron de que esa separación estricta de actividades socavaba sus posibilidades de hacer negocio, impedía acumular economías de escala y perjudicaba a las entidades estadounidenses en su competición con los bancos extranjeros, muchos de los cuales no estaban sujetos a reglas parecidas. Llegados los años noventa, con la inmensa prosperidad que generaba el país, parecía absurdo preocuparse demasiado por posibles bancarrotas. Además, reconocían los abogados que defendían sus intereses, en realidad las entidades financieras ya se saltaban la normativa con trucos. Finalmente la ley fue anulada, lo que permitió que dos enormes bancos fruto de fusiones previas, Citigroup y Bank of America, realizaran tareas propias de la banca de inversión y de la comercial. Algunos advirtieron, ya entonces, que esas y

otras entidades nuevas eran demasiado grandes; que en caso de que declararan la bancarrota no se las podría dejar caer porque eran lo que más tarde se llamaría «sistémicas»: su caída arrastraría consigo a toda la economía; eran, en una expresión que se haría célebre una década después, «demasiado grandes para quebrar» (*too big to fail*). La bancarrota de Citigroup o Bank of America habría provocado, probablemente, la hasta entonces impensable quiebra de todo el sistema de pagos y un mundo sin tarjetas de crédito ni cajeros automáticos.[3]

La derogación de la ley Glass-Steagall fue uno de tantos errores que llevaron a la crisis del 2008. Ni siquiera fue de los más importantes. Pero tuvo lugar en lo más alto de la burbuja estadounidense de finales de los años noventa, en la que toda regulación parecía susceptible de ser eliminada. En mitad de la euforia, se produjeron una serie de fusiones gigantescas —era la época en que los bancos de inversión favorecían las sinergias, entre otros motivos, por los enormes beneficios que obtenían de las fusiones de grandes empresas— en el ámbito de las telecomunicaciones y los contenidos. El caso más célebre fue la de la revista *Time* con la productora Warner Bros, a la que luego se unió la cadena de noticias por cable CNN, un conglomerado que finalmente compraría AOL, America Online, una de las pioneras de internet, en el 2000. El resultado se valoró en 350.000 millones de dólares. Aunque Warner Bros tenía muchos más activos, la capitalización bursátil de AOL estaba tan hinchada que le correspondió el 55 por ciento de la empresa resultante. «Llamar a la transacción la peor de la historia, como ahora se enseña en las escuelas de negocios —diría *The New York Times*—, no permite imaginar la magnitud de la historia que llevó a las mentes más brillantes de la tecnología y los medios a colaborar en la consecución de un acuerdo que ahora muchos consideran un error colosal.»[4] Otras empresas de telecomunicaciones

aprovecharon para llevar a cabo fusiones parecidas: Tyco International Ltd., AT&T Group o WorldCom Inc. Esta última, la segunda compañía de telefonía de larga distancia de Estados Unidos, protagonizó hasta sesenta y cinco fusiones y adquisiciones en apenas unos años, algo sin precedentes en Estados Unidos. La última había sido con MCI Communications Corp., que WorldCom compró por 37.000 millones de dólares. Todo el mundo pensó que el precio estaba muy hinchado.

El 27 de enero del 2000, una vez superado el miedo al caos informático, la revista *Wired*, pionera en la cobertura del mundo de internet, publicó un artículo en el que explicaba que «hay poca gente con más dinero para gastar en campañas publicitarias de alto perfil que las empresas de internet. Asimismo, hay pocos lugares más adecuados para gastarse ese dinero en un solo acto publicitario que la Super Bowl», la final de la liga de fútbol americano, que ese año se celebraba el 30 de enero y en cuyo descanso iban a actuar, entre otros, Enrique Iglesias, Phil Collins y Christina Aguilera.

> No debería resultar sorprendente que los anuncios comerciales durante la emisión de la XXXIV edición de la Super Bowl vayan a estar dominados por empresas puntocom ansiosas por llegar a los estadounidenses. De acuerdo con el último recuento, diecisiete empresas de internet han comprado espacio publicitario durante el partido. El aumento de la demanda ha hecho que los precios de los anuncios durante la Super Bowl hayan llegado a una media estimada de 2,2 millones de dólares por un anuncio de treinta segundos.[5]

Una de esas empresas era pets.com. En el anuncio, su mascota, Sock Puppet, una simpática marioneta de mano en forma de perro, cantaba entre lágrimas junto a otros animales de carne y hueso «If you leave me now», del grupo Chicago, mientras sus propietarios salían de casa para ir a una tienda física. «Todo lo que necesitan», decía el anuncio, está en pets.com, ya no hará falta dejarles solos para ir a comprarlo fuera. No era la primera gran inversión publicitaria de la empresa. De hecho, la mayor parte de los

cincuenta millones de dólares de la ronda de financiación previa se destinaron a promover la marca. El perro marioneta había pasado por los programas de televisión matutinos promocionando la web, e incluso un globo con su figura había participado en el desfile del Día de Acción de Gracias de Nueva York patrocinado por Macy's, la cadena de grandes almacenes, un acontecimiento retransmitido por la televisión a todo el país.

Pero ni siquiera eso bastó. El índice Nasdaq, que registra la cotización de las empresas vinculadas al sector tecnológico y de la red, estaba en 1995 por debajo de los 1.000 puntos. El 10 de marzo del 2000 alcanzó un máximo de 5.048.[6] Gracias a los tipos de interés bajos, a la creencia optimista de que el sector tecnológico tenía un futuro brillante y a la capacidad de enriquecerse rápidamente con compraventas muy sobrevaloradas, los inversores habían estado dispuestos a gastar fortunas en empresas que apenas contaban con planes de negocios imprecisos que aseguraban ingresos y beneficios en un futuro no muy lejano. Pero por mucho dinero que las compañías de capital riesgo invirtieran en las *startups* de internet, o que estas empezaran a cotizar en bolsa con valoraciones de mercado sólidas, estas empresas emergentes parecían completamente incapaces de conseguir beneficios. Cada vez más gente utilizaba internet y, además, ya se había generalizado la idea de que era fundamental ser el primero en tu nicho, crecer muy rápido para que los competidores no tuvieran ninguna oportunidad y solo luego ver cómo conseguías la rentabilidad. Una parte de eso pasaba por el marketing y la obsesión por el reconocimiento de la marca; en algunos casos, las *start-ups* gastaron la mayor parte de su presupuesto en anuncios. Cuando se les acababa el dinero pedían más a sus accionistas o recurrían a bancos de inversión para que reclutaran a nuevos inversores o incluso a compradores. Pero era un proceso sin fin. En el otoño del 2000, pets.com ya había perdido 147

millones de dólares, y cuando su banco de inversión, Merrill Lynch, se puso en contacto con cincuenta posibles inversores todos rechazaron esa opción. «La venta al por menor en internet es el último lugar en el que hoy en día quieren estar los inversores», dijo un analista del sector consultado por *The New York Times*. La empresa había salido a bolsa en febrero del 2000 con un precio de 11 dólares la acción, una salida un tanto precipitada, como tantas otras en el sector, convencida de que la falta de rentabilidad actual no sería un problema, puesto que el dinero conseguido con la salida a bolsa les permitiría seguir operando hasta obtener beneficios. Pero en noviembre cada acción valía solo 22 céntimos, y fue entonces cuando pets.com cerró. Despidió a 255 de sus 320 empleados y puso a la venta todos sus activos, incluidos los derechos de utilización del ya célebre perro marioneta. Había llegado a tener casi 570.000 clientes, pero como tantas otras empresas de internet no había sido capaz de traducir eso en rentabilidad.[7] El cierre de pets.com fue uno de los muchos que se produjeron cuando estalló la burbuja. Cerraron furniture.com, TheMan.com, BeautyJungle.com, eve.com, BigWords.com, MotherNature.com o living.com, también apoyada por Amazon. Otras empresas que se anunciaron en la Super Bowl, como Computer.com, epidemic.com, LifeMinders.com o netpliance.com pasaron al olvido. De hecho, en la Super Bowl del año siguiente solo se anunciaron tres empresas de internet, entre ellas Yahoo!, que como Amazon o eBay sobrevivió al estallido de la burbuja que arrasó el sector.

En realidad, los cierres encadenados de las puntocom fueron sobre todo un símbolo de hasta qué punto el optimismo tecnológico había llevado a hacer inversiones completamente absurdas. Pero, a fin de cuentas, solo habían sido inversiones absurdas. El estallido de la burbuja tuvo consecuencias mucho más graves en otros sectores relacionados. Para empezar, a finales del 2001, Enron presentó su solicitud de bancarrota

después de que se supiera que había utilizado innumerables trampas contables para mejorar sus cuentas. Enron era un viejo gigante energético que había empezado su andadura cuando las empresas que producían, transportaban y vendían el gas natural y la electricidad eran monopolios regulados por el Estado. Con el tiempo, utilizó métodos típicos de Wall Street para convertir esos procesos en derivados que se podían comprar y vender online; productos derivados que pretendían blindar a la compañía ante el riesgo de posibles fluctuaciones del precio de la energía. Su éxito le hizo caer en la grandilocuencia. Entró en negocios que no eran propios de una compañía energética —fibra óptica, papel—; convirtió los riesgos en esos sectores en derivados y los vendió a inversores. *The Wall Street Journal* sacó a la luz que Enron había invertido dinero en una *joint venture* con Blockbuster, la cadena de videoclubes, para alquilar películas online en *streaming* a través de su red de fibra óptica (por aquel entonces, Netflix aún se dedicaba a alquilar películas en DVD que mandaba por correo). Ocho meses más tarde el negocio se canceló. Pero en ese tiempo, Enron había llegado en secreto a un acuerdo con un banco canadiense que le había prestado 115 millones de dólares a cambio de los beneficios de la *joint venture*. La empresa no dio ni un dólar, pero Enron anotó el montante del crédito como un beneficio de la operación.

En otras ocasiones, cuando Enron perdía dinero encontraba la manera de ocultarlo en alguna empresa subsidiaria. Sus cuentas oficiales mostraban una excelente forma financiera. Y la gran auditora encargada de verificarlas, Arthur Andersen, les dio durante años su visto bueno. Pero en realidad tenía montones de deuda y de activos tóxicos. Bill Keller, en aquel momento columnista y más tarde director de *The New York Times*, escribió:

> La empresa encarnaba el culto al hazte-obscenamente-rico-rápidamente que creció en torno a la intersección de la tecnología digital, la desregulación y la globalización. Cabalgó el espíritu de los

> tiempos, basado en la velocidad, la novedad y las fanfarronerías. El petróleo era irremediablemente cutre; los derivados eran lo máximo. Se aconsejaba a las empresas que se deshicieran del peso de activos duros como fábricas o campos petrolíferos, que serían un lastre a la hora de dar el salto digital, y se concentraran en el boca oreja y la marca. Los contables que intentaban imponer la disciplina tradicional de la hoja de resultados eran desdeñados como simples juntanúmeros atrapados en las viejas métricas.[8]

El escándalo de las cuentas falseadas de Enron se conoció en octubre del 2001 y en diciembre de ese mismo año la empresa declaró la bancarrota. Fue la más grande de la historia de Estados Unidos. Pero solo mantuvo ese récord unos meses.

Después de protagonizar varias fusiones gigantescas, finalmente los reguladores impidieron que WorldCom adquiriera Sprint Corporation, porque la empresa resultante habría limitado la competencia en el campo de las llamadas a larga distancia. Durante el proceso de fusiones, WorldCom nunca llegó a incluir las nuevas adquisiciones en su estructura y, por medio de maniobras contables, aumentaba las cifras de rentabilidad cuando en realidad su negocio apenas crecía o, de hecho, disminuía. A su vez, eso permitía que el precio de las acciones se mantuviera alto a pesar de que sus finanzas se deterioraban a gran velocidad. La adquisición de Sprint pretendía seguir con ese mecanismo tramposo. Aquello fue el final de la empresa. Empezaron a conocerse sus trucos contables y la compañía fue aún más allá para fingir normalidad; recortó la cifra real de gastos y así consiguió simular que seguía teniendo beneficios. Al saberse, los inversores institucionales empezaron a salir de la empresa. En abril del 2002, su consejero delegado fue obligado a dimitir y el 21 de julio de ese mismo año la empresa solicitó el inicio del proceso de bancarrota. Arthur Andersen había aprobado sus cuentas del 2001 ignorando los mensajes de varios ejecutivos de WorldCom que denunciaban la inflación artificial de los beneficios. Fue la mayor bancarrota en la historia de Estados Unidos,

superando a la de Enron, iniciada solo meses antes. Si el Nasdaq había llegado a su cima en marzo del 2000 con 5.048,62 puntos, el 4 de octubre del 2002 se encontraba en 1.139,9 puntos, una caída del 76,81 por ciento.[9]

«La burbuja estalló —dice Stiglitz—. La economía entró en recesión. Era inevitable que esto sucediera, que los días de los "feroces noventa", construidos sobre premisas tan falsas, llegaran a su final. Del mismo modo que era inevitable que se produjera una reacción contraria a la globalización.»[10] Fue la primera contracción de la economía estadounidense tras ocho años de crecimiento ininterrumpido y extraordinario. También, probablemente, insostenible. Había sido casi una década de optimismo ante una «nueva economía» impulsada por la tecnología y la globalización, en la que la inversión en bolsa se había convertido en una obsesión nacional. Pero eso, combinado con la aparición de nuevos productos financieros y de trucos contables de dimensiones colosales, contribuyó a hinchar una burbuja inmensa. La recesión fue breve y no demasiado profunda. En el 2002 el país ya estaba hinchando la siguiente: la del crédito hipotecario, los derivados hipotecarios y la compraventa de viviendas que explotó en el 2008 y arrasó la economía global.

El fin del fin de la historia

El estallido de la burbuja económica estadounidense en otoño del 2001 fue algo más o menos previsible; de hecho, a finales de la década anterior Alan Greenspan acabó cediendo y subió los tipos de interés, porque cada vez estaba más claro que se incubaba una burbuja y así se podía suavizar su crecimiento. Pero no lo fueron los ataques a las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York.

> El martes 11 de septiembre del 2001 amaneció templado y casi sin nubes en el este de Estados Unidos. Millones de hombres y mujeres se preparaban para ir a trabajar. Algunos estaban de camino a las Torres Gemelas, los icónicos edificios del complejo World Trace Center de Nueva York. Otros iban a Arlington, Virginia, al Pentágono. Al otro lado del río Potomac, el Congreso había vuelto a reunirse. En el otro extremo de la avenida Pensilvania, la gente empezaba a hacer cola para visitar la Casa Blanca. En Sarasota, Florida, el presidente George W. Bush salió a correr temprano.

Así empieza el relato del Informe de la Comisión del 11S, un detallado documento elaborado por una comisión formada por cinco demócratas y cinco republicanos que el Congreso y el presidente George W. Bush designaron para que investigaran los ataques terroristas, sus precedentes, los errores de la defensa estadounidense y sus consecuencias. «Para quienes se dirigían a un aeropuerto —decía—, las condiciones climáticas eran inmejorables para un viaje seguro y agradable. Entre los viajeros estaban Mohamed Atta y Abdulaziz al Omari, que llegaron al aeropuerto de Portland, Maine.»[1]

Ese día, cuatro aviones que despegaron de distintos lugares del este de

Estados Unidos, todos con dirección a California (con mucho combustible, pues, para afrontar largas horas de vuelo), fueron secuestrados por diecinueve miembros de Al Qaeda, la organización terrorista nacida en Arabia Saudí y liderada por Osama bin Laden. Dos de ellos chocaron con las dos torres del World Trade Center, que en menos de dos horas se vinieron abajo. El tercero impactó contra el Pentágono, la sede del Departamento de Defensa del Gobierno de Estados Unidos, en el estado de Virginia, y produjo daños de consideración. El cuarto volaba en dirección a Washington cuando cayó en Pensilvania, al interponerse los pasajeros en los planes de los secuestradores. En total, según el informe, murieron 2.973 personas, excluidos los terroristas.[2]

El día siguiente, en la comparecencia posterior a una reunión con el equipo nacional de Seguridad, el presidente Bush afirmó que

> los ataques deliberados y mortales llevados a cabo ayer contra nuestro país fueron más que actos de terror. Fueron actos de guerra. Esto requerirá que nuestro país se una con una determinación y resolución firmes. La libertad y la democracia están siendo atacadas. Los estadounidenses deben saber que nos enfrentamos a un enemigo distinto de cualquiera anterior. Este enemigo se oculta en las sombras y no tiene respeto por la vida humana. Es un enemigo que ataca a gente inocente y desprevenida, y luego huye. Pero no podrá huir siempre. Es un enemigo que intenta esconderse. Pero no podrá esconderse siempre. Es un enemigo que cree que sus refugios son seguros. Pero no serán seguros siempre [...]. Esta batalla requerirá tiempo y resolución. Pero que nadie se equivoque: ganaremos.[3]

Estados Unidos y el mundo entero se quedaron en estado de *shock*. «El 11 de septiembre nos ha dejado un planeta que apenas reconocemos —escribió Martin Amis, en uno de los numerosos artículos que dedicó a los atentados y a sus consecuencias posteriores—. En cierto sentido puso al descubierto algo que ya existía —de forma, en gran medida, inadvertida— desde la caída de la Unión Soviética: la hegemonía sin precedentes de un solo poder. Evidenció asimismo un odio antiguo pero cada vez más vivo

hacia Occidente por parte de los países islámicos.»[4] Es discutible la idea de que el mundo no fuera consciente de que, tras la desaparición de la Unión Soviética, Estados Unidos era la única potencia global. Pero sin duda el 11S sirvió para recordar de una manera dramática que esa unipolaridad no significaba un pasaje a la paz. No era ni mucho menos, como tantas veces repitieron los medios europeos, que Estados Unidos hubiera perdido la inocencia. Era que por primera vez desde que los japoneses atacaron Pearl Harbor, lo que provocó la entrada del país en la Segunda Guerra Mundial, sufría una agresión terrible dentro de su territorio. Y eso no cambiaba únicamente al país, sino al mundo.

No solo se trataba de que a partir de entonces coger un avión fuera un engorro, o que conseguir un visado para entrar en Estados Unidos resultara más difícil. De no haberse producido los ataques, Estados Unidos no se habría embarcado en las guerras de Afganistán e Irak, unos conflictos cuyas consecuencias duran aún hoy. Su batalla contra Al Qaeda dio resultado, pero mantuvo al país y a buena parte del mundo atrapados en una desquiciante guerra preventiva hasta que, una década después del ataque, las fuerzas estadounidenses mataron a Osama bin Laden. Aumentó todavía más la inestabilidad en Oriente Medio y se alejó la posibilidad de que los países árabes se democratizaran. En algunos estados musulmanes se produjo una corriente de fanatización que pronto se trasladó a Europa, donde se produjeron atentados pocos años después, en el 2004 y el 2005. Lo que, a su vez, aumentó la xenofobia, que explotaron partidos de derecha radical en todo el continente. El acontecimiento generó una nueva brecha en la política europea: la derecha acusaría a la izquierda de no querer ver el «fascismo islámico»; la izquierda criticaría a la derecha por utilizar la amenaza terrorista como excusa para dar rienda suelta a su racismo.

Pero en Estados Unidos fue casi peor. «El asesinato de miles de civiles el

11 de septiembre del 2001 llevó el pensamiento apocalíptico al núcleo de la política estadounidense», afirma John Gray. Ese pensamiento de raíz religiosa, que implica que quien incurre en él se siente investido de una misión con sentido universal, siempre había estado presente en la historia del país, pero ni siquiera durante la Guerra Fría se había convertido en una herramienta central de la política; «incluso cuando cayó el Muro de Berlín, George Bush padre respondió hablando de las dificultades que había por delante. No fue hasta que su hijo se convirtió en presidente cuando la religión empezó a formar parte del núcleo de la política estadounidense, y solo después del 11S conformó las medidas políticas tomadas en numerosos frentes». No se trataba solo de que Bush colmara un discurso de octubre del 2001 de referencias bíblicas y utilizara frases de los Apocalipsis de San Juan y de Isaías, o de que en el debate del estado de la Unión de enero del 2002 llamara «eje del mal» a tres países enemigos, Irán, Irak y Corea del Norte; un cargo de su Gobierno, un teniente general que ejercía de subsecretario de Defensa, llegó a declarar que «el enemigo es un enemigo espiritual, es el principado de la oscuridad. El enemigo es un tipo que se llama Satán». Años más tarde, después de que Estados Unidos invadiera Irak, Bush le dijo al primer ministro palestino, Mahmud Abás, que «Dios me dijo que atacara a al Qaeda y la ataqué, y después me ordenó que atacara a Saddam y lo hice».[5]

Este regreso de la religión podría ser anecdótico o, en todo caso, circunscribirse a un determinado Gobierno. Pero el 11S cambió de verdad la perspectiva política que se había desarrollado durante los años noventa. En cierto sentido, supuso un regreso a la normalidad. La caída del comunismo se había interpretado como el fin de una utopía que había malinterpretado las reglas de la historia: parecía que esta no se encaminaba hacia el lugar que Marx y Lenin creían. El liberalismo tuvo la tentación de sustituir esa

utopía por algo demasiado parecido a otra utopía, que, aunque no negaba los conflictos ni el pluralismo inherente a toda sociedad —lo que lo hacía éticamente muy superior al comunismo, además de mucho más eficiente—, sí confiaba demasiado en la capacidad para solventar estos problemas de determinados mecanismos: el mercado, la globalización y una particular versión del multiculturalismo. Con estas herramientas era posible invertir la utopía socialista: el camino de la historia no desembocaba casi irremediablemente en un mundo regido por un sistema socialista con pequeñas variaciones locales, sino en un mundo poblado por cada vez más democracias liberales con singularidades locales inofensivas que, además, podían convertirse en mercancías muy atractivas. Ese legado ideológico perduraría después del 11S, y lo haría en su versión más violenta: si había terceros países que no aceptaban ese modelo, este podía exportarse mediante la guerra. Tras la desaparición del comunismo, el liberalismo era el único modelo deseable que quedaba en pie. El hecho mismo de que estuviera siendo atacado precisamente por sus rasgos esenciales —la apertura, la tolerancia, el pluralismo cultural, la vocación comercial— requería pasar a un nivel mayor de autodefensa.

Este cambio suponía un reconocimiento bastante explícito de que el fin de la historia había terminado. Había sido un periodo de doce años comparativamente plácido. Es cierto que la economía japonesa había permanecido estancada durante una década, que Estados Unidos había librado su primera guerra en Irak, que en Europa del Este y en Rusia la transición del comunismo al liberalismo resultó más difícil de lo esperado, que en Yugoslavia había estallado una guerra sangrienta con decenas de miles de víctimas y que en Ruanda hubo una guerra civil atroz. Nadie podía negar eso. Pero, al mismo tiempo, para muchos en Occidente la década de los noventa había sido algo así como «el domingo de la historia». Un

momento cómodo en el que todo transcurría como se suponía que debía hacerlo: el crecimiento económico, la exportación de su modelo político, la reducción de la pobreza gracias a la globalización, la inexistencia de enemigos poderosos, una tecnología con promesas hiperbólicas y un pluralismo capaz de solventar los viejos demonios. Se había terminado incluso el Apartheid en Sudáfrica. Si además unos jóvenes habían solventado para siempre el problema endémico del riesgo financiero, parecía que la década había convertido las incertidumbres de la historia futura en un mapa casi previsible.

Los atentados del 2001 desmintieron esa noción teleológica de la historia. «Los guerrilleros suicidas que atacaron Washington y Nueva York el 11 de septiembre del 2001 —escribiría Gray— hicieron algo más que matar a miles de civiles y demoler el World Trade Center. Destruyeron el mito dominante de Occidente.»[6] Para las sociedades ricas occidentales, la modernidad casi siempre había sido un proceso benigno que impulsaba los elementos racionales de la Ilustración y tenía carácter universal, de modo que homogeneizaba aquello que tocaba acercándolo a los valores propios. En los años noventa esa percepción aumentó más si cabe gracias a la interacción entre los avances tecnológicos y la fuerza de la globalización comercial. Por eso el ataque de Al Qaeda fue interpretado en parte como una resistencia bárbara a la modernización. Se consideró a los terroristas «medievales», se invocó la mentalidad de las cruzadas, el atraso del islam. Pero la gran paradoja era que los ataques de los terroristas contra los objetivos estadounidenses fueron posibles gracias a la tecnología y la globalización, y habían sido pensados principalmente para el emblema, ahora ya un poco envejecido, de la modernidad: la televisión. La tecnología y la globalización no solo servían para comprar comida de perro por

internet o para conseguir que los trabajadores asiáticos tuvieran un empleo y los trabajadores occidentales pudieran comprar ropa barata.

El Gobierno de George W. Bush reconoció eso enseguida. En su Informe Nacional de Estrategia, remitido al Congreso en septiembre del 2002 y que sería la respuesta oficial más elaborada a los ataques del 11S, se afirmaba que «las grandes luchas del siglo XX entre la libertad y el totalitarismo terminaron con una victoria decisiva de las fuerzas de la libertad y un único modelo sostenible para el éxito de las naciones: libertad, democracia y economía libre». Pero, ya centrándose en los ataques recientes, afirmaba que «en el pasado los enemigos necesitaban grandes ejércitos y grandes capacidades industriales para poner en riesgo Estados Unidos. Ahora, hay redes imprecisas de individuos que pueden provocar un gran caos y sufrimiento en nuestras costas por menos de lo que cuesta comprar un tanque». «La guerra contra los terroristas de alcance global es un empeño global», decía, y «el mayor peligro que encara nuestra nación se encuentra en el cruce entre radicalismo y tecnología». La tarea era extremadamente compleja, pero «la comunidad internacional cuenta con la mejor oportunidad desde la aparición de los estados nación en el siglo XVII para construir un mundo en el que los grandes poderes compitan en paz en lugar de prepararse continuamente para la guerra». Y en última instancia «Estados Unidos utilizará este momento de oportunidad para extender los beneficios de la libertad en todo el mundo. Trabajaremos de manera activa para llevar la esperanza de la democracia, el desarrollo, el libre mercado y el libre comercio a todos los rincones del mundo». Y terminaba: «La libertad es una demanda innegociable de la dignidad humana; un derecho de nacimiento que tiene cualquier persona en todas las civilizaciones. A lo largo de la historia, la libertad ha sido amenazada por la guerra y el terror [...]. Hoy la humanidad tiene en sus manos la oportunidad de extender el

triunfo de la libertad a todos esos enemigos. Estados Unidos agradece nuestra responsabilidad para liderar esta gran misión».[7] Era una mentalidad de los años noventa, pero ahora con armas y para después del fin del fin de la historia, que no saldría bien. «Los partidarios de la utopía neoliberal esperaban que la globalización sembrara el mundo de repúblicas liberales unidas por la paz y el comercio —dice Gray—. La historia está respondiendo con el florecimiento de la guerra, la tiranía y el imperio.»[8]

La afirmación de Gray era un tanto exagerada. Pero resultaba evidente que muchas sociedades históricas, esto es, las que aún no se habían sumado al modelo liberal y, por lo tanto, sufrían los conflictos propios de esa situación, iban a encontrar una enorme resistencia para seguir avanzando hacia él. O tal vez ni siquiera quisieran hacerlo. Tras el 11S se debatió mucho sobre la posible compatibilidad entre el islam y la democracia liberal. Intelectuales musulmanes, como Tariq Ramadan, o procedentes de países de mayoría musulmana, como Ayaan Hirsi Ali, por señalar dos polos opuestos, se convirtieron en figuras intelectuales globales. Ramadan defendía, con una ambigüedad que suscitaba el apoyo, o al menos la simpatía, de numerosos intelectuales progresistas, la necesidad de proteger las singularidades del islam y no subsumirlas en los principios liberales; su visión del islam, escribió Ian Buruma, era «razonada pero tradicionalista»; sus valores no eran «laicos ni siempre liberales», pero al menos ofrecía «una alternativa a la violencia que, a fin de cuentas, es una razón más que suficiente para interactuar con él, de manera crítica, pero sin miedo».[9] Para Hirsi Ali, en cambio, «el islam, como conjunto de ideas, no es compatible con la democracia porque, al contrario que la democracia, niega la vida. El islam, al contrario que la democracia, niega la libertad. El islam, al contrario que la democracia, niega los derechos de la mujer e impone la

pena de muerte para los homosexuales. La democracia no es un sistema perfecto. Pero, definitivamente, es incompatible con el islam».[10]

En realidad el debate era sobre los principios ilustrados que tenían que ver con la universalidad de ciertos derechos individuales y las prácticas políticas que emanaban de ellos. La noción del fin de la historia y la oleada globalizadora, e incluso la campaña de exportación de la democracia emprendida por George W. Bush, partían de la idea de que esos derechos y esas políticas eran universales, o al menos podían serlo si el mundo se percataba de la superioridad de la democracia liberal. Los adversarios de esas ideas, como el propio Ramadan y buena parte del movimiento antiglobalización, creían que esa supuesta universalidad era un invento occidental para imponer sus valores en Oriente Medio con excusas no tan distintas de las empleadas por los colonizadores del siglo XIX. Pero fuera como fuese, ese debate no se circunscribía al islam.

Mientras todo esto sucedía, se desvanecía cualquier posibilidad de que China adoptara modos más liberales, a pesar de que los políticos e intelectuales occidentales siguieran pensando, aún con la caída del Muro en mente, que las ansias de liberad de los chinos harían inviable el sistema comunista o que, en todo caso, su asombroso desarrollo económico —entre 1991 y 2002 su PIB creció siempre por encima del 7,5 por ciento anual, y en algunos años llegó al 14 por ciento— crearía unas clases medias masivas que acabarían reivindicando libertades análogas a las de los países ricos de Occidente. Las reivindicaran o no, lo cierto es que la prosperidad económica más bien reforzó el régimen chino, que en absoluto adoptó las prácticas liberales que la globalización, se creía, inevitablemente le haría adoptar.[11]

«Y en toda Europa la moneda es igual.
El euro nos da estabilidad»

Fukuyama afirmó que el fin de la historia no había tenido lugar a principios de los años noventa en Estados Unidos ni, por supuesto, en el mundo musulmán ni en China. En realidad, sostendría, el escenario del mundo poshistórico se desarrollaba entonces en Europa. Una Europa con un proyecto de integración cuyo propósito explícito era dejar atrás toda forma de nacionalismo y de unilateralismo, transformando una idea de soberanía que, como recordó Bush en el 2001, había sido establecida en la Paz de Westfalia en 1648. En el 2002, pues, todavía había esperanzas para Europa. Grandes esperanzas simbolizadas ahora en los billetes y las monedas físicos que empezaron a circular el 1 de enero de ese año como traducción física y tangible de la moneda electrónica creada el 1 de enero de 1999. Fue una tarea logística colosal que, de hecho, despertó muchos miedos. Pero que el Banco Central Europeo (BCE) y los bancos centrales nacionales resolvieron con una enorme eficacia.

El BCE coordinó la producción de billetes y monedas en quince fábricas y se aseguró de que la calidad de todos fuera la misma y de que resultaran compatibles con los cajeros y las máquinas expendedoras de la zona euro. La fabricación de los billetes se inició en julio de 1999 y el 1 de enero del 2002 ya se habían impreso casi 15.000 millones (por un valor nominal de 633.000 millones de euros); de ellos, 1.924 se produjeron en España. En septiembre del 2001 el efectivo empezó a distribuirse en bancos, comercios y cajeros automáticos, gracias a lo cual la transición a la nueva moneda

transcurrió sin problemas, a pesar de ser la mayor de toda la historia e implicar a doce países con 308 millones de habitantes.[1]

El Gobierno español lanzó una campaña promocional protagonizada por unos muñecos de plastilina, la familia García. Uno de los anuncios se emitió en Televisión Española la noche del 31 de diciembre del 2001: «El euro es ya nuestra moneda», cantaba la familia como si estuviera en un musical. «Y a todos nos va a beneficiar.» Un tendero afirmaba que ya exportaba zapatos a Alemania, un agricultor presumía de vender fruta a Francia y Portugal. «Y en toda Europa la moneda es igual. El euro nos da estabilidad.»

Ese fin de año se celebró de manera especial en toda Europa. En la piazza del Popolo de Roma hubo fuegos artificiales y sonaron por igual el Himno de la Alegría, el himno de la Unión Europea, y la banda sonora de *La guerra de las galaxias*. En un París *frigorifié*, contaba el periódico *Le Parisien* la mañana siguiente, la gente rondaba la rue du Louvre para retirar los primeros billetes de euro de un cajero y acudía a los estancos a comprar tabaco para estrenar la moneda; Jean-Claude Trichet, el gobernador del Banco de Francia, comprobó en persona que los cajeros automáticos del banco funcionaban y el Pont-Neuf se iluminó con los colores de Europa, el azul y el oro.[2] En Bruselas se celebró un espectáculo de luz y sonido con motivos relacionados con el euro. En Frankfurt, a medianoche, se descubrió la llamada Euro-Skulptur, un símbolo azul del euro de catorce metros de alto y cincuenta toneladas de peso rodeado de las estrellas amarillas de la unión que, desde entonces, ha aparecido fotografiado una y otra vez en los periódicos para ilustrar noticias sobre el euro.

El 1 de enero, el Banco de España emitió un comunicado en el que afirmaba que la introducción del euro físico estaba teniendo lugar con «gran rapidez y éxito». Pese a ser festivo, los bancos abrieron el 1 de enero y en

algunas oficinas hubo colas para conseguir los primeros billetes. «Los ciudadanos reciben el euro con euforia», tituló en portada *El País* el 2 de enero. «El euro físico, encarnado en monedas y billetes que entran en circulación [...] fue recibido ayer con euforia y sin apenas manifestaciones de duelo por la muerte inminente de las divisas nacionales, desde la dracma griega (con más de 2.600 años) hasta el poderoso marco alemán o la peseta española.» Pedro Solbes, comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios, hacía sus primeras compras con euros en el aeropuerto de Bruselas: «Tengo que reconocer que me emocioné», afirmaría después. Romano Prodi, el presidente de la Comisión Europea, decía que «Europa es mucho más fuerte e importante a partir de hoy».[3] El 3 de enero, un 96 por ciento de los cajeros automáticos de la eurozona dispensaba billetes de euro.

En varios países se estableció un periodo de transición —en España, de dos meses—, durante el cual tanto las monedas nacionales como el euro serían de curso legal. Pero la gente tenía ganas de utilizar la nueva divisa y, una semana después de la entrada en circulación del euro, más de la mitad de las transacciones en efectivo se llevaban a cabo con ella. En todo caso, cuando el euro pasó a ser la única moneda de curso legal en la eurozona, se habían retirado de la circulación más de 6.000 millones de billetes y casi 30.000 millones de monedas en denominaciones nacionales.[4] La peseta desapareció tras 133 años de historia.

Pero la euforia inicial fue sustituida poco después por la perplejidad ante lo que en España se llamó el «redondeo» y, por ejemplo, en Alemania el *teuro*, un juego de palabras con *teuer*, que significa «caro», y «euro»: la tendencia en restaurantes y comercios a elevar los precios hasta redondearlos en euros. Los datos de inflación de la época no indicaron una subida fuera de lo habitual —la española fue de casi el 4 por ciento, muy

superior a la de Alemania y Francia, aunque dentro de su normalidad histórica—, pero el problema era más político que económico. Jean-Claude Juncker, que entonces era primer ministro de Luxemburgo, afirmaría después que «las empresas que se aprovecharon de la introducción del euro para implementar aumentos de precio injustos e injustificados le hicieron un gran daño a largo plazo al proyecto de la moneda única». Romano Prodi, el presidente de la Comisión Europea, diría más tarde que «los italianos no culpan al euro del lento crecimiento [de la economía italiana]. Culpan al euro de determinados efectos inflacionarios, de unos precios más altos en restaurantes y otros servicios».[5]

Con la salvedad de la percepción de que se había aprovechado la introducción del euro para subir los precios, algo que las estadísticas nunca llegaron a reflejar, la llegada de los billetes y las monedas del euro fue un éxito que superó las expectativas. Aprovechando la ocasión, Wim Duisenberg, el presidente del Banco Central Europeo, anunció su jubilación, aunque esta se retrasó por los problemas que provocó la elección de su sucesor, Jean-Claude Trichet, debidos a un escándalo bancario en el que supuestamente había estado implicado cuando era ministro de Finanzas francés. Cuando al fin consiguió dejar el cargo, Duisenberg reconoció que el BCE se enfrentaba a una opinión pública que, en general, era escéptica con las posibilidades del euro: «No hace tanto que la mayoría de la gente dudaba de que la moneda única siquiera llegara a ver la luz. Después, cuando comprobaron que lo haría, especularon con que solo unos pocos países serían capaces de unirse a ella. Pero subestimaron la resolución de los gobiernos europeos para formar parte de este gran avance en la historia de Europa».[6]

El euro lo había hecho mejor de lo que cabía esperar hasta entonces, reconoció *The Economist* cuando se produjo su lanzamiento físico. Pero

seguía presentando problemas innegables. El primero era el coste de que doce países, con economías muy diversas, tuvieran un mismo tipo de interés. En ese momento, Irlanda crecía con mucha fuerza, por lo que quizá le habría ido mejor con un tipo más alto que el 3,25 por ciento de entonces, mientras que a Alemania, como ya hemos visto, con una economía en recesión, le habría convenido un recorte de ese tipo. Pero, además, estaba el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, que establecía limitaciones fiscales que impedían a los países del euro gastar en exceso incluso en momentos de crisis.[7] Un pacto que, paradójicamente, Alemania incumplió en el 2003, aunque después, durante la crisis financiera, se presentara como una defensora inflexible de la responsabilidad. También Francia incumplió en el 2003 los límites de déficit establecidos por el Tratado de Maastricht.

«España ha superado la crisis internacional [provocada por el estallido de la burbuja estadounidense y el 11S] con un crecimiento superior al 2 por ciento», declaró Rodrigo Rato en los pasillos del Senado el 7 de mayo del 2002, apenas dos meses después de la desaparición de la peseta. «La situación es hoy bien distinta a la que había hace muy poco tiempo, cuando en la última crisis internacional de los años 1992 y 1993 [España] tuvo una recesión muy considerable que costó un millón de empleos», recogía *ABC*. «Por el contrario —decía el periódico—, el ministro señaló que gracias a los esfuerzos de la sociedad española en términos de desaparición del déficit público, de reducción de impuestos, de liberalización de mercados y de reformas económicas, la economía española ha podido resolver muchos de los problemas de los ciudadanos.»[8]

A pesar de la desaceleración de aquel año, las cosas iban bien. Muy bien, incluso. Tanto, que no paraban de llegar inmigrantes para sumarse y contribuir al milagro económico español. Fue un proceso rápido: en 1998 había poco más de 500.000 extranjeros en España (alrededor del 1,5 por

ciento de la población), que pasaron a ser 4,5 millones a principios del 2007 (casi el 10 por ciento de la población). En ese proceso, durante el 2002 y el 2003 el ritmo de llegadas alcanzó su máximo, cuando el número de migrantes «se multiplicaba por un factor de 1,45 cada año».[9] Al mismo tiempo que eso sucedía, las empresas españolas crecían en el exterior, singularmente en Latinoamérica. «Durante la década de 1990, han sido bastantes las empresas —especialmente de los sectores de los servicios públicos, las telecomunicaciones y la banca— que han hecho de América Latina su principal objetivo regional en lo que a actividad e inversión multinacional se refiere», decía un informe del Real Instituto Elcano del 2003. «Ello ha constituido una apuesta estratégica de envergadura sobre la región durante un periodo de notable expansión económica internacional; apuesta que ha sido beneficiosa tanto para las empresas españolas, muchas de las cuales han llegado a generar hasta un tercio de sus beneficios en la región como resultado de sus inversiones en la misma, como para los propios países iberoamericanos, que han experimentado un crecimiento económico más rápido y han logrado una mayor renta per cápita durante este periodo.» Pero la acción española en América Latina iba incluso más allá de la inversión. «España ha puesto también un énfasis especial en la creación y reforzamiento de instituciones políticas y económicas con capacidad de cimentar el proceso de desarrollo y de facilitar la transformación de las sociedades iberoamericanas.» España estaba «fortaleciendo la expansión de las libertades políticas y la integración de América Latina en la economía internacional».[10] Después de una oleada de liberalizaciones y de fusiones bancarias —con la llegada del euro, BBVA y Santander adquirieron un tamaño y un liderazgo que les permitió crecer fuera de España—, la empresa española era ya un actor global relevante.

Otra muestra del grado en que el país se integró en la economía global,

tras la firma del Tratado de Maastricht y su pertenencia a la eurozona, fue que se había convertido en receptora de inmensos flujos de dinero prestados con bajo interés. «Ahora, sin riesgo cambiario como en otros tiempos, la moneda única proporciona a los agentes económicos españoles la posibilidad de endeudarse a un coste relativamente bajo», dicen José Luis García Delgado y Juan Carlos Jiménez en su historia económica de la España de la época. Y los españoles, exacerbando la tendencia iniciada a finales de la década anterior, siguieron endeudándose de una manera sin precedentes, sobre todo para comprar viviendas. Aquello hizo que el déficit de la balanza corriente alcanzara niveles récord y que la economía española se convirtiera en una «voraz demandante de recursos ajenos, una situación solo sostenible, claro está, mientras haya financiación suficiente a un precio reducido».[11] Una de las primeras consecuencias de la crisis financiera del 2008 fue que esa financiación desapareció, razón por la que los bancos, y en especial las cajas, empezaron a tener graves problemas.

Consecuencia de esta facilidad para conseguir créditos baratos fue el aumento de la compra de inmuebles, lo que a su vez hizo que su precio subiera de manera descomunal. Aunque la burbuja tardara años en estallar, ya en el 2002 advirtieron de sus riesgos tanto *The Economist* como el Banco de España. El semanario señalaba, en su edición del 28 de marzo del 2002, que España era, tras Irlanda, el Estado donde un mayor número de familias eran propietarias de la casa en la que vivían, más del 80 por ciento (frente a, por ejemplo, poco más del 50 por ciento de Francia). Además, era con mucho el país del mundo en el que más había subido el precio de la vivienda. Entre 1980 y 2001, el incremento de precio fue de un 124 por ciento en términos reales y, solo en el 2001, del 11,4 por ciento (en Francia, esas cifras fueron el 15 por ciento y el 5,1 por ciento); en Madrid, entre 1980 y 2001 la vivienda subió un 149 por ciento real y, solo en el 2001, un

15,2 por ciento (en París, las cifras fueron un 58 por ciento y un 8,6 por ciento). El auge del precio de la vivienda era un fenómeno occidental, impulsado por los bajos tipos de interés, pero España destacaba en casi todos los frentes debido a su fuerte apuesta por la inversión en inmuebles. «Los optimistas —decía *The Economist*— sostienen que hay poco de lo que preocuparse. Con los tipos de interés tan bajos, quienes compran viviendas pueden pagar cómodamente hipotecas más altas y así dar pie a precios de casas más elevados. Pero los tipos de interés más bajos pueden no justificar necesariamente mayores endeudamientos y precios de viviendas más elevados; quienes compran casas pueden estar sufriendo un ataque de ilusión monetaria.»[12]

En su Informe anual del 2002, el Banco de España afirmaba que «la financiación recibida por el conjunto de los hogares españoles creció un 14 por ciento en términos nominales», prácticamente lo mismo que el año anterior. «Este elevado ritmo de avance refleja el carácter expansivo de las condiciones de financiación en las que se han podido desenvolver las familias.» Los bancos y las cajas estaban compitiendo fieramente por dar más créditos, y la demanda acompañaba. Por eso, en el 2002 los precios de la vivienda se habían incrementado un 13 por ciento, decía el banco. A su vez, la revalorización de las casas «amplía las posibilidades de acceso de los hogares a la financiación»; es decir, las familias con inmueble propio de repente eran más ricas, por lo que podían pedir prestado más dinero. Pero en España, a diferencia de otros países, esa financiación extra no se destinaba a consumir más, sino a la «inversión residencial»; es decir, a comprar más casas. Y eso hacía que se redujera «la propensión a ahorrar». Había que ir con cuidado con esta tendencia:

> Los niveles actuales evidencian una cierta sobrevaloración [de los precios de las casas], por lo que no cabe esperar que la tendencia alcista de los últimos años se mantenga por mucho tiempo,

sino que es más probable que tenga lugar una reconducción progresiva hacia tasas más moderadas. Una evolución ordenada de este proceso revestiría gran importancia para la estabilidad financiera de las familias y de sus patrones de gasto.[13]

Como sabríamos más tarde, esa evolución ordenada no se produjo y los precios de las viviendas siguieron subiendo hasta el estallido de la burbuja en el 2008.

En la década transcurrida desde la firma del Tratado de Maastricht, España se había integrado plenamente en la Unión Europea y había puesto orden en la economía para cumplir los requisitos necesarios para formar parte del primer grupo de países de la eurozona. En el 2002, su reto para continuar el proceso de convergencia con los demás países europeos era alcanzar los mismos niveles de renta, un objetivo más o menos verosímil. El proceso de liberalización de las empresas públicas y las fusiones bancarias hicieron posible la modernización y la expansión del sector privado español, que había puesto sus miras principalmente en América Latina, donde las empresas del Ibex 35 invertían y crecían a un ritmo sin precedentes. Pero en el 2002 el presidente José María Aznar decidió dar un paso más para convertir a España en un país relevante en la política global. Eso pasaba por dar un fuerte giro a la tradición española en política exterior, sobre todo a la desarrollada en la década y media anterior por el Partido Socialista. Implicaba enfriar de manera evidente su relación con los países de la Unión Europea, singularmente con la Francia de Jacques Chirac y la Alemania de Gerhard Schröder —países a los que Aznar probablemente se refería cuando hablaba despectivamente de la «vieja Europa»—, y acercarse a Estados Unidos para conseguir una relación privilegiada con él. España se comprometió a apoyar a los norteamericanos en sus planes contra el terrorismo global y, en particular, en la posible invasión de Irak, que según el Gobierno estadounidense había participado de alguna manera en los

ataques del 11 de septiembre y disponía de armas de destrucción masiva que podía utilizar contra su propia población y terceros países. Era una decisión enormemente arriesgada, basada en la confianza de que España podía aumentar su influencia global y recuperar una grandeza largamente perdida. También era la señal de que el país, que llevaba sufriendo el terrorismo de ETA desde finales de los años sesenta, quería estar en primera línea en la lucha contra su nueva expresión global, que se había convertido en uno de los temas claves de la política mundial.

Las relaciones con el Gobierno estadounidense se intensificaron. En una llamada del 10 de septiembre del 2002 con el presidente Bush, Aznar mencionó la «colaboración solidaria» entre los dos países en la lucha contra el terrorismo, dio por hecho que Irak había incumplido todas las exigencias que el Consejo de Seguridad le había planteado y dijo que los españoles percibían el problema y sabían cuál era la situación.[14] Algo parecido comentó inmediatamente después con Tony Blair, el primer ministro británico, cuyo país formaba parte del grupo de estados que parecían dispuestos a apoyar a Estados Unidos en la invasión de Irak. El 19 de diciembre del 2002, *La Vanguardia* informaba de que el presidente español había sido recibido por George W. Bush. «En el Salón Oval de la Casa Blanca se pudo escuchar lo que ninguno de los presidentes españoles de la democracia había conseguido. José María Aznar, dijo Bush, es uno de los líderes mundiales más fuertes a la hora de defender nuestra preocupación mutua por mantener la paz y luchar contra el terrorismo.» Era un momento de «gloria sublime» para Aznar. Este «avaló sin matices la guerra contra el terrorismo y George Bush se lo premió. El eje entre Washington, Londres, Madrid y Roma es sólido y fluido. España se va a involucrar hasta donde haga falta tanto en la guerra contra el terrorismo como en el posible ataque contra Irak para derrocar a Saddam Hussein».[15] Además, Bush mostró su

solidaridad con los españoles por el reciente asesinato de un guardia civil a manos de ETA. También señaló que José María Aznar le había garantizado que en España «nunca más» se produciría una catástrofe como la del *Prestige*, el petrolero que semanas antes se había hundido frente a la Costa da Morte gallega y soltó decenas de miles de toneladas de crudo. No tenía duda, dijo Bush, de que así sería.

EPÍLOGO

Cómo los años noventa explican el mundo actual

«Las personas optimistas tienen un papel desproporcionado en la conformación de nuestras vidas. Sus decisiones cambian las cosas; son ellas, y no la persona media, los inventores, los emprendedores, los líderes políticos y militares. Han llegado adonde están buscando retos y asumiendo riesgos. Tienen talento y han tenido suerte; casi sin duda, más suerte de la que están dispuestos a reconocer», dice Daniel Kahneman.[1]

Los líderes políticos y económicos de la década de los noventa mostraron un optimismo inusitado. La caída del bloque comunista había suscitado la sensación de que casi todo era posible. La globalización acabaría para siempre con la fragmentación del mundo, la tecnología podía contribuir a ese proceso y servir para que los seres humanos intercambiaran información de manera desjerarquizada y sin intermediarios. Dentro de ese mundo más plano y sin disrupciones, la Unión Europea podía no solo superar los tradicionales problemas políticos y económicos del continente, sino convertirse en una potencia que trascendiera la idea de nación y llevara la cooperación entre estados a cotas desconocidas. Era capaz, además, de sumar a los países del Este, que habían sufrido las tragedias sucesivas de la invasión nazi y la dictadura comunista. En realidad, sería posible exportar la democracia allí donde hiciera falta, bien mediante la seducción o con métodos más expeditivos.

Asimismo, la economía sería capaz de eludir la tradicional sucesión de

ciclos de crecimiento y recesión para convertirse en una curva siempre ascendente: sin inflación, con poco desempleo, con tipos de interés bajos, sin grandes déficits públicos, con una banca que funcionara bien y asignara recursos allí donde fueran necesarios y eficientes y, gracias a nuevos productos fruto del ingenio y las nuevas tecnologías, redujera al mínimo los riesgos. A ese proceso más tarde se le llamaría de un modo que ahora parece irónico, «la gran moderación», una época estable, sin volatilidad. Una nueva ideología podía acompañar e impulsar el proceso: la tercera vía, una superación de las viejas izquierda y derecha que aunaba la eficiencia económica, la tolerancia social y la política tecnocrática.

España podía sumarse a ese contexto y abandonar de manera definitiva y desacomplejada el atraso histórico, dando por concluido el proceso iniciado durante la Transición e impulsado por la incorporación a Europa en 1985. El reto era igualar las prácticas económicas y democráticas del resto del continente y estar en la primera línea del proceso de integración y desarrollo de ese invento histórico que era el euro. España podía incluso aspirar a algo más que consolidarse como una potencia media con prestigio internacional. Podía convertirse en un líder global al independizarse, ahora que era plenamente europea, de la «vieja Europa» francesa y alemana, aumentando su influencia en América Latina y alineándose con los intereses globales de Estados Unidos. La cultura española, en un marco occidental en el que se borraban las fronteras entre lo alternativo y lo comercial —o donde lo alternativo se convertía definitivamente en comercial—, vivía la segunda oleada de modernización de la era democrática. El viejo negocio inmobiliario, aunque ahora requiriera un endeudamiento inmenso, podía impulsar eso y más.

Ahora sabemos cómo terminaron estas muestras de optimismo. Y, sobre todo, cómo interactuaron unas con otras. Sabemos cómo reaccionaron los

nuevos productos financieros al entrar en contacto con la burbuja inmobiliaria estadounidense. En qué quedaron el extraordinario auge del crédito y la construcción en España, y la política creada a su alrededor, al toparse con una crisis global. Sabemos de qué manera las reglas establecidas en Maastricht y el Plan de Estabilidad y Crecimiento marcaron la respuesta a la crisis en la zona euro y contribuyeron a su dureza y larga duración. Somos ya bastante conscientes del papel que tuvieron los avances tecnológicos de internet en la respuesta política a la crisis financiera y el posterior auge del populismo. Sabemos que, tras la desaparición de la Unión Soviética, la Federación de Rusia no caminó exactamente hacia una democracia liberal. Sabemos incluso cómo la integración en la Unión Europea de los países del Este, algunos de los cuales no tardaron en dejar de lado los valores que les habían permitido entrar en el club, influyó también en ese auge populista en Europa. Sabemos además que Alemania del Este, aunque recibió enormes cantidades de dinero del lado occidental, no ha igualado sus condiciones de vida y que es la parte del país que concentra un mayor aumento del populismo de derechas. No hace tantos años que hemos descubierto que la combinación del populismo posterior a la crisis con las consecuencias del desplazamiento de las empresas occidentales hacia los países del sudeste asiático, en especial China, ha generado un intento de «desglobalizar» el mundo que con tanto ahínco y optimismo se globalizó en la década de los noventa. Quienes nacimos un poco después que los protagonistas de *Friends* sabemos lo que ocurrió cuando las expectativas optimistas de los jóvenes de aquella década se frustraron en un mundo que ya no consideraba que el crecimiento continuado fuera la norma. En España, sabemos cómo la integración de los nacionalistas catalanes y vascos en la gobernabilidad del país no hizo que se sintieran más cómodos

dentro de la Constitución y mostraran una lealtad mayor a las instituciones del Estado.

¿Es nuestro mundo fruto exclusivo de las decisiones que tomaron los optimistas líderes políticos y económicos de los años noventa, y de su cultura al mismo tiempo despreocupada, rebelde y conformista? Por supuesto que no. La historia es extremadamente compleja, y está demasiado influida por el azar, como para establecer causalidades inquebrantables. Pero, al mismo tiempo, parece evidente que en los últimos años hemos experimentado las consecuencias de la visión del mundo que imperaba entonces. ¿Fue todo negativo? Ni mucho menos: en muchos sentidos, la globalización, el avance de la tecnología, la mayor integración de la Unión Europea y la creación del euro, la popularización de la cultura independiente o el intento de crear nuevas ideologías que sintetizaran lo mejor de las ya existentes fueron buenas ideas que dieron algunos buenos frutos. Pero el optimismo generó algo que no es en absoluto infrecuente: la voluntad explícita de ignorar las consecuencias no solo no deseadas, sino siquiera previstas, de los actos de aquel momento. Lo cual no tiene nada de extraño en la historia. En cualquier caso, aunque no estuvieran exentas de consecuencias indeseadas e imprevistas, muchas de las innovaciones de los años noventa fueron muy positivas.

Lo fue el euro. Sin duda, las dificultades que experimentó entre el estallido de la crisis financiera en el 2008 en Estados Unidos y la resolución de los mayúsculos problemas de deuda soberana en Europa alrededor del 2014 demostraron hasta qué punto su diseño había sido equivocado. Había estado marcado por cuestiones profundamente arraigadas en la tradición económica alemana posterior a la Segunda Guerra Mundial —que, como dice el chiste, tiene más que ver con la filosofía moral que con las ciencias sociales—, no por el pragmatismo o la asunción de la pluralidad de las

economías europeas. Las reglas de Maastricht y del Pacto de Estabilidad y Crecimiento demostraron tener los dos rasgos que hacen más aborrecibles las reglas: por un lado, eran demasiado rígidas y, por el otro, todo el mundo pudo sortearlas cuando no tuvo más remedio que hacerlo. Las penalidades que sufrió principalmente Grecia, y la sensación en Portugal, España e Irlanda de estar al borde del abismo se debieron a innumerables motivos. En ocasiones fueron las decisiones políticas de sus gobiernos nacionales que, en casos como el de Irlanda y España, fueron demasiado optimistas respecto a lo que la construcción —y su financiación con dinero extranjero — podía hacer por su economía. En el caso de Grecia se debió a una irresponsabilidad mayúscula al falsear las cuentas de una manera mucho más exagerada de lo que habían hecho otros países para cumplir con las exigencias de entrada en el euro. Pero en las dificultades padecidas influyeron inequívocamente unas reglas que fueron, en buena medida, la raíz de los problemas actuales.

¿Tienen estos problemas visos de solución? Pocos días antes de escribir esto, en noviembre de 2019, el ministro de Finanzas alemán, el socialdemócrata Olaf Scholz, se mostró dispuesto a que Alemania aceptara una unión bancaria. Este proyecto de la Unión Europea surgió en 2012, en el peor momento de la crisis del euro, para crear un programa que protegiera el dinero de los ahorradores de la eurozona y contribuyera a reducir la fragmentación del mercado bancario. Alemania se opuso desde el principio, por miedo a que sus contribuyentes acabaran pagando las quiebras de los bancos de otros países, singularmente los del sur. Pero ahora se muestra receptiva, en parte a causa del Brexit —otro acontecimiento que tiene su origen en los años noventa—, que hará que buena parte de los bancos más consolidados del continente abandonen la Unión Europea mientras permanecen algunos de los más problemáticos, por ejemplo los

italianos. Los primeros pasos del proyecto de la unión bancaria, poco después de las declaraciones de Scholz, se enfrentaron a las tradicionales reticencias y divergencias entre los países del norte y del sur.

En ese sentido, la crisis también puso de manifiesto en qué medida el poder de Europa no estaba en sus instituciones con sede en Bruselas, sino en Berlín y París; aunque finalmente la solución de la crisis tuvo por escenario otra ciudad, Frankfurt, la sede del Banco Central Europeo. Tras su costosa creación a finales de la década de los noventa, y su inmediata conversión en otro campo de batalla en el que Alemania y Francia luchaban por imponer sus visiones económicas contrapuestas, con Mario Draghi como presidente el BCE se convirtió en un baluarte no solo para la recuperación económica de la eurozona, sino para la propia supervivencia de esta y del euro. Tanto la eurozona como el euro podrían haber desaparecido, o en todo caso haberse transformado profundamente si Draghi no hubiera dicho en 2012 que el BCE estaba dispuesto a hacer «lo que haga falta» para salvar la moneda. Lo logró y, pese a todos los problemas, el euro sigue aquí. Su mera existencia casi dos décadas después de que empezara a circular físicamente, a pesar de las predicciones agoreras que lo acompañaron en su nacimiento y durante la crisis, es la señal de que sin duda fue una buena idea. Una buena idea tan necesaria ahora, en un contexto en el que la Unión Europea es una gran potencia anómala que compite con Estados Unidos y China para hacerse un lugar en el mundo, como cuando fue creada para evitar, en parte, las crisis debidas a los tipos de cambio.

A pesar de que países europeos como España, Irlanda, Grecia, Portugal o Italia habían creado las condiciones para que estallara una crisis económica en Europa, su detonante tuvo lugar en Estados Unidos, y se produjo en buena medida por la interacción de dos productos financieros que, aunque

no eran nuevos, se popularizaron a partir de la segunda mitad de los años noventa.

En su trepidante libro sobre los orígenes de la crisis financiera *La gran apuesta*, Michael Lewis explicaba cómo algunos inversores empezaron a detectar «el deterioro de los estándares crediticios» en Estados Unidos. Los inversores protagonistas de su libro no entendían por qué se daban préstamos hipotecarios para comprar viviendas a personas que básicamente no tenían ingresos y era muy probable que dejaran de devolver el dinero en algún momento. ¿Por qué los bancos daban esos créditos? La respuesta, descubrieron, era porque no se quedaban con ellos, sino que luego los vendían a Goldman Sachs, Morgan Stanley y Wells Fargo, entre otros. Estas empresas creaban bonos hipotecarios juntando hipotecas de distintas calidades. En un bono había partes de hipotecas calificadas como triple A (de devolución segura), como doble A (de devolución casi segura) y así sucesivamente hasta hipotecas calificadas como B, mucho más arriesgadas. Si se compraban bonos formados solo por hipotecas AAA, se arriesgaba poco, pero también se ganaba poco. Si se optaba por bonos formados por hipotecas B, se arriesgaba mucho, pero se podía ganar mucho. Si se combinaban esas hipotecas de distintos riesgos y rentabilidades se lograba, simplemente, lo que pretendían los derivados: eliminar el riesgo. Era posible que alguna de las hipotecas que formaban parte del conjunto no se pagaran, pero ese riesgo quedaba diluido entre muchas otras hipotecas que sin duda se devolverían. Eran los CDO: las obligaciones de deuda colateralizada. Entre el 2003 y el 2006, sus ventas pasaron de los 30.000 millones de dólares a los 225.000 millones.

Estos productos fueron más o menos seguros mientras los precios de las casas siguieron subiendo. Quienes se habían hipotecado para comprar una vivienda y tenían ingresos inestables podían pedir nuevos préstamos si su

inmueble continuaba aumentando de valor. Pero en el momento en que dejara de hacerlo, no podrían refinanciar la hipoteca, tendrían que dejar de pagarla y devolver la casa al banco. Es lo que ocurrió en los años 2006 y 2007. Y eso hizo que los CDO fueran un producto cada vez más peligroso. No solo porque había partes de ellos que valían cada vez menos, sino porque casi nadie sabía exactamente qué contenía cada CDO; algunos, en lugar de hipotecas, tenían como garantía porciones de otros CDO.

Aquellos que advirtieron el peligro mientras los grandes bancos de inversión seguían sintetizando esos productos decidieron apostar contra ellos a través de los llamados CDS: permutas financieras (*swaps*) de impago crediticio. Eran una especie de pólizas de seguro no tan distintas de las descritas para los productos agrarios o los tipos de cambio: una vez adquirida, si el CDO perdía todo su valor, recibías una especie de indemnización. Si cabe, eso hizo aumentar la sensación de que el riesgo estaba controlado. Y también hizo que la catástrofe posterior fuera mayor, porque probablemente deberían haberse regulado como productos de una aseguradora, no como productos financieros.

Pero no fue así. El estallido de la burbuja inmobiliaria hizo que se concatenaran los impagos de hipotecas, lo que provocó que los CDO perdieran una inmensa parte de su valor. Los grandes bancos, como Lehman Brothers, que habían estado acumulando bonos hipotecarios y CDO, tuvieron que reflejar en sus cuentas esa pérdida de valor. En el caso de Lehman, entró en una espiral de pérdidas. Estas se acumularon, cayó el valor de las acciones y, aunque consiguió varios miles de millones de dólares a la desesperada, en el verano del 2008 ninguna otra entidad quiso hacerse cargo de lo que cada vez era más evidente que se trataba de un banco en bancarrota. Cuando el 9 de septiembre se supo que un banco surcoreano que había considerado hacerse con una parte de Lehman había

dado un paso atrás, las acciones cayeron otro 45 por ciento, los CDS aumentaron un 66 por ciento en la deuda de la empresa y esta anunció nuevas pérdidas. Después de que los prestamistas le retiraran las líneas de apoyo, se produjeran nuevas caídas de las acciones y otras entidades se negaran de nuevo a hacerse cargo de su negocio, el 15 de septiembre del 2008 Lehman declaró su bancarrota en lo que se consideró el inicio de una crisis financiera que no tardó en pasar del ámbito financiero a la economía general, y de Estados Unidos a Europa.

Preguntado por Bloomberg, la agencia de noticias financieras, sobre la responsabilidad de los derivados en el inicio de la crisis, Michael Lewis respondió que

> los derivados son como las armas; no son las armas quienes matan a la gente, es la gente quien lo hace. No son los derivados, es la manera en que la gente los utiliza. Y eso es cierto [...]. Pero también es cierto que la mala asignación de capitales que tuvo lugar en los últimos años habría sido imposible sin los derivados [...]. Fueron ingredientes necesarios para esta catástrofe [...]. La innovación financiera debe verse ahora con escepticismo. Hemos entrado en una era en la que la gente daba por sentado que todo lo que se inventaba en Wall Street iba a ser bueno para el resto de la sociedad porque alguien estaba ganando dinero con ello. Que toda innovación llevaba a una mayor eficiencia. Ahora hemos visto innovaciones que han llevado a una mayor ineficiencia.[2]

Pero, más allá de los efectos financieros y económicos, la crisis tuvo consecuencias políticas que llegaron de manera notoriamente retardada. En Estados Unidos, Barack Obama, que gestionó la crisis tras llegar al poder en enero del 2009 y que, gracias a la actuación conjunta del Gobierno estadounidense y de la Fed, consiguió sacar al país de ella con mucha mayor rapidez que Europa, fue reelegido en 2012. Pero en 2016 ganó las elecciones el heterodoxo candidato republicano Donald Trump. Aunque su programa electoral estaba conformado por argumentos muy distintos —algunos de los cuales explotaban el resentimiento racista tras la presidencia

de Obama—, había uno que apelaba directamente a lo que en esos años empezaron a llamarse los «perdedores de la globalización». Eran los trabajadores blancos del sector industrial que habían perdido su empleo debido al traslado de muchas fábricas estadounidenses y europeas a Asia, sobre todo a China, a partir de los años noventa, en el momento más optimista de la globalización. En Europa, el populismo sumó a los motivos económicos el resentimiento hacia los inmigrantes y los extranjeros, en este caso por la llegada a Europa en 2015 de casi un millón y medio de solicitantes de asilo procedentes en su mayoría de zonas en guerra de Siria, Afganistán o Irak. Muchos de ellos pidieron asilo en países como Alemania (que recibió la mayor parte), Hungría, Austria o Suecia. Este éxodo, sumado a la llegada de inmigrantes ilegales a las costas de Italia, Grecia y España, creó una sensación general de pánico que explotaron partidos como la Agrupación Nacional de Marine Le Pen en Francia y La Liga de Matteo Salvini en Italia, dos partidos que ya en los años noventa, con Jean-Marie Le Pen y Umberto Bossi como líderes respectivos, habían mostrado su rechazo a la inmigración y acusado a la Unión Europea de no defender sus fronteras y su cultura. En Alemania, en 2015 el partido Alternativa para Alemania, que había nacido tras la crisis económica para rechazar cualquier medida que relajara las reglas fiscales y pudiera utilizarse para rescatar a los países del sur con dinero de los contribuyentes alemanes, canalizó el viejo rechazo del euro en el país y aprovechó el recelo a la llegada masiva de refugiados para adoptar un tono racista en línea con el de otros partidos populistas europeos. Tendría éxito, sobre todo, en los territorios de la vieja RDA.

Dos argumentos importantes que sostuvieron la creación del euro y el impulso de la globalización fueron su irremediabilidad e irreversibilidad. La moneda única, en efecto, pareció más irreversible en 2014, después de

superar la crisis, pero no así la globalización, sobre todo tras la llegada al poder de Donald Trump. Ya a finales de los años noventa, el economista Dani Rodrik publicó un libro en el que se preguntaba si la globalización no había ido demasiado lejos. En él contaba que «de no existir una respuesta gubernamental más unificada» a lo que implicaba la profunda transformación económica del momento, «un exceso de globalización intensificaría las divisiones sociales, exacerbaría los problemas distributivos y socavaría la negociación social nacional». Él mismo contaría más tarde que le mandó a un conocido economista el manuscrito del libro para pedirle que, si le gustaba, le diera una frase de elogio con la que publicitarlo. «El economista se mostró reticente —dice Rodrik—. En realidad no estaba en desacuerdo con ninguno de mis análisis, pero le preocupaba que mi libro proporcionase "munición a los bárbaros". Los proteccionistas se aferrarían a los argumentos del libro acerca de los inconvenientes de la globalización para justificar su estrecho y egoísta programa de actuación.»[3] Más tarde, Rodrik resumiría sus críticas a la globalización en lo que llamó «el ineludible trilema de la economía mundial», que se hizo célebre, simplemente, como el «trilema de Rodrik». De acuerdo con este, era imposible tener al mismo tiempo democracia, soberanía nacional e integración económica global. Se podían tener dos de esas cosas, pero nunca las tres al mismo tiempo. Un país podía ser una democracia y estar integrado en la economía mundial, pero entonces carecería de una soberanía real porque estaría sometido a las leyes comerciales globales (por ejemplo, España). Era posible poseer soberanía e integración económica global, pero no sería una democracia, porque no podría lidiar democráticamente con los conflictos sociales que la transformación económica provocaría (China). Podría ser una democracia y tener soberanía nacional, pero al coste inmenso de no estar integrado en la economía global. «Si queremos más

globalización, debemos o bien renunciar a algo de democracia o a algo de soberanía nacional. Simular que podemos tener las tres cosas al mismo tiempo nos deja en una inestable tierra de nadie.»[4]

El auge de los populismos, empezando por el de Donald Trump, implicaba al menos de manera retórica que la democracia y la soberanía nacionales siempre estaban por encima de la integración en los mercados globales. Y Trump empezó a poner en marcha una «desglobalización». Se trató de un intento de reindustrializar el país para devolver un trabajo industrial digno a quienes lo habían perdido durante la globalización, que dejó zonas del país profundamente deprimidas y con una sensación de pérdida de identidad. Pero también era el reconocimiento explícito de que, a partir de la década de los noventa, la globalización, que había convertido a China en un país cada vez más industrializado —«la fábrica del mundo», se la llamaría con frecuencia—, con una clase media cada vez más populosa y rica, no solo no se había convertido en una democracia liberal, sino que su Partido Comunista se había reforzado, demostrando que la prosperidad económica más o menos inclusiva era compatible con una dictadura enormemente intrusiva en la vida privada. Si en los noventa Estados Unidos había temido que Japón le alcanzara como potencia económica global, en la segunda década del siglo XXI temió seriamente que ese lugar lo ocupara China. Los ataques comerciales a China, más allá de que tuvieran cierta razón de ser y pretendieran corregir las ventajas excesivas que se le dieron a partir de los años noventa para que pudiera desarrollarse más rápidamente, respondían a estas dos formas de nacionalismo: recuperar puestos de trabajo para votantes en zonas deprimidas e impedir que el gran rival geoestratégico ganara posiciones. Está por ver si servirá a alguno de los dos propósitos.

Pero ¿fue la globalización demasiado lejos? «En economía, la

globalización de las finanzas probablemente fue demasiado lejos», escribió Martin Wolf en 2019, quince años después de *Why Globalization Works* y con la crisis financiera de por medio. «Algunos creen que el comercio internacional también ha ido demasiado lejos.» Pero no era así, decía el periodista económico:

> El comercio liberal no ha originado una desigualdad creciente dentro de los países [...]. El reto último y quizá el más importante es contener la tendencia humana natural a utilizar a los extranjeros como chivos expiatorios de los fracasos de la política interna y de las divisiones entre intereses domésticos. Si el comercio no es la fuente dominante de la creciente desigualdad, ¿qué lo es? La tecnología es una respuesta. Las cambiantes normas de la gobernanza de las empresas es otra. Pero abordar esto es mucho más difícil que culpar a las importaciones y a los inmigrantes. Además, muchos males no tienen nada que ver con lo global [...]. Culpar de los males a los extranjeros puede ser una táctica de distracción que funcione. También es muy destructiva [...]. Lo más fácil es culpar de todo lo que va mal a los pérfidos extranjeros y a sus simpatizantes «globalistas». Es un grito de batalla político efectivo, porque los seres humanos son muy tribales. Pero, al mismo tiempo, es potencialmente catastrófico.[5]

La posibilidad de que la tecnología se convirtiera en una generadora de desigualdad no entraba, probablemente, en los planes de los partidarios más entusiastas de su capacidad liberadora. Pero casi treinta años después de que Tim Berners-Lee inventara la World Wide Web, observamos otra de sus consecuencias no planeadas: su potencial para manipularnos y distraernos. El optimismo tecnológico se desvaneció en relativamente poco tiempo. Por un lado, ya en la misma década de los noventa quedó claro que quienes, como Berners-Lee, concibieron internet como un espacio de intercambio de información al margen de cualquier transacción económica o de patentes lucrativas se equivocaron, como lo hicieron aquellos que pensaron que podía ser un espacio para desarrollar formas de convivencia e impulsar transformaciones políticas que fueran más allá de las habituales en el capitalismo. Internet se convirtió enseguida en un espacio hipercapitalista,

propenso a las burbujas y poblado por fondos de capital riesgo, capital semilla y *hedge funds*. En octubre del 2000, en una decisión que se alejaba de sus principios pero que transformó por completo internet, Google anunció AdWords, «un nuevo programa que permite a cualquier anunciante adquirir anuncios individualizados y asequibles vinculados con palabras claves que aparecen de manera instantánea en la página de resultados de las búsquedas en google. com».[6] Los anuncios se convertirían en la mayor fuente de ingresos de Google.

La ambición de conseguir una forma de comunicación horizontal, aparentemente desjerarquizada y ajena a la lógica de los medios de comunicación, basados en la profesionalidad y la autoridad, transformó los blogs, los foros y buena parte del mundo wiki en las redes sociales. MySpace apareció en el 2003; Facebook en el 2004; YouTube en el 2005; Twitter en el 2006. Facebook en particular acabaría teniendo un poder casi absoluto, gracias a su capacidad para distribuir tráfico y para monetizar mediante anuncios el tiempo que sus usuarios pasan en la plataforma, algo a lo que durante años su fundador, Mark Zuckerberg, se había negado. Al mismo tiempo que sucedía esto, los medios tradicionales, que en la segunda mitad de los noventa habían empezado a abrir sus ediciones web, entraron en una época de desconcierto: ¿podría la publicidad pagar un producto que tradicionalmente habían costeado a medias anunciantes y suscriptores? ¿Era legítimo transformar los titulares para hacerlos más atractivos, e incentivar así el clic y aumentar el volumen de publicidad vista? ¿Iba a pagar la gente por ver, leer o escuchar algo en internet?

Finalmente, entrada la segunda década del siglo, quedó claro que sí: una vez más, el mundo de internet se iba a parecer más al mundo físico de lo que sus fundadores e ideólogos hubieran deseado, y en él el acceso a la información también requería en muchos casos el pago. El poder de

Facebook no dejaría de aumentar gracias a la permisividad de las autoridades; la mentalidad tecnofílica tan arraigada en los años noventa no desapareció: lo tecnológico no podía ser del todo malo y, si a la gente le encantaba Facebook —e Instagram y WhatsApp, propiedad de la misma empresa—, los políticos no iban a ponerle trabas. Es más: iban a aprovecharlo en su propio beneficio. El primero que tuvo plena conciencia de la capacidad de seducción de Facebook fue Barack Obama. Más tarde, sin embargo, la compañía sería denunciada, cuando se conoció el uso que habían hecho de su servicio campañas electorales como las de Donald Trump o la favorable al Brexit, donde en teoría participaron intereses oscuros —en algunos casos vinculados a Rusia—. Estas campañas explotaron los datos recopilados por Facebook para dirigir anuncios y mensajes, muchas veces en forma de noticias falsas. También a menor escala, eso se convertiría en algo cotidiano. Los viejos SMS, los mensajes de texto que en la década de los noventa se incorporaron a los móviles porque apenas generaban costes y eran una fuente de ingresos adicionales para las compañías telefónicas, dieron paso a WhatsApp, a estas alturas un distribuidor masivo no solo de mensajes privados, sino de propaganda política. La intromisión de los gobiernos en internet y en nuestros teléfonos móviles tiene potencial distópico. «El advenimiento de la red constituyó un caso insólito gracias al que descubrimos información nueva y concluyente sobre el potencial humano», afirma Jaron Lanier, uno de los grandes pensadores sobre internet y la inteligencia artificial desde la década de 1980, y que vio de primera mano el desarrollo de la World Wide Web en los noventa. «¿Quién hubiera dicho [...] que millones de personas se esforzarían tanto en un proyecto que no respondía a motivos publicitarios y comerciales [...]? Cantidades ingentes de personas hicieron algo de forma cooperativa solo porque era una buena idea, y eso fue hermoso.» Pero ese

internet colaborativo y hermoso se transformó pronto y acabó convertido en otra cosa. «Resulta realmente perverso el modo en que internet se viene deteriorando desde entonces. La moda del anonimato ha anulado la gran apertura general de los años noventa. Ese cambio de rumbo ha favorecido en cierto punto a los sádicos, pero el peor efecto que ha tenido es la degradación de la gente corriente.»[7]

Pero además de esta rápida normalización capitalista de internet, se perpetuó lo que ya se había detectado en los noventa. Por un lado, la tendencia a generar monopolios: la primera empresa que se establecía en un sector acababa dominándolo por completo y destruyendo a casi toda su competencia, como fue el caso de Google con los buscadores, Microsoft con los sistemas operativos, Amazon en el comercio digital o PayPal en el sistema de pagos digitales. Y por el otro, la tendencia a generar burbujas. Rana Foroohar, en la actualidad columnista del *Financial Times*, trabajó brevemente a finales de los años noventa en una *start-up*. Había escrito una historia un poco sensacionalista sobre la escena tecnológica europea en *Newsweek*, la revista para la que trabajaba como periodista, y eso había bastado para que Antfactory le ofreciera un puesto de trabajo que implicaba trasladarse a Londres. Eran los años en que se hablaba de «escala» y «sinergia» y sus nuevos empleadores alardeaban de estar consiguiendo dinero de «inversores establecidos en la City». Su objetivo era «encontrar a las mejores puntocom de Europa en viajes, música, finanzas o salud y juntarlas, disparando su presencia global y el valor de sus acciones. Las bolsas de Londres, Frankfurt y París competirían por albergar la cotización de esas nuevas empresas. Todo el mundo se haría rico». Por supuesto, nada de eso sucedió. Mientras las grandes empresas que aún sobreviven hoy iban apuntalando sus monopolios, la mayoría de las demás fracasaban. Antfactory fue una de ellas.

En un artículo publicado en octubre de 2019, Foroohar afirmaba que

> hoy en día el mercado tecnológico está mucho más desarrollado, con infraestructuras infinitamente mejores e innovaciones tan radicales como los ubicuos *smartphones* [...]. Con todo, hay muchas cosas en la economía actual que me recuerdan a mi tiempo en Londres. Entonces, como ahora, estábamos en una de las últimas fases de un ciclo crediticio, en el que demasiado dinero persigue muy poco valor [...]. Entonces, la infame pets.com quebró nueve meses después de su salida a bolsa. Esta vez el punto de inflexión puede ser la salida a bolsa de Uber el 10 de mayo [de 2019], una de las más esperadas de la historia pero que, al final, fue un fracaso absoluto. Marcó un máximo en acciones de empresas tecnológicas que simplemente no ganan ningún dinero a pesar de su tamaño y su poder disruptivo. Las acciones de empresas que hace poco se consideraban fulgurantes, como Lyft o Slack, se han despeñado. WeWork [una empresa de alquiler de oficinas cuyo presidente fue destituido después de conocerse sus prácticas autoritarias y el despilfarro del dinero de los accionistas en aviones privados y fiestas con los Red Hot Chili Peppers], por supuesto, ha cancelado su salida a bolsa [...]. Es solo el principio de lo que sospecho que será una larga caída para las grandes empresas tecnológicas.[8]

En el 2001, la aparición del iPod, una muestra de la asombrosa recuperación de Apple, una empresa que a finales de los años noventa recuperó a Steve Jobs —al que había despedido en los años ochenta— para intentar reflotar la empresa, contribuyó a destruir una industria discográfica que ya se encontraba maltrecha por la aparición a finales de la década de Napster y otros sistemas de intercambio de archivos entre usuarios. Y sí, después de prolongar y disfrutar su juventud y la vida urbana, *Friends* terminó en el 2004, con cinco de sus seis protagonistas casados o emparejados, y cuatro de ellos con hijos. La excepción fue Joey, el actor tarambana que al fin conseguía tener cierto éxito. De hecho, NBC, la cadena de televisión que había emitido la serie, decidió crear una nueva serie para prolongar su soltería; fue un fracaso y no llegó a las dos temporadas. En verano de 2017, *El País* informaba de que el *boom* de los festivales de música podía estar convirtiéndose en una burbuja. «En España cada año se celebran unos 850 festivales. Solo los diez más grandes

arrastran a más de 1,6 millones de personas y tienen un impacto económico, según estiman sus organizadores, de 400,5 millones de euros», decía el periódico. Ese gasto en hoteles, apartamentos, comida y compras de los asistentes servía a los organizadores para pedir ayudas a las instituciones públicas, aunque el grado de dependencia de las subvenciones divergía entre los festivales que tenían más de 200.000 asistentes, como Arenal Sound, Rototom Sunsplash o Primavera Sound, y otros que apenas tenían decenas de miles. «Sin embargo, la proliferación de festivales en casi cualquier rincón de España hace que algunos promotores planteen que existe burbuja en este sector.»[9] Rodrigo Rato, vicepresidente de Economía y Hacienda durante los dos gobiernos de José María Aznar, y considerado uno de los grandes artífices de la recuperación económica de España a partir de 1996, cuyas medidas contribuyeron a la entrada del país en la eurozona, fue condenado a prisión por su gestión posterior de Bankia, el banco que surgió de la fusión de las cajas de ahorros que, tras el estallido de la burbuja inmobiliaria, se vieron al borde de la bancarrota.

A finales de los años noventa y principios de los 2000, una vez creado el euro, en la Unión Europea la gran discusión se centró en la ampliación hacia el Este. Se dio por hecho que la enorme separación existente entre los países del Este y los del Oeste era fruto del establecimiento del telón de acero, que el Muro de Berlín había representado de manera física, y que caído este desaparecerían las diferencias. Las revoluciones de 1989 generaron en el Este expectativas de «normalidad», es decir, de regreso a la Europa de las libertades, la democracia representativa y la prosperidad. Pero también implicó la obligación de que esos países emprendieran políticas esencialmente imitativas. Los países excomunistas tenían que «imitar» a los capitalistas y, con el tiempo, llegar a ser como ellos. «Después de la caída del Muro de Berlín —cuenta Ivan Krastev, uno de los

intelectuales liberales más relevantes de Europa del Este—, Europa dejó de estar dividida entre comunistas y demócratas. Se dividía entre imitadores e imitados. Las relaciones Este-Oeste pasaron de la Guerra Fría, un conflicto estancado entre dos sistemas hostiles, a una jerarquía moral dentro de un único sistema liberal occidental. Mientras los imitadores admiran a sus modelos, los imitados observan con suficiencia.» Esa imitación, inicialmente, cumplió su propósito: el 1 de mayo del 2004 se produjo una ampliación de la Unión Europea sin precedentes. De una vez, se integraron en ella la República Checa, Chipre, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta y Polonia. La mayoría de estos países habían importado instituciones liberales y democráticas, habían aplicado recetas políticas y económicas occidentales y afirmado que aceptaban los valores occidentales. Fue un éxito extraordinario del optimismo liberal de la década de los noventa. Pero «la vida del imitador inevitablemente provoca una sensación de insuficiencia, inferioridad, dependencia, identidad perdida y deshonestidad involuntaria», dice Krastev. Y, a su juicio, este proceso psicológico debido a la aceptación de valores y mecanismos políticos y económicos parcialmente ajenos fue lo que llevó a varios de esos países a las revoluciones iliberales de la actualidad. Ante la mirada perpleja de los estados europeos occidentales que dieron a esos eternos perdedores de la historia la oportunidad de integrarse en el mundo libre y rico, ahora estos se vuelven contra las ideas que se lo permitieron. Esos países siguen celebrando elecciones y es perfectamente posible que los liberales recuperen el poder en Polonia o Hungría; de hecho, ya gobiernan en algunas de sus grandes ciudades. Pero «los orígenes del actual iliberalismo en la región son emocionales y preideológicos —dice Krastev—, se basan en la rebelión ante las humillaciones que deben acompañar a un proyecto que requiere que una población acepte que hay una cultura extranjera superior a

la suya. El iliberalismo, en un sentido estrictamente teórico, es entonces una coartada. Da una pátina de respetabilidad intelectual al deseo, ampliamente compartido en un nivel visceral, de deshacerse de la dependencia colonial implícita en el propio proyecto de occidentalización».[10] Tony Judt llevaba avisando desde mediados de la década de los noventa, sobre todo en sus conferencias y artículos de 1995 acerca de la cuestión europea —posteriormente recogidos en el libro *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa*—, de los enormes riesgos que conllevaba la ampliación de la Unión Europea hacia el Este. Unos peligros que hoy son muy evidentes en la deriva antidemocrática de países como Polonia o Hungría, a los que la Unión Europea apenas se atreve a amonestar, y en su influencia en los partidos antiliberales de la Europa occidental. Vox en España, la Liga italiana o la Agrupación Nacional francesa han asumido que el nacionalismo antiliberal de estos países excomunistas de la Europa del Este, y en especial el de Rusia, es su modelo.

En el momento de escribir estas páginas, algunos países resultantes de la descomposición de Yugoslavia, Macedonia del Norte, Bosnia, Kosovo, Montenegro y Serbia, y la también excomunista Albania, aspiran a entrar en la Unión Europea. Sin embargo, el año pasado el presidente francés, Emmanuel Macron, se opuso al inicio de conversaciones con Albania y Macedonia del Norte. «Necesitamos una Unión Europea reformada y un proceso de ampliación reformado —dijo Macron para argumentar su rechazo a una nueva ampliación que incluya a países con una débil tradición democrática—, una credibilidad real y una visión estratégica de quiénes somos y cuál es nuestro papel.» Jean-Claude Juncker, en sus últimos días como presidente de la Comisión Europea, consideró que frenar el proceso de ampliación hacia el Este era un «error histórico».[11]

Es posible que lo sea. Aunque también es posible que sea fruto de haber

aprendido una lección: que la democracia liberal occidental no siempre puede exportarse a todas partes y de manera indefinida. Quizá esa sea la forma de recobrar la serenidad después del exceso de entusiasmo de los años noventa y la resaca tras la gran crisis iniciada en el 2008. Porque lo cierto hoy es que la Unión Europea, contra todo pronóstico, vive una recuperación serena. No tranquila; los populismos contrarios de una manera tácita o explícita a la Unión son ya presencias políticas normalizadas y formarán parte del paisaje europeo en las próximas décadas. Las reticencias de Reino Unido frente al Tratado de Maastricht se han convertido en un Brexit cuyo desenlace no conoceremos hasta dentro de una década. El euro sobrevivió a la gran crisis, pero no ha abordado las reformas necesarias para convertirse en una moneda más sólida, aunque la posibilidad de una unión bancaria sea un paso en esa dirección. Sin embargo, en cierto modo, el cambio de época que ha supuesto que Estados Unidos —que apoyó la creación de la Unión Europea, la reunificación alemana y la ampliación hacia el Este de la OTAN y la Unión Europea— le haya dado la espalda a Europa, y que China se haya consolidado como una superpotencia dictatorial, han obligado a la Unión a darse cuenta de que debe aspirar a ser una potencia autónoma. Superó de manera torpe la crisis del euro en 2014, sus economías se han recuperado, en las últimas elecciones al Parlamento Europeo se produjo por primera vez en décadas un aumento de la participación y actualmente es el espacio con una mayor liberalización comercial y un empeño más firme en regular la tecnología para limitar sus potenciales perjuicios. Ursula von der Leyen, la nueva presidenta de la Comisión Europea, ha dicho que esta debe asumir su papel «geopolítico». Es una vuelta al mundo histórico, donde la competencia entre actores es brutal. Al menos, la Unión Europea se ha dado cuenta de que debe ser uno de ellos.

Los años noventa pueden verse como un nuevo momento en el que Occidente asumía que iba a exportar muchas de sus ideas y valores. En esa actitud había una mezcla de idealismo e interés, lo que conllevó inmensos errores de cálculo. Pero una de las consecuencias más inesperadas de ese momento de globalización optimista fue que el Occidente rico y liberal no solo exportó, también importó ideas y valores. En los años noventa, tras la caída del Muro y la desaparición del bloque comunista se pudo pensar, y de hecho así se hizo, que Occidente ya no sufriría algunos de los males políticos y morales que todavía seguían presentes en los países que seguían viviendo en la historia. Pero aquí están: han vuelto el populismo, las políticas radicales de izquierda y de derecha, un racismo legitimado por parte del *establishment* político, el recelo ante la democracia representativa y el nacionalismo en todos sus grados y formas y con todos sus peligros potenciales. Hemos sucumbido a una trampa del optimismo; la de creer que determinadas expresiones políticas estaban en el basurero de la historia y no podrían volver, y que la tecnología era el camino hacia un mundo al mismo tiempo más democrático y fiable. Pero, como zombis, los fantasmas del pasado, aunque transformados y probablemente menos peligrosos, han vuelto.

Pero igual de peligroso, con todo, sería sucumbir a una trampa del pesimismo. Estamos entrando en una era nueva, una que los años noventa inadvertidamente contribuyeron a crear. Una era que está pagando muchos de sus excesos. Es perfectamente posible que seamos capaces de conformarla de tal manera que aún permita el fortalecimiento de la democracia liberal y la vuelva más inclusiva, menos propensa a excesos y burbujas, más prudente. La fórmula necesaria para lograrlo requerirá, sin embargo, una combinación de osadía y humildad. Hubo mucho de lo primero en los años noventa. Demasiado poco de lo segundo. Sabemos

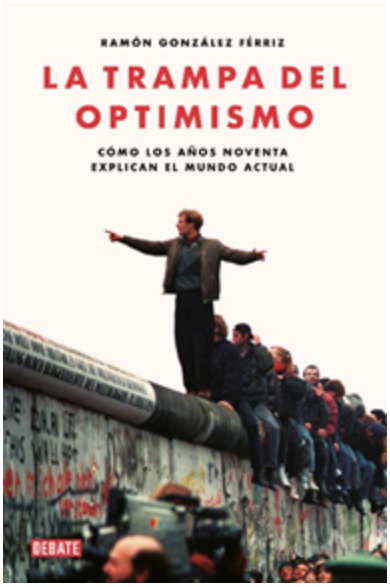
cuánto nos cuesta aprender de la historia. Pero sería agradable pensar que hemos sido capaces de aprender la lección o que aún estamos a tiempo de aprenderla.

Agradecimientos

Durante la preparación y la escritura de este libro he pedido ayuda a muchas personas. Les he preguntado cuáles eran los mejores libros sobre algunos de los temas que trato; me han traducido fragmentos escritos en lenguas que desconozco; les he pedido que leyeran el manuscrito o capítulos aislados para asegurarme de que entendía cuestiones de disciplinas en las que no soy especialista, y para conseguir el ritmo y el tono que quería que tuviera el texto. Para ello, y más cosas, he recurrido a amigos y conocidos y con todos estoy en deuda. Entre ellos están Daniel Gascón, Álvaro Imbernón, Miguel Otero, Pablo Rodríguez Suanzes, Manuel Arias Maldonado, Mercedes Cabrera, Carlos Arenillas, Jorge del Palacio, Carlos Barragán, Claudia Hupkau y Toni Roldán. He sido incapaz de recordar cómo sucedió exactamente, pero el título del libro surgió de una conversación con el periodista alemán Wolfram Eilenberger.

Miguel Aguilar, director editorial de Debate, recibió con su legendario buen humor mi propuesta de escribir *La trampa del optimismo*. Elena Martínez Bavière, editora ejecutiva, me alentó repetidamente a escribirlo. Gracias a Oriol Roca el manuscrito se convirtió en este libro sin mayores contratiempos.

Marta Valdivieso me dio consejos valiosos sobre la estructura del libro y sus capítulos, me ayudó a aligerar algunos pasajes y a reforzar otros, mejoró mi sintaxis y me obligó a eliminar adverbios. Le estoy agradecido por eso, pero mi agradecimiento hacia ella es, principalmente, por todo lo demás.



En España, Europa y Estados Unidos, la década de 1990 estuvo dominada por un optimismo sin precedentes. Caído el Muro de Berlín, parecía que el capitalismo se había quedado sin rivales, que internet crearía formas de comunicación totalmente libres, que se había dado con la fórmula económica que permitiría una prosperidad constante, que la globalización no solo iba a ser beneficiosa para la economía mundial, sino también para la difusión de la democracia, y que la llamada tercera vía superaría la división entre izquierda y derecha.

Pero si echamos la vista atrás, el legado de esa década es mucho más sombrío. En España los noventa también supusieron el inicio de la burbuja inmobiliaria que estallaría en 2008, y en Estados Unidos se desarrollaron los productos financieros que provocarían la catástrofe de Lehman Brothers y precipitarían a Europa y al mundo a la peor recesión económica desde el crack de 1929. En paralelo, los cimientos del euro, desarrollados también en esa década, demostraron ser más inestables de lo imaginado, y los trabajadores industriales de los países ricos se convirtieron en víctimas de esa globalización tan celebrada.

Combinando la crónica de algunos de los acontecimientos de la época y el ensayo reflexivo, Ramón González Férriz repasa las consecuencias de una década fulgurante protagonizada por Felipe González y José María Aznar, Bill Clinton y Tony Blair, Helmut Kohl y François Mitterrand, pero también

por la música indie, el Britpop, la serie Friends, y la aparición de Hotmail, Google y Amazon.

Ramón González Férriz (Granollers, Barcelona, 1977) es periodista. En la actualidad escribe sobre cultura y política en *El Confidencial* y colabora semanalmente en el programa 24 horas de Radio Nacional de España. Antes fue responsable de la edición española de la revista *Letras Libres* y director del semanario Ahora. Es autor de *La revolución divertida* (2012) y *1968. El nacimiento de un mundo nuevo* (2018), ambos publicados por Debate.

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Ramón González Férriz
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Javier Aristu
Fotografía de portada: © Getty images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-180-0627-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

INTRODUCCIÓN: LA DÉCADA LARGA

[1] Félix Bayón, «Prudente satisfacción del Kremlin ante la llegada del PSOE al poder», *El País*, 1 de noviembre de 1982, https://elpais.com/diario/1982/11/01/espana/404953216_850215.html.

[2] Francis Fukuyama, *¿El fin de la Historia? Y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, p. 57.

«EL MURO DURARÁ CIEN AÑOS

[1] Frederick Taylor, *The Berlin Wall*, Londres, Bloomsbury, 2006, p. 400. (Hay trad. cast.: *El muro de Berlín*, Barcelona, RBA, 2009.)

[2] *Ibid*., pp. 401-404.

[3] *Ibid*., pp. 407-410.

[4] *Ibid*., pp. 413-417.

[5] *Ibid*., pp. 419-420.

[6] *Ibid*., pp. 421-426.

[7] «"I Gave my People the Order – Raise the Barrier"», *Spiegel*, 9 de noviembre del 2009, http://www.spiegel.de/international/ger many/the-guard-who-opened-the-berlin-wall-i-gave-my-people-theorder-raise-the-barrier-a-660128.html.

[8] Vídeo de la apertura del Muro de Berlín, https://www.youtu be.com/watch?v=KVT02v5K5Bo.

[9] Taylor, 2006, pp. 426-427.

[10] Tony Judt, *Postguerra*, Madrid, Taurus, 2006, p. 884.

[11] *Ibid*., p. 915.

[12] Carsten Volkery, «The Germans Are Back!», *Spiegel*, 11 de septiembre del 2009, https://www.spiegel.de/international/europe/theiron-lady-s-views-on-german-reunification-the-germans-are-backa-648364.html.

[13] «German unification: No.10 memorandum of conversation (MT & President Mitterrand)», Fundación Margaret Thatcher, 20 de enero de 1990, https://www.margaretthatcher.org/document/113883.

[14] «Telegrama de felicitación del presidente del Gobierno al Sr. Helmut Kohl, con motivo de la unificación de Alemania en el seno de la OTAN», 17 de julio de 1990, y «Telegrama del canciller federal, Helmut Kohl», 8 de agosto de 1990, Fundación Felipe González.

[15] Judt, 2006, p. 902.

[16] Walter Laqueur, ed., *Soviet Union 2000: Reform or Revolution*, Nueva York, St. Martin's Press, 1985, p. XI.

[17] Judt, 2006, p. 904.

[18] Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press, 2006, pp. 68-69. (Hay trad. cast.: *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1996.)

[19] Timothy Garton Ash, *History of the Present. Essays, Sketches, and Dispatches from Europe in the 1990s*, Nueva York, Vintage Books, 2000, p. 29. (Hay trad. cast.: *Historia del presente*, Barcelona, Tusquets, 2012.)

[20] Judt, 2006, pp. 906-908.

[21] Garton Ash, 2000, p. 57.

ALGO MÁS QUE EL FIN DE LA GUERRA FRÍA

[1] Francis Fukuyama, *¿El fin de la Historia? Y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, pp. 56-57.

[2] *Ibid*., p. 91.

[3] *Ibid*., pp. 88-90.

[4] *Ibid*., p. 100.

[5] *Ibid*., p. 150.

[6] Fukuyama, p. 312.

[7] *Ibid*., p. 346.

[8] *Ibid*., pp. 328-329.

MAASTRICHT: UNA LECCIÓN DE FILOSOFÍA ECONÓMICA

[1] Félix Monteira, «Secretos de la cumbre de Maastricht», *El País*, 18 de diciembre de 1991, https://elpais.com/diario/1991/12/18/es pana/693010803_850215.html.

[2] David Marsh, *The Euro. The Politics of the New Global Currency*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009, p. 5.

[3] *Ibid*., p. 148.

[4] Markus K. Brunnermeier, Harold James y Jean-Pierre Landau, *El euro y la batalla de las ideas*, Barcelona, Deusto, 2017, p. 128.

[5] Isabel Ferrer y Félix Monteira, «Los Doce ratifican en Maastricht la nueva Europa», *El País*, 8 de febrero de 1992, https://elpais.com/ diario/1992/02/08/internacional/697503617_850215.html .

[6] Marsh, 2009, p. 147.

[7] Brunnermeier, James y Landau, 2017, pp. 20-21.

[8] Timothy Garton Ash, *History of the Present. Essays, Sketches, and Dispatches from Europe in the 1990s*, Nueva York, Vintage Books, 2000, p. 50. (Hay trad. cast.: *Historia del presente*, Barcelona, Tusquets, 2012.)

[9] Tony Judt, ¿*Una gran ilusión*?, Madrid, Taurus, 2013, p. 118.

[10] Citado en Anna Cento Bull y Mark Gilbert, *The Lega Nord and the Politics of Secession in Italy*, Nueva York, Palgrave, 2001, p. 125.

[11] Judt, 2013, pp. 130-131.

[12] Tratado de la Unión Europea, https://europa.eu/europeanunion/sites/europaeu/files/docs/body/treaty_on_european_union_ es.pdf.

MODERNIDAD, AL FIN

[1] Juan Carlos Jiménez y José A. Martínez Serrano, «España en la Unión Económica y Monetaria», en José Luis García Delgado y Rafael Myro, dirs., *Economía española. Una introducción*, Madrid, Civitas, 2017, p. 49.

[2] Joaquín Estefanía, *La larga marcha*, Barcelona, Península, 2007, pp. 282-284.

[3] *Ibid*., p. 296.

[4] *Guía Oficial Expo '92*, Sevilla, Sociedad Estatal para la Exposición Universal Sevilla 92, 1992, pp. 12 y 21.

[5] «Mañana comienzan las obras de la Expo-92»,*ABC*,25 de enero de 1987, http://hemeroteca.sevilla.abc.es/nav/Navigate.exe/hemero teca/sevilla/abc.sevilla/1987/01/25/001.html.

[6] «González se compromete a recuperar el tiempo perdido en la Expo», *ABC*, 14 de julio de 1989, http://hemeroteca.sevilla.abc.es/ nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1989/07/14/007.html.

[7] «La Expo se podría quedar sin hotel para personalidades», *ABC*, 14 de septiembre de 1991, http://hemeroteca.sevilla.abc.es/nav/Na vigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1991/09/14/001.html.

[8] «Serra presidió ayer el primer viaje oficial del tren de alta velocidad Madrid-Sevilla», *ABC*, 15 de abril de 1992 , http://hemeroteca. sevilla.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1992/ 04/15/025.html.

[9] «El Rey expresa su orgullo al inaugurar en Sevilla “la mayor Exposición de la historia”»,*ABC*, 21 de abril de 1992 , http://hemeroteca. sevilla.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1992/ 04/21/021.html.

[10] *Guía oficial Expo ’92*, p. 229.

[11] Inauguración de la Expo ’92, Memoranda, Archivo Canal Sur, https://www.youtube.com/watch?v=b8E407grOFI.

[12] Alan Riding, «Seville’s Extravaganza, Expo ’92», *The New York Times*,23 de febrero de 1992, https://www.nytimes.com/1992/02/23/ travel/seville-s-extravaganza-expo-92.html.

[13] «Informe Semanal - Expo ’92: escaparate de una España nueva», 22 de julio del 2007, http://www.rtve.es/alacarta/videos/informe-se manal/informe-semanal-expo-92-escaparate-espana-nueva/41281 11/.

[14] Julià Guillamon, *La ciudad interrumpida*, Barcelona, Anagrama, 2019, pp. 243-244, 249.

[15] *Memoria Oficial de los Juegos de la XXV Olimpíada Barcelona 1992*, vol. II, Los medios. Objetivos, recursos y escenarios, Barcelona, COOB ’92, 1993, p. 96.

[16] «No esperaba un éxito tan rotundo», *La Vanguardia*, 30 de agosto de 1992, http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1992/08/ 30/pagina-2/33525605/pdf.html?search=%C2%ABNo%20espera ba%20un%20%C3%A9xito%20tan%20rotundo%C2%BB.

[17] *Memoria Oficial de los Juegos de la XXV Olimpíada Barcelona 1992*, p. 97.

[18] Francisco de Sert, «Capital cultural de España», *La Vanguardia*, 10 de septiembre de 1992, http://hemeroteca.lavanguardia.com/pre view/1992/09/10/pagina-17/33529288/pdf.html?search=%C2%AB Capital%20cultural%20de%20Espa%C3%B1a%C2%BB.

[19] Nando Cruz, *Pequeño circo. Historia oral del indie en España*, Barcelona, Contraediciones, 2015, p. 390.

[20] *Ibid*., p. 393.

[21] Gerardo Sanz, «Noise Pop 92», *Rockdelux*, 28 de noviembre de 1992, http://www.rockdelux.com/live/p/noise-pop-el-inicio-del-in die.html.

[22] Cruz, 2015, p. 574.

[23] *Ibid*., p. 606.

[24] *Ibid*., p. 175.

[25] *Ibid*., p. 920.

[26] Nando Cruz, *Una semana en el motor de un autobús*, 4.ª ed., Madrid, Lengua de Trapo, 2012, p. 171.

[27] Cruz, 2015, p. 15.

LA PESADILLA DE LOS TIPOS DE CAMBIO

[1] David Marsh, *The Euro. The Politics of the New Global Currency*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009, pp. 6-7.

[2] *Ibid*., p. 148.

[3] John Major, *The Autobiography*, Londres, William Colllins, 2000, pp. 321-325. Citado en Marsh, 2009, p. 153.

[4] Marsh, 2009, p. 158.

[5] Ben Chapman, «How John Major and Norman Lamont hid the cost of the Black Wednesday disaster», *Independent*, 23 de julio del 2018, https://www.independent.co.uk/news/business/news/black-wednesday-john-major-norman-lamont-1992-bank-cost-a8460626.html.

[6] Phillip Inman, «Black Wednesday 20 years on: how the day unfolded», *The Guardian*, 13 de septiembre del 2012, https://www.thegu ardian.com/business/2012/sep/13/black-wednesday-20-years-pounderm.

[7] Steve Schaefer, «Forbes Flashback: How George Soros Broke The British Pound And Why Hedge Funds Probably Can't Crack The Euro», *Forbes*, 7 de julio del 2015, https://www.forbes.com/sites/ste veschaefer/2015/07/07/forbes-flashback-george-soros-british-poundeuro-ecb/#6c07d3c06131.

[8] Tony Judt, *Postguerra*, Madrid, Taurus, 2006, p. 922.

[9] Marsh, 2009, p. 164.

[10] Albert Carreras y Xavier Tafunell, *Entre el imperio y la globalización. Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2018, p. 337.

[11] *Ibid*., p. 327.

[12] Joaquín Estefanía, *La larga marcha*, Barcelona, Península, 2007, p. 297.

[13] Santos Juliá, «Política y sociedad», en Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi,*La España del siglo XX*, primera parte, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 287.

[14] Santos Juliá, «De Transición modelo a Transición régimen», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 52, 2017, pp. 83-85, https://journals.openedition.org/bhce/316.

[15] Marsh, 2009, p. 179.

[16] *Ibid*., p. 181.

[17] *Ibid*., p. 177.

LA TRANSICIÓN IMPROBABLE DEL SOCIALISMO AL CAPITALISMO

[1] Timothy Garton Ash, *History of the Present. Essays, Sketches, and Dispatches from Europe in*

the 1990s, Nueva York, Vintage Books, 2000, p. 32. (Hay trad. cast.: *Historia del presente*, Barcelona, Tusquets, 2012.)

[2] Tony Judt, *Postguerra*, Madrid, Taurus, 2006, p. 263.

[3] Misha Glenny, *The Fall of Yugoslavia*, Londres, Penguin, 1996, p. 38.

[4] *Ibid*., pp. 90-91.

[5] Judt, 2006, p. 963.

[6] *Ibid*., pp. 968-971, 981.

[7] John Gray, *Gray's Anatomy*, Londres, Penguin, 2010, pp. 221-222. (Hay trad. cast.: *Anatomía de Gray*, Barcelona, Paidós, 2011.)

EL FIN DEL RIESGO FINANCIERO

[1] La descripción de la reunión de los banqueros de J. P. Morgan en Florida se basa en el libro *Fool's Gold*, de Gillian Tett. Gillian Tett, *Fool's Gold. How Unrestrained Greed Corrupted a Dream, Shattered Global Markets and Unleashed a Catastrophe*, Londres, Abacus, 2010, p. 3.

[2] John Lanchester, *How to Speak Money*, Londres, Faber & Faber, 2014, p. 115. (Hay trad. cast.: *Cómo hablar de dinero*, Barcelona, Anagrama, 2015.)

[3] Tett, 2010, pp. 11-12.

[4] Carta de Warren Buffet a los accionistas de Berkshire Hathaway, 2002, https://www.berkshirehathaway.com/letters/2002pdf.pdf.

[5] Tett, 2010, p. 4.

[6] *Ibid*., pp. 23-24.

[7] Joseph Stiglitz, *The Roaring Nineties*, Londres, Penguin, 2004, pp. 132-133. (Hay trad. cast.: *Los felices noventa*, Madrid, Taurus, 2003.)

[8] *Ibid*., p. 3.

[9] *Ibid*., p. 4.

[10] *Ibid*., p. 5.

[11] Robert J. Shiller,*Exuberancia irracional*, Barcelona, Deusto, 2015, pp. 120-121.

[12] *Ibid*., pp. 136-137.

INTERNET PARA LAS MASAS

[1] Walter Isaacson, *Los innovadores. Los genios que inventaron el futuro*, Barcelona, Debate,

2014, pp. 445-447.

[2] *Ibid*., p. 451.

[3] *Ibid*., pp. 461-462.

[4] *Ibid*., p. 486.

[5] *Ibid*., pp. 487-488.

[6] PD Bronson, «HotMale», *Wired*, diciembre de 1998, https:// www.wired.com/1998/12/hotmale/.

[7] Microsoft, PressPass, «MSN Hotmail: From Zero to 30 Million Members in 30 Months», 8 de febrero de 1999, https://web.archive. org/web/20070514174929/ http://www.microsoft.com/presspass/ features/1999/02-08hotmail.mspx.

[8] Makeda Easter y Paresh Dave, «Remember When Amazon only sold books?», *Los Angeles Times*, 18 de junio del 2017, https://www. latimes.com/business/la-fi-amazon-history-20170618-htmlstory. html.

[9] *Financial Times*, Mercados: Acciones, Amazon.com Inc , ht tps://markets.ft.com/data/equities/tearsheet/summary?s=AMZN: NSQ.

[10] Saul Hansell, «Amazon is Expanding Beyond Books», *The New York Times*,5 de agosto de 1998,<https://www.nytimes.com/1998/08/ 05/business/amazoncom-is-expanding-beyond-books.html.

[11] Índice de milmillonarios de *Bloomberg*, https://www.bloom berg.com/billionaires/profiles/jeffrey-p-bezos/.

[12] Isaacson, 2014, pp. 498-499.

[13] David Vise y Mark Malseed,*The Google Story*, Nueva York, Bantam Books, 2018, p. 30. Citado en Isaacson (2014), p. 504. (Hay trad. cast.: *La historia de Google*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.)

[14] Barry James, «Mobile-Phone Industry Set to Choose a Speedy, Internet-Friendly Standard»,*The International Herald Tribune*,29 de enero de 1998, https://www.nytimes.com/1998/01/29/business/worldbu siness/IHT-mobilephone-industry-set-to-choose-a-speedy.html?search ResultPosition=3.

[15] «Cutting the Cord», *The Economist*, 7 de octubre de 1999, https://www.economist.com/special-report/1999/10/07/cuttingthe-cord.

[16] *Ibid*.

[17] «Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de Información y Comunicación en los Hogares», Instituto Nacional de Estadística, 2019, https://www.ine.es/prensa/tich_2019.pdf.

[18] «Cutting the Cord».

[19] Karrie Jacobs, «A Song in your Pocket», Public Eye, *The New York Times*, 26 de noviembre de 1998, https://www.nytimes.com/ 1998/11/26/garden/public-eye-a-song-in-your-pocket.html? search ResultPosition=1.

GLOBALIZACIÓN: LA RIQUEZA OS DEMOCRATIZARÁ.

[1] Martin Wolf, *Why Globalization Works*, Londres, Yale University Press, 2018, p. 13.

[2] Banco Mundial, «The New Wave of Globalization and its Economic Effects», pp. 31, 35, 42, http://documents.worldbank.org/cura ted/en/954071468778196576/310436360_20050007015044/additio nal/multi0page.pdf.

[3] Wolf, 2018, pp. 90-91.

[4] Thomas I. Friedman, «Foreign Affairs Big Mac I», *The New York Times*, 8 de diciembre de 1996, https://web.archive.org/web/2013010 6132459/ http://www.nytimes.com/1996/12/08/opinion/foreignaffairs-big-mac-i.html.

[5] John Gray,*Gray's Anatomy*, Londres, Penguin, 2010, pp. 251. (Hay trad. cast.: *Anatomía de Gray*, Barcelona, Paidós, 2011.)

[6] *Ibid*., p. 250.

[7] Ignacio Ramonet, «Besoin d'utopie», *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1998, p. 9, https://www.monde-diplomatique.fr/1998/05/ RAMONET/3758.

[8] Wolf, 2018, p. 172.

EXUBERANCIA IRRACIONAL

[1] Robert J. Shiller, *Exuberancia irracional*, Barcelona, Deusto, 2015, pp. 48-49.

[2] «Remarks by Chairman Alan Greenspan», conferencia Francis Boyer en The American Enterprise Institute, Washington D. C., 5 de diciembre de 1996, https://www.federalreserve.gov/boarddocs/spee ches/1996/19961205.htm.

[3] Richard Katz, *Japan. The System that Soured. The Rise and Fall of the Japanese Economic Miracle*, Nueva York, M. E. Sharpe, 1998, pp. 7-8.

[4] Lawrence Summers, «The Ishihara-Morita Brouhaha»,*The International Economy*, diciembre de 1989, p. 52. Citado en Katz (1998), p. 9.

[5] Katz, 1998, p. 10.

[6] Joseph Stiglitz, *The Roaring Nineties*, Londres, Penguin, 2004, p. 58. (Hay trad. cast.: *Los felices noventa*, Madrid, Taurus, 2003.)

[7] *Ibid*., p. 59.

«ESE MOMENTO DE LA VIDA EN EL QUE TODOES POSIBLE»

[1] Matt Lauer, «Friends creators share show's beginnings», NBC, 5 de mayo del 2004, http://www.nbcnews.com/id/4899445/ns/dateli ne_nbc-newsmakers/t/friends-creators-share-shows-beginnings/#. XYyu_ZMzbBJ.

[2] Mark Lilla, «A tale of Two Reactions», en Christopher Hitchens y Christopher Caldwell, eds., *Left Hooks, Right Crosses.A Decade of Political Writing*, Nueva York, Nation Books, 2002, p. 268.

[3] Brian Hiatt, «Introduction», en *Rolling Stone, The 90s. The Inside Stories from the Decade that Rocked*, Nueva York, Collins Design, 2010, p. 15. El final de la cita, «no importa», coincide en inglés con el título del disco más exitoso de Nirvana, «Nevermind».

ESPAÑA SE REDIME Y EMPIEZA A HINCHAR LA BURBUJA

[1] Santos Juliá, «Política y sociedad», en Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi, *La España del siglo xx*, primera parte, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 289.

[2] *Ibid*., p. 291.

[3] Joaquín Estefanía, *La larga marcha*, Barcelona, Península, 2007, p. 299.

[4] Guillermo de la Dehesa, «Spain and the Euro Area Sovereign Debt Crisis», Instituto Peterson de Economía Internacional, septiembre del 2011, https://www.piie.com/publications/papers/dehesa20110 913.pdf .

[5] Juliá, 2007, p. 293.

[6] Estefanía, 2007, p. 307.

[7] Victoria Prego, *José María Aznar. Un presidente para la modernidad (1996-...)*, Madrid, Unidad Editorial, 2000. Citado en Estefanía (2007), p. 307.

[8] «Historia: Unión Económica y Monetaria (UEM)», Banco Central Europeo, https://www.ecb.europa.eu/ecb/history/emu/html/ index.es.html.

[9] Luis R. Aizpeolea, «Aznar capitaliza la entrada en el euro y ofrece a la oposición un pacto de Estado», *El País*, 13 de mayo de 1998, https://elpais.com/diario/1998/05/13/espana/895010406_850215. html.

[10] Jesús Fernández-Villaverde, Luis Garicano y Tano Santos, «Political Credit Cycles: The Case of the Eurozone», *Journal or Economic Perspectives*, 27 (3), 2013, p. 152, https://www0.gsb.columbia.edu/ mygsb/faculty/research/pubfiles/5964/Santos_political.pdf.

[11] *Ibid*., p. 154.

[12] Ministerio de Fomento, «Tabla 3.1. Vivienda libre. Número de viviendas libres iniciadas», series anuales, 1991-2017, https://apps.fo mento.gob.es/BoletinOnline2/sedal/32200500.XLS.

[13] Markus K. Brunnermeier, Harold James y Jean-Pierre Landau, *El euro y la batalla de las*

ideas, Barcelona, Deusto, 2017, p. 244.

[14] «CC. OO. y el PP rubrican su acuerdo para que Blesa presida Caja Madrid», *El País*, 7 de septiembre de 1996, https://elpais.com/ diario/1996/09/07/economia/842047205_850215.html.

[15] Fernández-Villaverde *et al*., 2013, p. 155.

[16] «Alarma en el mundo jurídico por la doctrina del TC que anula el derecho estatal en sectores de capital importancia social y económica», *ABC*, 12 de mayo de 1997, http://hemeroteca.abc.es/nav/Navi gate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1997/05/12/021.html.

[17] Manuel Arellano y Samuel Bentolila,«¿Quién es responsable de la burbuja inmobiliaria?», *El País*, 22 de febrero del 2009, https://el pais.com/diario/2009/02/22/negocio/1235312065_850215.html.

[18] Antoni Roldán Monés, «Financial Windfalls and Institutional Deterioration: Evidence from the EMU», documento de trabajo, London School of Economics, 3 de junio del 2013.

[19] Nando Cruz, *Pequeño circo. Historia oral del indie en España*, Barcelona, Contraediciones, 2015, p. 564.

[20] *Ibid*., p. 855.

[21] *Ibid*., pp. 810-814.

MÁS ALLÁ DE IZQUIERA Y DERECHA: LA TERCERA VÍA

[1] Anthony Giddens, *Beyond Left and Right The Future of Radical Politics*, Cambridge, Polity Press, 2007. (Hay trad. cast.: *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra, 2001.)

[2] Anthony Giddens, *La tercera via*, Barcelona, Edicions 62, 1999, p. 54.

[3] *Ibid*., p. 74.

[4] Patrick Basham, «The "Third Way": Marketing Mirage or Trojan Horse», *Public Policy Sources*, n.º 33, 2000, https://www.fraserinstitute. org/sites/default/files/ThirdWay.pdf.

[5] «The third way revealed», *The Economist*, 17 de septiembre de 1998, https://www.economist.com/britain/1998/09/17/the-thirdway-revealed.

[6] James Bennet, «With Nation Glued to Television, Clinton Sticks with His Peers», *The New York Times*, 22 de septiembre de 1998, https:// www.nytimes.com/1998/09/22/us/testing-president-president-withnation-glued-television-clinton-sticks-with-his.html.

[7] Tony Judt, *Postguerra*, Madrid, Taurus, 2006, p. 1133.

[8] John Gray, *Gray's Anatomy*, Londres, Penguin, 2010, pp. 173-175. (Hay trad. cast.: *Anatomía de Gray*, Barcelona, Paidós, 2011.)

[9] Tony Blair y Gerhard Schroeder, «Europe:The Third Way/Die Neue Mitte», documento de

trabajo, Fundación Friedrich Ebert, junio de 1998, https://library.fes.de/pdf-files/bueros/suedafrika/02828.pdf.

[10] Tony Judt, *Reappraisals*, Londres, William Heinemann, 2008, p. 219. (Hay trad. cast.: *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008.)

[11] John Harris, *The Last Party. Britpop, Blair and the Demise of English Rock*, Londres, Harper Perennial, 2004, pp. 191-192.

[12] *Ibid*., pp. XV, XVI.

[13] *Ibid*., pp. 322, 345.

[14] «El candidato Almunia», *El País*, Editorial, 25 de julio de 1999, https://elpais.com/diario/1999/07/25/opinion/932853601_8502 15.html.

EL EURO DIGITAL, LA TIENDA QUE LE GUSTA A TU PERRO Y EL APOCALIPSIS INFORMÁTICO

[1] Daniel Kahneman, *Thinking, Fast and Slow*, Londres, Penguin, 2011, p. 255. (Hay trad. cast.: *Pensar rápido, pensar despacio*, Barcelona, Debate, 2015.)

[2] *Ibid*., p. 419,

[3] *Ibid*., pp. 256-257.

[4] Brad Stone, «Amazon's Pet Projects», *Newsweek*, 20 de junio de 1999, https://www.newsweek.com/amazons-pet-projects-167136.

[5] David Marsh, *The Euro. The Politics of the New Global Currency*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009, p. 207.

[6] «Europe's adventure begins», *The Economist*, 31 de diciembre de 1998, https://www.economist.com/leaders/1998/12/31/europesadventure-begins.

[7] Comentarios de Alan Greenspan en la conferencia de socios de Goldman Sachs de la primavera del 2006, de Milton Friedman en un artículo de *The Times* del 19 de noviembre de 1997, y de Ralf Dahrendorf en la revista *New Statesman* del 20 de febrero de 1998. Citados en Marsh (2009), pp. 200-201.

[8] «Gambling on the euro», *The Economist*, 31 de diciembre de 1998, https://www.economist.com/special/1998/12/31/gamblingon-the-euro.

[9] «Europe's adventure begins».

[10] «La hora del euro», *El País*, Editorial, 1 de enero de 1999, ht tps://elpais.com/hemeroteca/elpais/portadas/1999/01/02/.

[11] «El euro inicia su primera jornada en los mercados ganando terreno al dólar»,*El País*, 4 de enero de 1999, https://elpais.com/heme roteca/elpais/portadas/1999/01/04/.

[12] Portada del periódico *Bild-Zeitung*, 1 de febrero del 2000.

[13] «The Y2K Scare», National Geographic, https://www.youtu be.com/watch?v=ddzbxJasID4.

[14] «The Millenium Bug», *The New York Times*, Opinion, 28 de mayo de 1998, https://www.nytimes.com/1998/05/28/opinion/themillennium-bug.html.

[15] Michael Winerip, «Revisiting Y2K: Much Ado About Nothing?», *The New York Times*, 27 de mayo del 2013, https://www.nyti mes.com/2013/05/27/booming/revisiting-y2k-much-ado-about-no thing.html.

[16] «Remember Y2K?», *Time*, 18 de enero de 1999, https://time. com/3645828/y2k-look-back/.

[17] «Millenial Economics», *The Economist*, 17 de septiembre de 1998, https://www.economist.com/special-report/1998/09/17/mi llennial-economics.

[18] «The Millenium Bug».

[19] César Cervera, «La Nochevieja que Álvarez-Cascos se pasó encerrado en el búnker de la Moncloa»,*ABC*, 31 de diciembre del 2014, https://www.abc.es/espana/20141231/abci-nochevieja-alvarez-cas cos-bunker-201412301803.html.

[20] Tomàs Delclós, «Hace diez años el mundo tembló con el "efecto 2000"», *El País*, 1 de enero del 2010, https://elpais.com/tecnolo gia/2010/01/01/actualidad/1262340062_850215.html.

[21] Barnaby J. Feder, «Year 2000 Rollover Problem, the Sequel», *The New York Times*, 28 de febrero del 2000, https://www.nytimes. com/2000/02/28/business/technology-year-2000-rollover-problemthe-sequel.html?searchResultPosition=6.

[22] Bosco Esteruelas, «"El gasto ha podido ser excesivo, pero es una inversión de futuro"», *El País*, 10 de enero del 2000, https://elpais. com/diario/2000/01/10/sociedad/947458808_850215.html.

El estallido del milagro tecnológico

[1] Joseph Stiglitz, *The Roaring Nineties*, Londres, Penguin, 2004, pp. 88-89. (Hay trad. cast.: *Los felices noventa*, Madrid, Taurus, 2003.)

[2] *Ibid*., pp. 89-93.

[3] John Authers, «Yearning for Glass-Steagall spells need for new bank model», *Financial Times*, 13 de abril del 2017, https://www.ft. com/content/6665e634-1f61-11e7-b7d3-163f5a7f229c.

[4] «How the AOL-Time Warner Deal Went Wrong», *The New York Times*, DealBook, 11 de enero del 2010, https://dealbook.nytimes. com/2010/01/11/how-the-aol-time-warner-deal-went-wrong/.

[5] «Super! More Dot Com Ads!», *Wired*, 27 de enero del 2000, https://www.wired.com/2000/01/super-more-dot-com-ads/.

[6] «Dotcom Bubble», *Investopedia*, actualizado el 25 de junio del 2019, https://www.investopedia.com/terms/d/dotcom-bubble. asp.

[7] Reed Abelson, «Pets.com, Sock Puppet's Home, Will Close»,*The New York Times*, 8 de noviembre del 2000, https://www.nytimes. com/2000/11/08/business/technology-petscom-sock-puppet-s-ho me-will-close.html.

[8] Bill Keller, «Enron for Dummies», *The New York Times*, 26 de junio del 2002, https://www.nytimes.com/2002/01/26/opinion/en ron-for-dummies.html?searchResultPosition=16.

[9] «Dotcom Bubble».

[10] Stiglitz, 2004, p. 320.

EL FIN DE LA HISTORIA

[1] *The 9/11 Comission Report*, p. 1, https://www.9-11commis sion.gov/report/911Report.pdf.

[2] *Ibid*., p. 311.

[3] «Remarks by the President in Photo Opportunity with the National Security Team», la Casa Blanca, 12 de septiembre del 2001, ht tps://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2001/09/ 20010912-4.html.

[4] Martin Amis, *El segundo avión*, Anagrama, Barcelona, 2009, p. 31.

[5] John Gray, *Black Mass*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2007, pp. 107, 114-115. (Hay trad. cast.: *Misa negra*, Madrid, Sexto Piso, 2017.)

[6] John Gray, *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 13.

[7] *The National Security Strategy of the United States of America*, la Casa Blanca, septiembre del 2002, pp. IV-VI, https://history.defense. gov/Portals/70/Documents/nss/nss2002.pdf?ver=2014-06-25-1213 37-027.

[8] Gray, 2004, p. 156.

[9] Citado en Paul Berman,*The Flight of the Intellectuals*, Nueva York, Melville House Publishing, 2010, p. 24.

[10] Ayaan Hirsi Ali y Husain Haqqani, «¿Es el Islam compatible con la Democracia?», *Letras Libres*, 31 de diciembre del 2007, https://www.le traslibres.com/mexico-espana/es-el-islam-compatible-la-democracia.

[11] «Crecimiento del PIB (% anual) - China», datos sobre las cuentas nacionales del Banco Mundial y archivos de datos sobre cuentas nacionales de la OCDE, https://datos.bancomundial.org/indicador/ NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=CN.

«Y EN TODA EUROPA LA MONEDA ES IGUAL. EL EURO NOS DA ESTABILIDAD»

[1] «La introducción inicial del euro», Banco Central Europeo, https://www.ecb.europa.eu/euro/changeover/2002/html/index.es. html.

[2] Thierry Dague, «Comment l'euro est entré dans Paris»,*Le Parisien*, 1 de enero del 2002, http://www.leparisien.fr/archives/comment-leuro-est-entre-dans-paris-argent-01-01-2002-2002702979.php.

[3] «Los ciudadanos reciben el euro con euforia», *El País*, 2 de enero del 2002, https://elpais.com/hemeroteca/elpais/portadas/2002/01/02/.

[4] «La introducción inicial del euro».

[5] David Marsh, *The Euro. The Politics of the New Global Currency*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009, p. 211.

[6] *Ibid*., p. 212.

[7] «Ring in the euro»,*The Economist*, 2 de enero del 2002, https:// www.economist.com/unknown/2002/01/02/ring-in-the-euro.

[8] «Rato dice que el crecimiento del PIB estimado por el Banco de España es "consecuente" con la previsión del Gobierno», *ABC*, 8 de mayo del 2002, https://www.abc.es/economia/abci-rato-dice-creci miento-estimado-banco-espana-consecuente-prevision-gobierno200205080300-97751_noticia.html.

[9] *Informe Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI-2007)*, documento de trabajo 2/08, Instituto Nacional de Estadística, 2008, https://www. ine.es/daco/daco42/inmigrantes/informe/eni07_informe.pdf.

[10] William Chislett, *La inversión española directa en América Latina: retos y oportunidades*, Real Instituto Elcano, 2003, p. 12, http://www. realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/8b7815004f0195c988a0ec 3170baead1/Chislett_Inversion_Espanola_Directa_America_Latina.pdf? MOD=AJPERES&CACHEID=8b7815004f0195c988a0ec3170 baead1.

[11] José Luis García Delgado y Juan Carlos Jiménez, «La economía», en Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi, *La España del siglo XX*, segunda parte, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 516-517.

[12] «Going through the roof»,*The Economist*,28 de marzo del 2002, https://www.economist.com/special-report/2002/03/28/goingthrough-the-roof.

[13] *Informe anual 2002*, Banco de España, 2003, p. 22, https:// www.bde.es/f/webbde/Secciones/Publicaciones/PublicacionesAnua les/InformesAnuales/02/inf2002.pdf.

[14] «Aznar muestra su respaldo a Bush ante un posible ataque a Irak», *El País*, 10 de septiembre

del 2002, https://elpais.com/interna cional/2002/09/10/actualidad/1031608810_850215.html.

[15] Lluís Foix, «Aznar en Washington», *La Vanguardia*, 19 de diciembre del 2002, http://blogs.lavanguardia.com/lalibreta/aznar-en-was hington/.

EPÍLOGO: CÓMO LOS AÑOS NOVENTA EXPLICAN EL MUNDO ACTUAL

[1] Daniel Kahneman, *Thinking, Fast and Slow*, Londres, Penguin, 2011, p. 256. (Hay trad. cast.: *Pensar rápido, pensar despacio*, Barcelona, Debate, 2015.)

[2] «Author Lewis says Wall Street is "Making America Worse"», *Bloomberg*, 16 de marzo del 2015, https://www.youtube.com/watch? v=8znB2UF9d2c.

[3] Dani Rodrik, *Hablemos claro sobre el comercio mundial*, Barcelona, Deusto, 2018.

[4] Dani Rodrik, «The inescapable trilemma of the world economy», *Dani Rodrik's weblog*, 27 de junio del 2007, https://rodrik. typepad.com/dani_rodriks_weblog/2007/06/the-inescapable.html.

[5] Martin Wolf, «The case for sane globalism remains strong», *Financial Times*, 16 de julio del 2019, https://www.ft.com/content/ ade39e66-a6dc-11e9-b6ee-3cdf3174eb89.

[6] «Google Launches Self-Service Advertising Program», *Google News*,23 de octubre del 2000, http://googlepress.blogspot.com/2000/ 10/google-launches-self-service.html.

[7] Jaron Lanier, *Contra el rebaño digital*, Barcelona, Debate, 2011.

[8] Rana Foroohar, «I joined a tech start-up in 1999.What could go wrong?»,*Financial Times*,18 de octubre del 2019, https://www.ft.com/ content/a96265b0-ef3f-11e9-bfa4-b25f11f42901.

[9] Lluís Pellicer, «La burbuja se cierne sobre el "boom" de los festivales de música», *El País*, 17 de junio del 2017, https://elpais.com/ economia/2017/06/16/actualidad/1497635002_362926.html.

[10] Ivan Krastev y Stephen Holmes, «Explicando Europa del este: la imitación y sus descontentos», *Letras Libres*, 1 de octubre del 2019, https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/explicandoeuropa-del-este-la-imitacion-y-sus-descontentos.

[11] Robin Emmott, Francesco Guarascio y Marine Pennetier, «France under fire for "historic error" of blocking Balkan UE hopefuls», Reuters, 18 de octubre del 2019, https://www.reuters.com/article/ us-eu-summit-balkans/france-under-fire-for-historic-error-of-blocking-balkan-eu-hopefuls-idUSKBN1WX1CT.

Los movimientos sociales del 68

En mayo del 68, el mundo cambió para siempre. Viaja en el tiempo con **Ramón González Férriz** y descubre cómo los movimientos sociales afectaron a la sociedad actual.

La prosperidad económica de finales de los 60 hizo que las clases sociales cambiaran, desarrollando una clase media que tenía acceso a la educación y que se fue extendiendo por todo el mundo.

FORMATO: VÍDEO
DURACIÓN: 1 HORA

Acceder ahora

Cursiva
Aprende de los mejores

www.escuelacursiva.com

Índice

La trampa del optimismo

Introducción: La década larga

«El Muro durará cien años»

Algo más que el fin de la Guerra Fría

Maastricht: una lección de filosofía económica

Modernidad, al fin

La pesadilla de los tipos de cambio

La transición improbable del socialismo al capitalismo

El fin del riesgo financiero

Internet para las masas

Globalización: la riqueza os democratizará

Exuberancia irracional

«Ese momento de la vida en el que todo es posible»

España se redime y empieza a hinchar la burbuja

Más allá de izquierda y derecha: la tercera vía

El euro digital, la tienda que le gusta a tu perro y el apocalipsis informático

El estallido del milagro tecnológico

El fin del fin de la historia

«Y en toda Europa la moneda es igual. El euro nos da estabilidad»

Epílogo. Cómo los años noventa explican el mundo actual

Agradecimientos

Notas

Sobre este libro

Sobre Ramón Gonzalez Férriz

Créditos